
FEDERICO
AXAT
EL AULA 19
EDICIÓN REVISADA

El aula 19

Edición revisada

Federico Axat

Copyright © edición original 2012 by Federico Axat
Copyright © edición revisada 2026 by Federico Axat

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por la Ley de la Propiedad Intelectual.
Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier método o procedimiento, salvo autorización expresa de su autor.

Versión 2.0: enero 2026

INDICE

Suscripción lista de correo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56

57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85

86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100
NOTA DEL AUTOR
Los crímenes de Hollywood

Suscripción lista de correo

Ahora puedes unirte a mi lista de correo y recibir novedades y promociones exclusivas.

Además, podrás conseguir GRATIS El caso cero, una precuela de la serie de Luca Bruzzo.

Lista de correo de Federico Axat



A mi padre,
Raúl E. Axat

1

Noviembre 5 de 1993
Fragmento televisivo

Twin Pines es testigo de una tragedia sin precedentes. Hace unos instantes, portavoces de la policía han dado a conocer una terrible noticia: los catorce niños de cuarto curso de la escuela Woodward han perdido la vida en un misterioso suceso.

El macabro hallazgo se produjo sobre las once de la mañana, cuando una de las maestras —cuya identidad no ha trascendido— abrió la puerta del Aula 19 y se topó con la dantesca escena. Según las primeras informaciones, los cuerpos de los niños presentaban un estado de…

2

Diez años después

Mientras Judd Wilson cruzaba el vestíbulo, un ramillete de sombras se deshojaba a su paso como los pétalos de una flor muerta. Era el conserje de la escuela Woodward, y por las noches el edificio le pertenecía sólo a él.

Con andar desafiante, se dirigió a administración, en el ala Oeste. Avanzó junto a una serie de aulas y despachos y giró a la derecha, donde el corredor se estrechaba. La luz que se filtraba desde el exterior era escasa. Sopesó encender las luces, pero finalmente desistió. Casi al final estaba la puerta del despacho de la directora, Kathleen Blake, y el solo hecho de pensar en ella le hizo esbozar una sonrisa.

Llevaba más de diez años como conserje y sus sentimientos hacia la directora no habían cambiado un ápice. ¿Quién iba a decir que un empleo por el que no había dado ni un céntimo se convertiría en algo tan importante?

Aceptar el puesto había sido idea de Goldie, y Judd por aquel entonces aún intentaba considerar las peticiones de su esposa. Eso había sido antes del cambio —la metamorfosis, decía su amigo Carter—, cuando ella engordó como un pez globo, se embarazó de los gemelos y se convirtió de buenas a primeras en una mujer irritante. Antes de eso la convivencia había sido algo conveniente; después, simplemente perdió la gracia. Goldie mantuvo su figura de hipopótamo y se volvió obsesiva con Judd, lo amenazó con dejar su empleo en la lavandería si él no conseguía uno y rompía a llorar cada vez que él visitaba a sus amigos. Ni siquiera los golpes parecían enderezarla. Por ese entonces, Goldie se marchaba a casa de sus padres al menos una vez por semana. El problema —o la solución— fue que Judd empezó a disfrutar de esos días sin mujer ni hijos. Redescubrió, en plena edad adulta, el carácter solitario que había marcado su niñez. Entonces llegó el empleo en la escuela y terminó de entenderlo todo: había encontrado su lugar en el mundo.

En el sexto cumpleaños de los gemelos, Goldie le pidió el divorcio. Él se lo concedió gustoso, con una paliza cortesía de la casa.

Ahora, mientras se acercaba al despacho de la directora, sonreía sin poder evitarlo. Descolgó el manojo de llaves del cinturón, encontró la correcta en un par de segundos y la introdujo en la cerradura. Al escuchar un suave clic, miró a ambos lados por instinto, aunque en aquel imponente edificio aislado estaba completamente solo. Empujó la puerta con el pie exactamente a las nueve y media de la noche.

Por lo general no visitaba el despacho de la directora durante el día, y si lo hacía era para recibir instrucciones o alguna reprimenda. En ese caso, Judd se

limitaba a bajar la cabeza y fingía estudiar las vetas del parqué mientras la mujer soltaba su discursito ejemplificador. Él se marchaba cabizbajo y fingiéndose afectado. Si de algo podía jactarse, era de haber logrado que la directora Blake lo considerara un empleado leal y sumiso. Especialmente esto último.

Ahora el despacho era suyo. Conocía cada objeto: las fotos, los libros de texto, el archivador con los expedientes de los alumnos; lo sabía todo. Avanzó unos pasos y cogió del escritorio una fotografía reciente en la que Kathleen aparecía junto a su hijo de quince años. Judd había visto al chico crecer a través de aquellos retratos, del mismo modo que había visto desaparecer al marido del reino bidimensional de los marquitos dorados. Se acercó al sillón de cuero de la directora sin preocuparse por memorizar la ubicación de las cosas; con el tiempo, había aprendido a devolverlo todo a su sitio de forma automática. Al principio, sus incursiones eran diarias y prolongadas, aunque últimamente se había impuesto limitarlas a los miércoles.

Se sentó pesadamente. En la foto, Kathleen sonreía mientras abrazaba a su hijo, que a su vez sostenía un trofeo de hojalata. Judd habría podido reproducir la escena en un papel si hubiera tenido talento para ello. No se consideraba una persona observadora; su padre solía decirle que, si fuera posible que una roca se convirtiera en persona, Judd Wilson sería el resultado. Tampoco se consideraba un hombre sensible —¡qué horror!—, sin embargo, la forma en que la camisa de Kathleen se tensaba ante la presión de sus pechos lo fascinaba de un modo casi poético, aunque él no hubiese leído una poesía en su vida.

Devolvió la fotografía al escritorio.

Se deleitó con la mezcla de sombras y reflejos azulados de la habitación. Esa noche había luna, por lo que el resplandor del exterior era más intenso de lo normal. Nunca encendía la luz allí dentro; era una de sus reglas. Si era necesario, usaba la linterna. Bajo esa penumbra, las aristas de los archivadores junto a la puerta destellaban como hojas de espadas, el globo terráqueo parecía una bola de espejos de discoteca y el cristal que cubría el escritorio era un océano calmo. Los objetos sobre él, incluida la foto de Kathleen con su hijo... flotaban.

Permaneció unos minutos sentado, limitándose a observar. Cuando se puso de pie, el sillón recuperó su altura original y el sonido del aire escapando de la cápsula de la base se mezcló con su propia respiración. Fijó la vista en el extremo opuesto del despacho y caminó lentamente hacia allí.

La estantería de Kathleen era apenas un cuerpo de cinco baldas. En la segunda, contando tres libros desde la izquierda, Judd deslizó hacia fuera un ejemplar pequeño valiéndose del dedo índice. Lo atrapó y lo estudió como si no lo hubiera hecho cada miércoles durante los últimos dos años. Era un libro de pedagogía; le bastaba con saber eso. Lo abrió y deslizó los dedos por un sobre de papel pegado a la solapa. Palpó la forma de una llave diminuta, la extrajo y la sostuvo frente a sus ojos como un joyero haría con un diamante valioso.

Dar con aquella llave había sido una de sus genialidades.

Durante mucho tiempo supo de su existencia; de algún modo tenía que abrirse el cajón inferior del escritorio. La escuela estaba llena de archivadores cuyas llaves él no poseía, pero ninguno le quitaba el sueño. Sin embargo, abrir este en particular empezó a obsesionarlo tras el incidente con un alumno llamado Tommy Lomax. Aquello lo cambió todo.

El episodio ocurrió en la cafetería. Tommy Lomax, un niñato de cuarto curso —un matón que a Judd le caía de maravilla—, había decidido que otro niño más pequeño no podía sentarse en su mesa. Judd no recordaba el nombre del otro crío; seguramente sería uno de tantos especímenes pálidos con voz de niña asustada. La cuestión es que Tommy le soltó a Pálido que tenía que largarse o le retorcería la lengua, ignorando que la directora Blake estaba justo detrás. Nadie le avisó. Pálido aprovechó la oportunidad para espetarle a Lomax que él no era nadie para decidir quién ocupaba las mesas, lo que provocó que este le lanzara un vaso de refresco justo cuando la directora lo agarraba del brazo para impedírselo.

La blusa de Kathleen Blake quedó empapada.

Adivinar el contenido del cajón no fue difícil; encontrar la llave, sí. Judd inició una búsqueda minuciosa por las noches. No tenía la certeza de que la llave estuviera en el despacho —era probable que la directora la llevara encima—, pero una vocecilla le instó a seguir buscando. Registró cada rincón. Fue durante aquellas inspecciones cuando aprendió la ubicación exacta de los objetos para que nadie notara su presencia. Trabajó metódicamente durante un mes, tiempo suficiente para desanimar a cualquiera, pero no a él. Si algo le sobraba a Judd Wilson, era tiempo. Y finalmente la encontró.

Dos años después del episodio de Tommy Lomax y Pálido, Judd sostenía la llave con el mismo entusiasmo que la primera vez. Con parsimonia regresó al escritorio, abrió el cajón y dejó la llave junto al retrato familiar. Sabía que no olvidaría guardarla antes de irse, pero era mejor no fiarse y tenerla a la vista.

El contenido del cajón no había cambiado sustancialmente con el paso del tiempo. Había una caja con fotos viejas, agendas usadas y, por supuesto, la muda de ropa para emergencias: una blusa, una falda y un conjunto de ropa interior. Judd apartó la ropa y sacó el conjunto de lencería. Era negro, uno de los siete que el conserje ya conocía: una pieza delicada cuyo principal atractivo era una zona transparente con pequeñas flores bordadas. Judd tenía una lista mental de cada conjunto, y este era uno de sus preferidos.

Se permitió escoger una de las fotografías del cajón. Las conocía todas de memoria, y esta vez eligió una de las especiales. En ella se veía a una Kathleen unos años más joven con otras dos mujeres. Estaban abrazadas, sonrientes, quizá celebrando algo. Judd la apoyó contra el cubilete de los bolígrafos para poder verla bien.

A continuación, se levantó, se desabrochó el cinturón y dejó que el pantalón se deslizara hasta el suelo. Sacó los pies uno a uno.

Kathleen llegó en ese momento. Abrió la puerta y sonrió. Mordisqueaba la parte superior de un lápiz: un mal hábito que controlaba ante los niños pero que

se permitía cuando estaba sola. No pareció sorprendida al encontrarse al conserje en su propio escritorio.

—Hola, Judd.

Se llevó las manos al cabello y lo masajeó. Normalmente lo llevaba recogido en una coleta, pero no ahora. Ahora usaba las manos para peinarse el cabello una y otra vez. Judd seguía el mismo ritmo, la misma cadencia, mientras ella se mecía levemente y le contaba que había tenido un día fatal, que los niños eran cada vez más difíciles de controlar.

Kathleen empezó a desnudarse sin quitarle los ojos de encima.

—¿Tienes algo para mí?

Llegó el turno de la falda. Kathleen llevaba puesto el conjunto de lencería negro, aquel cuyo sujetador tenía esa tela transparente con diminutas flores bordadas.

—Siempre tienes algo para mí…

Kathleen se llevó las manos a la espalda y comenzó a desabrochar el sujetador, pero no lo dejó caer. Judd se agitó en la silla mientras ella se contoneaba apenas, cubriéndose aún los pechos, para liberarlos lentamente hasta dejarlos completamente expuestos.

Judd suspiró. Sintió una energía primitiva deslizándose hacia su miembro, encendido como un cartucho de dinamita a punto de estallar. Kathleen no se quitó las bragas; en cambio, se acercó sosteniendo el sujetador por un extremo. Y cuando estuvo lo suficientemente cerca, lo dejó caer sobre el rostro extasiado de Judd. Él pudo sentir la textura suave de la prenda y cómo un aroma delicado y floral lo invadía. Sacó su lengua rechoncha y la deslizó por el relieve de los bordados.

Kathleen se arrodilló. No le quitaba la vista de encima. Se mordía delicadamente el labio inferior. A Judd lo volvía loco la depravación de Kathleen.

Los tendones de su cuello se tensaron, sosteniendo su cabeza ancha por la que resbalaban gotas de sudor. Ahora Judd mordía el sujetador. Lo masticaba. Las manos de Kathleen se aferraban a sus rodillas. La sangre fluía en torrentes furiosos hacia su entrepierna, donde su mano apresaba el órgano con vida propia. Cerró los ojos. El despacho desapareció y una descarga eléctrica viajó por su cuerpo en oleadas descontroladas hasta la punta de su miembro; allí se concentró durante una milésima de segundo en la que Judd se sintió reducido a un punto, seguida de un desprendimiento de energía nuclear partiendo en todas direcciones.

Emitió un último quejido ahogado antes de abrir los ojos.

El despacho de la directora Blake seguía en penumbras. Se puso en pie y usó un pañuelo de papel para limpiarse la mano derecha y otros cinco para deshacerse de las manchas sobre el parqué.

Esbozó una sonrisa cansada y se concentró en el último resto de su encuentro con Kathleen: un círculo blanco del tamaño de una moneda de veinticinco céntimos sobre el cristal del escritorio. Se estiró para alcanzar el cubilete —una lata forrada con papel de colores hecha por un grupo de alumnos

en cuyo lateral se leía: «La queremos, directora Blake»—, y cogió un lápiz negro de los que la directora solía llevarse a la boca. Con la concentración de un científico ante una muestra, lo acercó al círculo de esperma con deliberada lentitud. Dirigió la goma del lápiz hacia el líquido y la sumergió en él. La deslizó por el cristal, haciendo que se impregnara con la sustancia que hasta hacía unos minutos bullía en sus testículos. Luego lo devolvió a su sitio y usó otro pañuelo para dejar el escritorio tal cual lo había encontrado.

La imagen de Kathleen llevándose a la boca aquel lápiz hizo que sus deseos sexuales se reavivaran como una brasa ante una ráfaga de aire.

Fue entonces cuando el grito desgarrador de un niño hizo que se le helara la sangre.

3

¿Qué demonios ha sido eso?

El grito de un niño, sin duda. Judd no podía habérselo imaginado. Un niño había gritado en plena noche, cuando se suponía que la escuela estaba desierta.

Era sumamente extraño que ocurrieran incidentes fuera del horario escolar. En las pocas ocasiones en que había sido necesaria su intervención nocturna, había tenido que vérselas con alguna paloma herida aleteando en el tejado o algún gato que había logrado colarse en el interior. El grito de un niño era toda una novedad en su repertorio de contingencias.

Regresó por el camino que apenas media hora antes había recorrido despreocupadamente, ahora aguzando el oído. Una vez en el vestíbulo se desvió hacia la cafetería y de allí al sótano, donde estaba su pequeño apartamento, además de la caldera y el generador. Al llegar abrió el cajón de la mesilla de noche y contempló el Ruger calibre 32. Las armas en la escuela estaban prohibidas, por supuesto; Kathleen había sido muy estricta al establecer las normas de vigilancia. Nada de armas. Pero claro, era él quien pasaba la noche solo en la escuela, rodeado por las catorce hectáreas de bosque que ocupaba el predio en su totalidad. Cogió el revólver y salió.

Era posible que el grito hubiese provenido del exterior. Resultaba, ciertamente, una posibilidad alentadora. Judd se acercó a la puerta principal y echó un vistazo a través del cristal: vio las escalinatas que descendían hasta la calle interna, la rotonda y los bosquecillos de arces y pinos. Reinaba el silencio de siempre. Una fina capa de nieve aún sin derretir cubría el césped, aunque no había vuelto a nevar desde el día anterior. A la derecha, el reloj de pie marcaba más de las diez.

Se volvió hacia el corredor central. Pensó que, si algún crío había decidido esconderse en la escuela, la biblioteca sería probablemente su primera opción. Nada mejor que un laberinto de estanterías para pasar desapercibido. Empezaría por allí.

¿Pero qué ha hecho que grite de esa manera?

A modo de macabra respuesta, apenas formuló la pregunta en su cabeza el grito se repitió. Esta vez fue menos espeluznante, o eso quiso creer Judd. El primero lo había pillado masturbándose en el despacho de la directora, lo cual sin duda había contribuido para que sus pulsaciones se fueran a la nubes.

Cuando encontrara a ese pequeño bastardo no sabía si sería capaz de contenerse para no estrangularlo.

Ahora estaba seguro de que el grito procedía del ala Este. Avanzó hacia allí con rapidez.

Un vistazo fugaz a través de los cristales rectangulares de las puertas de las aulas le reveló que las tres primeras —de la 16 a la 18— estaban a oscuras. Sin embargo, la siguiente…

Llegó hasta el aula 19 con paso lento, con el corazón marcando el ritmo de sus pisadas.

Si hubiese sido cualquier otra aula, habría entrado como una tromba para sorprender al maldito niño gritón. Pero el aula 19 imponía respeto. Tenía historia. Nadie entraba a menos que fuera absolutamente necesario. La placa conmemorativa junto a la puerta era un recordatorio constante de lo que había sucedido allí el 5 de noviembre de 1993.

—¡¿Quién está ahí?!

No hubo respuesta. Pero la luz del interior se apagó de repente.

—Mierda.

Ese crío iba a recibir su merecido. Para empezar, le daría un susto de muerte. Después se encargaría de que lo expulsaran. Sus padres ya darían las explicaciones pertinentes; dirían que el niño estaba afectado por la pérdida de su puñetero perro de pedigrí o algo por el estilo, pero Judd se mantendría inflexible y las autoridades tendrían que apoyarlo.

—¡Escucha, niño, voy a entrar!

La luz se encendió de nuevo.

Ya era suficiente. Judd buscó la llave correspondiente —aquella era la única aula que permanecía habitualmente cerrada—, pero no atinaba con el Ruger todavía en la mano derecha. Podía encontrar cualquier llave en cuestión de segundos, pero no esa. Se rascó la cabeza con la palma de la mano y probó el pomo.

La puerta estaba abierta.

Tendido bajo la pizarra vio a un muchacho hecho un ovillo, con las rodillas flexionadas y la cabeza escondida entre ellas. Al acercarse lo suficiente lo reconoció: era Michael, el retrasado que ayudaba en la biblioteca a la señora Thatcher. Tenía veintitantos años y Judd se preguntó qué narices hacía en la escuela a esas horas.

Bajó el arma. Se acercó todo lo posible y estiró la pierna derecha hasta tocarlo con la punta de la bota. Una vez, y luego otra. Michael levantó la cabeza lo justo para mirarlo. Al observar aquellos ojos inyectados en sangre, Judd apartó la vista. Se preguntó si sería posible que Michael estuviera enfermo. De cualquier manera, en ese estado no parecía en condiciones de gritar a pleno pulmón. Y en el aula no había nadie más.

Entonces un estruendo sobrecogedor hizo que Judd diera un respingo. Al principio pensó que se le había escapado un tiro. Se volvió en dirección al origen del ruido y entonces ocurrió la cosa más extraña que Judd hubiera experimentado en su vida. Hasta ese momento, cuando pensaba en algo *sobrenatural*, el episodio que le venía a la cabeza era el de su tío Buford, quien se jactaba de ser capaz de

expulsar espaguetis por los orificios nasales. Los recuerdos de Judd recreaban el interior de una caravana maloliente en la que un grupo de hombres borrachos vitoreaba al determinado Buford que, con la concentración de un matemático, se tapaba una fosa nasal con el dedo índice, resoplando como un cerdo a la espera de la aparición del espagueti embadurnado de mocos.

Su concepción de un episodio extraordinario estaba a punto de cambiar para siempre.

En una de las esquinas del aula 19, Judd vio un fantasma. Era un niño de unos diez años, con la boca abierta y los ojos desencajados y ojerosos, que flotaba hacia él gritando de una forma demencial:

—¡RA-TA-TA-TA-TAAAA!

Judd retrocedió, horrorizado, e instintivamente apuntó el arma hacia el niño volador. Hubo dos detalles que le impresionaron. El primero fue que la aparición trajo consigo una extraña luminiscencia que inundaba el aula. El segundo fue el cabello del niño: violeta y abundante, que crecía en su cabeza como una llamarada.

Judd sostuvo el arma con toda la firmeza que pudo.

—¡RA-TA-TA-TA-TAAAA!

Sin pensarlo, disparó. La detonación se impuso a los gritos del niño, que se desvaneció con una súbita implosión seca.

4

Nueva York, 6 de noviembre de 1993
Artículo publicado en el Twin Pines Telegraph

TRAGEDIA EN LA ESCUELA WOODWARD

Catorce niños perdieron la vida ayer en el colegio Woodward, en una jornada que quedará marcada a fuego en la memoria de nuestra comunidad y de todo el país. Por el momento, las autoridades no han ofrecido una respuesta satisfactoria a los interrogantes que rodean las muertes de los menores, mientras que el personal del centro mantiene un mutismo absoluto.

La directora de la institución, Gale Strickland, aún no ha hecho declaraciones. Por su parte, la directora de admisiones, Kathleen Blake, dirigió ayer unas breves palabras de condolencia a los padres de las víctimas. Según ha trascendido, la escuela permanecerá cerrada de forma indefinida mientras la policía local desarrolla una exhaustiva investigación en colaboración con la policía estatal para esclarecer los trágicos hechos.

Fuentes de toda solvencia aseguran, incluso, que las fuerzas de seguridad mantienen bajo custodia a un sospechoso que podría ser el autor material de las muertes.

5

Mientras Judd Wilson entraba furtivamente en el despacho de la directora Kathleen Blake, ella, a varios kilómetros de distancia, concluía que acostarse a la hora en que normalmente lo hacía sería una pérdida de tiempo. En su lugar, deambuló por la casa envuelta en su bata de seda sintiéndose perdida. Se detuvo frente a la habitación de Peter —su hijo estaba en ese momento con el padre— y se quedó allí durante varios minutos, confirmando lo que ya sospechaba: esa noche le costaría horrores conciliar el sueño.

Pensó que un baño caliente le ayudaría, por lo que dedicó la siguiente media hora a prepararlo de forma metódica. Se llevó el reproductor portátil de música junto con algunos discos de clásica y un vaso de ron que, tras pensárselo un segundo, decidió acompañar con la botella entera. Dejó correr el agua caliente y colgó la bata en uno de los ganchos de la pared.

En el momento preciso en que Judd sacaba la muda de ropa del cajón de su escritorio, Kathleen hacía lo propio con una caja de cartón del mueble bajo el lavabo. En el interior había seis velas que distribuyó por el alféizar bajo el espejo, las esquinas de la bañera y la cisterna del inodoro. Cuando terminó de encenderlas, el agua ya había alcanzado el nivel suficiente para sumergirse. Apagó la luz principal y, bajo el resplandor de las velas, empezó a sentirse mejor, más protegida y relajada.

Encendió el reproductor y bajó el volumen casi al mínimo.

Mientras sonaba la Rapsodia húngara número dos de Liszt, sacó unas sales aromáticas de la caja y esparció una buena cantidad en el agua. Apoyó los brazos en la loza fría de los laterales y dejó caer la cabeza hacia atrás. En ese preciso instante, en la escuela que dirigía, Judd Wilson se debatía en una danza enfermiza sentado tras el escritorio que ella utilizaba a diario. En unos minutos, un grito arrancaría al conserje de su fantasía y lo arrastraría al Aula 19, donde aparecería el niño de cabello violeta. Solo entonces Kathleen recibiría una de las llamadas telefónicas más extrañas de su vida.

La pieza musical terminó y el único sonido audible fue el crepitar de millones de burbujas estallando en pequeñas detonaciones jabonosas. Kathleen juntó las manos, cogió una buena cantidad de espuma, se frotó una parte en la cara y sopló el resto.

El baño había sido una buena idea. Probablemente más tarde pudiera leer un rato y dormirse. Había sido un día difícil. Llevaba diez años como directora de la escuela Woodward y, aunque no era de las personas que creen haberlo visto todo, ciertamente había visto mucho. El pensamiento la llevó otra vez a la tragedia del Aula 19.

Gale Strickland, su predecesora y mentora, era por entonces una mujer joven, pero su puesto en la dirección se vio seriamente cuestionado a raíz del incidente. No importó que lo ocurrido aquel fatídico 5 de noviembre no fuera directamente su culpa; como responsable de la escuela, todas las miradas recayeron sobre ella. En pocas semanas se vio forzada a dimitir, y la joven e inexperta directora de admisiones resultó la primera opción para un cargo caliente. Kathleen había soñado con convertirse en directora desde el momento en que pisó por primera vez la escuela, pero siempre había pensado que para eso faltarían muchos años, no que estaba a la vuelta de la esquina.

La junta directiva, responsable tanto de las políticas de la escuela como de la administración de fondos, se encargaba también de elegir a la máxima autoridad. Kathleen contaba con adeptos y detractores entre sus miembros, pero su colegiatura en Northeastern y un doctorado en Educación por la Universidad de Boston jugaron definitivamente a su favor. Estaba perfectamente cualificada para el puesto.

Un rostro nuevo le trajo oxígeno a la escuela, pero haría falta mucho oxígeno para superar la tragedia. Algunos padres decidieron cambiar a sus hijos de centro y otros, los menos, pusieron el grito en el cielo ante el nombramiento de Kathleen. Durante un tiempo desfilaron matrimonios de exitosos profesionales con las carteras llenas de dinero a mostrar su descontento. Se presentaron en la escuela o ante la junta directiva para manifestar su indignación frente a la designación de una mujer sin experiencia.

Otra mujer.

Ese era el verdadero problema, solo que nadie quería decirlo abiertamente.

Kathleen debía demostrarles que se equivocaban. Sabía que para eso sería necesario trabajar con un margen de error nulo, y así fue al principio. Gradualmente las protestas cesaron; la escuela recuperó su caudal normal de alumnos y, dentro de lo que cabe, las cosas volvieron a ser como antes.

Kathleen ganó confianza en sí misma y notó cómo la seriedad con que afrontaba sus tareas empezaba a ser valorada por los demás, especialmente por la junta. El trabajo pasó a ser su máxima prioridad, mientras su matrimonio, que al principio había sido radiante y prometedor, se desmoronaba como un castillo de naipes. Quizás ella fue en parte responsable, por centrarse excesivamente en su carrera. Al menos esa fue la excusa que le dio Sean cuando ella descubrió sus aventuras con la vecina.

Más de una vez se había preguntado si perdonaría una infidelidad. Su posición en general era que, en determinadas circunstancias, lo haría. Para empezar, él debería ser sincero y aceptar que había cometido un error que no volvería a repetirse. En ese caso, Kathleen creía que podría perdonarlo.

Creía.

Más tarde entendió que cuando respondes a este tipo de cuestiones de manera retórica, o ante una revista femenina mientras miras de reojo el reloj esperando que llegue la hora de la consulta, no tiene nada que ver con la

situación real. Es como un simulacro de evacuación. Kathleen lo supo el día que regresó a casa pasado el mediodía, en plena jornada laboral, algo que jamás hacía. No esperaba encontrar a nadie, sin embargo el Saab de Sean estaba en el camino de entrada. Entró y se dirigió al dormitorio sin gritar «¡Cariño, ya estoy en casa!» ni nada por el estilo. Subió a la planta alta en silencio, sin saber que en cuestión de segundos su vida se haría añicos.

Cuando abrió la puerta de la habitación vio a Sean tendido boca arriba. Elisabeth Wells, la vecina, estaba sentada sobre él saltando como el pistón de un Fórmula 1.

Al menos Kathleen no fue la única sorprendida. Sean giró la cabeza, estirando el cuello y abriendo los ojos como un dibujo animado. Elisabeth dejó de moverse; su rostro se puso tan blanco que casi se mimetizó con el papel de la pared.

¡En nuestra casa! ¡En MI cama!

Kathleen no montó un escándalo; simplemente se quedó allí, de pie. Su mente se quedó en blanco —diría más tarde, tumbada en un diván—. Demasiadas cosas para asimilar: la cara de pasmado de Sean, sus manos apretando los pechos de Elisabeth como dos arañas gigantes. Cuando Kathleen finalmente dio media vuelta y se marchó, Sean la siguió balbuceando cosas que ni él mismo escuchaba, y a medio camino abandonó la persecución.

Cuando crees que la persona que tienes a tu lado nunca te hará daño y de buenas a primeras te pulveriza como un terrón de azúcar en agua caliente, una parte de ti muere. Durante los diez segundos que permaneció en su propio dormitorio presenciando el punto final de su matrimonio, Kathleen asistió a un curso intensivo sobre la diferencia entre una situación hipotética y la clase práctica.

Terminar con su matrimonio resultó una bofetada dolorosa y supuso un replanteo profundo de su vida. Era una mujer joven, de apenas treinta y cuatro años, tenía un hijo y un excelente trabajo. Saldría adelante.

Sean inició una batalla por la custodia de Peter que se tornó en pesadilla. Los abogados le dijeron a Kathleen que la infidelidad de su marido era una gran baza a su favor y que, además, los jueces solían favorecer a las madres, por lo que sus posibilidades de ganar eran realmente buenas.

Pero Sean estaba dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias, y así lo hizo. Un año después del divorcio, un juez del estado de Nueva York le otorgó la custodia de Peter a Sean y estableció un régimen de visitas para Kathleen.

Fue en este contexto personal en el que Kathleen debió enfrentarse a la tragedia del Aula 19. Ella no se llevó la peor parte, sino Gale, pero fueron tiempos difíciles para todos en la escuela. La prensa los acosó sin tregua. Una vez, un tipo persiguió a Kathleen durante una semana entera; dijo que era de una cadena importante y que sus jefes estaban dispuestos a pagar cincuenta mil dólares por una exclusiva.

Cuando veía todo aquello en retrospectiva se preguntaba cómo lo había hecho…, cómo lo había soportado. Y las respuestas que acudían a su mente no le gustaban en absoluto.

Abrió los ojos.

Su propio baño le resultó extraño. La humedad condensada en los azulejos multiplicaba las diminutas llamas de las velas. La espuma prácticamente había desaparecido. Kathleen sintió un escalofrío al notar que la temperatura del agua apenas superaba la de su cuerpo. ¿Cuánto tiempo llevaba allí tumbada? Solo había bebido una copa de ron, así que se sirvió otra. Se levantó y se duchó con agua caliente. La temperatura y el vapor la reconfortaron.

Con una toalla de mano retiró el vaho del espejo. Su aspecto era mucho mejor que hacía un rato, pero suponía que los recuerdos de la tragedia del Aula 19 la seguirían atormentando.

Ese día era el aniversario de aquel horror. Exactamente diez años.

Fue entonces cuando el teléfono de la casa empezó a sonar.

6

Nueva York, 12 de noviembre de 1993
Artículo publicado en el Twin Pines Telegraph

REVELADORES AVANCES EN LA INVESTIGACIÓN SOBRE LA TRAGEDIA DEL AULA 19

Al cierre de esta edición se han conocido detalles que podrían resultar clave para desentrañar el misterio en torno a la muerte de los catorce niños. Fuentes de toda solvencia han filtrado que se habrían producido disparos en el interior del Aula 19. Si bien la policía todavía no ha confirmado esta versión de forma oficial, se espera que lo haga de un momento a otro. Este giro de los acontecimientos apunta a la posibilidad de que algún alumno llevara consigo un arma de fuego, aunque el atroz estado en el que se encontraron los cuerpos…

7

Kathleen subió la escalinata de la escuela a toda prisa. Al llegar a lo alto, se detuvo un instante y observó la inmensa figura de Judd tras la puerta de cristal de doble hoja. Unos metros por detrás del conserje yacía Michael, hecho un ovillo en el suelo, envuelto en una manta y con la cabeza hundida entre las rodillas.

Empujó la puerta y entró. El vestíbulo que había recorrido miles de veces durante años se le antojó un lugar extraño y amenazador aquella noche. El mármol había adquirido un cariz lóbrego, las columnas parecían despuntar más altas y el techo se perdía en una oscuridad insondable. Kathleen echó un vistazo rápido a Michael, pero el rostro tenso de Judd captó su atención de inmediato.

—He venido lo más rápido que he podido. ¿Has llamado a alguien más?

—Siento haberla molestado a estas horas, directora Blake. —La voz de Judd sonó firme, pero su rostro delataba cierta inquietud. El grandullón había eludido la pregunta.

Kathleen se acercó a Michael. El muchacho alzó el rostro en cuanto sintió la presencia de la mujer. Tenía veintisiete años, pero conservaba la piel tan tersa como la de un crío. Su pelo rojo caía en mechones apelmazados por el sudor sobre unos ojos desorbitados por el miedo. Kathleen le había dado su primer empleo como ayudante en la biblioteca hacía más de una década.

—Michael, ¿estás bien?

En otras circunstancias, Judd se habría apartado para dejarles algo de intimidad, pero no lo hizo. Por algún motivo que se le escapaba, la directora sentía una predilección especial por aquel retrasado, y Judd no estaba dispuesto a meterse en un buen lío por culpa de un inútil que apenas recordaba la tabla del cuatro. Ni de coña. No es que las tablas de multiplicar le importaran lo más mínimo —él mismo se atascaba en la del seis en adelante—; el problema era que si Michael abría la bocaza sobre lo del arma, tendría que dar muchas más explicaciones de las que le apetecía. Confiaba en que el retrasado hubiera captado el mensaje. No había tenido mucho tiempo para machacárselo antes de que llegara Kathleen, pero creía haber sido lo bastante persuasivo.

—He... he hecho lo q-q-que no debía. Perdón —musitó Michael con los ojos anegados en lágrimas.

Kathleen le sujetó la cara con ambas manos para obligarlo a mirarla.

—Dios mío, Michael, estás ardiendo. ¿Qué ha pasado? —Kathleen se volvió hacia Judd. El conserje permanecía de pie, impasible.

—No me ha dicho qué hacía a estas horas en la escuela —se dijo Judd a la defensiva.

—¿Y qué es lo que te ha dicho?

—Casi nada. Me lo encontré en el Aula 19. Seguramente se escondió ahí durante el día.

El rostro de la directora se demudó por completo.

Michael alzó la vista hacia la silueta recortada de Judd, y luego hacia Kathleen.

—Te llevaré a casa —sentenció Kathleen.

—La cosa no es tan sencilla, directora Blake —terció Judd—. Hay algo más...

—¿A qué te refieres?

Michael volvió a esconder la cabeza entre las rodillas.

—Yo mismo lo habría llevado a su casa —añadió Judd—. Tengo la furgoneta aparcada ahí fuera.

—¿Qué ha ocurrido entonces?

Michael abrió la boca para hablar y Judd contuvo la respiración. Era evidente que el retrasado rebuscaba las palabras adecuadas en su precario cerebro. Judd solo esperaba que el puto bibliotecario recordara la charla que habían tenido antes de la llegada de la directora. «Ni una palabra sobre el revólver, y ni mu sobre lo que has visto. ¿Vas a recordarlo, pedazo de mierda? Tengo dos buenos motivos para que cierres el pico. El primero es que la directora Blake, que parece tener debilidad por los retrasados como tú, pensará que estás loco si le cuentas lo que has visto; y el segundo es que, como se te ocurra soltar una sola palabra, te moleré a palos, ¿lo pillas? Si lo entiendes, asiente… Muy bien».

—Michael, ¿ha pasado algo en el Aula 19? —insistió Kathleen—. ¿Has hecho algo malo?

—N-n-no.

—Sin duda se habrá llevado un susto de muerte al despertarse a oscuras —puntualizó Judd, más que complacido con la respuesta.

Kathleen asintió y se puso en pie.

—Vamos, te llevaré a casa, Michael.

—Directora Blake…

Kathleen se giró. Judd exhibía una tenue e irritante sonrisita de triunfo.

—¿Qué ocurre ahora?

—Que estamos esperando a alguien más de un momento a otro…

—No te entiendo.

—Poco después de sacar a Michael del Aula 19, bajé a mi habitación a buscar la manta… por lo de la fiebre —Judd hizo una pausa calculada—. Cuando volví, me lo encontré hablando por teléfono.

Kathleen empezaba a perder la paciencia.

—Judd, déjate de rodeos: ¿a quién demonios estamos esperando exactamente?

—Lo escuché hablar con un tal Farris. Michael me ha dicho que viene de camino.

—No conozco a ning… ¿El periodista?

Judd se encogió de hombros.

Kathleen se quedó de piedra. Sus planes de disfrutar de un baño relajante en mitad de la noche estaban tomando el cariz más rocambolesco que una pudiera imaginar. ¿De qué demonios querría hablar Michael con Paul Farris?

—Michael, ¿es cierto lo que dice Judd?

El muchacho alzó la cabeza. Sus ojos resplandecieron desde la oscuridad que proyectaba la manta. Con un leve movimiento de cabeza, confirmó que así era.

Judd dejó asomar una sonrisa franca en sus labios. Quizá hasta pudiera sacar algo bueno de todo aquel embrollo. Un aumento de sueldo, ¿por qué no? Aunque debía reconocer que la situación se le había ido de las manos por un instante, con la visión del niño del pelo violeta, los gritos y todo aquel delirio. Pero había logrado recobrar la compostura a tiempo, había escondido el arma y había ido a por la manta, lo que le proporcionaba la coartada perfecta para justificar por qué había dejado a Michael solo en el vestíbulo.

—¿Por qué has llamado a Paul Farris, Michael?

El muchacho miró alternativamente a Judd y a Kathleen.

—He visto a-algo.

A Judd se le paró el corazón.

—¿Qué es lo que has visto? —inquirió la directora con la ansiedad colándose en su tono de voz.

8

Fragmento del libro "Vidas efímeras. El misterio del Aula 19"
Por Marsha J. Fox
Pág. 4

Nunca me he considerado una mujer débil. Quizás lo descubrí a los catorce años, cuando me enfrenté con un cuchillo a mi tío, el hermano de mi madre, en medio de un intento de violación; o diez años más tarde, cuando hice lo propio con mi exmarido, quien, borracho como una cuba, le pegó a mi pequeña Betty, que por aquel entonces apenas tenía dos años. No lo sé. La vida nos pone en situaciones difíciles de vez en cuando. En ocasiones, nos guarda en una caja forrada de algodón y nos saca a relucir con delicadeza, siempre con nuestra dosis de polvos antihumedad, nos mantiene radiantes e impolutos. Otras… sencillamente nos aporrea hasta que se nos salen los ojos de las órbitas, nos restriega la nariz por la tierra reseca manchada de excrementos de perro, o cosas peores.

Para una mujer negra y soltera, con una hija que demanda dinero y amor, y que solo dispone de una de esas dos cosas, el mundo no es un lugar sencillo.

Me he enfrentado a situaciones duras e inexplicables muchísimas veces. Cuando eres apenas una niña, resulta imposible comprender las intenciones de un tío depravado, por ejemplo. Simplemente tratas de sobrellevarlo. Y, aunque muchas personas no logran convivir con experiencias de este calibre, ese no ha sido mi caso. Como he dicho, me considero una mujer fuerte.

Sin embargo, después del incidente en la escuela Woodward, renuncié a mi puesto de maestra de tercer curso, y eso debería decir mucho de hasta qué punto me afectó. El paso siguiente fue abandonar la docencia por completo. Me resultaba imposible mantenerme en pie frente a una clase llena de niños con rostros expectantes. Las piernas no me respondían y la garganta se me secaba en cuestión de segundos. Creí que lo superaría con el tiempo, pero no funcionó. Al final, dejé de intentarlo. Las imágenes de lo que viví aquel día, muchas de las cuales la prensa se ha encargado de distorsionar a su antojo, se han convertido en uno de esos fantasmas contra los que no he podido luchar.

Yo fui la primera en ver a aquellos niños muertos. Abrí la puerta del Aula 19 sin tener ni idea de lo que me aguardaba al otro lado, y lo que tuve que afrontar allí dentro me marcó de por vida. He escuchado y leído un sinfín de cosas que no son ciertas, absolutas tonterías acerca de un niño que le robó el arma a su padre y decidió usarla en la escuela, por ejemplo. Ha sido una auténtica locura. Ya va siendo hora de contar mi verdad.

9

De pequeño, Paul Farris pasaba todo el tiempo que podía lejos de su familia. Su padre apenas paraba por casa, lo cual era una auténtica bendición, pero su madre languidecía allí todo el día, por lo general quejándose de Leonard, de cómo sus constantes ausencias la sacaban de quicio y de lo evidente que resultaba que tenía una amante. Cuando coincidían, las discusiones eran incesantes y de lo más variadas, pero siempre seguían un patrón idéntico.

Arrancaban con una primera fase de provocación, en la que Leonard se paseaba por la casa con un insoportable aire de autosuficiencia, dejando claro que preferiría estar en cualquier otro maldito lugar, mientras Lea lo perseguía a gritos, espetándole que su casa no era una pensión donde asomar las narices cuando le viniera en gana, y que, si la cosa seguía así, un buen día cogería la puerta y se largaría. Al principio, Leonard optaba por ignorar los reproches de su mujer y seguía a lo suyo. Si estaba leyendo el periódico o viendo la televisión, el proceso se aceleraba. Sentirse ignorada era lo que más alimentaba la indignación de Lea; se acercaba a su marido y le arrancaba de las manos los documentos del bufete, el diario, o le apagaba el televisor.

Entonces la guerra entraba en la segunda fase, la de reacción. Leonard estallaba y desplegaba toda su artillería verbal, la cual, de entrada, no hacía mella en Lea, puesto que su objetivo de hacerlo reaccionar ya estaba cumplido. Esta fase tampoco presentaba grandes variaciones. Leonard le soltaba que si él no trabajaba entonces los duendes tendrían que traerles el dinero para seguir pagando los gastos de la casa, los coches, la peluquería y las compras semanales de ropa. Añadía que, si ella se dignara a buscar un empleo, tendría algo mejor que hacer que amargarle la existencia a todas horas. Llegados a ese punto, Lea solía contraatacar. Sabía de sobra que Leonard no necesitaba seguir trabajando para mantener aquel tren de vida; lo hacía porque era un jodido enfermo adicto al trabajo que prefería seguir amasando billetes y presumiendo en el club antes que pasar un rato con su familia. Leonard Farris no tenía ninguna necesidad de llevar ese ritmo enfermizo de trabajo, así como tampoco acostarse con alguna niñata con la cabeza hueca. La pregunta final siempre era la misma: «¡¿Por qué no tienes las agallas de reconocerlo, pedazo de cabrón?!».

La tercera fase, a la que Paul había bautizado en su mente como «Sálvese quien pueda», estallaba cuando Lea volvía a la carga, pero encontrándose esta vez con un Leonard en actitud plenamente agresiva. En esta etapa, casi cualquier cosa era posible: los argumentos se tornaban más crueles, la forma de escupirlos, más soez, pero, sobre todo, empezaban a arrojarse lo primero que pillaban a mano. Adornos, platos, lámparas… nada se salvaba de la quema. Todavía no se

había llegado a la violencia física cuerpo a cuerpo, o al menos Paul no la había presenciado, pero intuía que la única razón por la que su padre no le había puesto la mano encima a Lea era porque conocía perfectamente la ley. Era triste plantearlo en esos términos, pero Paul sospechaba que si su padre no hubiese sido un letrado plenamente consciente de los riesgos penales, Lea habría acabado en urgencias más de una vez.

Al principio ambos habían tenido cierto cuidado de que el pequeño Paul no presenciara las broncas —aunque eran perfectamente audibles desde su dormitorio, y hasta un abogado debería haberse dado cuenta de ello—, pero con el tiempo dejaron de disimular. Daba igual que Paul estuviera en la habitación de al lado o en la cocina tomándose el desayuno mientras ellos se despellejaban en el salón; a veces, incluso, se gritaban a su lado como si él fuera invisible. Esa era otra de las peculiaridades de sus contiendas: se desplazaban por la casa arrasándolo todo, como tornados.

Cuando Paul fue admitido en la Facultad de Periodismo en Florida —lo más lejos de Nueva York que le fue posible—, su vida despegó. Fue un alumno del montón, pero con madera para convertirse en un reportero incisivo. Al poco de licenciarse empezó unas prácticas en el New York Times —gracias a los contactos de Leonard, todo hay que decirlo— que en poco tiempo se transformaron en un puesto fijo en la sección de sucesos. Era un tipo dedicado, y cuando se convenció de que podía lograr cosas por sus propios medios, sus perspectivas cambiaron radicalmente.

Su primera gran oportunidad llamaría a su puerta de la mano de la tragedia del Aula 19. Cuando la policía detuvo al único sospechoso de la masacre de los catorce niños en la escuela Woodward, Paul apenas daba crédito. ¡Él lo conocía! Nada más enterarse de la noticia le dejó caer a Phill Thomas, su jefe directo en el Times, que creía poder conseguir una exclusiva con él. De ese modo, sus posibilidades de escribir una serie de artículos sobre el caso se dispararon, desbancando a otros colegas con mucha más trayectoria.

Aquella serie de reportajes lo catapultó. Era joven y tenía un futuro prometedor por delante. En esa época conoció a Eva —la mujer republicana más fantástica del mundo, como solía bromear él—, con quien se casó en un tiempo récord, algo que no dejaba de ser llamativo teniendo en cuenta que no había crecido con una visión precisamente idílica del matrimonio. Todo iba a las mil maravillas...

Hasta el asesinato de Eva.

Una vez más, su vida dio un vuelco repentino y brutal. Renunció a su estatus de redactor estrella en sucesos y aceptó un puesto de jubilado en la sección de necrológicas; algo menos exigente, le había dicho su jefe, mirándolo con esa expresión de lástima que la gente suele reservar para los enfermos terminales. Las ayudas económicas de su padre resultaron fundamentales para costear su nueva existencia, que se resumía en un trabajo mediocre y algunas comodidades que, en realidad, ni necesitaba ni deseaba. Se aisló de sus amigos y

se convirtió en... su madre, o en alguien muy parecido. Pasado el tiempo mínimo de luto, Leonard lo convirtió en el nuevo blanco de sus ataques. Siguió inyectándole dinero en la cuenta, eso sí, tal como había hecho siempre con Lea. Así funcionaba el mundo de Leonard Farris.

Paul pensó seriamente en suicidarse. Bueno, había llegado bastante más lejos que sólo pensarlo, pero después lo dejó de lado. Quizás el tiempo sí lo cura todo, se decía a veces, aunque el vacío que le provocaba la ausencia de Eva no parecía llenarse sino hacerse más hondo. Lo cierto es que no sabía por qué nunca llegó a utilizar la escopeta que había comprado para presionar el gatillo con el dedo gordo del pie. Suponía que no estaba en su esencia.

Tres años después ya no pensaba en ello, pero su vida seguía siendo igual de anodina que cuando apenas podía conciliar el sueño dando vueltas a la idea de la escopeta. Acodado en la barra de Tannen's —un lujoso y exclusivo bar que frecuentaba con culposa asiduidad—, se decía entre un whisky y otro que volver al pasado no tenía sentido; pero el suyo lo tenía atrapado con garras de oso y no pensaba soltarlo.

—Lou, ponme otro.

Lou era lo más parecido a un amigo que Paul tenía en su nueva vida de viudez y pensamientos de pólvora. El barman se acercó y lo estudió.

—¿Seguro?

—Sí.

El escrutinio de Lou —que también apreciaba a Paul— se prolongó unos segundos hasta que, finalmente, le sirvió otra copa. La quinta. Nunca llegaba a la quinta.

Paul se llevó el vaso a la boca y se humedeció los labios. Detrás de él, congregados en torno a lujosas mesas de madera barnizada y sillones de cuero, media docena de sexagenarios con papadas de Jabba el Hutt bebían animadamente y soltaban risotadas oxidadas. Paul los odiaba, y lamentó no haber hecho otros planes para esa noche. Cenar con Patricia Mercer, por ejemplo; Dios sabía que solo tenía que pedírselo. Si el mundo se encogiera por cada insinuación de Patricia, Paul podría metérselo por el culo y llevarlo consigo a todas partes.

No había una explicación aceptable de por qué un tipo joven como él pasaba la noche en un sitio exclusivo para hombres con la forma física de ajedrecistas postrados y sonrisas de cerdos en celo… pero la época de las preguntas había terminado. Sin volverse, repasó en el espejo la atmósfera de Tannen's: las lámparas colgantes, las paredes revestidas de madera, la nube de humo de los puros. Varias muchachas servían copas o esperaban a una distancia prudencial, en silencio o intercambiando algún comentario entre ellas. Mantenían la mirada expectante, a la espera de un gesto o una palmadita en el culo por parte de alguno de los dinosaurios. Tannen's era un sitio discreto, un club de caballeros de buenos modales para los que estaba bien sentarse a una de aquellas mujeres en el regazo.

Así de tristes eran las cosas para Paul Farris. Podría haber estado cenando con Patricia Mercer, quien lo había intentado todo salvo colgarse un cartel en la frente que dijera «¡Fóllame!», y sin embargo prefería pasar la noche en Tannen's, un lugar que quizá resultara emocionante para los miembros del club de la papada, pero que para él era francamente deprimente.

Paul empezó a sopesar seriamente la posibilidad de marcharse y fue entonces cuando la chica se sentó a su lado, en uno de los taburetes altos de la barra. Durante unos minutos fue apenas una silueta borrosa a su derecha. Paul sintió la opresiva sensación de ser observado y, al volverse, descubrió que así era; una joven pelirroja de piel muy blanca lo miraba con fijeza.

—Hola —dijo ella.

Paul volvió la vista a su vaso. Su primer impulso fue pedirle que se marchara. La chica extendió la mano.

—Me llamo Ally.

—Paul —respondió él estrechándosela.

—Ashley no vendrá hoy.

Paul se sorprendió ante la mención de Ashley, pero no quiso admitir que la había estado esperando. Con ella le gustaba hablar de vez en cuando.

—Ha tenido un problema con su niña.

—Qué pena. Gracias por el aviso.

—De nada.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció Paul.

—No, gracias. Estaba a punto de irme. Por lo general no suelo quedarme hasta estas horas.

Ally encendió un cigarrillo, dio una calada larga y soltó el humo con fuerza hacia un lado. Apoyó el codo sobre la barra y sostuvo su Marlboro a pocos centímetros del rostro. Paul se fijó en el vestido negro y el escote que dejaba al descubierto buena parte del busto. Aun con aquel vestido y una buena dosis de maquillaje, Paul estimó que Ally tenía menos de treinta.

—Hoy parecen más animados de lo habitual —comentó ella.

Paul hizo un gesto apesadumbrado.

Se quedaron en silencio, pero no fue un silencio incómodo. Ally envolvió el filtro del cigarrillo con los labios y entornó los ojos mientras aspiraba el humo. A continuación, aplastó la colilla en un cenicero de cristal. Parecía dispuesta a marcharse.

—¿Por qué no vienes conmigo? —dijo Ally de repente.

Su belleza era magnética. Quizás por eso Paul se levantó. O quizás se sintió atraído por su frontalidad, una característica de su difunta esposas que él no poseía.

10

Fragmento del libro "Vidas efímeras. El misterio del Aula 19"
Por Marsha J. Fox
Pág. 15

…apenas había dormido la noche anterior. Betty no probó bocado durante la cena y más tarde se quejó de un fuerte dolor de estómago. Le dije que eso le serviría de lección para el futuro y que no debía atiborrarse a dulces como había hecho esa tarde en casa de su abuela. Le aseguré que se sentiría mejor por la mañana y Betty se convenció, o quizá se dio cuenta de que protestar no serviría de nada. Esa noche me pidió dormir conmigo y accedí. Trajo consigo a Lola, su muñeca preferida.

Una hora más tarde me despertó con un grito. Me incorporé y encendí la luz de un manotazo. Encontré a mi hija sentada, estrechando a Lola contra el pecho y respirando con agitación. Sus ojos eran lo peor: grandes y vidriosos. Viendo cómo sucedieron las cosas al día siguiente, el recuerdo de aquella mirada grabada en su rostro parece un presagio.

Trasladaron a Betty al hospital. El médico me dijo que no debía preocuparme. Por supuesto, eso es exactamente lo que hice. Una enfermera joven y guapa me explicó que Betty había sufrido una intoxicación y que había hecho muy bien en llevarla a urgencias de inmediato. Me dijo también que la dejarían esa noche en observación y que podría llevármela a casa al día siguiente.

Pasé la noche en el hospital Lincoln, en una sala común junto a una docena de niños. Es difícil explicar cómo una habitación como aquella logró transmitirme cierta paz, pero así fue. La tenue iluminación, el pitido electrónico de dos o tres aparatos, el zumbido lejano de los tubos fluorescentes, el olor a desinfectante… Poco a poco, las cosas volvían a la normalidad.

La enfermera tuvo la gentileza de conseguirme una silla para que pudiera pasar la noche junto a mi hija. Permanecí con las piernas estiradas y las manos en el regazo, contemplando el rostro sereno de mi pequeña junto a la mejilla de felpa de Lola.

Me quedé dormida media hora después que ella.

Nunca hablé con nadie sobre lo que ocurrió esa noche. Durante mucho tiempo creo incluso haberlo olvidado, lo cual es comprensible frente a lo que viviría al día siguiente en el Aula 19. Fue el sueño más extraño que recuerdo. Primero escuché un grito, breve pero estridente, que hizo que levantara la cabeza de golpe. Fue idéntico al que dos horas antes me había despertado en mi propia casa, solo que esta vez no desperté en la familiaridad de mi cama, sino en la

habitación del hospital, rodeada de niños y de máquinas que emitían destellos verdosos. Me incorporé. Betty yacía frente a mí, en su cama, aferrando a su muñeca con fuerza. Me embargó una sensación de déjà vu. El cabello largo le cubría la cara. Me puse de pie de inmediato, me acerqué a ella y le aparté el pelo de la frente.

Y su rostro me espantó.

Betty estaba mucho más delgada. La visión de su cara angulosa, con la piel pegada al hueso, hizo que me llevara una mano a la boca. Sus ojos habían adquirido un aspecto saltón y vacío. Creo que grité. Las piernas apenas me respondían, pero conseguí llegar hasta la cama de mi hija. Alargué los brazos para cogerla y ella intentó sonreír. Le dije que todo estaba bien, que la llevaría a casa… Ella asintió y abrió la boca para decir algo. Recuerdo sus palabras con total claridad: «El mago mueve la bola de nieve, mami. Es muy grande».

Al día siguiente había olvidado el sueño —si es que aquello lo fue— y también la frase. Mi hermana se ofreció a cuidar de Betty y me animó a ir a la escuela. Dijo que me ayudaría a despejarme y estuve de acuerdo. Como ya he dicho varias veces, la escuela Woodward ha sido un lugar fundamental para mí. Alejarme de allí fue una de las decisiones más difíciles que he tenido que tomar en toda mi vida.

El día de la tragedia caminaba hacia la sala de profesores en busca de tizas. Normalmente le habría pedido a uno de mis alumnos que fuera a por ellas, pero decidí que aprovecharía para llamar por teléfono a mi hermana y saber cómo seguía Betty. Fue entonces cuando un ruido en el Aula 19 me llamó la atención. Algo pesado golpeó el suelo, pensé, y eso hizo que desandara mis pasos, pues mi clase era en el Aula 17.

Me detuve frente a la puerta, donde el rectángulo de cristal traslúcido no revelaba ningún movimiento en el interior. Esperé a que el ruido se repitiera y entonces advertí que los únicos sonidos provenían de las otras aulas; en la 19 reinaba un silencio inusitado. Supuse que los niños estarían en clase de música o de ciencias, lo cual no explicaba el estrépito que acababa de oír, y eso me decidió a abrir la puerta. Cuando agarré el pomo, un resplandor azulado proveniente del interior hizo que lo soltara. Me quedé allí quieta y miré a mi alrededor para ver si alguien más había visto aquello; sabía que no era así. Estaba sola. Sin pensarlo más, giré el pomo.

Todo había terminado para entonces. Me he preguntado muchas veces si no es posible que el sueño en el hospital tuviera lugar después de la tragedia, que mi memoria me haya jugado una mala pasada. Prefiero pensar que la imagen demacrada de Betty aferrando a su muñeca Lola fue una consecuencia de lo que vi aquel día en el Aula 19 y no a la inversa. Es más sencillo de ese modo. La visión de los niños aquel día…

11

Ally y Paul se desnudaron en un ritual silencioso y frenético, de pie junto a la cama de matrimonio de la habitación 109 del Motel Bluebird.

Paul se sentía incapaz de comprender cómo había terminado en un motel del que ni siquiera recordaba el nombre. Se vio a sí mismo, de vuelta en la barra de Tannen's, humedeciendo su cerebro aletargado para que aquel pequeño músculo ablandado sacara a relucir su circo de atracciones del pasado. Y entonces había llegado Ally y ahora compartían una cama destartalada que parecía apoyarse sobre balones de fútbol en lugar de patas. Recordaba la última media hora como un viaje en montaña rusa donde los acontecimientos se sucedían a toda prisa. Paul contempló a Ally con una fascinación perpleja. Su cuerpo era de una belleza canónica; su piel tersa y su sonrisa de media luna parecían capaces de doblegar cualquier voluntad. Aquella chica era la dueña del mundo, pensó Paul. Prueba de ello era la rapidez con la que él había aceptado la invitación al Motel Bluebird

¡Bluebird! ¡Ese era el nombre!

Ally besó el cuello de Paul y con la lengua jugueteó con el lóbulo de su oreja izquierda. Cuanto más se empeñaba él en apartar de su mente la sonrisa de la chica, menos lo conseguía.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —mintió Paul.

—¿Quieres que cambiemos?

—Sí, por favor.

Ally se puso boca abajo y Paul se giró sobre ella. Ahora era él quien besaba su cuello, aunque en realidad no era más que una estratagema para no tener que mirarla a los ojos. Ella suspiró, mientras su cabeza dibujaba círculos imaginarios. Se besaron con fuerza. Paul acarició el rostro de Ally con una mano mientras con la otra recorría su cadera y luego su pierna, de arriba abajo, un par de veces. La pierna derecha de ella se elevó y se separó del cuerpo con la precisión de un paso de danza clásica. Cuando Paul dejó de besarla, allí estaba de nuevo aquella sonrisa. La realidad misma burlándose de él. Interrumpió la exploración corporal de inmediato. Se separó de Ally lentamente, se sentó al borde de la cama y se sumió en el silencio.

Unos segundos después sintió las manos de ella rodeándole la cintura. No se sintió avergonzado ni obligado a dar explicaciones. No había mucho que explicar, al fin y al cabo. Permaneció con las manos entrelazadas y la vista clavada en el techo del Motel Bluebird.

Ally cruzó la habitación hasta un pequeño sillón donde había dejado su bolso y una muda de repuesto: unos vaqueros, un jersey de cuello alto y un conjunto de lencería. Se vistió con presteza. Después, dobló el vestido negro y lo

guardó en el bolso. Se acercó al espejo redondo que colgaba junto a la puerta y se retocó el pelo con las manos.

—Ally… será mejor que te lleve a casa.

Paul seguía con la mirada una grieta en el techo. Hizo el amago de incorporarse, pero Ally se tumbó a su lado y lo detuvo con una mano en el pecho.

—Puedo quedarme.

12

15 de noviembre de 1993
Fragmento televisivo

…un giro inesperado se ha producido en el caso de la muerte de los niños en la escuela Woodward el pasado 5 de noviembre. El maestro George Hannigan, quien en el momento de la tragedia se hallaba al frente de la clase, ha admitido ser el responsable de la muerte de sus alumnos de cuarto curso.

En un escueto comunicado hecho público en el día de hoy, el abogado de Hannigan se ha limitado a asegurar que su cliente se declara responsable de lo acontecido en la escuela y que está dispuesto a prestar una declaración formal ante un tribunal.

Seguiremos de cerca los detalles y las repercusiones de la que, para muchos, es considerada la tragedia escolar más terrible en la historia del estado de Nueva York. La investigación se sigue desarrollando bajo un absoluto hermetismo y se desconocen los pormenores de la masacre, aunque sí se ha descartado la existencia de heridas de bala en los cuerpos, tal y como se había especulado en días pasados...

13

Ally se tumbó boca arriba.

—Debo volver a casa en una hora —dijo—. Se supone que estoy sirviendo copas en la fiesta de un diplomático.

—¿Novio?

—No. Vivo con mi padre. Dudo que un novio se tragara semejante excusa.

Paul se volvió para mirarla.

—Mi padre es un buen hombre —dijo ella a la defensiva—. Él me ha criado, y desde luego no sabe que trabajo en Tannen's. Si supiera que estoy toda la noche soportando insinuaciones y comentarios inapropiados de esos viejos verdes se le partiría el alma y me diría que lo deje. Él hace trabajos en casas particulares, pero el dinero apenas alcanza para pagar las facturas.

Paul consideró innecesario preguntarle a Ally por su madre. Implícitamente le había dejado claro que no estaba presente en su vida.

—¿Tienes hermanos?

Ally no respondió de inmediato.

—Tenía uno.

Paul hizo una pausa, a la espera de que ella dijera algo más.

No lo hizo.

—¿Cuánto llevas trabajando en Tannen's?

—Cuatro años. Empecé en el guardarropa y acabé sirviendo mesas. Al principio era intimidante, pero ahora me muevo como pez en el agua. Conozco a los tipos que van allí, puedo hacerles una radiografía con sólo mirarlos. Algunos son inofensivos, otros no tanto. Hay que saber mantenerlos en su lugar. En eso me ayuda mucho mi carácter. Lo heredé de mi madre, según parece.

—¿Tú madre…?

—Murió en un accidente cuando yo era muy chica.

—Lo siento.

—Gracias. Era una mujer muy guapa y alegre. Mi padre me dice que le recuerdo a ella… y es quizá la razón más poderosa para querer dejar todo esto. Aunque suene pedante, creo que tengo la fuerza para aguantar unos años más. He hecho algunos clientes que dejan buenas propinas.

—¿Nunca quisiste dejarlo?

—Lo intenté una vez. Conseguí empleo en un videoclub. Es difícil sobrevivir con la idea de ganar en un mes lo que en Tannen's saco en propinas en una noche, especialmente si el dueño del puto videoclub está empeñado en llevarte a la cama. Debí dejar ese empleo y buscar otro, lo sé. De todas formas, visto con perspectiva, no creo que aquel cerdo fuera la verdadera razón para renunciar.

—¿Cuál fue la verdadera razón?

—Se nota que eres periodista.

—Últimamente ejerzo poco y nada, así que voy a tomarlo como un cumplido.

—A ti también te persiguen algunos fantasmas, ¿verdad?

—Sí.

—¿No vas a contarme?

Paul se limitó a sonreír. Hablar de Eva no era sencillo con nadie, mucho menos con otra mujer que acababa de conocer.

—¿Sabes una cosa? —dijo Ally—, nunca le he contado a nadie por qué dejé el videoclub. El dueño, Spencer…, ese tipo sí que era un depravado.

Escucharon voces fuera. Un hombre murmuró algo y una mujer rio como si le hicieran cosquillas. Paul y Ally se mantuvieron expectantes hasta que la pareja entró en la habitación de al lado.

—Ashley me ha contado cosas de ti —dijo Ally—. No te lo tomes a mal… es algo bueno. Significa que no eres uno de los «olvidables». Los olvidables son todos iguales, aunque ellos se crean únicos. Resultan tan predecibles y vacíos que es fácil meterlos a todos en el mismo saco.

—Espero que Ashley te haya dicho cosas buenas.

—De lo contrario no estaríamos aquí.

Ally se inclinó y lo besó en la boca. Paul le devolvió el beso.

La pareja vecina no perdía el tiempo e inició una serie de feroces arremetidas. Un ruido seco se producía cada vez que el cabecero de la cama golpeaba la pared.

—Así que si vuelves a Tannen's me encontrarás allí durante un tiempo más. Hasta que ahorre lo suficiente para montar un negocio propio. Ya estoy acostumbrada… a veces hasta suceden cosas divertidas.

Ally sonrió con malicia.

—Mi olfato periodístico detecta una buena historia.

Ella rio.

—Tu olfato no se equivoca. ¿Conoces a Dan Martins?

—No estoy seguro. Es un nombre bastante común.

—Es un concejal. Estaba en Tannen's hoy, justo detrás de ti.

—No lo conozco. No he estado muy activo últimamente en el periodismo político.

—Jura conmigo —Ally levantó los dedos índice y corazón.

Paul la imitó.

—Prometo no utilizar nada de esto en mis artículos —recitó ella y Paul repitió la frase

—Perfecto —continuó Ally—. El tipo tiene familia, después de todo. Conozco a Martins desde hace tiempo y siempre fue un enigma. Aparece de vez en cuando, solo, y bebe uno o dos tragos, sin hablar demasiado con ninguna de las chicas. Un día, el dueño del bar se me acercó y me dijo que tenía que pedirme un favor personal. Tengo buena relación con él y le dije que sí. Entonces me pidió que fuera a casa de Martins.

—¿A su casa? ¿Para qué?

—El dueño sabe perfectamente que yo no iba a permitir que aquel hombre me tocara, así que yo le pregunté exactamente lo mismo. ¿Para qué quería que fuera a su casa? El dueño me aseguró que Martins era inofensivo y que solo tenía que ir a su casa y llevarle un pavo.

—¿Un pavo? Mi instinto no se equivocó.

—Me dijo que no tardaría más de una hora y que la propina sería generosa. Resultaron ser quinientos dólares.

—Menuda propina.

—Fui a su casa molesta. Si el viejo quería cenar pavo, que llamara a un catering. He visto fetiches raros en Tannen's, pero esto era nuevo. Martins me recibió con amabilidad y me llevó a su habitación. Me sentí ridícula cargando con una bolsa con un pavo de casi diez kilos. Su familia estaba de viaje. En el centro de la habitación había una bandeja de plata. Me pidió que pusiera el pavo allí y me sentara en un sillón. Él se quitó la ropa en silencio, se arrodilló en la cama y… bueno, empezó a follar con el pavo.

Paul frunció el ceño.

—No puede ser.

—Créetelo. El animal estaba caliente, recién asado. Martins jadeaba como un loco. No me tocó ni un pelo en toda la noche, por supuesto. Solo quería que yo mirara. El dueño me había adelantado que el tipo querría que yo lo observara mientras hacía alguna cochinada, pero jamás imaginé semejante cosa. Cada vez que me buscaba con la vista, sonreía como un niño.

—Madre mía.

—Pero no te he dicho lo peor. Durante todo el rato se comportaba como una gallina. Batía los brazos y cacareaba. —Ally hizo la representación de los movimientos—. Tenía los ojos desorbitados y movía la cabeza bruscamente. ¡Como una puta gallina!

Paul no podía creerlo. Era por historias así por lo que la realidad superaba a la ficción.

—El hombre está para que lo encierren —Ally se giró, ahora mirando al techo—. No sabes lo que me costó no partirme de risa.

—¿Hubo más entregas a domicilio?

—Dos veces más. Pero tuve la precaución de tardar un poco más para que el pavo estuviera tibio. Supongo que me lo agradeció.

En la habitación de al lado había empezado la segunda función.

14

Fragmento del libro "Vidas efímeras. El misterio del Aula 19"
Por Marsha J. Fox
Pág. 22

…los días posteriores a la tragedia fueron un auténtico infierno y me vi obligada a recluirme en casa de mi hermana. Los medios de comunicación asediaron sin piedad a cualquiera que pudiera estar remotamente ligado a la escuela Woodward. Kathleen fue la única que hizo apariciones esporádicas. Por aquel entonces era una mujer muy joven y ni siquiera puedo imaginar lo difícil que debió de resultarle afrontar todo aquello siendo la directora entrante. Personalmente, me vi sin fuerzas para encarar la situación. Al principio seguía las noticias por televisión, pero poco después me quedé sin ánimos hasta para eso.

Resulta increíble lo que la gente es capaz de inventar cuando carece de información sólida. El rumor sobre la presencia de un arma de fuego dentro de la escuela fue probablemente lo que más me sacó de mis casillas. Porque, aun suponiendo que uno de aquellos críos hubiese logrado colar un arma en el edificio, ¿cómo diablos habría sido posible que disparara catorce veces sin que nadie interviniera? Es la idea más absurda que he escuchado en mi vida. Y lo más triste es que mucha gente se la tragó. Quizá porque era la explicación más cómoda.

Cuando Hannigan se declaró culpable todo se volvió mucho más sencillo. La pieza encajó en el hueco adecuado y todo el mundo pareció respirar aliviado. El tema dejaría de ser la comidilla obligada en las colas del supermercado o en la peluquería. Teníamos a un culpable y podíamos canalizar nuestra ira hacia él. Las madres podían enseñar a sus hijos una fotografía poco favorecedora de Hannigan en la portada del periódico y decirles que era un monstruo, un envenenador de niños. Por supuesto que sí. Al fin y al cabo, el hombre había tenido una infancia difícil: un padre que le daba palizas desde pequeño y una madre que creía que aquello era necesario para enderezarlo. El círculo se cerraba de un modo perfecto.

Solo había un pequeño fallo: quienes conocíamos a George Hannigan sabíamos que era incapaz de hacerle daño a una mosca.

Cuando me enteré de la confesión de George, me negué en rotundo a creerla. Resultaba evidente que el señor Torrance, el abogado de Hannigan por aquel entonces, tenía el alma más negra que el carbón y se traía algo turbio entre manos. Bastaba con observar su sonrisa para advertir la falsedad oculta tras aquellos dientes resplandecientes. Yo no sabía qué rédito podía sacar Hannigan de todo aquello ni qué motivos lo habían empujado a incriminarse, pero sabía que él no era culpable de nada.

15

El pitido del móvil hizo que dejaran de besarse, como dos adolescentes sorprendidos. Paul se levantó y miró la pantalla con incredulidad. No reconoció el número.

—Paul Farris.

Ally se sentó en la cama, mirándolo con curiosidad.

—¿Quién? —preguntó Paul.

La respuesta debió desconcertarlo, porque torció el gesto.

—Claro que te recuerdo, Michael… ¿Por qué no me explicas qué ha ocurrido? —Hizo una pausa prolongada—. No creo que eso sea posible.

Paul permaneció en silencio unos veinte segundos. Colgó y se dejó caer lentamente sobre el colchón.

—¿Quién era? —preguntó Ally—. Parece que has hablado con alguien del más allá.

—En cierto sentido, así es. Alguien de otra vida, al menos.

—¿Se puede saber de qué va esto?

Paul esbozó una media sonrisa.

—Era Michael…

Ally esperó el final de la frase con rostro expectante. Paul seguía contrariado. Se frotó la barbilla; un gesto que solía acompañar a sus cavilaciones.

—¿Quién es Michael?

—Alguien que conocí en medio de una investigación. Hace unos años escribí una serie de artículos que tuvieron bastante repercusión. Seguro que recuerdas el caso.

—¿Cuál?

—Catorce niños murieron hace diez años en la escuela Woodward. Un maestro los mató, pero los detalles de los crímenes siguen siendo un mist… ¿Ally? ¿Qué te pasa? Estás pálida…

—Dime que es una broma… —suplicó ella con voz temblorosa.

Paul rodeó la cama.

—No es ninguna broma. —La cogió suavemente por los hombros—. ¿Qué te ocurre?

—Conozco ese caso perfectamente. Mi hermano fue uno de los niños del Aula 19.

Paul contuvo la respiración. Su mente empezó a dar vueltas en círculos sin llegar a ninguna parte.

¿Cómo podía ser posible?

—Siéntate, Ally, por favor.

Ella se negó.

—¿Qué sabes, Paul? ¿Qué te ha dicho ese tal Michael? —exigió con severidad.

Paul recordó las palabras inconexas que acababa de escuchar por teléfono.

—Algo que no tiene sentido. Me dijo que está en la escuela ahora mismo y que debo ir hacia allí para ver algo relacionado con lo que ocurrió aquel día. Pero escucha, lo más seguro es que…

—Vamos —lo interrumpió ella.

—Ally, por favor, entiendo tu situación, pero es plena noche. Quizá mañana…

—No, Paul. No entiendo cómo esto puede ser una broma macabra. Fui yo quien se acercó a ti en Tannen's, no tenías forma de saber que lo haría. Y si estabas allí esperando a que sucediera y lo de la llamada estaba planeado… eres un auténtico hijo de puta. Pero si no lo eres, y creo que no lo eres… —Ally hablaba con vehemencia, casi a gritos—. Nadie me explicó nunca qué pasó aquel día. Voy a ir, Paul.

Cogió su bolso y caminó hacia la puerta.

Paul también estaba intrigado, por supuesto.

No creía en las casualidades. ¿Qué posibilidades había de que después de tanto tiempo alguien lo llamara por un viejo caso tan terrible y que él estuviera junto a la hermana de una de las víctimas?

Puesto así parecía la cosa más inverosímil del mundo.

16

Aparcaron detrás del Honda de Kathleen. Ally abrió la puerta del coche cuando aún no se había detenido por completo y se lanzó hacia la escalinata de la escuela. Mientras intentaba darle alcance, Paul sintió una punzada de inquietud. Echó un vistazo por encima del hombro y contempló los jardines silenciosos, un reloj de pie que marcaba las once y veinte de la noche y el coche de Kathleen —aunque Paul ignoraba a quién pertenecía—, pero no logró determinar qué pieza de aquel escenario estaba fuera de lugar. Al alzar la cabeza y ver la silueta de Ally recortada contra el portal, lo comprendió de golpe. Era la propia escuela dormida lo que le perturbaba; la oscuridad en el vestíbulo, densa, esponjosa e impenetrable. Paul no recordaba que aquellos cristales estuvieran tintados, pero debía de ser el caso, porque las farolas del exterior tendrían que haber sido capaces de iluminar el interior, y, sin embargo, no se veía absolutamente nada.

Ally llegó primero a la puerta de cristal y tiró de ella con determinación, pero no consiguió moverla. Paul ya estaba a su lado diciéndole que era lógico que estuviera cerrada y que debían largarse de allí, que la llamada había sido una maldita broma después de todo. Pero ella no lo escuchaba; le pegó un par de patadas a la puerta e intentó escudriñar el interior pegando el rostro al cristal y haciendo visera con las manos. Cuando se dio por vencida, se sentó en uno de los escalones para recuperar el aliento. Paul la acompañó y le pasó un brazo por la espalda.

—Ese coche tiene que ser de alguien —masculló Ally.

Paul abrió la boca para responder, pero un torrente de luz les cayó encima de imprevisto. Sus sombras se proyectaron sobre la escalinata, largas y dentadas. Se giraron al unísono. Ahora el vestíbulo estaba completamente iluminado. Ally fue la primera en ponerse en pie, correr hacia la puerta y abrirla, esta vez sin el menor esfuerzo.

Paul la siguió y enseguida reconoció a la directora —aunque hacía tiempo que no la veía—, y a Michael, que yacía acurrucado en el suelo. El grandullón que estaba junto a ellos le resultó vagamente familiar, y gracias al uniforme logró situarlo mentalmente: era el conserje.

—¿Qué haces aquí, Farris? —espetó Kathleen con voz firme.

—Michael me ha llamado —se limitó a responder el periodista.

La figura tendida contra la pared se removió.

Ally cruzó el vestíbulo en dirección a Michael. Kathleen le lanzó a Paul una mirada gélida.

—¿Y quién demonios es tu amiga y qué hace en mi escuela?

—¿Michael? —Ally se arrodilló junto al muchacho.

—Sí —respondió él en un susurro. El pelo de Ally caía sobre el de Michael, fundiendo ambos tonos cobrizos en uno solo.

—¿Por qué has llamado a Paul?

Michael hizo el amago de articular palabra, pero parecía demasiado débil.

—No se encuentra bien —intervino Kathleen—. Tenemos que llevarlo a casa ahora mismo. Tal vez deba verlo un médico. Siento que hayáis venido hasta aquí para nada.

—Por teléfono me dijo que tenía algo que decirme —dijo Paul.

Kathleen avanzó un par de pasos. Hacía tiempo que no se topaba con el periodista, pero recordaba sus modales a la perfección.

—Siento que hayas tenido que venir hasta aquí en mitad de la noche. Está claro que Michael no está bien, se ha desorientado y te ha llamado a ti. Todo ha sido una estúpida confusión.

—Directora Blake… —empezó Paul.

—Ya ha oído a la directora —lo interrumpió Judd, que hasta ese momento se había mantenido al margen. Su voz retumbó con la potencia de un trueno—. Será mejor que se largue. Usted y su amiga.

Paul repasó los rostros de cada uno de los presentes y se preguntó qué verían ellos en el suyo, porque lo cierto era que ni él mismo sabía lo que sentía en ese momento. No tenía la más remota idea de por qué Michael le había telefoneado, ni mucho menos por qué se había dejado arrastrar hasta la escuela.

Ally no se dejó amedrentar.

—No me pienso ir de aquí hasta escucharlo.

Michael alzó la cabeza. Sus ojos habían adquirido un aspecto vidrioso.

—No es necesario que digas nada, Michael. —Kathleen se acercó a él y le acarició el rostro—. Definitivamente tenemos que llevarte al médico.

La directora le apoyó la mano en la frente. Aguardó unos segundos.

—Debe de tener más de cuarenta de fiebre.

—Dios mío —susurró Ally.

—Hablaremos por la mañana —sentenció Kathleen—. Tienes mi palabra.

Fue en ese preciso instante cuando Michael empezó a sufrir espasmos. Su cuerpo se sacudía como si estuviera recibiendo una sucesión de descargas eléctricas, su rostro adquirió un tono violáceo y sus manos emergieron de debajo de la manta como ramas secas y temblorosas. Por un instante nadie supo cómo reaccionar.

Kathleen se arrodilló.

—¡Judd! ¡Necesitamos más mantas!

Lo más parecido que Paul había presenciado en su vida había sido el ataque epiléptico de su tío Ron, solo que el muchacho aún no había empezado a echar espuma por la boca.

—Farris le ha hecho algo a la puerta —soltó Judd de repente.

—¿Qué? —Kathleen ni siquiera se había dado cuenta de que el conserje se había acercado a la entrada.

—No puedo abrir la puerta —repitió Judd—. No está cerrada con llave, pero no cede.

Michael empezaba a calmarse en el suelo.

—¡Cómo que no se puede abrir! —Kathleen le dirigió una mirada inquisitiva a Paul, que se limitó a encogerse de hombros.

—Es como si alguien la estuviera empujando desde fuera —añadió Judd en su mejor intento por explicar lo que ocurría.

Paul dejó escapar un largo suspiro. La noche estaba adquiriendo unos tintes decididamente surrealistas. Su vista se desvió hacia el exterior a través del cristal y se topó con el reloj de pie, situado junto al camino de acceso. Marcaba las once y veinte, lo cual hizo que frunciera el ceño. Se había fijado en aquel reloj al subir las escalinatas de la escuela y estaba completamente seguro de que en ese momento también eran las once y veinte. Supuso que el maldito trasto podía estar averiado, pero algo en su fuero interno le susurró que la explicación era más complicada que eso.

17

El pasillo central, embaldosado en blanco y negro como el resto de las zonas de paso de la escuela, servía de acceso a la cafetería, al laboratorio y, más allá de las taquillas azules que se asignaban a cada alumno al inicio del curso, a la biblioteca. Al fondo había una puerta de cristal de doble hoja —como la de la entrada principal, aunque más pequeña— que ofrecía una vista magnífica de los jardines traseros. Desde allí podían verse los dos edificios satélites —el edificio Clayton y el edificio Parker—, el patio de recreo y una calle interna que utilizaban los autobuses escolares para recoger a los niños.

El edificio Clayton había sido la casa de la familia Woodward —fundadores de la escuela en 1845— y en la actualidad se utilizaba como guardería y parvulario. Era un lugar colorido y contaba con columpios y toboganes para los más pequeños. El edificio Parker, bautizado en honor a Jennifer Parker, directora de la escuela entre 1936 y 1956, era mucho más grande que la guardería y también más moderno. Estaba situado a la derecha y albergaba los cursos superiores de secundaria. También disponía de un laboratorio, un moderno anfiteatro y un aula de informática perfectamente equipada. Era el orgullo de la escuela.

Esa noche, junto a la calle interna que conectaba los dos edificios, había una hilera de farolas que hacía que los parches de nieve sin derretir resplandecieran como escamas. Más allá de los edificios, la iluminación artificial era escasa, pero la luna se encargaba de perfilar las copas desnudas de los árboles y de cubrir el césped con una fina película de celofán.

—Usted le ha hecho algo a las puertas —sentenció Judd Wilson por segunda vez.

Paul Farris y el conserje llevaban más de cinco minutos plantados frente al cristal de la parte trasera, observando en silencio.

—¿Me ha oído? —repitió Judd—. Usted le ha hecho algo a las puertas. Estoy seguro.

—¿Ah, sí?

—Claro. Usted aparece y entonces las puertas ya no se abren.

Judd volvió a acercarse a la puerta de cristal. agarró con ambas manos los tiradores de bronce y se inclinó hacia atrás para que sus más de cien kilos de peso tensaran sus brazos al máximo.

No ocurrió nada.

El conserje se alejó un metro de la puerta y se quedó mirándola sin comprender. Todas las puertas tenían un mínimo de holgura, y aquella no había sido una excepción en el pasado; sin embargo, ahora... no cedía ni un ápice. Era

como si se hubiera fundido con el marco. A Judd la idea le resultó estúpida. ¿Pero que otra cosa podía estar sucediendo? El periodista debía de tener un cómplice que había asegurado las puertas por fuera.

Judd paseó la mirada por los árboles a lo lejos, luego por el césped que asomaba entre la nieve y, por último, la fijó en el parque infantil: toboganes, columpios y esos modernos armatostes de acero y plástico que combinan varios juegos en uno.

—Usted tiene algo que ver con esto —insistió Judd, sin llegar a girarse.

—No veo cómo he podido hacer yo una cosa así. —Paul apenas era capaz de asimilar la situación, y mucho menos le apetecía ponerse a discutir con el conserje.

—Es como si alguien hubiera soldado las puertas a los marcos.

—¡Venga ya, Judd, no creerá que he soldado las puertas!

La mirada del otro dejaba claro que sí lo creía.

—Tú me has visto entrar. ¿En qué momento he podido soldar las puertas? Es ridículo.

—Alguien más ha podido hacerlo por usted.

Judd se giró y examinó el marco con detenimiento, sopesando esta nueva teoría. Los cristales estaban rodeados por un bastidor metálico que bien podría haber sido soldado al marco. No vio ningún indicio que lo confirmara, pero no se sorprendió: la soldadura tendría que haberse hecho desde fuera.

—¿Y por qué iba yo a mandar soldar las puertas de la escuela conmigo dentro?

Judd lo meditó unos segundos.

—No lo sé.

—Y otra cosa: ¿cómo es posible que no hayamos visto cuándo soldaban la puerta principal? Quiero decir, tú y yo hemos estado en el vestíbulo todo el tiempo.

Paul a duras penas podía creer que, unas horas antes, había estado en la barra de Tannen's y que la cascada de acontecimientos lo había arrastrado primero a un motel con una mujer a la que apenas conocía y, finalmente, a la escuela Woodward, donde el conserje lo acusaba de haberlos encerrado del modo más absurdo posible.

—Para mantenerlas cerradas no harían falta más que dos o tres puntos de soldadura —explicó Judd—. Mi tío Buford era soldador.

—Entonces sabes más de soldadura que yo. En ningún momento hemos visto a nadie ahí fuera.

—Eso no es cierto. Yo bajé un momento a buscar una manta para Michael.

—¿No crees que existe una explicación más lógica para todo esto?

—Espero que usted tenga una.

Paul soltó una carcajada incrédula.

—Esta conversación carece de…

Judd hizo callar a Paul con un ademán brusco.

—¿Lo oye? —La voz de Judd fue apenas un susurro.

—¿El qué?

—Shhh.

Paul aguzó el oído.

En medio de la quietud reinante, un murmullo lejano se hizo perceptible. Paul no logró determinar de qué se trataba, pero sí notó su cadencia constante. Sonaba como una voz repitiéndose una y otra vez.

—¿Qué es eso? —preguntó Paul.

—Creo que sé lo que es.

—¿De qué…?

Pero antes de que Paul pudiera terminar la frase, Judd se olvidó de él y salió disparado hacia la cafetería.

Paul se quedó solo.

18

Del techo de la cafetería colgaban una docena de lámparas, todas encendidas. Judd avanzó hacia la derecha, pasó junto a las máquinas expendedoras y notó, como temía, que sus luces interiores parpadeaban con insistencia; sabía de sobra que eran muy sensibles a los cambios de tensión. Sacó el manojo de llaves del cinturón y dio rápidamente con la adecuada. Al acercarse a la puerta metálica de la esquina, temió por un instante que también estuviera bloqueada, pero cedió sin problemas. Unos peldaños de madera descendían hasta perderse en la oscuridad del sótano. Judd dio unos pasos y se detuvo, haciendo que la madera crujiera bajo su peso. A su izquierda, pulsó el interruptor para encender las tres bombillas del techo.

El sótano estaba exclusivamente a su cargo. Como todo territorio prohibido, a los niños les resultaba fascinante, y era habitual ver a algunos merodeando la entrada para intentar echar un vistazo o incluso colarse. Circulaban infinidad de historias que ellos mismos se encargaban de difundir y adornar con detalles de su propia cosecha. La más popular hablaba de una niña fantasma que habitaba allí abajo; un cliché, en realidad, aunque muy pocos sabían que se basaba en un suceso real ocurrido poco antes de la tragedia del Aula 19.

Judd conocía los detalles a la perfección. Cuando ocurrió lo de Tamara Sommers, los padres de la niña atravesaban una crisis matrimonial y vivían separados. El día del incidente, simplemente olvidaron acordar quién iría a recogerla a la escuela. El fatal error salió a la luz al día siguiente, cuando el padre fue a buscar a la niña a casa de su exmujer. La policía activó de inmediato los protocolos de búsqueda, avisó a las radios locales e interrogó al entorno de Tamara. Nadie sabía nada de ella desde el día anterior.

A media mañana, una limpiadora bajó al sótano y descubrió el cuerpo sin vida de Tamara en un rincón. La versión oficial, orquestada al milímetro por los abogados de la escuela, sostuvo que la niña, al ver que sus padres no llegaban, se asustó y se escondió burlando al personal del centro. La escuela quedó libre de cargos y los padres mantuvieron un perfil bajo.

Judd se había encargado de difundir el rumor de que Tamara había muerto electrocutada en uno de los cuadros eléctricos. Aquello causaba un impacto tremendo entre los grupitos de niñas curiosas... su público predilecto.

Pero aquella noche, Judd tenía asuntos mucho más urgentes entre manos, que pensar en las historias de fantasmas de la escuela.

La causa del zumbido que había alertado a Paul y al conserje era el generador Caterpillar; concretamente, su motor diésel de 121 kilovatios que funcionaba a media potencia. Judd se rascó la cabeza, desorientado. El equipo, insonorizado para interiores, ocupaba gran parte del sótano dentro de una jaula

de malla metálica. Judd la rodeó hasta la puerta de acceso, custodiada por un cartel de peligro y un candado Master Lock de combinación. Lo abrió y entró.

La insonorización consistía en una carcasa metálica con dos portezuelas laterales abatibles hacia arriba. Al abrir una de ellas, el estruendo se multiplicó. El escape frontal canalizaba los gases hacia el exterior, aunque con escasa eficacia, pues Judd notó enseguida el tufo a combustible quemado.

Sacó la varilla medidora del depósito inferior, abrió la tapa y contuvo la respiración. En aquella zona, los apagones eran raros y breves. Además, como el generador saltaba automáticamente, solían pasar desapercibidos. Sin embargo, el conserje recordó que llevaba un mes posponiendo la revisión del nivel de gasoil. Ahora, en plena noche y con la directora en la escuela, aquello podía costarle un buen disgusto. Introdujo la varilla y la extrajo con aprensión.

Marcaba menos de un cuarto de depósito. Con suerte, tendrían energía para un par de horas, y solo reduciendo el consumo al mínimo.

Tiró la varilla al suelo y se frotó la nuca, buscando pensar con claridad. Mantener el generador abastecido era su responsabilidad

Tranquilízate, en menos de una hora todos se habrán ido y nadie notará que el generador está desabastecido.

Salió de la jaula dejándola abierta. En la pared opuesta, los cuadros eléctricos controlaban el suministro de las distintas zonas de la escuela. Al repasar las etiquetas se dio cuenta de algo inquietante.

Las farolas exteriores estaban encendidas. Era imposible, ya que el generador solo alimentaba las fases del interior. Ante un apagón general, las luces exteriores debían haberse apagado. No tenía ningún sentido.

La única explicación lógica era que el equipo se hubiera activado por error. Judd regresó a la jaula, abrió el panel de control manual y apagó el generador.

El motor enmudeció con un quejido sordo, arrastrando consigo la luz de las bombillas del sótano.

Judd se quedó a oscuras y en silencio.

Se había equivocado. El corte de luz era real. Ya buscaría más tarde una explicación para el alumbrado exterior, pero ahora mismo había dejado a oscuras toda la escuela. La directora exigiría respuestas, así que se apresuró a encender el motor de nuevo.

Una vez asegurado el suministro, se plantó frente a los cuadros eléctricos y bajó los diferenciales para cortar los circuitos en las zonas prescindibles. Desactivó toda la planta superior y parte de la baja. Al racionar la energía, Kathleen no notaría la falta de combustible. A la mañana siguiente rellenaría el depósito a primera hora y listos.

La directora, el periodista y su amiga, y por supuesto el retrasado, los cuatro estarían de camino a casa en menos de media hora. No había motivos reales para preocuparse.

Por primera vez en toda la noche tuvo claras sus prioridades. Al cuerno con el generador. Cruzó a zancadas hasta la puerta del extremo opuesto y se adentró

en la sala de la caldera: un mastodonte negro alimentado por un amasijo de tuberías y válvulas aparatosas. A la derecha, una puerta pequeña daba acceso a su apartamento, hundido en las entrañas de la escuela: su verdadero lugar en el mundo.

Entró directo a su habitación.

Una cama y un armario antiguo dominaban el cuarto. La única ventilación era un ventanuco rectangular en lo alto de la pared, que ofrecía una vista de los jardines traseros a ras de césped. Judd confirmó a través del cristal lo que ya sabía: las farolas seguían encendidas. Quizá una de las fases del edificio se había averiado, pensó; era una explicación razonable que ya investigaría más tarde. Su urgencia ahora era salir de allí, y aquel ventanuco elevado parecía tener la llave del problema.

Él mismo había cubierto el cristal con una lámina tintada para evitar miradas indiscretas, lo que le permitió decorar la pared a su gusto: primero con un póster de Yasmine Bleeth, y luego con otro de Silvia Saint. Como él mismo alimentaba la leyenda de la niña fantasma, el ventanuco despertaba el morbo de los críos, que solían arremolinarse fuera con la esperanza de atisbar algo. De vez en cuando, Judd paseaba una linterna por detrás para mantener el mito vivo y asegurarse su fiel público de mirones.

Su predilección eran las niñas de segundo o tercero. En ocasiones se reunían frente a la ventana y observaban, probablemente con la esperanza de ver a la niña fantasma, y simplemente permanecían allí, arrodilladas o sentadas, conversando unas con otras. Judd solía desnudarse despacio, observando sus piernitas delgadas, sus muslos blancos y las braguitas multicolor.

Masturbarse frente a los rostros de niñas expectantes y risueñas constituía su pasatiempo predilecto, incluso mejor que las visitas nocturnas al despacho de la directora.

El zumbido constante del generador lo devolvió al presente. Tenía que actuar. Se acercó al armario, apartó una chaqueta con la palabra SEGURIDAD a la espalda y cogió lo que buscaba: su bate de béisbol.

Lo había llevado a la escuela como medida preventiva. Era un arma de defensa estupenda y menos llamativa que su revólver, que casi nunca sacaba de la habitación.

Se plantó bajo la ventana. Alzó el bate tras la nuca, afianzó el agarre, flexionó las rodillas y entrecerró los ojos. Sintió cierta lástima por tener que romperlo, pero ya pondría un cristal nuevo y otra lámina oscura más adelante. La prioridad era escapar. Quienquiera que estuviese detrás de aquel encierro, seguro que había pasado por alto el ventanuco. En unos segundos, Judd lo haría añicos y acabaría con aquella locura.

Golpeó con todas sus fuerzas.

El cristal ni se inmutó. El bate rebotó como si hubiera impactado contra un muro de hormigón armado. El dolor le subió por los antebrazos y le estalló en los hombros, obligándole a soltar el arma con un grito ahogado. Miró la ventana,

incrédulo. Era imposible. El de la puerta principal sí era un cristal de seguridad, pero aquel era corriente; un impacto semejante debería haberlo hecho pedazos.

Judd recogió el bate del suelo y arremetió de nuevo. Esta vez no fue un solo golpe, sino dos, tres… media docena.

El cristal seguía completamente intacto.

19

La muerte de un ser querido trae consigo un dolor irreversible.

Ally lo descubrió cuando tenía seis años, una calurosa tarde de junio.

Su madre había ido al supermercado a comprar los ingredientes para hacerles una tarta. Ally bebía té helado y dibujaba. Desde muy pequeña había demostrado un talento formidable para el dibujo y el canto, y en ese momento estaba retratando a toda la familia en un día de playa ante la mirada asombrada de Joe, su padre. La niña no había visto el mar salvo en las películas, pero eso no le supuso ningún problema. Mientras deslizaba la cera con precisión, explicó que las zonas en blanco eran la espuma de las olas al romper. Joe le había prometido que el verano siguiente irían a la playa; las cosas empezaban a ir mejor y podrían permitirse el gasto. Joe no sospechaba que en apenas unos minutos, un policía se presentaría en su puerta para informarle de que su mujer había muerto. Ally no conocería el mar hasta los dieciséis.

A la izquierda del dibujo había una palmera torcida con tres cocos. La familia posaba junto a ella, todos en bañador y con amplias sonrisas. Joe y Beth se daban la mano bajo un sol amarillo perfecto. Cuando Ally terminó de dibujar a sus padres, contempló la obra un buen rato. Joe observó en silencio cómo la pequeña dejaba la cera celeste y cogía una azul oscuro para añadir, con absoluta concentración, el detalle que faltaba: la caja de herramientas que él usaba a diario en su trabajo de fontanero.

Satisfecha con el retrato familiar, Ally echó mano de las ceras grises para dibujar lo más importante, algo que, según ella, había dejado para el final. Al otro lado de la palmera, dibujó la furgoneta nueva de la familia. Esta vez Joe se quedó boquiabierto. La destreza de la niña al reproducir el vehículo era asombrosa; la perspectiva, para empezar, era perfecta, y aunque él no era ningún experto, estaba seguro de que los niños de seis años no dominaban el sentido de la tridimensionalidad.

Fue en ese preciso instante cuando el agente Foley llamó a la puerta. Ally estaba retocando la copa del árbol cuando el timbre los interrumpió.

Joe abrió pensando que sería Beth, que se habría olvidado las llaves.

Pero era el agente Foley, con el rostro más tenso que la cuerda de un arco.

Mire, señor… veo que está dibujando con su hija. Un dibujo precioso, de verdad. Supongo que estarán esperando a su mujer y que ella iba a prepararles una tarta. Lo sé porque la acaban de encontrar en la puerta del supermercado y he visto los ingredientes desparramados. Le aconsejo que se vaya olvidando de esa tarta.

Al ver al policía, Joe pensó de inmediato que le habían robado la furgoneta, pero un vistazo rápido a la derecha le confirmó que seguía aparcada en su sitio.

Resulta curioso lo limitado que puede ser a veces nuestro cerebro a la hora de imaginar *lo peor*.

Me temo que su mujer ha fallecido. Y después, el clásico: Lo siento muchísimo.

Ally estaba arrodillada en la silla, dando los últimos retoques a su dibujo. Desde allí no pudo oír lo que hablaban el policía y su padre, pero sus rostros le dejaron claro que algo iba terriblemente mal. Se bajó de la silla a duras penas y se quedó de pie junto a la mesa. Sujetaba una cera verde entre el pulgar y el índice de la mano derecha, un detalle insignificante que recordaría nítidamente años después. A sus seis años, la idea de perder a sus padres por supuesto ni siquiera entraba en sus esquemas, por lo que aquel aprendizaje rápido de *asíeslavidaaveces* se le quedó grabado para siempre. Con algunas distorsiones lógicas por la edad —el agente Foley no podía ser tan alto como un árbol ni tener la cara plana como una tabla—, el instante se grabó a fuego. Vio a su padre retroceder hasta desplomarse en el sillón, cogerse la cabeza entre las manos y clavar la mirada en el suelo. Al cabo de un rato, Joe la miró de reojo, como si por un instante hubiera olvidado que ella estaba allí.

Ally no conocería los detalles de la historia hasta varios años después. La versión edulcorada de que su madre había subido al cielo en una nube para tocar el arpa con los ángeles se fue desvaneciendo a medida que Joe reunió el valor necesario para contarles la verdad. No fue hasta los quince años cuando Ally encajó todas las piezas del accidente.

Beth salió del supermercado de la calle Barckley sobre las tres de la tarde. Llevaba una bolsa de papel con huevos, harina, mantequilla y galletas. Dos testigos confirmaron que también llevaba su bolso, un modelo de asa larga que llevaba cruzado a modo de bandolera. Cruzó la calle en diagonal hacia el Chevrolet, aparcado a menos de veinte metros en la acera de enfrente, tras comprobar que no venía ningún coche. La señora Babs, una de las testigos, había intercambiado un par de palabras con Beth justo antes de que cruzara. La anciana, que iba a hacer sus propios recados, le contó al agente Foley con lágrimas en los ojos, que un rugido ensordecedor rompió la quietud de la tarde. Al girarse, vio aparecer una moto de gran cilindrada a toda velocidad.

En la moto iban dos jóvenes. Ni la señora Babs ni la otra testigo —una chica larguirucha que apenas pudo articular palabra por el shock— lograron aportar muchos datos sobre ellos. Solo que eran corpulentos y de piel blanca. Nada más.

Nunca los atraparon.

El raquítico expediente por homicidio apenas contenía un par de declaraciones y una breve descripción de los hechos, elaborada a partir de los testimonios de Babs y de la chica larguirucha. El informe concluía que los dos hombres de la moto estaban esperando a Beth, o a cualquier otra víctima

potencial, para darle el tirón. Cuando la moto se le echó encima, ella soltó instintivamente la bolsa de la compra y se aferró a la correa del bolso con ambas manos. El copiloto se estiró y agarró el bolso por detrás. Al acelerar el conductor, Beth giró sobre sí misma y fue arrastrada unos metros por el copiloto, que, al ver que no lograba arrebatárselo, lo soltó. Beth cayó a plomo contra el asfalto, con el bolso aún cruzado en el pecho, y fue precisamente la correa lo que se enganchó en uno de los intermitentes traseros de la moto. El copiloto le gritó algo a su compañero, pero no quedó claro si le pedía que frenara o que acelerara a fondo.

El rostro de Beth impactó de lleno contra los radios cromados de la rueda trasera y, literalmente, se hizo pedazos. En el informe de la autopsia el forense fue tajante: facciones irreconocibles.

20

Ally caminaba por el pasillo del ala Este cuando se fue la luz. Pensó que, si aquello no era una señal de que lo que estaba a punto de hacer era una estupidez, nada conseguiría disuadirla. Las paredes reflejaban un leve resplandor proveniente del vestíbulo, y no se movió hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra.

Tenía una necesidad imperiosa de ver el aula 19 con sus propios ojos. Alejarse de Paul y de la directora —a quien por otro lado era evidente que no le había caído en gracia— fue sencillo pues se habían quedado enfrascados en una discusión de qué hacer a continuación.

Junto a la puerta del aula estaba la placa conmemorativa. Tuvo que acercarse para poder leer el texto en bajorrelieve sobre el bronce:

A LA MEMORIA DE NUESTROS HIJOS
5 de noviembre de 1993

Más abajo estaba la lista de nombres. Ally los repasó uno a uno, hasta el final. Luego se centró en uno de ellos.

MICHAEL L. BROWN

Contempló el nombre con resignación. Aún no le había hablado a Paul de su hermano, pero sabía que pronto tendría que hacerlo.

Abrió la puerta y tuvo que esperar casi un minuto para que los contornos de la habitación se dibujaran ante ella. Arrastró uno de los pupitres más cercanos para bloquear la puerta; de lo contrario, el brazo hidráulico la habría cerrado a sus espaldas. Si había algo que no quería bajo ningún concepto era quedarse encerrada en el Aula 19.

Avanzó unos pasos y se detuvo en el centro, como un maestro novato frente a una clase llena de niños expectantes. Solo que ahora los pupitres estaban vacíos. Se preguntó si el aula seguiría en uso —supuso que no—, pero había detalles que la desconcertaban. En las paredes, por ejemplo, colgaban pósteres del sistema solar, del cuerpo humano y de la fotosíntesis; todos lucían amarillentos y con las esquinas raídas. La idea de que llevaran allí desde la época de la tragedia era absurda, pero aun así le dedicó unos segundos antes de descartarla. Estaba prácticamente a oscuras en una escuela desierta... era lógico que hasta la idea más descabellada se ganara cierto margen de duda.

Otro detalle que le llamó la atención fueron las dos pizarras del frente. Eran verdes, de tiza. Hacía años que no veía una de esas, y habría apostado lo que

fuera a que una escuela tan moderna como la Woodward las habría renovado hacía tiempo.

Ally respiró hondo. Creyó percibir un ligero olor a encierro, aunque bien podía ser fruto de su imaginación. En cualquier caso, olvidaría ese detalle enseguida por lo que ocurrió a continuación.

La experiencia duró menos de dos minutos. Primero fue un chirrido a sus espaldas que le puso el corazón en un puño. No le había dicho a nadie que iba al Aula 19, pero alguien debía de haberlo adivinado —probablemente Paul— porque la puerta empezó a cerrarse. Se giró, pero no vio al periodista, sino una franja de luz que se estrechaba hasta desaparecer.

Sabía que había colocado un pupitre haciendo tope. Recordaba incluso haber pensado que pesaban más de lo que parecía, por lo que era imposible que el mecanismo de la puerta lo hubiera vencido por sí solo. Estaba a oscuras. La única fuente de luz era el ventanal que daba al exterior, por el que debería filtrarse el resplandor de las farolas; sin embargo, apenas era un rectángulo grisáceo y opaco. Sus intentos por distinguir el pupitre junto a la puerta fueron en vano. Instintivamente, estiró los brazos.

—Hola —dijo con un tono lo bastante alto como para que el eco de su propia voz la asustara.

Nadie respondió. Aunque cabía la posibilidad de que alguien hubiera cerrado desde fuera, no se atrevió a gritar más fuerte. Dio un par de pasos a ciegas, con los brazos por delante, como un zombi de película de serie B.

Fue entonces cuando sonó la primera voz en el Aula 19. Surgió a sus espaldas, a menos de dos metros. La voz de un niño. Un murmullo casi ininteligible.

Ally ahogó un grito. Se giró de golpe, preguntándose si había sido real o una mala pasada de su mente, aunque sabía la respuesta. Había sido tan real como el sudor frío que le perlaba la frente o la parálisis que se apoderó de ella. No recordaba haber sentido un terror tan primario desde que era pequeña y tenía pesadillas con su madre muerta.

Giró sobre sí misma en la oscuridad, buscando desesperadamente el rectángulo de la ventana o el cristal translúcido de la puerta. Había sido una idiota al entrar sin linterna. Ya sabía lo del apagón antes de llegar, no tenía excusa.

El cristal de la puerta era su única referencia, su único nexo con la realidad. Si lo perdía de vista, quedaría a merced de lo que fuera que se ocultaba en aquella oscuridad. Tenía que salir de allí cuanto antes. Más tarde, armada con una buena linterna, ya se lo pensaría dos veces antes de volver. Podía aceptar que la voz fuera una alucinación por el cansancio, pero lo de la puerta cerrándose sola era otra historia. Dio dos zancadas hacia la salida cuando la voz se repitió, esta vez más fuerte y justo delante de ella. Ally se frenó en seco, como si hubiera chocado contra un muro invisible, retrocedió, trastabilló y cayó de costado. Se golpeó el estómago con fuerza, probablemente contra un pupitre de la primera fila. El dolor fue intenso, pero averiguar qué lo había causado no era su prioridad. La voz sí lo

era. Era de un niño, sin duda, aunque Ally solo logró distinguir unas cuantas palabras sueltas sin sentido.

A esa voz se sumó la de otro niño, y luego media docena más. También distinguió voces de niñas. Miró a su alrededor, frenética. No veía nada, por supuesto, pero las voces estaban ahí, rodeándola, acorralándola. Intentó ponerse en pie, pero no pudo; y no por el golpe en el estómago, lo cual habría sido fácil de gestionar. No podía moverse porque los músculos no le respondían. Al intentar apoyar las manos en el suelo, se dio cuenta de que le temblaban de forma incontrolable.

La puerta.

La puerta, pensaba con un último hilo de cordura. Quería ponerse recta, gritarles a las voces que se callaran; pero era imposible hilar una idea coherente en medio de aquella maraña de murmullos. Entonces vio el rectángulo de luz, o más bien apareció de la nada frente a sus ojos. Las voces bajaron de volumen hasta extinguirse, como si alguien hubiera girado la rueda de la radio, decidiendo que la función había terminado.

Se puso en pie. Al dolor de estómago se sumaron millones de agujas clavándose en su rodilla derecha. Avanzó a duras penas, recuperando la movilidad poco a poco y agradeciendo el silencio. Logró orientarse hacia la puerta, esta vez con los brazos por delante para no volver a chocar. Al abrir, no pudo evitar mirar por encima del hombro. En la pizarra más cercana, escrita en enormes letras de tiza, se leía una palabra: «GUN», PISTOLA.

Era evidente que eso no estaba ahí cuando entró. Había algo más escrito en la pizarra del fondo, pero la escasez de luz le impidió leerlo. Tampoco le importó demasiado. Soltó la puerta con resignación y el mecanismo hidráulico la cerró a sus espaldas.

El pasillo seguía en penumbra. Aceleró el paso tanto como le permitió la rodilla. Avanzaba con la vista clavada en el suelo, luchando contra el recuerdo reciente de lo que acababa de vivir, cuando una figura surgió del Aula 16 y le cortó el paso.

Ally gritó. Paul tuvo que forcejear con ella para intentar calmarla.

21

Ally se quejaba de un golpe en la rodilla mientras cojeaba en dirección al vestíbulo, acompañada por Paul. Michael seguía recostado contra la pared, con la directora arrodillada a su lado.

Kathleen levantó la vista. Les dirigió esa mirada severa que reservaba para los alumnos a punto de recibir una buena reprimenda.

—Veo que la has encontrado.

Paul iba a responder cuando Judd irrumpió como un vendaval, bate en mano y con los ojos inyectados en sangre. En su enorme mano izquierda sostenía tres linternas apagadas con una facilidad pasmosa, como si un niño agarrara sus lápices de colores. Por primera vez, Paul fue plenamente consciente del tamaño descomunal del conserje.

—Judd, ¿qué ocurre? —preguntó Kathleen.

Judd dejó las linternas en el suelo y clavó la vista en la puerta principal. Todos siguieron la dirección de su mirada, pensando que tal vez había visto algo ahí fuera, pero el exterior seguía inmerso en un perturbador manto de quietud.

—Esto es lo que ocurre, directora Blake —masculló Judd sin apartar la mirada del acceso.

Empuñó el bate con la derecha y avanzó en actitud desafiante. A escaso metro y medio, arremetió contra la puerta con la fuerza de un animal rabioso. El cristal se astilló, pero no cedió. Una telaraña blanquecina resistió los salvajes y repetidos golpes del conserje.

Fue Kathleen quien logró frenarlo.

—¡Basta ya! —le ordenó— ¿Te has vuelto loco?

—Es culpa de ellos —escupió Judd.

—¿De quiénes?

—De ellos. —Judd se giró y apuntó con su índice rechoncho hacia Paul y Ally, que retrocedieron un paso como si hubieran sido empujados.

Kathleen se puso en pie, le exigió al conserje que se calmara y que explicara qué demonios pasaba. Él le habló del ventanuco de su habitación y del resto de puertas exteriores; aseguró haber comprobado también casi todas las ventanas de la primera planta y no había podido abrir ninguna. Y luego estaba el asunto de la electricidad, añadió Judd, que se había cortado en toda la escuela dejándolos a merced del generador.

—Apuesto a que no sabían que teníamos uno —remató.

Paul suspiró. Había que tomar decisiones y enfrentar la realidad, por más descabellada que fuera. Estaban agotados y no podían salir de la escuela ni comunicarse con el exterior. Los fijos estaban muertos y los móviles no tenían

cobertura. Esto último era lo más desconcertante: un fallo en la línea telefónica entraba dentro de lo normal, pero ¿por qué no había señal en los móviles?

—He cortado la corriente en gran parte de la escuela —anunció Judd, señalando las linternas del suelo. Eran modelos baratos que parecían de juguete comparados con el que colgaba de su cinturón.

En silencio, cada uno cogió la suya. Michael fue el único que ni se inmutó, completamente ajeno a la conversación.

Kathleen le ordenó al conserje que fuera a por unas colchonetas de gimnasia y las llevara a la biblioteca. Michael no podía seguir tirado en el suelo de aquella manera. Era el único que quizás necesitaba algún tipo de asistencia y tal como estaban las cosas en ese momento no iban a ser capaces de proporcionársela.

22

Los folletos promocionales de la escuela Woodward siempre incluían una fotografía de la biblioteca. Cualquier padre querría que su hijo estudiase en aquel recinto amplio, de techos altos y con una vistosa cúpula de cristales de colores que durante el día bañaba el interior de luz natural. Unos ventanales ofrecían una agradable vista al patio, donde el jardín brindaba la tranquilidad ideal para estudiar, leer o cumplir las horas de castigo, siempre bajo la atenta mirada de la señora Thatcher, la anciana bibliotecaria a la que los alumnos apodaban Miss Serious.

Otro de sus atractivos era un altillo en forma de media luna que abarcaba la mitad de la sala. Frente a la entrada se agrupaban unas mesas redondas rodeadas de estanterías con los libros de consulta, esos que los niños podían hojear o coger sin pedir permiso. Para acceder a los otros libros, celosamente custodiados por Miss Serious en el altillo, no resultaba tan fácil. Había colecciones de clásicos, obras con ilustraciones de renombre y volúmenes de mediados de siglo. La anciana los llamaba «tesoros».

A la derecha se alzaba un mostrador de madera largo y robusto. Tras él solía patrullar la señora Thatcher, deambulando de un lado a otro como un pato de feria de hojalata en la prueba de tiro al blanco. Su edad era un misterio. Aparentaba unos setenta años, pero llevaba exactamente igual una o dos décadas, según a quién se le preguntase. Bastaba con echar un vistazo a las fotografías que decoraban la biblioteca y en casi todas aparecía la inalterable Miss Serious, con sus gafas redondas y su pelo canoso recogido en un moño. En algunas su sonrisa resultaba espeluznante, casi fantasmal. En aquellas fotos los maestros envejecían o desaparecían, pero Gertrude Thatcher permanecía idéntica, como si hubieran recortado su rostro de una sola imagen para pegarlo en las demás. Su costumbre de colocarse siempre al fondo, asomando apenas como una intrusa, no hacía más que acentuar su aura espectral.

En cualquier caso, se había ganado el respeto general. Su dominio se limitaba a la biblioteca, pero allí infundía más terror que la mismísima directora Blake. Una sola mirada suya bastaba para dejar a un crío paralizado, como una cucaracha sorprendida en la cocina en plena noche. Su apodo no era casual. Verla sonreír constituía un suceso tan improbable como un eclipse solar.

La biblioteca era demás el objeto de uno de los retos más populares de la escuela: colarse en el altillo y esconderse el mayor tiempo posible. El mayor obstáculo era que la anciana casi nunca abandonaba su puesto. A diferencia de los profesores, que comían en la sala de profesores o en la cafetería, ella no almorzaba. A veces la veían comiendo una manzana o una barra. Solo se ausentaba para ir al baño. En esos breves lapsos, su ayudante Michael se quedaba al mando, ofreciendo la oportunidad perfecta.

El récord absoluto de permanencia lo ostentaba Tommy Lomax: casi ocho horas. Tommy gozaba de un prestigio legendario por proezas como lanzarle un refresco a la directora, trepar a lo alto de una palmera y, por supuesto, su hazaña en la biblioteca. Para lograrlo, se coló a primera hora. Su ausencia desató el pánico; tras una búsqueda por toda la escuela se avisó a sus padres y a la policía. El revuelo fue monumental. Algunos críos conocían su plan pero guardaron el secreto. Tommy apareció a última hora, alegando que se había sentido mal y no recordaba dónde había estado. Nadie se lo tragó, pero fue imposible rebatir su coartada.

—¿Dónde lo dejamos? —gruñó Judd.

Paul y él cargaban a Michael, todavía envuelto en la manta. Ninguno de los dos tenía tan claro por qué el joven estaría mejor allí en la biblioteca que en el vestíbulo.

—Ahí estará bien —indicó Kathleen, señalando un rincón.

La directora traía dos colchonetas. Avanzó entre las estanterías y las depositó en el suelo.

—Michael estará más tranquilo.

—Vale, lo que usted mande.

El conserje depositó a Michael sobre las colchonetas. El muchacho dormía ahora profundamente.

—Yo me quedaré arriba en el altillo—anunció Kathleen—.

Todavía no habían enfrentado el problema de manera realista. Era obvio que nadie iba a poder dormir considerando que estaban encerrados en la escuela sin poder salir. Había un consenso generalizado de que cuando amaneciera verían todo eso de otra manera. Debía de existir una explicación. La gente no se queda encerrada en un sitio tan grande como una escuela sin una razón lógica.

Los tres se dispusieron a salir de la biblioteca. A ninguno se le ocurrió mirar atrás, pero de haberse girado habrían descubierto a una niña de pie en el altillo, aferrada a la barandilla de madera con ambas manos.

23

Ally y Paul estaban solos en el vestíbulo, sentados en un escalón frente a la puerta principal.

—¿Por qué está todo tan tranquilo? —murmuró Ally más para sí que para él.

No habían hecho más que formularse la misma pregunta desde que se habían quedado encerrados.

El camino privado era un amplio acceso asfaltado que partía de la carretera 26 y atravesaba doscientos metros de jardines hasta una rotonda frente al edificio, desde donde nacían los desvíos hacia los pabellones Parker y Clayton. El reloj de pie, situado junto a la rotonda, estaba definitivamente estropeado; Paul comprobó que seguía marcando la hora de su llegada. Su mirada vagó sin rumbo por las mesas de madera diseminadas por el jardín hasta clavarse en su propio Ford, aparcado en silencio.

—Ally, sé que has ido al aula 19 por lo de tu hermano.

Ella se limitó a asentir.

—¿Quieres hablar de ello?

Ella lo miró durante unos largos segundos. Pareció debatir internamente si aquella sería una buena idea o no.

—Se llamaba Michael —dijo Ally finalmente—. Michael Brown. ¿Lo recuerdas de tu investigación?

A Paul le sonaba. Había indagado sobre cada uno de los niños fallecidos en la tragedia para incluir breves reseñas en sus artículos, pero no consiguió recordar nada concreto de Michael Brown.

—Recuerdo el nombre —admitió.

—Tras la muerte de mi madre, mi hermano mayor fue mi gran apoyo. Ya sabes, con seis años no asimilas la pérdida de un ser querido, y menos la de tu propia madre. Los hermanos mayores son una especie de Dios todopoderoso.

—No tengo hermanos. Siempre lo he lamentado.

—Me aferré a él como no te imaginas. Cuando mi madre murió atropellada por esa moto, un policía se presentó en casa para darnos la noticia. Yo estaba allí. Acabábamos de comprarnos una furgoneta nueva y todo parecía perfecto. Es increíble que pueda recordar aquel día con tantísimo detalle, pero así es.

Ally mantenía la vista clavada en algún punto del jardín. Fuera, un frío manto lunar lo envolvía todo, apenas salpicado por los conos de luz blanca de tres o cuatro farolas. Siguió hablando con una cadencia hipnótica, como si soñara despierta…

Mickey fue un pilar fundamental para Ally a la hora de afrontar la muerte de Beth. No es que su padre no lo intentara, pero para Joe la pérdida de su mujer fue un golpe tan devastador del que nunca llegó a recuperarse del todo. Jamás volvió a ser el mismo. Si cada mañana sacaba fuerzas de flaqueza para ir a trabajar y llevar a duras penas el pan a casa, era única y exclusivamente porque tenía dos hijos que dependían de él. Nunca fue un hombre de quejarse o de exteriorizar su dolor; Joe prefería librar sus batallas en silencio contra sus propios demonios.

Ally, en cambio, siempre necesitó hacer preguntas en voz alta, gritarle sus verdades al mundo. ¿Por qué el señor de la tele no me contesta? ¿Por qué la señora Babs tiene tantos gatos? ¿Por qué mamá se ha ido al cielo? Y Mickey siempre estaba ahí para escucharla y responder, dentro de sus posibilidades.

Joe tenía una hermana en New Hampshire a la que de buenas a primeras Ally y Mickey empezaron a visitar a menudo.

La tía Lorraine había enviudado a la inusual edad de treinta y cinco años, y su primera decisión para encauzar su nueva vida fue vender su piso en la ciudad y comprar una parcela en el lugar más recóndito que encontró. Así fue como se hizo con diez hectáreas y una casa destartalada en Merrimack. Lorraine se apañaba con un pequeño generador para tener luz y tenía que conducir más de veinte kilómetros para conseguir una bombona. Sacaba el agua de un pozo y la filtraba ella misma. Se alimentaba de lo que cultivaba en su huerto y de los animales que criaba. ¡Ah, y estaban las orquídeas! Esa era su gran pasión. Cultivaba una variedad increíble y les dedicaba buena parte de su tiempo. Siempre que podía, las intercambiaba en el pueblo o bajaba a la ciudad para venderlas. Todo el dinero que sacaba de las flores lo reinvertía en ellas, o en sus sobrinos.

A los niños les encantaba ir a verla. En contra de lo que cabría esperar, la falta de televisión o de comida basura no parecía importarles lo más mínimo. Aquellas diez hectáreas de terreno salvaje eran el patio de recreo perfecto para ambos. Corrían a sus anchas, construían casas en los árboles o se inventaban juegos que los mantenían absortos durante horas. Lorraine les preparaba el desayuno, a base de pan recién horneado y mermeladas caseras, les servía un buen vaso de leche a cada uno y solían charlar un rato antes de salir a jugar.

Una de sus excursiones favoritas era la visita al camión abandonado. La única norma inquebrantable para ir hasta allí era avisar antes a Lorraine. El camión, un armatoste prehistórico devorado por la maleza desde vete a saber cuándo, estaba casi en el límite de la finca. Para llegar, tenían que caminar más de medio kilómetro y vadear un riachuelo. Además, debían ir embadurnados de repelente de mosquitos y con el calzado adecuado. Aunque Lorraine solo se había topado con serpientes en un par de ocasiones, siempre les advertía: si veían una, tenían que dar media vuelta de inmediato.

La gracia de la aventura consistía en buscar rutas alternativas. Normalmente, Mickey iba abriendo camino con un palo para apartar las zarzas. Ally lo seguía de cerca, también armada con una rama y cargando con una tartera

llena de provisiones. Para Ally, el momento cumbre era cuando paraban a repostar. A veces lo hacían tan cerca de la casa que resultaba cómico, pero Mickey se tomaba la expedición muy en serio, y Ally, que le imitaba en todo lo que podía, no iba a ser menos.

Lorraine estaba tranquila porque sabía que los niños no corrían peligro. La finca estaba vallada y confiaba en que no intentarían saltarla. Además, la casa estaba construida junto a un álamo gigantesco, visible desde cualquier punto. Para volver a casa, los niños solo tenían que caminar hacia el álamo. Era un truco que Lorraine le había enseñado a Mickey por ser el mayor. Para Ally, que ignoraba el secreto y que a sus seis años no tenía ni idea de lo enormes que eran las tierras de su tía, el don de su hermano para guiarlos siempre sanos y salvos de vuelta a casa le parecía pura magia.

Una vez que daban con el camión, tampoco había mucho que hacer salvo quedarse allí un rato y emprender el regreso. La vieja carrocería estaba volcada de lado y no era más que un amasijo de hierros oxidados. Nunca se quedaban más de media hora y deshacían el camino con los rayos oblicuos del sol de la tarde.

A Ally le solían entrar los nervios en el último tramo. Era pequeña y su valentía tenía un límite. Lo que más le gustaba de su hermano era que, cuando eso pasaba, nunca se burlaba de ella. La tranquilizaba diciéndole que enseguida llegarían a casa, que la tía Lorraine los estaría esperando con la merienda, que les leería o les contaría un cuento y que todo iría bien.

Mickey nunca se equivocaba. Ally confiaba ciegamente en él.

24

—Siempre supe que mi hermano era especial —dijo Ally—, pero con el tiempo comprendí cuan especial realmente era.

A Paul le sorprendió su capacidad narrativa.

Ally hizo una pausa para encender un cigarrillo. Constató con resignación que sólo le quedaban dos. Aspiró hondo y expulsó el humo hacia el techo, formando una nube arremolinada sobre sus cabezas.

—¿Te importa que te hable de esto?

—Claro que no.

—Me hace bien hablar de Mickey. Las visitas al camión abandonado no eran nuestro pasatiempo favorito...

La verdadera atracción era capturar insectos para la colección de Mickey.

La ventaja de los insectos muertos era que se conservaban con poco esfuerzo. El único enemigo eran las bacterias, y Mickey las combatía eficazmente dejando un par de bolitas de naftalina. Al secarse, los cuerpos se deshidrataban y endurecían. Luego los clavaba con un alfiler en tablas forradas de tela blanca y los etiquetaba: orugas, arañas, saltamontes y escarabajos. Había dejado de cazar mariposas por exigencia de Ally, que lo amenazó con no acompañarlo más en las travesías.

Durante las expediciones revisaban las trampas: tarros de cristal enterrados a ras de suelo con fruta podrida como cebo, y también examinar rocas, cortezas o troncos podridos.

Solían avanzar usando ramas para apartar la maleza. Llevaban guantes de goma para levantar piedras pesadas. A Ally le incomodaban los enormes guantes de su tía Lorraine, pero eran innegociables si quería ir con su hermano; debían evitar a toda costa las dolorosas picaduras.

Con el tiempo, cada uno desarrolló sus preferencias. Para Ally, encontrar una oruga era una fiesta, aunque le daba pena que su hermano las matara. Al ser ciegas e inofensivas atraparlas resultaba facilísimo.

Mickey, por su parte, acabó perdiendo el interés por los «bichos tontos». Solo los conservaba porque a su hermana le gustaban y eran los únicos que le dejaba atrapar. Cuando daban con una oruga, Ally era la encargada de meterla en el tarro con cuidado. Él la felicitaba revolviéndole el pelo como hacían los adultos.

El verdadero desafío eran las arañas. Mickey se había vuelto un experto capaz de distinguir las comunes de las raras. A las vulgares zancudas ni las miraba, pero de vez en cuando se topaban con algún espécimen temible. Si Ally la descubría, pegaba un grito y se escondía tras él. Las arañas no eran estúpidas: podían atacar o huir en milésimas de segundo. La clave era quedarse quieto y

estudiarlas mientras ellas hacían lo mismo con sus decenas de ojos. Como el objetivo era disecarlas, aplastarlas con el zapato no servía. Si la araña huía, había que cortarle el paso con una rama o el guante hasta obligarla a detenerse y ponerle el tarro encima.

Una vez acorralado el bicho, había dos formas de matarlo. La habitual era pasarlo al tarro de captura, que contenía algodones empapados en alcohol o disolvente. En cuestión de segundos, el insecto se atontaba y moría. Mickey le juraba a Ally que no sufrían en absoluto.

Sin embargo, a veces ese método era arriesgado. Traspasar a una araña enfurecida a otro recipiente era peligroso; odiaban el cristal, quizás porque se veían reflejadas infinidad de veces con sus múltiples ojos.

Para esos casos existía una alternativa. Ally la había bautizado «la campana». Cuando un bicho la aterraba demasiado, le suplicaba a su hermano que no lo dejase escapar y que lo matara con la campana. Mickey agarraba el tarro boca abajo contra el suelo, con el bicho dentro, y lo giraba hasta enterrar los bordes en la tierra, cortando por completo el paso de oxígeno. Luego le pedía a su hermana que pusiera las manos sobre las suyas. Él cerraba los ojos y apartaba la cara, pero Ally era incapaz de apartar la vista. Al principio el insecto —ya fuera una araña o un saltamontes enorme— se quedaba inmóvil, intuyendo el peligro. Luego empezaba a agitarse, desesperado, asfixiándose con movimientos tan frenéticos que la vista apenas podía seguirlos. Mickey admitía que así sufrían un poco, pero esa lucha agónica por la supervivencia despertaba en Ally una fascinación que, años después, seguía sin poder explicar.

El insecto moría en un último espasmo. Mickey abría los ojos justo en ese instante, como si intuyera el final de la criatura, a menudo con lágrimas asomando. Ally, en cambio, miraba el tarro hipnotizada.

25

Ally aplastó su segundo cigarrillo contra el suelo. Aunque hacía tiempo que había aprendido a burlar el sueño y aguantar un par de días en vela, ahora se sentía física y mentalmente exhausta. El incidente del Aula 19, del que por cierto todavía no le había dicho nada a Paul, tenía gran parte de culpa.

—La batería no aguantará mucho —dijo de pronto.

Paul no supo a qué se refería Ally hasta que advirtió que miraba fijamente el Ford, aparcado frente al colegio. La luz interior seguía encendida, a pesar de que debía haberse apagado unos segundos después de que ellos salieran y cerraran el coche.

—Alguna puerta ha quedado mal cerrada.

Incluso a estas alturas Paul supo que el agotamiento de la batería sería el menor de sus problemas.

—Todo está demasiado tranquilo allí afuera —observó—. Si hubiera tráfico en la carretera, a alguien podría llamarle la atención la escuela iluminada y venir a ver qué pasa.

—O llamar a la policía —concluyó ella.

Él se volvió a mirarla.

—Ally, ¿qué te pasó en el Aula 19?

—Paul, por favor. No sé si quiero hablar de eso ahora.

—Todas las puertas del edificio están bloqueadas. No se me ocurre nada tan descabellado y, sin embargo, ahí dentro estabas temblando de miedo.

—Basta. Se fue la luz y me asusté.

—El Aula 19 es la razón por la que estamos aquí —murmuró Paul, más para sí mismo.

—Paul, ¿tú qué crees que le pasó a los niños?

—Supongo que no te crees la versión oficial.

—Nadie la cree. Tú lo investigaste a fondo, escuchaste todas las versiones. Incluso visitaste al maestro en la cárcel, ¿verdad?

—Sí. Lo que no recuerdo es haberte hablado de ello…

Ally guardó silencio.

—Todo el mundo leyó tus artículos —se justificó al fin—. No seas tan paranoico.

—Si tú lo dices.

—Piensa lo que quieras. —Hizo el amago de levantarse, pero él la detuvo por el brazo.

—Perdona. Siéntate, por favor. Todo esto me pone nervioso.

Ella asintió y volvió a sentarse en el escalón.

—No tengo una teoría paralela —dijo Paul—. Cuanto más me adentraba en la investigación, más incierto era todo.

—En el Aula 19 escuché voces —soltó Ally de repente.

Él se la quedó mirando con incredulidad.

—¿De niños?

—Sí.

—¿Qué hacías allí?

—No lo sé, curiosidad, supongo. Fue muy extraño. Venían de todas partes. —Hablaba despacio, como si confesara un crimen—. Eran las voces de los niños muertos. No me preguntes cómo lo sé…

—¿Escuchaste la voz de Mickey?

Ella negó con la cabeza.

—¿Viste a alguien?

—No. Pero al entrar puse un pupitre para mantener la puerta abierta y, de repente, se movió y la puerta se cerró sola.

Paul frunció el ceño.

—Ya lo sé —añadió ella—, parece un episodio de La dimensión desconocida. Es una locura.

—No más que tener todas las salidas bloqueadas. Algo extraño está sucediendo, y quizás Michael tiene la respuesta. En cuanto despierte quizás pueda explicarme por qué me llamó, qué era exactamente lo que quería que viera.

Ally se abrazó las rodillas, balanceándose. Deseaba fumar, pero solo le quedaba un cigarrillo en la cajetilla. Lo reservaría para más tarde.

Paul se quedó pensativo. No podía ser casualidad que justo ese día se cumpliera el décimo aniversario de la tragedia. Ally tenía razón: él era quien más a fondo había investigado el caso. Su presencia allí esa noche no podía ser casual.

Tampoco la de Ally, que circunstancialmente había estado con él y cuyo hermano había estado envuelto en la tragedia.

—¿Qué es eso? —preguntó Ally

Se levantó y fue hacia el cristal. Señaló cerca del sitio donde Judd había estrellado su bate.

—¿El qué?

Paul se acercó también.

—Sobre aquel banco de madera. Llevo un rato mirándolo. ¿Lo ves?

Señaló hacia la derecha, pero el cono de luz de la farola no iluminaba bien esa zona. Paul, que había perdido vista con los años, forzó los ojos para distinguir una mesa y los dos bancos.

—Déjame probar algo —dijo ella cruzando el vestíbulo a la carrera para apagar las luces.

Se quedaron a oscuras. A medida que sus pupilas se dilataban, el exterior se dibujó con mayor nitidez.

—Fíjate en el extremo de ese banco.

Esta vez sí lo vio.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí?

Había un pájaro de pecho blanco y alas negras, probablemente una golondrina… completamente inmóvil.

—No es posible.

Se quedaron observando, fascinados.

Al cabo de uno o dos minutos la verdad se impuso. El pájaro no era un animal quieto. Estaba absolutamente inmóvil.

—Parece embalsamado —susurró Paul.

—No hemos oído ni un solo coche a lo lejos, las luces de tu Ford siguen encendidas y ahora ese pájaro…

Paul completó lo que los dos pensaban.

—Parece como si alguien hubiera pausado la realidad allí afuera.

26

Paul había dormido unas pocas horas sobre una colchoneta finísima. Ahora, plantado frente a la puerta principal, se masajeaba la espalda dolorida.

Fuera seguía siendo de noche. Las luces del Ford continuaban encendidas y el pájaro que había avistado Ally seguía inmóvil en el extremo del banco. El reloj de pie insistía en que eran las once y veinte.

Se acercó a la puerta de cristal y tiró de ella sabiendo que sería incapaz de moverla.

—¿Sorprendido?

Paul se sobresaltó. La voz masculina a sus espaldas le hizo dar un respingo.

—No hay motivo para asustarse —dijo Judd.

El conserje estaba de pie en el pasillo central. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, todavía húmedo. Paul dedujo que el grandullón se había dado una ducha y sintió la necesidad imperiosa de hacer lo mismo; echaba de menos la sensación del agua caliente golpeándole la cara.

—Han pasado unas... seis horas —calculó Paul, consultando su reloj de pulsera.

—Eso parece.

La expresión de Judd era la de un pistolero que estudia a su oponente.

—¿Cómo es posible que aún no haya amanecido?

—No es posible. Tendría que haber amanecido hace dos horas.

—¿Dónde están los demás?

—En la biblioteca. Aún duermen.

—¿Sigues creyendo que tengo algo que ver en todo esto, Judd?

—Usted no me cae bien. Ni usted, ni su puta. No se crea que eso ha cambiado. Sé que se traen algo entre manos.

27

Al despertar en el altillo de la biblioteca, Ally experimentó una sensación extraña, como si la realidad fuera la continuación del sueño que de a poco se iba deshilachando en su mente.

Había dormido fatal. Los vaqueros no eran la prenda más cómoda para dormir, pero no se arrepentía de habérselos dejado puestos. El conserje le daba muy mala espina; cuanto más lejos estuviera de él, mejor. Desnudarse habría sido como atraerle con la fruta podrida que su hermano y ella usaban en las trampas para insectos.

Se giró hacia un lado. La única manta que había encontrado junto a la colchoneta le dejaba los pies al descubierto. Se frotó los ojos, intentando distinguir las formas ocultas en la oscuridad. Las estanterías que la rodeaban se alzaban como edificios a punto de desplomarse sobre ella.

¿Cuánto tiempo había dormido?

A juzgar por el cansancio, no demasiado. Fijó la vista en la cúpula de cristal, pero vio solo negrura.

¿De verdad no había amanecido todavía? Al incorporarse sobre su improvisado lecho, con la angustia de quien sabe que algo va terriblemente mal, tuvo la certeza de que si bajaba al vestíbulo seguiría viendo las luces del Ford encendidas y al pájaro petrificado en el extremo del banco.

Se peinó con los dedos, apartó la manta y se levantó. Empezó a bajar los peldaños de la escalera, agarrándose con fuerza al pasamanos, pero se detuvo a mitad de camino cuando escuchó una voz lejana. En lo primero que pensó fue en los murmullos en el aula 19 y sintió un escalofrío.

La temperatura en la escuela había bajado, aunque seguía siendo tolerable. Aguzó el oído y la voz se fue haciendo más nítida. Aunque no entendía lo que decía, supo al instante que no eran los susurros fantasmagóricos del Aula 19 sino la voz de la directora Blake.

Ally llegó a la planta baja. Avanzó entre dos estanterías y se detuvo justo antes de salir al espacio abierto. Desde allí podía oír sin ser vista. En efecto, era Kathleen quien hablaba, y ahora sí podía distinguir sus palabras.

—¡Maldita sea, Michael! ¿Puedes oírme?

Una pausa.

—¿Me oyes? Michael, necesito que despiertes ahora mismo.

Ally avanzó hasta salir de su escondite entre las estanterías.

—¿Se puede saber qué hace?

Kathleen se giró de un respingo. Instintivamente se apartó de Michael, como si la hubieran pillado en falta.

—¿Qué haces tú aquí? —replicó la directora.

—He dormido arriba —respondió Ally—. ¿Por qué necesita que Michael despierte «ahora mismo»?

La directora miró al joven, cubierto con la manta hasta la barbilla.

—Ally... ¿sabes lo que está pasando?

—¿A qué se refiere?

Sin mediar palabra, la directora le hizo un gesto para que la siguiera. Se acercaron a las mesas del centro de la biblioteca.

—La cúpula es transparente —explicó Kathleen señalando hacia el techo—. Eso que ves ahí arriba, ahora mismo, es el cielo.

La directora cruzó la sala y encendió la luz. Todas las lámparas colgantes cobraron vida al instante. Señaló el reloj de pared que había detrás del mostrador. Marcaba las nueve y media.

—Ya tendría que haber amanecido. Algo va muy mal.

Ally no dijo nada.

Kathleen la escrutó durante unos segundos. No le gustaba nada esa chica. No le había gustado desde el instante en que cruzó la puerta de su escuela. Llevaba años desarrollando un sexto sentido para detectar la falsedad, y en Ally la vio a la legua.

En ese momento, Paul y Judd entraron en la biblioteca.

—Supongo que ya os habéis dado cuenta de lo que pasa —dijo Paul en tono solemne.

—¿Cómo es posible que aún no haya amanecido?

—Me temo, directora Blake —intervino Judd—, que la cosa es bastante más complicada que eso.

Kathleen lo miró con incredulidad.

—Al parecer..., ahí fuera nada ha cambiado.

Por absurda que sonara la idea, Judd era quien la había asimilado más rápido. Era un hombre pragmático: si lo veía con sus propios ojos, se lo creía, fuera lo que fuese.

—Propongo lo siguiente —intervino Paul—. Vamos a darnos una ducha y a comer algo en la cafetería. Después ya nos romperemos la cabeza buscando una explicación a... *esto*.

28

Ally, Kathleen y Paul iban a ducharse en el gimnasio. Judd les había advertido que era posible que sólo quedara el agua almacenada en los tanques, por lo que debían ser rápidos.

—Yo me quedaré con Michael —dijo Ally—. Me ducharé cuando volváis.

Kathleen y Paul estuvieron de acuerdo.

El periodista y la directora cruzaron la pista de baloncesto sin encender las luces. En el techo una serie de tragaluces proyectaba conos de luz grisácea que permitían desplazarse sin tropezar.

—¿De dónde has sacado a esta chica, Paul?

—¿Perdón?

—Vamos… iba a hacerte la pregunta tarde o temprano.

Kathleen se detuvo en seco y Paul estuvo a punto de llevársela por delante. La directora se volvió.

—Escucha, sé que no es asunto mío. No te lo preguntaría si las circunstancias fueran otras. Pero necesito saber quiénes están en mi escuela.

Paul resopló.

—Es una amiga.

Kathleen bajó las manos y torció el gesto.

—¿Una amiga?

—Ajá.

—¿La conoces desde hace mucho?

—No entiendo en qué cambia eso nuestra situación —dijo en tono amable.

Habían llegado a la mitad de la pista. Paul se sintió aliviado por no tener que dar más explicaciones sobre la presencia de Ally en la escuela, pero sabía que la pregunta de Kathleen era completamente válida. Resultaba difícil aceptar que conocer a Ally el día en que él era arrastrado a la escuela era una simple coincidencia. Pero la situación actual era delicada y Paul no quería incentivar la paranoia.

Se ocuparía de la cuestión más tarde. Tenía la esperanza de que, tras una ducha caliente —o tibia—, pudiera ver las cosas con algo más de perspectiva.

Al fondo había una puerta de doble hoja. Del otro lado un pasillo se bifurcaba en dos direcciones. La oscuridad era casi total.

—Habría sido buena idea traer las linternas —se lamentó Paul.

—Supongo que no pasará nada por encender las luces un momento —dijo Kathleen.

Paul encontró el interruptor en la pared y lo activó.

—Mierda… Judd debe de haber desconectado el circuito de esta zona. Podemos volver a por las linternas.

—Ya estamos aquí. En los vestuarios hay tragaluces como los del gimnasio. Supongo que no estaremos completamente a oscuras.

Paul estuvo de acuerdo.

—En ese caso nos encontramos aquí en unos minutos.

Paul se separó de Kathleen y siguió el recorrido hasta el vestuario de hombres viendo apenas un metro por delante mientras avanzaba.

Una vez allí la oscuridad en efecto no era completa. Paul se desnudó con presteza y dobló la ropa sobre un banco situado en el centro. Después caminó hacia uno de los cubículos de madera y abrió el grifo. No pasó nada durante un par de segundos, hasta que una densa lluvia cayó sobre él, haciéndole retroceder. Estiró la mano para comprobar la temperatura y notó que, poco a poco, iba en aumento.

29

Ally volvió de ducharse agradeciendo que Paul le hubiera recomendado llevar una linterna. En el vestíbulo se encontró con Kathleen, quien le tendió un jersey grueso de los que guardaba en su despacho para emergencias. El gesto supuso un acuerdo tácito de tregua, y juntas se dirigieron a la cafetería, donde los hombres las esperaban con cereales y fruta.

Los cuatro apenas cruzaron palabra durante la media hora siguiente. Ally preguntó por Michael y Kathleen le explicó que la fiebre había remitido, pero que seguía dormido. Habían acordado no despertarle y dejar que lo hiciera por sí solo.

Regresaron a la biblioteca en silencio, ahora con el estómago lleno y la premisa de encontrarle sentido a los acontecimientos de las últimas horas.

Escogieron una de las mesas redondas y se sentaron. Judd fue el último en hacerlo; la expresión del conserje era cauta e incómoda. Al ocupar su silla, resopló y miró al resto con actitud evaluadora, como si desconfiara de que la forma de encontrar una salida fuera quedarse sentados en una mesa a conversar.

Paul trajo una pizarra de pie. En su época de periodista, cuando se llevaba trabajo a casa, esbozar ideas con un rotulador siempre le había resultado útil. Aquellos tiempos habían quedado atrás, pero seguía confiando en el método.

Era la misma pizarra que la señora Thatcher usaba a diario para escribir con pulcra caligrafía sus "frases del día": «Un día como hoy, hace 160 años, nacía Julio Verne. Entre sus obras destacan De la Tierra a la Luna y 20.000 leguas de viaje submarino». A veces las frases no eran tan celebratorias: «Elevar la voz la primera vez es una distracción; la segunda, un billete directo al despacho de la directora».

No era conveniente declararle la guerra a la señora Thatcher.

—Propongo lo siguiente —dijo Paul, sentándose a horcajadas en una silla —. Es evidente que lo que está sucediendo aquí está relacionado con la tragedia del Aula 19. Que hoy sea el décimo aniversario no puede ser casual.

Hizo una pausa para observar al resto, especialmente a Judd, el único incapaz de camuflar su estado de ánimo.

—Todos hemos estado vinculados de alguna forma —continuó Paul—. Kathleen era directora de admisiones. Yo investigué el caso. Ally perdió a su hermano. Y Judd ha tenido una experiencia que…

—¡Yo no he tenido ninguna experiencia! —bramó el conserje saltando como un resorte.

—Está bien, error mío —concedió Paul de inmediato—. Ya llegaremos a lo que te ocurrió ayer. Quizá el propio Michael despierte y nos lo aclare.

Lentamente, Judd volvió a sentarse. La perspectiva de que aquel chico despertara no le hacía ninguna gracia.

—Kathleen, ¿por qué no nos cuentas, desde tu perspectiva, lo que ocurrió aquel día?

—¿De verdad crees que es necesario, Paul? ¿No sería más útil centrarnos en lo que está ocurriendo *ahora*?

Paul sabía cosas de aquel día que nunca habían salido a la luz. Le constaba que Kathleen también.

—Necesitamos contar con todas las piezas.

Kathleen miró a Ally. ¿Buscaba su aprobación?

—A mí me gustaría escucharos —admitió la joven—. Apenas sé nada de ese día más allá de lo que salió publicado en los periódicos.

—Está bien —dijo Kathleen—. Justo ese día se celebraba en la escuela el Día del Pelo Loco. Gail, la directora, copió la idea de un colegio de Los Ángeles. Cada 5 de noviembre se permitía a los niños hacer lo que quisieran con su pelo. Algunos se hacían peinados raros, otros se lo teñían de colores o se lo recogían de formas disparatadas.

—¿Tú sabías esto, Judd? —dijo Paul de repente.

El gigantón se sobresaltó.

—¿Si sabía el qué?

—Lo del Día del Pelo Loco.

—¡Pues claro! —graznó—. Trabajaba en la escuela. Usted lo sabe perfectamente.

Judd odiaba ser tan transparente a veces. El periodista se había dado cuenta de que él acababa de hacer la conexión entre El día del Pelo Loco y lo que había visto en el Aula 19 antes de que llegara la directora. La visión del niño con el pelo violeta se había convertido en una imagen fija que le atormentaba.

—Perdón por la interrupción. Continúa, Kathleen.

—Yo estaba en la cafetería revisando un proyecto para ampliar el escenario del salón de actos cuando escuché los gritos en el vestíbulo. Salí corriendo y me encontré a Marsha Fox chillando desesperada. Era una de las maestras de tercero.

Por supuesto, todos conocían a Marsha Fox, la maestra que había enloquecido después del episodio del Aula 19 y acabó publicando un libro delirante sobre lo sucedido.

30

Fragmento del libro "Vidas efímeras. El misterio del Aula 19"
Por Marsha J. Fox
Pág. 25

El hallazgo de los cuerpos ha sido la experiencia más dura a la que me he enfrentado jamás.

Si no me fallan los cálculos, abrí la puerta del Aula 19 sobre las once. Por aquel entonces era maestra de tercer curso y salí un momento de la clase para llamar a mi hermana. Betty seguía ingresada en el hospital y yo no había podido dejar de pensar en mi hija en todo el día.

Mientras recorría el pasillo del ala Este, algo me llamó la atención en la puerta del Aula 19. En esa época todas las puertas de las aulas de la escuela Woodward tenían un rectángulo de cristal traslúcido en la parte superior. Siempre me he preguntado el porqué de ese diseño. Aunque permitía saber si la luz estaba encendida, impedía echar un vistazo rápido para comprobar que todo iba bien. Supongo que querían evitar que los niños que pasaban por el pasillo distrajeran al resto. Personalmente, nunca me gustaron; recuerdo haberlo comentado con Gail alguna vez, pero he olvidado si me dio alguna justificación lógica.

Es difícil estar segura de qué atrajo mi atención, pero mi memoria insiste en que fue un destello potente en el interior, como el flash de una cámara fotográfica. Creo habérselo mencionado al sheriff Thomas, aunque dudo que me tomara en serio. Sinceramente, ni siquiera estoy segura de haberlo visto. Lo más sensato que me han sugerido es que fue un reflejo del sol contra el cristal, y me inclino a pensar que es la respuesta correcta.

Tampoco oí ruidos. Había un silencio espeso, antinatural. Incluso en un examen se perciben sonidos que un maestro reconoce al instante: el roce de un pupitre, un alumno revolviéndose, una tos, los pasos del profesor. Sin embargo, no oí nada. Llamé un par de veces a la puerta sin obtener respuesta. Entonces noté el olor a putrefacción. Apenas traspasaba la madera, pero estaba ahí, la primera señal de alarma. Y abrí.

El impacto fue brutal; no solo por el hedor asfixiante, sino por el dantesco espectáculo de los cuerpos descompuestos diseminados por el aula. En contra de lo esperable, no grité. Me quedé petrificada unos diez segundos, sujetando la puerta para que el mecanismo no la cerrara. Vi a una decena de niños muertos entre los pupitres, tendidos como si se hubieran desmayado. Sus rostros estaban ocultos, salvo uno. A un par de metros, me topé con la mirada vacía de Toby Shepard, un niño encantador al que todos en la escuela adorábamos. A pesar del estado del cadáver, reconocí su afilado mentón al instante.

La primera idea que cruzó mi mente, por estúpida que suene ahora, fue un escape de gas. Explicaba los cuerpos desplomados. No olía a gas, pero el hedor a putrefacción era tan intenso que habría camuflado cualquier otra cosa. No obstante, las clases habían empezado apenas media hora antes, y hasta una simple maestra sabe que un cuerpo no se descompone tan rápido. Pero la escena era tan abrumadora que me aferré a la teoría de la fuga. Fue el rostro de Toby, y no la lógica, lo que me hizo descartarla. Parecía consumido. Sus cuencas estaban vacías y la piel convertida en un pergamino quebradizo, apenas le cubría la cara. Yacía de costado, con la mejilla sobre el pupitre, como si se hubiera echado una siesta un millón de años atrás. Una mueca macabra dejaba al descubierto sus aparatos dentales.

Recordé a mi hija Betty y la pesadilla del hospital. Crucé el umbral conteniendo la respiración, sin apartar los ojos de Toby. El tufo era insoportable. Más tarde le pregunté al sheriff Thomas cómo era posible no haber olido nada desde el pasillo; su respuesta fue que «no tenía ni idea». Sospecho que por aquel entonces el sheriff lidiaba con interrogantes mucho mayores, como averiguar cómo se habían descompuesto de esa manera en tan poco tiempo.

Al lograr apartar la vista del niño, miré hacia la parte delantera. La mayoría de los cadáveres estaban allí, amontonados en una pila informe de la que asomaba una docena de brazos y piernas sin dueño. Algunos rostros me observaban, todos con el mismo aspecto demacrado.

Aquel día celebrábamos el «Día del Pelo Loco», permitiendo a los alumnos peinarse de forma divertida. Era una fiesta muy popular en la que no solía faltar nadie; algunos se cambiaban el peinado y otros se aplicaban tintes temporales. Ignoro de quién fue la idea original, pero estoy segura de que aquella fue la última vez que se celebró.

Recuerdo demasiados detalles de aquel día. Entre ellos, el rostro de Douglas Needles emergiendo de aquella pila grotesca. Su pelo, teñido de un violeta intenso, enmarcaba una cara casi desprovista de piel.

Me atreví a dar unos pasos entre dos cuerpos: una niña boca arriba y un chaval irreconocible con el pelo engominado de punta. Al inclinarme, arrugué la nariz. Fue un error. Su ropa rasgada dejaba ver la piel en algunos tramos. En el pecho, sobre un parche amarillento, me llamó la atención una herida circular. *En movimiento*. Estaba atestada de gusanos gruesos y blancos, un hervidero de tentáculos diminutos. Esta vez no pude reprimir el grito. Una arcada caliente me subió por el estómago como lava. Logré contener el vómito, pero la repulsión no desapareció. Me aparté unos centímetros, incapaz de borrar de mi mente aquella herida agusanada. Tenía bordes irregulares y una forma inconfundible: un pequeño mordisco.

Se ha especulado mucho sobre el Aula 19. La muerte de esos niños no fue pacífica, si es que eso tiene algún sentido. Pero pensar que parte del daño se lo

infligieron ellos mismos es algo insoportable. Solo escribirlo me resulta traumático. Pero la herida en el pecho de aquel niño era real, la vi con mis propios ojos.

A menudo me preguntan —y yo misma me lo he cuestionado—, por qué me quedé tanto tiempo contemplando aquel horror. La verdad es que no puedo explicarlo bien. Mi mente se desconectó. Supongo que es imposible asimilar algo así de golpe. Si me hubiera dado la vuelta tras ver el rostro de Toby Shepard para dar la voz de alarma, probablemente no habría sabido ni qué decir.

Salí corriendo y me deshice en gritos al llegar al vestíbulo. Alguien se me acercó y me abrazó. Creo que fue Kathleen Blake, la entonces directora de admisiones.

31

El grupo seguía congregado en la biblioteca.

—Muchas de las cosas que cuenta Marsha en su libro son falsas —añadió Kathleen—. No la culpo. Vivió momentos de mucha tensión y tomó la decisión de dejar la docencia. Supongo que algún listillo la tentó para publicar el libro y edulcorar un poco el relato de lo que realmente pasó.

Ally se abrazaba las rodillas. Mantenía la mirada desenfocada, fija en la directora. Deseaba un cigarrillo más que nunca, pero ya se había fumado el último. La promesa de conservarlo hasta salir de allí había durado poco.

—¿Pero lo que cuenta Marsha del estado de los cuerpos sí es cierto?

Kathleen asintió, pero no dio su propia versión. Sobre los cadáveres consumidos de esos niños la prensa había escrito más que cualquier otra cosa.

El relato de la directora se centró en los instantes posteriores al hallazgo de Marsha, que no ocurrió en el vestíbulo como ella dijo en su libro, sino en el ala Este, frente al Aula 19. Ninguno supo muy bien qué hacer, salvo evitar a toda costa que los alumnos se acercaran allí. De eso podían sentirse orgullosos, pues ningún niño presenció aquel horror.

Paul sabía que la directora no estaba diciendo toda la verdad respecto a quienes había debido contener ese día, pero no lo dijo.

—La policía llegó en menos de veinte minutos —continuó Kathleen—. Acordonaron el aula y nos ordenaron evacuar la escuela… ¿Qué ocurre?

—Nada —respondió Paul.

—Me miras de un modo extraño.

Paul negó con la cabeza y Kathleen retomó su relato.

—Más tarde llegó un equipo de forenses. Resultó que conocía a uno de ellos, un antiguo compañero de primaria al que no veía desde hacía años. Se llamaba Terry Connor.

32

Terry Connor examinaba un hígado en una bandeja de acero inoxidable cuando su asistente le habló desde el umbral.

—¿No crees que deberías dejarlo por hoy?

Pasaba de la medianoche. Terry levantó la vista.

—Voy a quedarme un poco más. Tú vete a casa, Dorothy, ya bastante has hecho.

Ella lo estudió un momento. Conocía al forense desde hacía más de quince años; sabía cuándo tenía sentido insistir y cuándo no.

—Mañana estaré aquí antes de las seis —prometió ella, como si abandonar a su jefe a esas horas fuera una negligencia imperdonable.

La mujer no pudo evitar echar un último vistazo a las camillas, donde había tres cuerpos de niños. El resto estaban en las cámaras frigoríficas.

—Me quedaré una hora más —aseguró Terry—. Luego me iré.

—¿Puedo confiar en usted, doctor Connor?

Terry se estiró hasta que le crujió el cuello. Le aseguró a Dorothy que se iría en una hora, aunque sabía que mentía. De hecho, llevaba un buen rato lanzándole indirectas para que se marchara de una vez. Necesitaba estar solo.

Dorothy, que era unos veinticinco años mayor que Terry y que normalmente adoptaba con él actitudes casi maternales, se quedó parada en el umbral sin saber qué hacer.

Él se levantó y le dio un beso en la mejilla.

—Hasta mañana. Y no hace falta que vengas a las seis; duerme un poco más.

Cuando se quedó solo, Terry se miró en un espejo pequeño que había cerca de la puerta. Sus dientes blanquísimos contrastaban con su piel morena. Aunque solo fuera una mueca de cansancio, su sonrisa afloró inevitablemente. Era más fuerte que él. No en vano cargaba desde la adolescencia con el apodo Cara de patinador.

Metió en una bolsa con cierre hermético el pequeño hígado que había estado examinando, la etiquetó y cruzó la sala. Abrió una pesada puerta y entró en la cámara frigorífica. Al encender la luz recorrió con la mirada la hilera de nichos donde descansaban los otros once niños del Aula 19. Hasta el momento, el arduo trabajo no había dado frutos. Todos los cuerpos presentaban el mismo aspecto y nadie había logrado determinar la causa de la muerte. La frustración era total.

Guardó la bolsa en una cámara de frío, apagó la luz y volvió a la sala principal, contemplando los tres cuerpos alineados.

El zumbido del teléfono le hizo dar un respingo. La luz roja parpadeante indicaba que era una llamada interna. Descolgó y una voz de mujer le informó que Kathleen Blake había llegado.

—Sí, sí. Hazla pasar, por favor.

Terry colgó y volvió a mirarse en el espejo, sólo para comprobar que su aspecto seguí asiendo tan malo como hacía cinco segundos.

Sonrió.

—¿De qué te ríes, imbécil?

Sabía que recibir a Kathleen era un error. Lo supo desde que ella lo llamó el día anterior y no tuvo el valor de darle largas. La realidad era que no se hablaban desde el instituto. ¿Por qué había aceptado verla a sabiendas de que era una pésima idea?

—¿Terry?

—¡Hola, Kathleen!

La mujer colgó el bolso y el abrigo en el perchero de la entrada, se giró y le dedicó una amplia sonrisa. Él se la devolvió sin siquiera proponérselo.

Se saludaron con un beso en la mejilla. Kathleen no tenía prácticamente maquillaje y se la notaba cansada, sin embargo se había puesto perfume. Un detalle que Terry advirtió de inmediato y que le permitió fantasear con que se lo había puesto para él.

—¿Quieres un café? —ofreció.

Kathleen no contestó. Tenía la mirada clavada en los tres cuerpos de las camillas. Aunque estaban cubiertos por mantas blancas, las formas no dejaban dudas de que se trataban de niños.

—Vamos a tomar un café —insistió Terry, cogiéndola suavemente del brazo —. Perdona, soy un idiota. Debería haberlos metido en la cámara cuando me avisaron que subías.

Salieron al pasillo y caminaron hasta una minúscula sala de descanso, equipada con una mesa, cuatro sillas y una cafetera. Una cristalera ofrecía una vista parcial de la morgue.

Terry sirvió dos tazas del café recalentado y le pidió a Kathleen que lo esperara allí mientras él regresaba a la morgue y guardaba los cuerpos en la sala refrigerada.

Cuando llegó se sentó delante de ella. Dejó sobre la mesa una carpeta que había traído consigo.

—¿Cómo van las cosas por la escuela?

—Las últimas veinticuatro horas han sido un infierno —suspiró Kathleen—. La directora es amiga mía y está destrozada. Se han suspendido las clases, pero el teléfono no deja de sonar. Todo el mundo quiere saber qué ha pasado.

—La policía ha detenido al maestro, ¿no?

—Sí. Hannigan.

Terry dio un sorbo al café.

—Terry —dijo Kathleen con pesadumbre—, te agradezco muchísimo que me recibas. Sé que es un favor personal. La directora me lo ha pedido encarecidamente. La policía no suelta prenda y necesitamos saber qué ha ocurrido.

—Entiendo vuestra situación, Kathleen, de verdad.

¿Pero la entendía realmente? Si le filtraba información a la escuela antes que a la policía y salía a la luz, podía ir despidiéndose de su puesto y de su licencia médica.

—¿Qué es eso? —preguntó Kathleen, señalando la carpeta.

Terry todavía se debatía entre hablar o callar.

Pero los documentos estaban allí, ¿no es cierto? Los había traído especialmente. Su deseo de impresionar a Kathleen, la chica popular del instituto cuya atención él ni en un millón de años podría haber conseguido— ya había ganado la pulseada.

—He estado investigando por mi cuenta —explicó Terry—. Esto me lo ha mandado un colega, un especialista en la materia.

Abrió la carpeta. En el interior había algunas notas y fotocopias.

—Es el caso de una mujer que murió hace siete años. Recordaba haber leído algo y, al enterarme de lo ocurrido en la escuela, busqué más información. Acabé dando con el doctor Frank Carlson, que tuvo la amabilidad de mandarme sus apuntes y ponerme al día.

Kathleen se sorprendió. Hasta ese momento ignoraba que existieran precedentes de algo similar a lo ocurrido en el Aula 19.

—Audrey Phillips tenía treinta y seis años cuando murió en su piso —relató Terry—. Un vecino avisó a la policía por el mal olor y la encontraron muerta en la bañera. Al principio pensaron en un caso de suicidio. El cuerpo estaba en tan mal estado que calcularon que llevaba muerta al menos tres semanas. Los análisis posteriores afinarían la cifra, pero tres semanas parecía una estimación razonable, según me contó el doctor Carlson.

Kathleen captó la conexión al instante.

—La policía interrogó a su novio, un tipo de apellido Tucson, con el que la víctima salía desde hacía unos meses. El tipo se quedó a cuadros e hizo una declaración que sonó a auténtico delirio...

Terry rebuscó entre los papeles y le mostró la copia de la declaración policial. Le señaló un párrafo subrayado para que lo leyera en voz alta:

«… la última vez que vi a Audrey fue ayer por la tarde; fuimos al río. Nos comimos unos bocadillos y nos volvimos. Hacía mal tiempo, así que decidimos volver a casa. Además, Audrey se encontraba mal, le dolía muchísimo el estómago y la llevé a su casa. Eso fue a las cinco de la tarde».

—La policía encontró en la cocina los restos de los bocadillos que mencionaba Tucson.

—¿Era cierto? ¿Alguien los vio en el río?

—Tucson decía la verdad sobre el mal tiempo, así que era creíble que no hubiera nadie por allí. Además, era obvio que Phillips llevaba semanas muerta. Lo que no tenía ni pies ni cabeza era por qué Tucson se había inventado una excursión el día anterior, colocándose a sí mismo como el sospechoso número uno.

—Desde luego, si tenía algo que ocultar, no fue muy brillante.

—Exacto. Ahora lee esto.

Ella volvió a leer en voz alta. Esta vez era un recorte de periódico sobre un caso distinto. Terry sentía un cosquilleo de excitación al compartir sus descubrimientos con Kathleen.

«Niño muerto por mordedura de serpiente. James Dreyfus, de siete años, ha fallecido tras horas de hospitalización debido a la letal mordedura de una serpiente con la que jugaba en el patio de su casa. Se desconoce la procedencia del reptil, pero los operarios del zoo local lograron capturarlo y se encuentra…»

Kathleen levantó la vista del papel.

—¿Una serpiente?

—Lo del niño ocurrió muy cerca de donde Tucson decía haber pasado la tarde con Audrey Phillips.

Kathleen sintió un alivio repentino, como si le hubieran aflojado un torniquete que le cortaba la circulación. Por fin, un atisbo de explicación se cernía sobre la masacre del Aula 19. Era la teoría más descabellada del mundo, sí, pero al menos era una explicación.

—El niño presentaba el mismo estado de descomposición que Phillips. En solo unas horas, su cuerpo se había deteriorado tanto que cualquiera habría jurado que llevaba semanas muerto.

—Increíble... —Kathleen dejó el recorte junto al resto de los papeles.

Terry sacó de la carpeta una revista abierta en una página especifica.

MAMBA CRISTAL: LA SERPIENTE MÁS LETAL DEL MUNDO.

Una cuarta parte de la página la ocupaba la foto de una serpiente aterradora, enseñando los colmillos a la cámara en actitud de ataque. Tenía los ojos y el paladar negros, con un brillo metalizado que probablemente le daba su nombre.

—Dios mío —exclamó Kathleen.

—Es originaria de África. A saber cómo llegó a Denver; probablemente por tráfico de animales.

—¿Quién querría tener un bicho así? —Kathleen no podía apartar los ojos de la foto.

—Tiene veneno suficiente para matar a cuarenta personas. Suele dosificarlo en función del tamaño de su presa, lo que le permite morder varias veces al mismo objetivo o a varios distintos. Con una dosis baja, la víctima sufre problemas de visión, convulsiones y acaba en coma. La muerte suele sobrevenir en horas por parálisis respiratoria.

Kathleen pensaba en África y en Hannigan. ¿Sería posible?

—¿Y qué tiene que ver eso con la descomposición acelerada, Terry?

—Bajo ciertas circunstancias, la Mamba Cristal no dosifica el veneno, sino que le inyecta toda la carga a la víctima. En ese caso, la dosis es tan brutal que los efectos cambian por completo: provoca un deterioro celular acelerado y la muerte puede producirse por el fallo de casi cualquier órgano. Literalmente, el cuerpo se desintegra por dentro.

Kathleen cogió la revista y examinó la foto del reptil, como si eso fuera a darle las respuestas que necesitaba.

—¿De qué depende que inyecte todo su veneno de golpe? —preguntó.

Terry se lo pensó un segundo.

—Bueno, no he leído nada concreto sobre eso. Es una especie agresiva que ataca sin provocación previa. Probablemente lo haga cuando se siente más amenazada de lo normal.

Kathleen se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—¿Crees que eso es lo que les pasó a los niños? ¿Una serpiente?

—No lo sé, Kathleen —admitió Terry con gesto grave—. Es la única explicación lógica para el estado de los cadáveres. No conocemos ninguna otra toxina capaz de causar semejante descomposición acelerada. Aun así, teniendo en cuenta que hablamos de catorce críos, la cantidad de veneno tuvo que ser descomunal.

—¿Has encontrado marcas de colmillos o algo parecido?

—Todavía no me he puesto a buscarlas a fondo. A simple vista no he visto nada, pero mañana lo haré.

Terry se levantó, rodeó la mesa y se masajeó la sien derecha.

—Ya lo sé —dijo con resignación—. Cuesta creer que el maestro se las apañara para inyectarles a todos un veneno tan letal directamente en vena.

Kathleen asintió.

—Pero, por otro lado —siguió razonando Terry—, hay pruebas de que esos críos estaban vivos apenas unas horas antes. Es desconcertante.

—Terry, tengo que pedirte un gran favor —dijo Kathleen, poniéndose también en pie.

Rodeó la mesa hasta plantarse a escasos centímetros de su cara. Él se quedó de piedra.

—Dime, Kathleen.

—Necesito ver uno de los cadáveres.

33

Después de que Terry le mostrara los cuerpos, él y Kathleen regresaron a la sala de descanso e intentaron cambiar de tema, pero era evidente que algo entre ellos había cambiado.

Kathleen se levantó, rodeó la mesa y empezó a masajearle el cuello; le dijo que se lo veía agotado y que le vendría bien relajarse un poco.

Terry no se relajó en absoluto. Apenas podía creer que aquello estuviera pasando; el contacto electrizante de las manos de Kathleen había prácticamente nublado su juicio.

Unos minutos más tarde, las manos se detuvieron. Terry no supo si volverse o hablar, así que no hizo ni lo uno ni lo otro. Kathleen le besó el cuello con suavidad. Una y otra vez.

El despacho de Terry estaba en la misma planta. No había cámaras de seguridad así que fueron sin miedo a ser vistos. No era gran cosa —un escritorio viejo y unos archivadores—, pero tenía moqueta. Se tumbaron en el suelo y se desnudaron a toda prisa. Terry intentó decir algo, pero Kathleen le selló los labios con el índice. Más tarde reflexionaría sobre por qué se estaba revolcando con su compañero del instituto Cara de Patinador. Si alguien se lo hubiera dicho unas horas atrás, ella se hubiera desternillado de la risa. Y sin embargo allí estaba.

Follaron una vez. Los dos estaban tan cansados que se quedaron dormidos; ella en el sofá y él en el suelo.

En algún momento de la madrugada Terry se despertó y vio a Kathleen recogiendo sus cosas para marcharse.

—Dos días después, el forense me llamó para decirme que había descubierto algo.

—Es evidente que teníais una relación estrecha —comentó Ally.

La directora se limitó a sonreír.

—Ya he dicho que nos conocíamos del instituto. La cuestión es que uno de los problemas de la teoría del envenenamiento eran las inyecciones. En las autopsias preliminares no se habían detectado marcas de agujas, pero es cierto que el grado de deterioro era demasiado grande. Sin embargo, con la nueva información, Connor fue capaz de descubrir un pinchazo en la axila de uno de los cuerpos. A partir de ese descubrimiento inspeccionó al resto con todo detalle, centímetro a centímetro.

Kathleen recordó la excitación de Terry al confiarle el hallazgo, incluso antes de compartirlo con la policía.

—Encontró tres pinchazos en total. Todos se habían hecho en zonas difíciles de detectar: el pliegue del brazo, detrás de las orejas y en la axila.

—¿Sólo en tres? —preguntó Ally—. Creí que todos…

—En el resto el deterioro era demasiado avanzado.

—¿Cómo es posible que Hannigan los inyecte a todos? Tuvo que engañarlos de algún modo.

—Quizás les dijo que era una vacuna —dijo Judd. Era su primera intervención. Hasta ese momento había seguido la conversación en silencio.

Paul se levantó. Más tarde tendría que hablar a solas con Kathleen para preguntarle por qué había omitido deliberadamente un detalle relevante.

—En vistas de haber visitado a Hannigan en prisión —dijo—, os contaré lo que sé. Pero antes, permitidme apuntar una primera pregunta en la pizarra, porque creo que todo esto nos debe llevar a poder responderla.

Se acercó a la pizarra y escribió una sola línea:

¿ES CASUAL QUE ESTEMOS AQUÍ?

Judd, que había echado su silla hacia atrás un par de veces en la última media hora, probablemente como una forma inconsciente de distanciarse del resto, los observaba con incredulidad. El periodista y sus palabras refinadas le daban dolor de cabeza. A la directora sí le había prestado atención; aunque no a sus palabras, sino a su boca y a sus pechos, manteniendo en todo momento una agradable erección.

34

John Hannigan fue declarado culpable por un jurado enfurecido. Su abogado de oficio planteó una tibia defensa basada en insanidad que de nada sirvió. La confesión de ser el autor de las muertes le compró a Hannigan un billete sin escalas hacia la inyección letal, convirtiéndose en el único condenado a la pena máxima en el estado de Nueva York desde 1976. Su destino fue Elmira, o *Hellmira*, como muchos la seguían llamando por las atrocidades allí cometidas durante la Guerra Civil. No fue un entorno fácil para Hannigan; los reclusos lo apodaron Hiedra Venenosa y se encargaron de que su existencia fuera lo más traumática posible.

Hannigan aceptó su destino con entereza. Sabía que le aguardaba una espera larga, aunque el final fuera anunciado. Cuando se instauró la pena de muerte, un siglo atrás, la ejecución tardaba días o semanas. Ahora, la burocracia legal la había convertido en un laberinto de argucias, elevando la media de espera a diez años, y las estadísticas iban en aumento. Hannigan sabía que pasaría más de una década antes de que el Estado acabara con su vida. Lo que nació como un castigo fulminante era ahora una agonía lenta y costosa. Además, los condenados a muerte no recibían el mismo trato que el resto; pasaban más de veinte horas al día encerrados en sus celdas y tenían prohibido participar en actividades formativas o colectivas.

Hannigan estaba en su celda cuando un golpe en la puerta le sobresaltó.

Una voz canturreó su nombre.

—¡Guip, no han pasado ni diez minutos!

Hannigan se quitó las gafas y las dejó sobre el libro que estaba leyendo: El ruido de un trueno, de Bradbury. Echó un vistazo a su minúscula celda, esperando a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. El cono de luz de la lámpara apenas bastaba para leer.

Al repetirse el golpe, se levantó.

—¡Ya voy!

La celda se reducía a una litera adosada al muro, un retrete y un lavabo de acero inoxidable. La lámpara era un privilegio que le había costado bastante tiempo de buena conducta.

Se acercó a la puerta y un rectángulo se iluminó a la altura de sus ojos. Apareció el ceño fruncido de Guip.

—Las manos —ordenó el guardia.

—Guip, ¿qué pasa?

—Tienes visita.

—Muy gracioso.

George Hannigan no había recibido ni una sola visita en ocho meses. Su hermana Alice fue a verlo al principio, pero tras tres encuentros muy tensos, dejó de hacerlo. George no se lo echaba en cara.

—¿Es una mujer? —preguntó Hannigan, metiendo las manos por la ranura inferior que usaban para pasarle la comida.

—¡Y yo qué sé! —gruñó Guip.

El guardia lo esposó y dio la orden de abrir la puerta, cuyo mecanismo electrónico emitió su zumbido habitual. Hannigan se topó de frente con el enorme Guip, que le dedicó una sonrisa torcida.

—Venga, Guip. ¿Es una mujer? —insistió.

—Lo dudo. A lo mejor es tu novio. —Guip soltó una risa seca—. Vamos, Hannigan, no tengo todo el día.

Caminó por el estrecho pasillo bajo la atenta mirada de Guip. A cada lado había tres puertas de celdas idénticas a la suya, ahora vacías.

—Alto.

Hannigan se detuvo y juntó las piernas. Guip le puso unos grilletes en los tobillos mientras otro guardia, Lesterman, supervisaba desde una ventana de cristal blindado. Ambos se saludaron con un leve movimiento de cabeza.

Guip abrió la puerta y empujó a Hannigan, que avanzó con pasos cortos hasta el centro de la sala y se detuvo de nuevo.

En la esquina opuesta había dos puertas. Una daba al patio que usaba media hora al día, a las duchas y a la enfermería. La otra conducía al pasillo de la sala de visitas. Hannigan se sintió extraño cuando Guip lo guio hacia allí.

La sala de visitas de Elmira era un espacio de ciento cincuenta metros cuadrados vigilado por cámaras y guardias, y dividido en tres zonas.

Al frente había doce mesas redondas para los presos con condenas menores, que podían abrazar y dar la mano a sus familiares.

A la derecha, una hilera de cabinas con cristal e intercomunicador para la mayoría de los reclusos, cuyas conversaciones eran monitorizadas.

El último sector, destinado a los presos de máxima seguridad o condenados a perpetua, se conocía como La Jaula. El apodo era literal. La primera vez que Hannigan entró allí se sintió como un buzo metido en una estructura de acero para fotografiar tiburones. Estaba dividida por una plancha metálica con un rectángulo de cristal blindado.

Se sentó en el frío banco de metal. No había nadie al otro lado. Pensó que quizá nadie había ido a verle y todo era una broma pesada de Guip, pero resultó que sí tenía visita. Y no era su hermana Alice.

Un joven de unos treinta años entró en la otra mitad de la jaula. Se miraron en silencio a través del cristal durante un largo rato.

—Hola, Paul —dijo el maestro.

Paul se removió en el asiento.

—No sabía si me reconocería.

—Eres el vivo retrato de tu padre. ¿Cómo está Leonard?

Buena pregunta, pensó Paul. Si hubiera hablado con él más de dos veces en los últimos cinco años, quizá lo sabría. Se limitó a mentir:

—Bien. Sigue con sus negocios.

George Hannigan y Leonard Farris habían sido vecinos en la infancia. De vez en cuando quedaban para pescar; su única pasión común. Durante esas jornadas no hablaban de negocios ni de ciencia, charlaban de trivialidades y disfrutaban del silencio.

—Paul, podría darme la vuelta y volver a mi celda. No tengo por qué recibir a nadie. —Hannigan miró a Guip, que podía verlos, pero no oírlos—. Se supone que ese cretino debería haberme dicho quién venía a verme... pero mis derechos no son su prioridad.

—No lo culpo.

—¿A qué has venido?

La realidad era que Paul había conseguido convertirse en el redactor principal de los artículos de la tragedia a raíz de su vínculo con Hannigan. Paul le había asegurado a Phill, su jefe en el pediorico, que eventualmente podría conseguir una exclusiva con él, incluso ser su vocero autorizado.

—He escrito varios artículos para el Times acerca de lo que ocurrió en la escuela.

—No los he leído. No leo nada de lo que se publica.

Paul sacó una libreta del bolsillo trasero.

—Has tenido suerte de no traer una de espiral —dijo Hannigan—. Te la hubieran quitado.

—¿Te molesta que hablemos sobre ese día?

Hannigan era difícil de leer. Se limitó a encogerse de hombros.

—Tengo aquí una cronología del cinco de noviembre. Será la base de una nueva serie de artículos. Me gustaría saber si tienes algo que agregar.

—Te escucho.

—La mañana del cinco de noviembre le pediste permiso a la directora de admisiones para ausentarte del trabajo. Tu hermano confirmó que tu madre estaba ingresada en estado crítico.

—Exacto. Por suerte pude verla aquel día.

—Según los registros del hospital, tu madre falleció el quince de mayo; es decir, seis meses después.

—Exacto.

—Es decir que su estado no era tan crítico después de todo.

—¿Insinúas que mentí con lo de mi madre para hacer otra cosa?

—Para nada. Sólo quiero confirmar los hechos.

A Paul siempre le habían intrigado las razones por las que Hannigan se había marchado de la escuela de manera tan urgente.

—De todos modos. El problema es que maté a esos niños... no si le mentí a mi jefa.

—Viajaste a África en julio, ¿verdad?

—Todo el mundo lo sabe.

Como miembro de Amnistía Internacional, Hannigan había ido a Etiopía para ayudar a coordinar un programa de empleo local...

—He hablado con algunas personas que participan del programa. Hablan muy bien de ti. No pueden creerlo.

A través del cristal, Hannigan lo miró con expresión inquietante. «Sí... fui voluntario en África y luego maté a mis alumnos. ¿A que el mundo es un lugar complejo y fascinante?».

—Según la policía, para matar a los niños necesitó el veneno de catorce serpientes. Una por crío. He investigado y resulta que comprar esa cantidad en el mercado negro cuesta unos tres mil dólares por dosis. Es decir, unos cuarenta y cinco mil dólares en total.

—Exacto. Yo logré regatear un poco. ¿Te sorprende que un simple maestro tenga cuarenta y cinco mil dólares?

—Todo apunta a que no los tenía...

—Nunca me ha gustado darle mi dinero a los bancos. Odio el dinero invisible.

—Aun así, cuesta creer que tuviera tanta liquidez en efectivo.

—Difícil, pero no imposible.

—Sería más fácil de creer si alguien lo hubiera ayudado.

La calma se borró del rostro del maestro al instante.

—No hubo nadie más —sentenció—. Y esta conversación termina aquí.

Hannigan se levantó.

En un acto de desesperación, Paul miró su libreta y soltó el nombre que tenía guardado que constituía el único hilo del cual tirar.

—¿Hasta qué punto conoce a Michael Baines?

Hannigan se detuvo en seco, justo cuando iba a darse la vuelta. Pareció meditarlo un segundo, regresó a la silla y fulminó a Paul con la mirada. Ni rastro de la sonrisa psicópata.

—Lo conozco bien. Trabaja en la biblioteca como ayudante de la señora Thatcher. ¿Qué pasa con él?

—He entrevistado a muchos miembros del personal de la escuela… ya sabes, para los artículos que voy a escribir. Algunos ya no trabajan más allí, pero Michael sí. Cuando hablé con él, se le veía demasiado afectado por tu situación. Me dijo que tú eras una buena persona y que lo habías ayudado mucho.

—Es verdad que le ayudé —admitió Hannigan—. El resto es mentira: no soy una buena persona.

—¿En qué lo ayudaste?

—Intentaba integrarlo con el resto del personal. A veces me he portado de forma decente, supongo. He sido maestro quince años, he colaborado con ONG... Sí, Paul, he ayudado a gente. Y Michael fue uno de ellos. ¿Cómo está él?

—Voy a volver a hablar con Michael en los próximos días. Creo que tiene más para decir de lo que ha dicho hasta ahora.

El farol funcionó.

—Paul, creo que he sido bastante generoso recibiéndote aquí. No he hablado nada con nadie, ningún periodista. Así que el hecho de que estes conmigo cara a cara, aunque no te lleves de aquí nada revelador, será un plus para tus artículos.

—¿Estás insinuando que estoy en deuda contigo?

—No lo estoy insinuando. Es la verdad.

—¿Qué es lo que quieres?

—Puede que yo quiera contarte algo que no he dicho hasta ahora. Pero necesito pensarlo unos días.

A Paul le dio un vuelco el corazón.

—Me parece justo.

—No hables con nadie más de la escuela hasta que volvamos a vernos.

—Unos de días no le harán daño a nadie.

—Exacto.

Hannigan salió de la jaula. Paul se quedó sentado, preguntándose qué demonios querría contarle aquel hombre. Su instinto de periodista le decía que la muerte de los niños ocultaba algo más, que quizás esas muertes habían sido una cortina de humo para tapar algo aún peor.

35

La siguiente visita a la prisión ocurrió dos días después.

Mientras Hannigan era trasladado al otro lado de la jaula Paul intentó matizar su ansiedad. La realidad era que la espera no había hecho más que avivar su curiosidad.

—Esto es lo que haremos —dijo Hannigan—: te contaré algunas cosas que quizá no sepas, detalles que harán que tus artículos ganen en consistencia y profundidad. Más adelante, probablemente la próxima vez que nos veamos, te revelaré el secreto del que te hablé… pero te pediré algo a cambio. ¿De acuerdo?

—Si lo que me pides está dentro de lo que mi ética profesional permite, no veo el problema.

—Muy bien.

Hannigan se quedó pensativo un momento. Encerrado en Elmira lo único que tenía en medida casi ilimitada era tiempo, y sin embargo no parecía tener tan claro cómo empezar con lo que tenía para decir.

—Lo primero que debes saber es que nunca tuve intención de fugarme. Si hubiera querido huir, la policía no me habría encontrado en el hospital visitando a mi madre. ¿No te resulta un poco ridículo?

—Recibiste la llamada de tu hermano diciéndote que tu madre estaba muy grave y decidiste ir a verla. Es lógico pensar que esa visita alteró tus planes.

—Paul, mi madre llevaba tiempo mal. Si mi plan hubiera sido fugarme de la escuela, la habría visitado el día antes y asunto resuelto. Créeme, de haber querido desaparecer, habría dejado todos mis asuntos atados para esfumarme en cuanto saliera del Aula 19. La policía no encontró mi coche cargado de maletas, ¿verdad?

—No.

—Ahí tienes tu primera revelación. Jamás tuve intención de abandonar el Aula 19 ese día.

—¿Tu plan era entregarte?

Hannigan soltó una carcajada inesperada.

—Puede ser, quién sabe. La doctora Harper es quien lleva mis evaluaciones psiquiátricas. Quizá ella tenga la respuesta.

Paul apuntó el nombre de la mujer. No sería mala idea intentar hablar con ella.

—La cuestión es que todo lo que se ha publicado sobre mi supuesta fuga es absolutamente falso. Mi madre fue prácticamente un vegetal durante el último año. La había visitado infinidad de veces en ese estado. Siempre le ponía mi mano sobre la suya, tan consumida, y le hablaba de un montón de cosas: recuerdos, el tiempo, el trabajo… Era como hablarle a la pared. No tenía el más mínimo sentido

salir corriendo por un pronóstico médico fatalista. Me fui de la clase porque vi la oportunidad de librarme, aunque fuera por un rato, de aquellos niños. Cuarto curso era un infierno. Todos los maestros lo sabíamos. En cada curso suele haber una oveja descarriada, un líder negativo como le dicen hoy en día. En una escuela privada donde hay niños a los que le sale el dinero por las orejas, el problema se agrava. Pues bien, en el cuarto curso, no había una oveja descarriada, sino tres.

Los ojos de Hannigan cambiaron. Paul advirtió en ellos un odio genuino y primitivo.

—¡Tres demonios! Douglas Needles, Ceegar Whitey y Buck Spike. A cuál peor. Probablemente los tres niños más malvados con los que me he topado en toda mi carrera, y todos en la misma clase. Esos tres arrastraban al resto a un agujero negro.

Paul apuntó los nombres.

—He investigado un poco sobre ellos.

—La llamada de mi hermano dándome la noticia de mi madre me puso de mal humor y no quise pasar aquellos últimos momentos aguantando a esos niños. Por eso me fui de la escuela.

—¿Les inyectaste un veneno mortal y no querías lidiar con ellos durante los últimos minutos agónicos?

Hannigan rio, como si aquella fuera la idea más graciosa del mundo.

—Puesto así no tiene ningún sentido, ¿verdad? Deja que te cuente una anécdota para que entiendas a qué me refiero. Un año antes, cuando estos niños estaban en tercero, yo me estaba comiendo un bocadillo en la cafetería cuando se me acercó Toby Shepard, un chaval introvertido y muy educado. Me dijo que estaba pasando algo malo en los vestuarios en ese preciso instante. Cuando le pregunté qué ocurría, se negó a decírmelo, pero me suplicó que fuera corriendo. Dejé el bocadillo a medias y salí de la cafetería.

Paul tomaba notas a toda velocidad. Todo habría sido más fácil si le hubieran dejado entrar con su grabadora de bolsillo, pero las normas en la jaula eran estrictas en ese sentido.

—Me encontré a Ceegar Whitey en la puerta de los vestuarios. Al principio se hizo el simpático y se inventó que la directora le había pedido que no dejara pasar a nadie, pero cuando vio que yo iba a entrar de todas formas, empezó a levantar la voz. Comprendí que les estaba enviando a los otros una señal de alerta. A esas alturas ya no tenía dudas de que esos tres críos endemoniados estaban metidos en algún lío. Aparté a Whitey de un tirón, lo agarré del brazo y lo arrastré hasta la pista de baloncesto. Allí me crucé con otro maestro y le pedí que lo escoltara hasta el despacho de dirección y que no se moviera de allí hasta que yo volviera. ¿Conoces a John Whitey?

—No. ¿Debería?

—Es un burócrata patán que le transmitió toda su falta de ética a su hijo. La cuestión es que cuando volví al vestuario se me pasaron por la cabeza las ideas más aberrantes sobre lo que estarían haciendo los otros dos.

Teniendo en cuenta que aquel hombre había asesinado a catorce niños con veneno de serpiente, Paul no tenía ninguna intención de preguntar cuáles eran esas "ideas aberrantes".

—Al entrar no vi a nadie. La puerta de uno de los retretes estaba cerrada y por debajo vi que había varios niños dentro, al menos tres. Me metí en el cubículo de al lado, siempre en silencio, y escuché a Spike decir: «Cómetelo todo, gordo». Alguien a quien no reconocí suplicó, llorando, que ya le había dado un bocado, que lo dejaran en paz.

—Dios mío.

—Exacto. Aquellos niños eran pura maldad. Me subí a la taza del váter y me asomé por encima del tabique. El niño al que tenían acorralado era Crispin Smith, un alumno de segundo que debía de pesar unos cincuenta kilos. Estaba sentado en el retrete; Spike y Needles le bloqueaban la salida. Needles le sostenía un sándwich a escasos centímetros de la cara, mientras el pobre crío, dos años menor que ellos, no paraba de llorar. Ya te imaginarás de qué estaba relleno el sándwich.

Paul arrugó la cara.

—Crispin ya le había dado un mordisco. Tenía la boca marrón. Spike y Needles se reían sin control. En ese momento intervine. Se pegaron un susto de muerte cuando escucharon mi voz proveniente de las alturas y se volvieron a verme.

Hannigan esbozó una sonrisa radiante, la más amplia que Paul le había visto jamás.

—¿Qué pasó después?

—No los expulsaron, que es lo que yo sugerí. Sus padres tenían influencias y cuestionaron mi pasividad antes de intervenir. Alegaron que, si hubiera actuado a tiempo en lugar de quedarme espiando por encima del tabique, las cosas habrían sido diferentes. Una soberana estupidez, porque los observé durante menos de diez segundos, pero se aferraron a eso.

Paul reflexionó. Era la primera vez que aparecía el odio que Hannigan sentía por algunos de esos niños. Hasta ahora, a los ojos de todos había sido un hombre con buenas referencias que un día se había vuelto loco. El que Paul tenía entre manos era un enfoque diferente, más humano y racional. Hannigan no había perdido la cordura de repente; el sentimiento había estado allí desde antes.

36

Hannigan había cumplido su palabra, y en la siguiente visita a prisión le reveló a Paul algo sorprendente. Además, le hizo jurar que no lo publicaría, argumentando que no serviría de nada y que, si lo hacía, cortaría todo contacto con él de forma definitiva. El resto de la información que le dio el maestro, como el origen de su inquina hacia algunos alumnos, era mucho más jugosa y ayudaba a perfilar de manera convincente la mente y las motivaciones del asesino.

Ahora, diez años después y dada la extraña situación en la que se encontraban, Paul creía que las cosas habían cambiado y que era el momento de confrontar a Kathleen con el pequeño secreto que Hannigan le había confiado en Elmira...

Pero antes debían ocuparse de otra cosa.

Seguían en la biblioteca. Paul le había hablado al resto de sus visitas a la cárcel y había notado cómo la apatía de Judd, cada vez más distanciado del grupo, se tornaba en un palpable malestar.

En la pizarra había otra frase:

¿HANNIGAN OCULTÓ ALGO?

—Ally —dijo Paul de repente—. Si todos aquí estamos en tren de sincerarnos y de contar nuestra vinculación con los sucesos de hace diez años, ¿por qué no nos cuentas lo que viste en el Aula 19 esta noche?

La chica no disimuló su enfado.

—¿Has estado en el Aula 19? —intervino Kathleen.

—Solo fui a echar un vistazo. Nada más.

Judd saltó como un resorte, agarrando el bate que había dejado junto a su silla.

—Me largo —escupió el conserje—. Esto es una pérdida de tiempo. Directora Blake, propongo que me centre en buscar una salida. El gasoil no es infinito.

Paul hizo ademán de hablar, pero Kathleen le cortó con un gesto y tomó la palabra.

—Por favor, Judd, siéntate. Escuchemos lo que Ally tenga que decir sobre su visita al Aula 19. A lo mejor tiene algo que ver con lo de las puertas.

A regañadientes, Judd volvió a sentarse, aunque su cara dejaba claro que su paciencia estaba bajo mínimos.

—¿El Aula 19 está en uso? —preguntó Ally.

—Por supuesto que no.

—Pues me llamó la atención que aún conservaran los pósteres colgados.

Kathleen frunció el ceño.

—Allí no hay ningún póster.

Ally suspiró.

—La verdad es que no me sorprende su respuesta.

A continuación relató la experiencia. Empezó escatimando detalles pero a medida que hablaba se fue sintiendo cada vez más cómoda.

Explicó que había ido allí movida únicamente por la necesidad de ver el lugar donde había muerto su hermano. Contó lo del apagón, cómo estuvo a punto de echarse atrás pero entró de todos modos. Relató lo del pupitre haciendo tope en la puerta y cómo se había movido para dejarla encerrada. Por último, describió cómo las voces de los niños se habían alzado a su alrededor formando un coro fantasmal.

—¿No es posible que te las imaginaras? —inquirió Kathleen.

—Usted sabe que no.

Paul se levantó y escribió una tercera frase en la pizarra.

¿ES PELIGROSO ENTRAR AL AULA 19?

—Hubo algo más —recordó Ally de pronto—. Se me había olvidado. Antes de salir, miré hacia una de las pizarras y vi algo escrito. Algo que no estaba cuando entré. En letras enormes, ponía la palabra «GUN», PISTOLA.

Aquel detalle no tenía una relevancia en sí mismo, salvo para Judd, que sintió de pronto como si una serpiente helada y resbaladiza le trepaba por la columna vertebral. ¿Acaso la chica sabía lo del revólver? ¿Era esa su forma de restregárselo por la cara?

—Pistola... —murmuró Paul, pensando en voz alta—. ¿Tú qué opinas, Judd?

El conserje abrió los ojos como platos.

—¿Qué opino de qué? —casi gritó.

—Tú sacaste a Michael del Aula 19. ¿Viste algo escrito en la pizarra?

—No —atajó Judd—, solo vi al chico en el suelo. Todo lo demás estaba normal. O a lo mejor no me fijé. Y desde luego no había ningún póster, así que...

Paul escribió una última frase en la pizarra:

¿EL AULA 19 LE HIZO ALGO A MICHAEL?

Se volvió para comprobar las expresiones de los demás. Sin dudas era la pregunta más inquietante de todas.

Se sacudió el polvo de tiza de las manos como un profesor al acabar la clase y contempló las cuatro preguntas.

—Voy a comprobar el nivel de gasoil —gruñó Judd, levantándose y agarrando el bate. Esta vez no fue una cuestión sujeta a debate. Iba a largarse de allí de una vez por todas.

—Yo me muero de sed —dijo Ally.

Los dos se marcharon en direcciones opuestas. Cuando Kathleen hizo ademán de imitarlos, Paul le pidió que se quedara un segundo.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer.

Había llegado la hora de soltar la bomba de Hannigan. Estaban solos.

—Kathleen, cuando aquel día acudiste al Aula 19 tras oír los gritos de Marsha Fox, dijiste que había dos maestros. Ella y alguien más.

—Sí.

—¿Quién era el otro?

—La verdad es que no me acuerdo. Schmidts, tal vez, o Stonestreet.

Incluso si Paul no supiera la verdad, se habría dado cuenta de que Kathleen mentía.

—Cuando visité a Hannigan en la cárcel, me contó una versión distinta —soltó Paul, notando cómo a la directora le cambiaba la cara.

—¿Qué te contó?

—Tú lo sabes de sobra. —Paul miró hacia las estanterías del fondo, donde Michael seguía inconsciente—. La pregunta es: ¿por qué os empeñasteis en ocultarlo?

Kathleen soltó de golpe el aire que había contenido en los pulmones y volvió a sentarse. Con un gesto de cansancio, le indicó a Paul que hiciera lo mismo. Escogió las palabras con cuidado.

—Lo ocultamos porque no tenía sentido sacarlo a la luz.

Era curioso que la directora utilizara exactamente los mismos términos que el maestro en prisión. Se suponía que no habían vuelto a hablar desde aquel 5 de noviembre, pero parecían estar perfectamente sincronizados.

—Venga, Paul, tú también lo sabías y has cerrado el pico.

—Se lo prometí a Hannigan. Si hubiera creído que era vital para la investigación, lo habría publicado. Insisto: ¿por qué lo ocultasteis entonces?

Kathleen bajó la vista, resignada.

—Marsha Fox no fue quien descubrió los cadáveres —confesó Kathleen—. Todo lo que cuenta en su libro, con esos detalles macabros, es mentira. Ella llegó después. Es cierto que pasó por allí de casualidad, pero en la puerta se topó con Michael. Él encontró los cuerpos. Cuando Marsha llegó, él estaba en estado de shock absoluto. Por aquel entonces tenía diecisiete años y llevaba dos trabajando aquí.

—¿O sea que a los que encontraste en el pasillo fue a Marsha y a Michael?

—Exacto. Me llevé a Michael a mi despacho y le ordené que no se moviera de allí. Quise entrar en el aula, pero Marsha me lo impidió a gritos, exigiéndome que llamara a la policía.

Paul asimiló la información. Clavó la mirada primero en Kathleen y luego en la pizarra. Se centró en la tercera pregunta...

¿ES PELIGROSO ENTRAR AL AULA 19?

—¿Satisfecho? —preguntó ella.

—¿Hannigan se llevaba bien con Michael?

—Muy bien. Le tenía mucho aprecio antes de... ya sabes, antes de perder la cabeza.

—Kathleen... —Paul se levantó, rodeó la mesa y se arrodilló a su lado, mirándola desde abajo como si fuera a pedirle matrimonio. Ella le devolvió una mirada de extrañeza.

—¿Crees que Michael pudo ver algo más aquel cinco de noviembre? Me refiero a algo aparte de los cuerpos de los críos...

Kathleen enarcó las cejas y torció el gesto.

—Lo dudo mucho —replicó—. ¿Qué te hace pensar eso?

Paul se incorporó y retrocedió un par de pasos.

—Si fuera así —razonó él—, podría ser la clave para entender a qué nos enfrentamos. Puertas atrancadas, una noche interminable... voces fantasmales. Y me apuesto lo que quieras a que ese matón que tienes de conserje sabe bastante más de lo que cuenta.

—¿Qué pudo haber visto Michael?

Un carraspeo los hizo dar un respingo.

Ally estaba en el umbral. Era imposible saber cuánto había escuchado de la conversación.

37

El pasillo central apenas estaba iluminado por cinco de los veinte fluorescentes. Paul y las dos mujeres acababan de salir de la biblioteca. Los tres supieron que algo estaba a punto de ocurrir; quizá fue un cambio en la presión del aire, una ráfaga helada.

Un murmullo llegó desde el otro extremo del pasillo: un tamborileo de golpes secos. Kathleen fue la primera en reconocer aquel repiqueteo sordo; lo había oído miles de veces... eran pisadas bajando las escaleras.

A continuación, un alboroto ensordecedor. Dos grupos de niños, cada uno proveniente de sendas escaleras, irrumpieron desde el fondo del pasillo, donde la luz artificial arrancaba destellos al linóleo y a las paredes inmaculadas. Eran una decena de niños y niñas, no más, pero el escándalo sugería una multitud. Sus risas rebotaban por todas partes, propagando el eco.

En cuestión de segundos, la vanguardia de los niños recorrió la mitad del trayecto hacia la salida. Un fulgor azulado los envolvía.

Ally, Paul y Kathleen retrocedieron instintivamente. Cuando los críos estuvieron a escasos dos metros, pudieron distinguir sus rostros con absoluta nitidez pese a la penumbra. No les sorprendió ver que lucían cortes disparatados, tintes llamativos o peinados estrafalarios.

Todo el episodio duró menos de un minuto. El vocerío ensordecedor se fue apagando poco a poco hasta desvanecerse por completo en el aire. Los tres se miraron en silencio, incapaces de articular palabra.

Entonces se abrió la puerta de la cafetería y Judd salió, bate en mano, con el rostro lívido.

—¿Qué demonios ha sido eso?

38

La estampida de niños traslúcidos en el pasillo central marcó un punto de inflexión.

A esas alturas ninguno de los cinco dudaba realmente de las características extraordinarias de lo que estaba sucediendo en la escuela; bastaba con mirar al exterior o intentar abrir una puerta.

Lo que presenciaron al salir de la biblioteca, no obstante, tuvo el efecto de una bofetada mental.

Paul se alejó del resto y sin mediar palabra se dirigió al vestíbulo. Allí descubrió otros cambios que antes no había percibido, alteraciones sutiles que incluso él, tras apenas unas horas de encierro, advirtió con facilidad.

En las cristaleras de la entrada había cortinas. Al acercarse a tocarlas creyó que se desintegrarían como los niños del pasillo, pero al palpar la tela la soltó con repugnancia. Eran reales.

Hubiese sido mejor que se desvanecieran.

Entonces pensó en la experiencia de Ally en el Aula 19 y los pósteres de las paredes, cuya existencia Kathleen había negado en rotundo.

La única explicación lógica sería despertar junto a Ally en el Motel Bluebird y descubrir que la llamada de Michael había sido solo un mal sueño. Volvería a ser un periodista venido a menos, llevaría a Ally a casa y se iría a la suya para afrontar otro día sin perspectivas.

Sin darse apenas cuenta, regresó a la biblioteca. En el fondo sabía que hablar con Michael era vital para entender lo que pasaba. Encontró a Ally de pie junto a la mesa redonda donde habían estado sentados un rato antes. La chica no se percató de su presencia, y él sintió una punzada de culpa al mirarle el trasero enfundado en los vaqueros.

—¿Qué sucede?

Ella ni se inmutó.

Entonces se dio cuenta de que miraba fijamente la pizarra, y al acercarse vio las cuatro preguntas que él mismo había escrito.

Sólo que ahora estaban respondidas.

¿ES CASUAL QUE ESTEMOS AQUÍ? NO
¿HANNIGAN OCULTÓ ALGO? SÍ
¿ES PELIGROSO ENTRAR AL AULA 19? NO
¿EL AULA 19 LE HIZO ALGO A MICHAEL? NO

—Ya estaba así cuando entré... —susurró Ally.

Superada la sorpresa inicial, Paul analizó las respuestas. Esperaba las dos primeras, pero las últimas lo desconcertaron por completo. Había imaginado que el

origen de todo lo que estaba pasando estaba en el aula 19, y sin embargo, por lo menos según esas misteriosas respuestas, no parecía ser un sitio peligroso para ellos. Y tampoco para Michael.

—¿Michael sigue inconsciente? —preguntó Paul.

Cruzó hacia la zona de libre consulta y recorrió el pasillo entre las estanterías hasta el fondo. Ally lo siguió.

Michael no estaba.

Un registro rápido de la sala confirmó que el chico había desaparecido. De golpe, Ally perdió los nervios.

—¡¿Dónde está?!

—Cálmate, por favor.

Paul le sujetó los hombros con delicadeza.

—Mira tu reloj. Son las seis. Servirá para coordinarnos. Vamos a buscarlo, tú hazlo en la planta superior y yo en la baja.

Paul no se fiaba del todo en las respuestas de la pizarra y prefería ir él mismo al aula 19.

—¿Y el resto? ¿Y si está con Kathleen?

—No está con ella. La acabo de ver en el vestíbulo; iba a la cafetería a prepararse algo de comer.

—¿No le avisamos de que ha desaparecido?

—De momento, no.

—¿Por qué?

Paul recordó cómo la directora le había confesado a regañadientes que Michael fue quien descubrió los cadáveres del Aula 19. La realidad era que su prioridad en este momento era hablar con él. Si había despertado o sea había escondido en alguna otra parte prefería que Kathleen no estuviera presente.

Paul se acercó y sin pensarlo demasiado le dio un beso rápido en los labios.

—Nos vemos en media hora en el salón de actos.

Ally seguía sorprendida por el gesto. Asintió y sin decir nada se marchó. Paul se quedó solo en la biblioteca un rato más mirando las respuestas. La pregunta que se imponía era si Michael las había respondido o si había alguien más en la escuela que ellos desconocieran.

39

Paul empezaría la búsqueda por el gimnasio y los vestuarios. De toda la planta baja —excluyendo, claro está, el Aula 19—, aquella zona era la que más le inquietaba. Llevaba su linterna, pero se había propuesto utilizarla lo menos posible.

Se detuvo en la pista de baloncesto. En los laterales más largos había tres canastas más pequeñas que las de los extremos. Estaba claro que los niños utilizaban aquellas canastas dispuestas a lo ancho para entrenar. Lo que se preguntaba era si habían estado allí antes, cuando cruzó el gimnasio con Kathleen, porque estaba casi seguro de que no. No pudo evitar acercarse a una de ellas y alargar un brazo hasta tocarla. Era tan real como las cortinas que había descubierto un rato antes.

Allí no había muchos sitios donde esconderse, salvo debajo de las gradas de madera. Decidió comprobar primero las de la derecha, simplemente porque le pillaban más cerca. Subió hasta la mitad y caminó de un extremo a otro, enfocando con la linterna hacia abajo, entre los tablones. No había nadie. Al llegar al final, cuando se disponía a bajar, descubrió una puerta que no había visto antes. Al abrirla se topó con un pequeño cuarto vacío y unas escaleras que subían. Dudó, pero finalmente decidió cerrar la puerta y seguir con la inspección de la planta baja.

Revisó las gradas del lado izquierdo con el mismo resultado. Esta vez no encontró ninguna puerta secreta.

Mientras se dirigía a los vestuarios meditó sobre la primera frase que había escrito en la pizarra, y su consecuente respuesta.

¿ES CASUAL QUE ESTEMOS AQUÍ? NO

Esa cuestión le resultaba crucial. Porque si cada uno de ellos estaba atrapado en la escuela con un propósito, entonces era probable que cada uno supiera algo que el resto desconocía y que sólo serían capaces de verlo en conjunto.

La reunión en la biblioteca había tenido como propósito que cada uno expusiera sus cartas pero había resultado un fiasco.

Kathleen se había guardado información —Paul estaba seguro de ello— y el conserje sólo había abierto la boca para manifestar su malestar.

Él mismo no había sido totalmente honesto, aunque no había retenido ninguna información que no hubiera volcado en sus artículos de la tragedia.

La pregunta seguía siendo válida: ¿por qué estaba él allí?

Se detuvo en seco.

Quizás la respuesta era tan obvia que no le había dado la trascendencia necesaria.

Además de su conocimiento del caso, él era periodista.

Quizás su rol no era proveer información.

Sino obtenerla.

Como periodista y conocedor de los entresijos de la investigación, quizás su rol era exponer una verdad que estaba escondida en alguna parte.

Cuál era esa verdad estaba por verse.

Lo que estaba claro era que el que lo había puesto en esa posición con su llamada era Michael.

Michael lo había llamado a la escuela porque quería que él desentrañara un misterio que quizás él mismo desconocía, o no conocía del todo.

Más que nunca tenía que encontrarlo.

Llegó a las duchas, donde se permitió encender la linterna. Primero registró el vestuario de los chicos, en especial los retretes cerrados, que revisó uno a uno estirando el brazo para empujar las puertas mientras iluminaba en todas direcciones. Se preparó para que una figura se abalanzara sobre él en cualquier momento, pero no sucedió nada de eso.

Tampoco descubrió a Michael acurrucado en un rincón.

La inspección de las duchas fue sencilla: allí los paneles separadores no llegaban hasta el suelo, por lo que Paul pudo comprobar rápidamente que no había nadie oculto.

Hizo lo mismo en el vestuario de las chicas, con idéntico resultado.

Regresó al gimnasio.

40

Después de registrar el gimnasio, Paul siguió con el laboratorio, situado justo enfrente de la biblioteca. Encendió la luz y una hilera de tubos circulares zumbó en el techo.

El laboratorio era bastante más grande que un aula. La mitad del espacio estaba ocupada por pupitres, y al frente se alzaba un gran mostrador macizo repleto de material para experimentos. Había matraces, tubos de ensayo, mecheros, pipetas y otros aparatos que Paul no recordaba de su época de estudiante. Detrás colgaba una enorme pizarra blanca. A la izquierda se alineaban cinco grandes mesas de trabajo, todas con compartimentos de almacenaje en la parte inferior. Sobre cada una había un ordenador e instrumentos diversos. Por su tamaño, cada mesa permitía que ocho o diez alumnos trabajaran de pie cómodamente.

La pared derecha estaba cubierta por un inmenso panel de corcho atestado de láminas coloridas, textos educativos y algunas notas escritas por los alumnos. El resto de las paredes también estaban empapeladas con láminas; era difícil encontrar un solo palmo de pared libre en todo el laboratorio. Paul supo de inmediato que los únicos escondites posibles eran los huecos bajo las mesas o el mostrador del profesor. Michael podía estar acurrucado detrás de alguno de ellos, pero allí sería fácil descubrirlo.

Paul se acercó al panel de corcho y echó un vistazo a las notas sujetas con chinchetas. Descartó los recortes de revista o los textos impresos y se centró en los manuscritos. La caligrafía infantil era inconfundible en la mayoría. Las estudió con detenimiento, descartando las que contenían fórmulas, descripciones de experimentos o textos relacionados con la asignatura. No supo muy bien por qué, pero se sintió decepcionado al no encontrar ningún mensaje dirigido a ellos. Su primera corazonada como reportero había resultado un fiasco.

En la esquina, junto a la pizarra, había una mesa cuadrada de metro y medio. Sobre ella descansaba un laberinto con divisiones de madera que atrajo su curiosidad. En uno de los extremos había una jaula metálica, en cuyo interior descansaba una cobaya de aspecto plácido. Paul acercó la cara a los barrotes y sonrió mientras el animalillo le devolvía la mirada con aparente interés. Una puertecita abatible le impedía salir a recorrer el laberinto. Sobre la puerta colgaba un pequeño cartel con su nombre: Copérnico.

—Hola, Copérnico —saludó Paul, antes de dirigirse al mostrador del maestro.

Allí vio algunos modelos atómicos hechos con bolas de plástico y varillas de madera. Recordó sus propios años de primaria, cuando él también construía aquellos clásicos modelos... Sus conocimientos de química no habían evolucionado mucho desde entonces.

Se dispuso a revisar los compartimentos bajo el mostrador, que eran seis en total, y en todos encontró lo mismo: materiales de trabajo o documentos.

Estaba a punto de salir cuando una idea cruzó su mente. Se frenó en seco a dos metros de la puerta, se giró y clavó la vista en uno de los ordenadores. Habían comprobado que las líneas telefónicas estaban muertas, pero ¿y la conexión a internet? Encendió la máquina y se sentó en uno de los taburetes. El ordenador emitió un par de pitidos y el monitor cobró vida con un zumbido estático. En pocos segundos, el sistema operativo estuvo listo. Paul se sintió idiota por no haberlo pensado antes.

Abrió el navegador y contuvo la respiración. La página web de la escuela cargó en un abrir y cerrar de ojos. Paul se ilusionó, pero solo un segundo; probablemente la intranet estaba alojada en un servidor local. Aquello no garantizaba que tuvieran salida a la red. Escribió la dirección de Google en la barra de búsqueda y, esta vez sí, el corazón le dio un vuelco al ver que la página se desplegaba ante sus ojos.

¡Eureka!

Sin embargo, un mensaje de error saltó en mitad de la pantalla, desmoronando su entusiasmo como un castillo de arena arrasado por una ola.

PAGINA NO DISPONIBLE.

Paul aceptó el cuadro de diálogo con resignación. Habría sido demasiado bonito poder enviar un simple correo pidiendo auxilio.

Se quedó pensativo. Quizás algo bueno podía surgir de esto.

Abrió su cuenta personal y redactó un mensaje dirigido a la redacción del Times

Esto es una emergencia. Estoy encerrado en la escuela Woodward, en Twin Pines, junto a cuatro rehenes. ¡Dar aviso a la policía de inmediato!

Paul Farris

Si dejaba el ordenador encendido, en cuanto se restableciera la conexión, el mensaje saldría disparado hacia todos los empleados del Times. Alguien lo leería en cuestión de segundos y daría la voz de alarma.

Satisfecho con su plan, apagó el monitor y las luces del laboratorio y salió.

—¡Adiós, Copérnico!

Cruzó el pasillo central hacia la cafetería. Allí tampoco abundaban los escondites. En el inmenso comedor, las habituales mesas de formica habían sido sustituidas por otras de madera, también redondas. Paul no se sorprendió demasiado, pero sumó el detalle a su lista mental de rarezas, junto a las cortinas del vestíbulo y las canastas de baloncesto.

Detrás del mostrador había una puerta. Paul se asomó a la cocina, encendió la luz y comprobó que no había nadie. Estaba a punto de marcharse cuando decidió echar un vistazo en las dos cámaras frigoríficas industriales. Ninguna de las dos funcionaba, así que supuso que Judd había tenido la precaución de desconectarlas o que el termostato aún no había saltado. Una rápida inspección le confirmó que ambas estaban desenchufadas.

Abrió una de las cámaras, lo bastante grande como para entrar de pie, pero solo vio latas de conserva y congelados. Revisó la otra cámara por encima y salió.

Iba a apagar las luces de la cafetería cuando reparó en la puerta metálica situada junto a la máquina expendedora. Supuso que bajaba al sótano y no entendió por qué había descartado registrarlo. El sótano era un escondite tan bueno como cualquier otro, o quizá el mejor de todos.

El zumbido del generador, al que ya se había acostumbrado, se amplificó al abrir la puerta. Tres bombillas iluminaban la escalera. Bajó con cuidado, agarrado al pasamanos.

El generador estaba encerrado en una jaula de malla metálica. A la izquierda, Paul vio una batería de cuadros eléctricos perfectamente etiquetados y divididos en dos sectores. Los diferenciales de la primera planta estaban todos bajados, lo que le hizo pensar inmediatamente en Ally y en su búsqueda a oscuras. Al llegar al fondo de la sala, le pareció oír la voz de Judd, seguida casi al instante por otra voz, más aguda.

Avanzó un par de pasos con sigilo. En esa segunda sala estaba la enorme caldera. A su izquierda arrancaba un pasillo que, supuso, llevaría al apartamento del conserje. La segunda voz volvió a sonar y Paul aguzó el oído por encima del ruido del generador. No estaba del todo seguro, pero juraría que era Kathleen.

Estaba a punto de cruzar la sala cuando algo llamó su atención junto a la caldera. Lo captó por el rabillo del ojo: la fugaz silueta de una niña de pelo rizado asomándose y volviendo a esconderse. Se quedó mirando la caldera, perplejo. Avanzó muy despacio hasta poder asomarse a la parte trasera y comprobar, tal como esperaba, que allí no había nada salvo unas botellas vacías. Ni rastro de la niña.

Las voces sonaron de nuevo y Paul se pegó a la parte trasera de la caldera, con cuidado de no tropezar con ningún envase. Se asomó con cautela por un lateral. Desde allí tenía visión directa del pasillo y del cuarto al fondo, que parecía ser una sala de estar con un sofá de dos plazas y una mesita con una lámpara. Paul imaginó que habría también una mesa y un televisor, pero no alcanzaba a verlos. Lo que sí vio claramente fue a Kathleen, de pie en el umbral y de espaldas a él.

Escuchó con atención, a la espera de que reanudaran la conversación. El vozarrón de Judd se impuso:

—No me gustan esos dos. No me gustan un pelo.

Paul no podía ver al conserje, pero se lo imaginó plantado a escasos palmos de la directora con expresión de perro faldero.

—Lo sé. A mí tampoco me gustan —replicó ella—. Por eso debes...

Paul no logró escuchar el final de la frase. Intentó estirar un poco el cuello para oír mejor, pero su pie izquierdo rozó una de las botellas, que volcó y empezó a rodar. Paul la pisó de inmediato para detenerla, pero ya era tarde.

—¿Qué ha sido eso? —bramó Judd.

Paul se quedó petrificado, con la espalda pegada a la caldera y el corazón desbocado. Si lo pillaban espiando perdería la oportunidad de enterarse de lo que tramaban.

—Yo no he oído nada —dijo Kathleen.

Paul calculó que Judd habría salido al pasillo y estaría mirando hacia la sala de la caldera. Si se le ocurría asomarse por detrás, le descubriría sin remedio.

Pero no lo hizo.

Judd volvió a meterse en su apartamento. Solo cuando estuvo seguro de que el peligro había pasado, Paul volvió a asomarse. Esta vez, midió cada movimiento de sus pies al milímetro.

—¿Crees que podrás hacer lo que te he...? —preguntó Kathleen.

¿Pedido?

—No le veo el menor sentido, pero puedo hacerlo.

—Esta noche hay muchas cosas que no tienen sentido.

—¡Dígamelo a mí!

—Mantenlos alejados de Michael. Es muy importante.

Paul frunció el ceño.

—Lo que usted mande —acató Judd.

La directora se despidió. Paul esperó un buen rato para asegurarse de que se había marchado, dándole vueltas a sus palabras.

Mantenlos alejados de Michael.

41

Paul debía darse prisa si quería cumplir con el tiempo que había estipulado con Ally para llevar adelante la requisa en la planta baja. Regresó al vestíbulo, donde seguía estando la colchoneta en la que había dormitado unas pocas horas.

La búsqueda en el ala Este sería rápida. No había luz —era una de las zonas en la que Judd la había desactivado—, pero solo eran cuatro aulas, incluida la 19.

La primera aula era la 16. Paul abrió la puerta y encendió la linterna. Dio unos pasos y barrió la estancia con el haz de luz. Las sombras de los pupitres se entrelazaron formando una maraña de ramas secas que se estiraba hacia un lado y luego hacia el otro. Al fondo había un mueble con taquillas para las mochilas de los niños y un soporte elevado con un televisor moderno y un reproductor de DVD. Había guirnaldas y dibujos en las paredes. En una esquina había un imponente escritorio.

Michael no estaba allí, ni tampoco en las dos aulas siguientes, que presentaban un aspecto similar.

Antes de entrar en el aula 19, Paul se detuvo ante la placa de bronce. Era la primera vez en su vida que pisaba aquel lugar. Durante su investigación no lo consideró necesario, y mucho menos pensó que lo haría diez años después. Pero allí estaba. Al cruzar el umbral, recordó lo que le había pasado a Ally al intentar atrancar la puerta, así que prefirió dejar que el brazo hidráulico la cerrara suavemente a sus espaldas.

El contraste con las otras clases era brutal. Saltaba a la vista que los pupitres amontonados en el centro solo se guardaban allí como recambios; muchos estaban rotos o muy gastados. No había escritorio para el maestro, ni taquillas, ni televisor. Ni un solo adorno. Las paredes estaban inmaculadas y unas lámparas blancas en forma de globo colgaban del techo como cabezas de ahorcados.

Paul examinó la pared del fondo con la linterna hasta que, en una esquina, descubrió los pósteres que había mencionado Ally. Se veían ajados y completamente fuera de lugar.

Al frente había dos pizarras de tiza de color verde.

En una de ellas, tal cual había descripto Ally, escrito en enormes letras de tiza, se leía la palabra «GUN», PISTOLA.

Pero en la que estaba justo al lado había otra cosa escrita: «MACHINE», Máquina.

Por supuesto, las dos palabras debían leerse juntas: «MACHINEGUN», METRALLETA.

Paul no había apagado la linterna en ningún momento. Se acercó a un pupitre de la primera fila y se sentó.

Apoyó la linterna encendida sobre la mesa. Un círculo de luz se proyectó en la pared de enfrente, justo entre las dos pizarras. No sabía muy bien qué hacía allí ni qué esperaba que ocurriese. Michael no estaba, y pronto tendría que reunirse con Ally en el salón de actos. Quizá, en el fondo, esperaba oír las voces que la habían aterrorizado...

Entonces oyó un ruido a sus espaldas: un chasquido seco, como un latigazo. Se giró de golpe. Al hacerlo, golpeó la mesa con la pierna y la linterna rodó hacia el borde. El haz de luz barrió la pared, justo antes de que Paul lograra atraparla al vuelo para evitar que se estrellara contra el suelo.

Se levantó con cuidado.

El sonido había provenido de justo detrás de él.

Apuntó con la linterna en esa dirección.

No vio a nadie y el chasquido no se repitió. Avanzó despacio hasta el fondo del aula. Algo captó su atención en el respaldo de madera del último pupitre; se agachó para mirarlo de cerca. Era diminuto, brillante e inconfundible: una bala incrustada en la madera.

Aquel hallazgo no presagiaba nada bueno.

42

Paul no albergaba muchas esperanzas de encontrar a Michael en el ala Oeste, aunque no sabía explicar muy bien por qué. A esas alturas, empezaba a sospechar que el muchacho no quería ser encontrado.

Cruzó el vestíbulo. Registró tres aulas idénticas a las del otro lado, un cuarto de limpieza y los tres despachos del final del pasillo. Los rótulos indicaban que pertenecían a la directora de primaria, al director de admisiones y al jefe de contabilidad, respectivamente. Todos contaban con su correspondiente y ostentoso escritorio, un archivador metálico y un par de plantas. Como en esa zona había luz, le bastó con echar un vistazo rápido desde el umbral.

El pasillo giraba noventa grados a la derecha. Detrás de la primera puerta estaba la sala de profesores. Allí, el traqueteo del generador sonaba mucho más fuerte; Paul calculó que debía de estar justo debajo. Al encender las luces, el rugido del motor aumentó de intensidad para compensar el pico de demanda.

La sala contaba con varias mesas redondas rodeadas de sillas y una hilera de armarios contra la pared. También había una nevera y una encimera con una cafetera de cápsulas. Michael no estaba allí. Paul apagó la luz y volvió al pasillo.

Frente a la sala había dos aseos de uso exclusivo para el personal, y un poco más allá, el despacho de la directora, completamente a oscuras.

Al entrar pensó en la frase que le había escuchado decir a Kathleen en el sótano.

Mantenlos alejados de Michael.

Echó un vistazo rápido al despacho. Sus ojos se detuvieron en una fotografía enmarcada: Kathleen abrazada a un chico adolescente. Paul no recordaba que la directora tuviera un hijo, ni siquiera que estuviera casada. Haciendo memoria, no le sonaba

haberle visto ninguna alianza, así que supuso que estaría divorciada o viuda...

Llevado por la curiosidad, repasó rápidamente el resto de las fotos y comprobó que el chico aparecía en todas ellas a distintas edades. Había unas cinco en total. En el último instante reparó en una que casi le pasa desapercibida, porque no estaba enmarcada, sino simplemente apoyada contra un portalápiz. El corazón le dio un vuelco. Él no podía saberlo, pero era la foto que Judd consideraba «especial» y que, con las prisas por los gritos del Aula 19, había olvidado guardar en el cajón de donde la había sacado.

En la imagen, Kathleen salía abrazada a otras dos mujeres.

La de la derecha era Eva Farris, la difunta esposa de Paul.

43

Paul conoció a Eva en la fiesta de cumpleaños de Phill Thomas, su jefe en el Times. Lo primero que pensó al verla fue que su aspecto y sus modales eran los de una mujer sencilla. Eva llevaba unos vaqueros bordados y una camisa de cuadros; tenía el pelo castaño, largo hasta los hombros y con algunas mechas más claras.

Apenas cruzaron un par de palabras aquella noche, pero la conexión fue innegable. Él le habló de su trabajo como periodista en el Times y ella le comentó que llevaba adelante un negocio familia, pero no le dio ninguna precisión. Acordaron verse durante la semana para almorzar. Paul pasaría a recogerla por su «pequeña empresa familiar» a las doce en punto.

Cuando Paul aparcó su Honda frente a un edificio de seis plantas coronado con las inmensas letras metálicas de Topaz Technologies, pensó que se había equivocado de dirección. Había esperado una tienda de antigüedades, una panadería, quizás una joyería, no un edificio de seis plantas.

Cruzó una puerta automática y se dirigió al mostrador de la recepción. Una chica joven lo siguió con la mirada mientras Paul observaba a su alrededor, convencido de que se había equivocado de sitio. El interior del edificio había sido reformado por completo: columnas de acero inoxidable, cristales traslúcidos, suelos de mármol. Parecía la sede de alguna agencia secreta del gobierno, no un negocio familiar regentado por Shania Twain.

La chica del mostrador no frunció el ceño cuando él le dijo a quien buscaba. Por el contrario, después de teclear algo en el ordenador le pidió que aguardara un momento. Paul se sentó en uno de los sillones de cuero, dignos del mejor bufete de abogados. El techo debía de tener unos seis metros de altura.

Cinco minutos después, la chica volvió a hablar por el auricular y le dedicó una sonrisa. Le explicó que la señorita Ambers tenía que terminar de resolver unos asuntos, pero que lo invitaba a subir a su

despacho, en la sexta planta. Paul cogió el ascensor. Dos hombres subieron con él y se bajaron en la tercera planta, discutiendo sobre un problema con el T-23; algo relacionado con un campo magnético inusual que imposibilitaba la configuración de vaya uno a saber qué cosa...

¿Qué demonios era aquel sitio? ¿La sede de Skynet?

Paul estaba atónito. Cuando los dos hombres salieron, pudo ver que aquella planta estaba ocupada por un inmenso laboratorio. Se preguntó por qué Phill no le había advertido sobre la verdadera ocupación de Eva. Negó con la cabeza al recordar cómo él había exagerado las proezas que hacía en su propio trabajo para impresionarla.

Una vez en la sexta planta, Paul avanzó por un inmenso pasillo enmoquetado donde otra mujer, aún más joven que la anterior, lo recibió con una sonrisa perfecta.

—La señorita Ambers lo está esperando...

Dejó la frase en el aire, pero Paul la completó en su cabeza:

... en su simulador de gravedad cero privado, donde podrán flotar juntos un rato.

Siguió las indicaciones para llegar al despacho de Eva.

Eva M. Ambers
DIRECTORA

Genial.

Más adelante Paul bromearía sobre el hecho de que ella le hiciera subir a su despacho en su primera cita. «Querías que supiera lo importante que eras...».

Al entrar encontró a Eva hablando por teléfono tras un escritorio descomunal. Ella lo miró con expresión de fingido agotamiento, sacudiendo la cabeza, y le indicó con un gesto que se pusiera cómodo. Paul ocupó uno de los sillones de cuero junto a una mesa baja de cristal, sobre la que descansaba una docena de revistas técnicas de las que no había oído hablar en su vida.

En ese momento se preguntó qué podía tener en común con ella. Él apenas se apañaba con el procesador de textos y los

ordenadores le ponían de los nervios. Decidió que almorzaría con ella por educación, pero intentaría acortar la cita al máximo. Diría que tenía prisa, lo cual por otro lado era cierto.

Cuando Eva colgó el teléfono y se acercó, Paul reencontró la sonrisa que le había cautivado el fin de semana. Ahora llevaba una falda por debajo de las rodillas, una blusa blanca y el pelo recogido.

En contra de todos sus pronósticos, el almuerzo fue un éxito rotundo.

Fueron a un restaurante italiano que le gustaba a Eva. No era el típico local de moda para jóvenes ejecutivos —como Paul se había temido—, sino todo lo contrario. La Tavola di Mateo era un sitio minúsculo y bullicioso donde el propio Mateo, un italiano que llevaba veinte años en los Estados Unidos los atendió en persona. En cuestión de segundos Paul pasó a ser il giornalista.

Durante aquella primera comida hablaron muy poco de trabajo, algo que se convertiría en costumbre. Paul se limitó a preguntarle a qué se dedicaba exactamente, y ella le explicó que la empresa, fundada por su padre hacía más de treinta años, se especializaba en testar componentes electrónicos. Básicamente, antes de que cualquier dispositivo saliera al mercado, debía someterse a pruebas extremas. Muchas marcas tenían sus propios laboratorios, pero otras externalizaban el proceso. Eva llevaba dos años como directora de Topaz.

Esa noche Paul apenas pegó ojo. La sensación de haber conocido a una mujer excepcional era abrumadora. Volvieron a verse a la semana siguiente, esta vez para cenar, y un año después estaban casándose. La ceremonia se ofició al aire libre, en el rancho de los Ambers. Doscientos invitados presenciaron el enlace. Aquel día soleado, el padre Edwards les preguntó si juraban amarse hasta que la muerte los separara, y ambos dijeron que sí.

Y lo cumplieron. Porque cuando la muerte los separó, se querían tanto o más que aquel día.

Tras la boda, ella vendió su piso y con eso, algunos ahorros de Paul y un generoso cheque del señor Ambers, pagaron la mitad de la hipoteca de un amplio apartamento en el centro de la ciudad. La convivencia fue maravillosamente fácil. No desgastó la relación; al

contrario, la fortaleció. Ambos tenían carreras exigentes que además estaban en su pico, pero hicieron el pacto de cenar juntos todas las noches, sin excepción.

Y también lo cumplieron.

Dos años de convivencia bastaron para que la idea de tener hijos se abriera paso en sus conversaciones. Habían acordado no precipitarse, pero a los dos años sintieron que era el momento de ampliar la familia. Eva dejó la píldora, pero pasaron seis meses y no ocurrió nada. Acudieron a un especialista, el doctor Trevisani, que los sometió a una batería de pruebas. Tuvieron los resultados en una semana.

Fue una semana eterna. Ninguno creía que el mundo se acabaría si no podían concebir, pero desde luego sería un trago amargo. Siempre quedaba la adopción; aunque aún no lo habían hablado abiertamente, ambos lo habían sopesado en privado. Cuando los resultados estuvieron listos, el doctor Trevisani fue al grano y les dijo que todo estaba bien, que el esperma de Paul simplemente tenía una movilidad ligeramente inferior a la media, y que sólo sería una cuestión de tiempo para que Eva quedara embarazada.

Y siguieron intentándolo.

Paul no podía quejarse. Su matrimonio iba viento en popa y su carrera periodística despegaba. Se había convertido en la mano derecha de Phill y le llovían reportajes de prestigio. El caso del Aula 19 fue el trampolín definitivo. Era una tragedia que el Times no había cubierto lo suficiente, y el primer aniversario era la excusa perfecta para ofrecer a los lectores una investigación a fondo. El hecho de que Paul conociera al acusado, George Hannigan, le daba una ventaja indiscutible para escribir la serie de artículos que le llevó casi tres meses de trabajo.

Los reportajes tuvieron una repercusión nacional brutal y la redacción del Times recibió un alud de cartas durante semanas. Paul se había convertido en la joven promesa del periódico.

En casa, la vida era idílica. Eva era fantástica, con un endiablado sentido del humor que sorprendía a Paul a diario. Era una alta ejecutiva, sí, pero con los pies en la tierra. No solo tenía

vida más allá del trabajo, sino que la cultivaba. Le encantaba quedar con amigos, ir al cine y dar clases de fotografía, donde progresaba a pasos agigantados. Paul admiraba su forma de afrontar la vida, sin crear dramas innecesarios y dándole a cada cosa la importancia justa. Él solía decir, medio en broma medio en serio, que Eva tenía el don de saber utilizar el humor como un arma para desactivar situaciones tensas. Podía ser imprevisible y lanzada en un segundo, e inteligente y sensible al siguiente. Todo le salía de forma natural, sin dobles intenciones. Paul no se había equivocado al calificarla de «sencilla» en su primer encuentro, y presumía en secreto de haber captado la esencia de su mujer nada más conocerla.

44

Seis años después de casarse, Paul y Eva seguían siendo felices. Lograron pagar la hipoteca y siguieron buscando un hijo, aunque al parecer los nadadores de Paul eran incluso más lentos de lo que había estimado el doctor Trevisani. Pero no perdían la esperanza.

Una mañana, Phill pidió a Paul que fuera a su despacho. Le dijo sin rodeos que quería que investigara una red de prostitución en Nueva York; un tema muy sensible le aclaró de entrada. Un informante anónimo pero con cierta credibilidad les había asegurado que había funcionarios implicados. Paul aceptó eufórico. Se sentía invencible y ese podía ser la investigación que consolidara su ascenso. Un suceso policial había estado bien, pero un escándalo político jugaba en otra liga.

El hombre que había dejado asomar la punta del iceberg era un tal William Zaine. Con unas copas de más, había abierto la boca en un cóctel de empresarios con tan mala suerte que un amigo íntimo de Phill llegó a escucharlo. Paul sabía que debía empezar por ahí. Una investigación inicial reveló que Zaine se había marchado a Los Ángeles, desapareciendo literalmente del mapa. A través de su hermana, Paul lo rastreó hasta un motel en Zakary View, pero cuando se presentó, el hombre le dijo que no tenía nada que decir y que por favor dejara de buscarlo, porque jamás iba a hablar con un periodista.

Paul consiguió los registros telefónicos de Zaine de los últimos tres meses. Tras descartar números familiares y de trabajo habitual, le quedó una extensa lista de más de cien números que valía la pena investigar. A primera vista, nada de políticos ni peces gordos.

Dos semanas y casi cincuenta llamadas después, la suerte le sonrió. Una mujer llamada Rita Fujitsu dijo que creía poder ayudarle, pero que primero debía hablarlo con el señor Zaine. Paul, previendo la reacción, dijo que llevaba días intentando localizarlo en Los

Ángeles sin éxito. Fujitsu le dijo que trataría de contactar con él y volverían a hablar al día siguiente.

Hablaron tres veces más. Paul, bajo la identidad de James Weissman, se mostró escueto sobre sus necesidades. A la tercera llamada, la mujer accedió a verse con él en un Starbucks.

Rita Fujitsu lo puso nervioso en menos de cinco segundos. Era una mujer de unos cuarenta y cinco años, de mirada fría. Hablaba un buen inglés, pero era evidente que no era su lengua materna.

Paul tuvo que afianzar a su personaje y convirtió a Weissman en un inversor de empresas tecnológicas. Mencionó un puñado de compañías sobre las que había investigado lo mínimo y cometió el fatídico error de incluir Topaz Technologies. Supuso que dar nombres aportaría credibilidad y nadie perdería el tiempo verificándolos.

Hizo falta una segunda reunión para que Fujitsu hablara con franqueza. La verdad resultó escalofriante. Podía darle acceso a una siniestra organización dedicada a la trata de mujeres orientales, mayormente japonesas. Niñas de entre trece y quince años trasladadas al país bajo la excusa de estudiar, siempre con el consentimiento de padres que recibían fuertes sumas de dinero y que, en muchos casos, no volvían a verlas.

Fujitsu lo puso en contacto con un tipo repulsivo, de labios gruesos y malhablado, a quien los trajes impecables no le sentaban en absoluto. Se llamaba Emerson y tenía la lengua más suelta que Fujitsu. La mujer era el filtro, y el hombre obraba mucho más relajado. En la segunda conversación Paul, en la piel de Weissman, le habló de sus específicas preferencias. Emerson casi se jactaba de lo que era capaz de conseguir. Las niñas pasaban a ser propiedad de los prostíbulos de la red hasta que cumplían los diecisiete; a partir de ahí, se volvían «inservibles». Le dijo con naturalidad que la mayoría acababa en las drogas o cortándose las venas. Mientras tanto, Emerson podía darle acceso a cualquiera de esos locales. Paul se sintió miserable recopilando las opciones que le ofrecían en bandeja de plata.

La red era intocable. Un par de peces gordos se encargaban de que todo funcionara, apoyados en una serie de filtros. Fujitsu y Emerson eran dos de ellos.

Paul mantuvo a Phill al tanto en todo momento. Incluso redactó unos artículos que quedaron a la espera de ser publicados. Contrariamente a lo que suponían, no había grandes conexiones políticas, más allá de la previsible protección policial.

Fue entonces cuando secuestraron a Eva.

Ocurrió en algún punto entre su casa y Topaz. La vecina, la señora DeLorean, diría más tarde que la vio salir a las siete en punto. La saludó por encima del seto, como cada mañana, y aunque la notó apresurada, no vio nada raro. Nunca se pudo determinar dónde ni cuándo se la llevaron.

Aquella mañana, Paul intentó hablar con ella. Ella no le contestó y le dejó un mensaje.

Por la tarde volvió a llamar. Esta vez, insatisfecho con el contestador, llamó a Lizzy, quien le confirmó que Eva no había aparecido por la oficina. En ese momento supo que algo malo había pasado. Tras hablar con familiares y amigos, acudió a la policía. Dio una descripción detallada de ella y de su coche. Le pidieron que estuviera localizable.

Pasó una noche horrible. Hasta ese momento no había pensado en un secuestro relacionado con los artículos. Repasó sus pasos y admitió que no había sido todo lo cauto que debía. ¡Había mencionado a Topaz en una de sus charlas! ¿Alguien había desbaratado su personaje?

Llamó a Emerson exigiéndole verlo. Milagrosamente, el tipo aceptó, así que a fin de cuentas era posible que la desaparición de su esposa no estuviera relacionada con su investigación. Lo citó en un aparcamiento, pero cuando Paul llegó, las cosas cambiaron abruptamente.

Emerson le ordenó por teléfono que condujera por una ruta específica hasta un cruce. Minutos después de haber llegado allí, un Mercedes se paró junto a su coche. El cristal tintado bajó y apareció el rostro grasiento de Emerson.

—Esta es la última vez que nos vemos —dijo el tipo con sequedad.

—No publicaré nada.

—Lo sé. Íbamos a sugerírtelo, pero te has adelantado. Farris, ni se te ocurra publicar una sola palabra.

El Mercedes arrancó con un rugido. Paul se quedó al volante, temblando. Miró sus propias manos durante dos minutos antes de obligarse a acelerar. Quería mantenerse entero, pero rompió a llorar.

Regresó a la redacción desaliñado y con el rostro desencajado. Evitó a sus compañeros y entró en el despacho de Phill. Le contó lo que había pasado. Phill accedió de inmediato a cancelar la investigación. Paul confiaba en que, tras aquella promesa de silencio, liberarían a Eva.

En ese momento sonó el teléfono. Era la policía. Paul nunca olvidaría el telón de fondo de aquel instante: el ceño fruncido de Phill, los artículos esparcidos por la mesa.

¿Le han hecho daño?, se oyó preguntar.

Habían encontrado el coche de Eva en un barrio tranquilo. Ella estaba muerta en el maletero.

45

Paul seguía plantado en el despacho de Kathleen, con la foto en la mano: la directora abrazada a su difunta esposa, Eva, y a otra mujer a la que no logró reconocer.

Casi un año después de la tragedia del Aula 19, durante su investigación, Eva lo había acompañado un par de veces. Buscaban fotos actuales para ilustrar los reportajes y a Paul se le ocurrió que su mujer podría encargarse, siendo una excelente fotógrafa aficionada. La idea era dar un enfoque optimista, mostrando la escuela a plena luz del día y funcionando con normalidad. Phill dio luz verde al instante, y Eva se convirtió, al menos por ese día, en la fotógrafa oficial del Times. Ella se tomó la tarea muy en serio, fiel a su estilo: consiguió retratar a los niños sin que miraran a cámara, mostrándolos despreocupados y absortos en sus juegos. Era justo el espíritu que Paul quería plasmar en sus artículos. Sí, había catorce niños muertos y era una tragedia que dejaría una herida profunda, pero también había cientos de alumnos a los que proteger. En aquel momento se hablaba de la posibilidad del cierre definitivo del establecimiento y a Paul le pareció importante posicionarse a favor de su continuidad.

Durante esos días, Paul se dedicó a entrevistar a todo el personal. Eva lo acompañó varias veces y en uno de esos ratos muertos conoció a la recién nombrada directora, Kathleen Blake. La mujer se le acercó con timidez y le confesó que siempre le había gustado la fotografía, pero que nunca sacaba tiempo para aprender. Le preguntó cómo era la vida de una fotógrafa profesional y Eva, muerta de risa, le aclaró que para ella solo era un hobby y que estaba allí porque su marido había tenido la deferencia de recomendarla. ¡Ella también estaba haciendo sus primeras armas!

Eva invitó a Kathleen a tomar unas clases donde ella estudiaba. La directora le dijo que se lo pensaría.

Al final, Kathleen se apuntó al curso y ambas mujeres trabaron una amistad. No eran íntimas, pero se mantenían en contacto. Paul no conocía a los compañeros de fotografía de Eva; era un círculo en el que prefería no entrometerse.

El hallazgo de la foto le dejó perplejo. Sabía que Eva y Kathleen habían tenido trato, pero no le cuadraba que la directora guardara una foto de ambas en su despacho. Cierto que había una tercera mujer en la imagen, pero Paul no la conocía.

En lugar de dejarla donde la había encontrado, la escondió entre las páginas de un libro de la estantería.

Salió del despacho y caminó hacia administración, al final del pasillo. Le sorprendió ver luz bajo la puerta, por lo que la abrió procurando no hacer ruido.

Era una sala con media docena de mesas separadas por mamparas bajas de madera, decorada con un buen número de plantas de interior.

Kathleen se sobresaltó al verlo.

—Hola, Paul —dijo ella. Acababa de salir de uno de los despachos.

—¿Qué hay allí?

—El archivo.

—¿Puedo echar un vistazo?

—¿Para qué?

Era el último rincón de la planta baja donde Michael podía haberse escondido.

—¿En el archivo hay fotografías de todos los alumnos?

—Sí.

—¡Me chifla ver fotos antiguas!

Sin esperar permiso, avanzó hasta la puerta. Kathleen no hizo el menor ademán de detenerlo.

Paul abrió la puerta y se sintió tan decepcionado como avergonzado. No había nadie. Era un cuartucho minúsculo, atestado de estanterías hasta el techo rebosantes de cajas de cartón etiquetadas. Al fondo había unos archivadores metálicos y más cajas apiladas. Su infalible instinto periodístico acababa de estrellarse otra vez.

—Perdona —se disculpó al salir—. No sé qué esperaba encontrar.

—No pasa nada.

—Esos críos del pasillo me han dejado la cabeza del revés.

—¿Te refieres a los fantasmas?

Kathleen se dio la vuelta y se dirigió a una de las mesas; un cartelito de plástico indicaba que pertenecía a una tal Wendy Coleman. Se sentó y entrelazó los dedos sobre la superficie de la mesa.

Paul cogió una silla y la acercó.

—Mejor llamar a las cosas por su nombre, ¿verdad?

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo Paul.

—Dime.

¿Por qué demonios tienes una foto de mi mujer difunta en la mesa de tu despacho?

—¿Sigues creyendo que fue Hannigan? —preguntó en su lugar.

—Por supuesto que sí —afirmó Kathleen—. El estado atroz de los cuerpos, su viajecito a África, las marcas de pinchazos... Ah, y el pequeño detalle de que él mismo confesó ser el autor. Te lo he dicho mil veces a lo largo de los años: Hannigan no parecía mala gente pero era un tipo muy raro. No sé por qué te empeñas en darle vueltas a lo obvio.

—Antes me resultaba convincente —reflexionó Paul—. Pero ahora resulta que el tiempo se ha congelado, las puertas están selladas y vemos niños fantasmas deambulando por el pasillo... ¿Has visto las cortinas de la entrada?

—Sí, las he visto.

—Creo que va siendo hora de añadir nuevas variables a la ecuación.

Kathleen lo estudió.

—Puede ser —dijo, no del todo convencida.

—¿Te acuerdas de las preguntas que dejé escritas en la pizarra de la biblioteca?

Kathleen asintió.

—Alguien las ha contestado.

—¿Alguien?

—Así parece. No somos una multitud encerrado en esta escuela. Y si no hemos sido ni tú ni yo… La cuestión es que parece que estamos aquí con un propósito.

—Yo creo lo mismo.

—Estoy convencido de que la clave de todo esto está en el Aula 19, y de que la cosa no se reduce a un profesor que pierde el juicio e inyecta un veneno africano a catorce niños. Tiene que haber algo más, Kathleen.

De forma imprevista, Kathleen se echó a reír.

Mantenlos alejados de Michael...

46

—Judd… ¡Levántate!

Una mano diminuta le sacudió el hombro.

Se volvió.

Era Teresa, la menor de sus seis hermanos. Estaba llorando.

—Por favor, Judd, has que deje de gritar —dijo Teresa.

Judd sentía debilidad por Teresa. Sólo por ella salió de la cama. Deseaba volver a acostarse y dejarse envolver por la oscuridad. La oscuridad era su aliada; contrariamente con lo que le ocurría a la mayoría de los niños, a él le gustaba. Ahora tenía nueve años y hacía por lo menos dos que lo había descubierto. ¿Por qué el resto de los niños le temía? ¿Qué sitio podía ser más seguro que uno en el que no es posible ver absolutamente nada?

—Vamos, Judd, baja de una vez. Los gritos me dan miedo.

La voz desde la planta baja sonó como un trueno.

—¡Vamos marica, no me hagas subir!

Judd llevaba puestos unos pantalones cortos y una camiseta a rayas que no alcanzaba a llegarle a la cintura. Su padre le decía que si no creciera tan rápido como una condenada vaca quizás la ropa le duraría más tiempo.

Caminó con pesadez hasta la puerta de la habitación. Antes de salir se volvió y le lanzó a Teresa una última mirada. Su hermana seguía de pie junto a la cama con lágrimas formando surcos en las mejillas sucias.

—No bajes, Tess —le dijo—. No bajes por nada del mundo, ¿me entiendes?

Ella asintió con vehemencia.

Judd bajó la escalera. Vivían en una casa maltrecha en las afueras de Bridgeport. Las tres habitaciones no eran suficientes para los ocho integrantes de la familia Wilson.

Cuando llegó a la planta baja encontró la misma escena que había abandonado horrorizado unos minutos atrás, poco antes de

que su padre empezara a increparlo para que regresara. En una de las sillas de la sala estaba su hermano mayor; Aaron tenía doce años y Judd lo odiaba.

Aaron estaba atado a la silla con un cinturón. Se sacudía de un lado para otro tratando de zafarse, pero papá lo había atado a la altura de los brazos, así que era imposible soltarse. Lanzaba algunas patadas, pero no había nadie dentro de su alcance.

Parker Wilson estaba de pie a dos metros, ebrio pero ágil como una serpiente. Era alto —casi dos metros—, extremadamente delgado y fibroso, como Iggy Pop. También tenía los ojos grandes como el cantante, pero llevaba el cabello casi al rape. Judd odiaba a su padre todavía más que a su hermano Aaron.

—¡Has regresado! —dijo Parker con una sonrisa—. Buen chico.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Judd.

—Quién sabe… —dijo Parker sin que se le enredaran las palabras—. En casa de su hermana, quizás… quién sabe.

A Judd no le importaba dónde estaba, pero le preocupaba que pudiera regresar de un momento a otro. De seguro estaría con el resto de sus hermanos y sería mejor que ninguno de ellos tuviera que presenciar lo que estaba a punto de suceder. Si su madre llegaba en ese momento, aquello podía terminar en una batalla campal.

—El niñito quiere a su mamá —graznó Aaron desde su silla.

—¡Tú cállate! —le espetó inmediatamente Parker.

La situación se había ido de control. Media hora antes, Parker había aparecido imprevistamente en la casa. Todos sabían que los sábados por la tarde los dedicaba a beber con sus amigos, para luego regresar por la noche, o quizás de madrugada, y culminar la jornada con una buena pelea familiar con su esposa. A veces Angela incluso lo esperaba despierta especialmente para confrontarlo.

La cuestión era que no se suponía que Parker regresara a media tarde como lo había hecho. Sólo Aaron, Judd y Teresa estaban en la casa, y fueron testigos de cómo el hombre abrió la puerta de entrada con furia y dio un manotazo a una lámpara de pie incluso antes de abrir la boca. Cuando habló, lo hizo enfurecido. Según les explicó, había regresado de lo de Tony porque se había

quedado sin dinero por una apuesta estúpida. Entonces fue al garaje a buscar cincuenta dólares que había dejado escondidos allí y el billete no estaba por ninguna parte.

Los observó con llamas en los ojos. Les ordenó que le dijeran si sabían algo. Estaba convencido de que Angela los había tomado, que había descubierto su escondite y se los había robado, pero quería la confirmación. Y una vez que la tuviera, entonces esperaría a esa zorra y le daría unas buenas razones para no volver a hacerlo nunca.

Fue entonces cuando Teresa, con la inocencia de una niña de cuatro años, dijo que había visto a Aaron husmeando el día anterior entre las pertenencias de papá, en su caja de herramientas. Aaron lanzó a Teresa una mirada de reproche y aquello fue suficiente para que Parker perdiera el control. Se lanzó en dirección a su hijo mayor y lo agarró del cuello. El chico quiso aferrarse a la mesa, pero sólo logró capturar el mantel. Mientras Parker lo zarandeó por el cuello y lo arrastró lejos de la mesa, el mantel y todo lo que estaba encima cayó al suelo con un estruendo ensordecedor. Judd se apresuró a tapar los oídos de Teresa y le dijo que fueran arriba, ¡de inmediato!

Poco después empezaron los gritos desde la planta baja. A veces a papá se le daba por dar lecciones…

Judd se acostó en la cama boca abajo como hacía siempre, y Teresa permaneció a su lado en silencio. Minutos después su padre empezó a llamarlo.

Lo que vio cuando finalmente bajó hizo que temblara de miedo.

Sostenía los cables de la lámpara como si se tratara de las antenas de un insecto.

—Vamos Judd, ven aquí.

—¡¿Por qué tengo que hacerlo yo?! —preguntó Judd al límite del llanto.

Aaron, atado a su silla, se burló de él.

—¿Crees que esto no va en serio? —dijo Parker dirigiéndose al inmovilizado Aaron.

Él no contestó.

—¿Y bien Judd? Estoy esperando.

—No quiero hacerlo.

—¡No me importa si quieres hacerlo o no! —Parker estalló como un volcán. Se le formaron arrugas debajo de la nariz cuando mostró los dientes superiores. Todos sus músculos del cuerpo se tensaron—. Ven aquí ahora mismo. Cuando te digo que hagas algo, ¡tú lo haces!

Y Judd sabía que así eran las cosas. Tenía sólo nueve años pero era una lección que había aprendido hacía tiempo. No servía de nada negarse a obedecer los pedidos de su padre; sólo complicaba las cosas.

Se acercó y tendió una mano temerosa hacia los dos cables. Judd observó los extremos sin el plástico protector y siguió el cordel hasta el extremo enchufado al enchufe en la pared. Parker lo sacudió para que lo agarrara.

—Esto es para los dos —dijo Parker—. Nunca. ¡NUNCA! Toméis algo que me pertenece, mucho menos MI DINERO. Si alguna vez uno de vosotros, o la madre inservible que tenéis, echa mano sobre MI DINERO… lo moleré a golpes y lo prenderé fuego ¿Queda entendido?

Los dos asintieron automáticamente. Ahora que Judd estaba a pocos centímetros de su padre podía oler el vaho concentrado del alcohol.

—¡Agarra los cables de una puta vez, Judd!

Judd se sobresaltó cuando Parker acercó peligrosamente los cables a su rostro. Los aferró con fuerza y los observó con horror; no como si se tratara de algo peligroso, porque aquello *era* algo peligroso. Lo más peligroso que podía existir.

Y sin embargo allí estaba Aaron, que lejos de facilitar las cosas las complicaba todavía más. Judd no tenía una buena relación con su hermano mayor; normalmente era éste quien lo golpeaba y maltrataba cuando sus padres no estaban cerca. Lo odiaba. Ahora él lo observaba con el rostro desafiante, con una mirada penetrante que decía: atrévete… atrévete a hacerlo y después arreglaremos cuentas… tú y yo.

—En el brazo —ordenó Parker.

La mente de Judd se puso en blanco. Acercó las dos puntas de cobre al brazo de su hermano sintiendo como si su mano no le

perteneciera.

Cuando los cables entraron en contacto con la piel de Aaron, ocurrieron muchas cosas al mismo tiempo. Primero, un chispazo azul se formó en la zona de contacto junto con el consiguiente zumbido eléctrico. Inmediatamente una marca oscura apareció en el brazo de Aaron y éste se sacudió con violencia y gritó.

—Ahora repite: no volveré a robar tu dinero, papá.

Aaron respiraba con dificultar. Su rostro reflejaba un odio extremo. Judd sospechaba que la mayoría estaba dirigido a él.

—Pensaba reponerlo —dijo Aaron sin mirar a su padre.

—Repite lo que te he dicho.

Al ver que Aaron no decía nada, Parker volvió a la carga:

—Otra vez Judd, en la pierna. ¡HAZLO!

Y Judd obedeció. Esta vez incluso hizo que los cables permanecieran más tiempo en contacto con la piel de su hermano. El grito fue escalofriante y junto con el chispazo apareció un olor a piel chamuscada. Aaron tembló durante unos segundos incluso después de la descarga. Si la casa hubiera tenido una instalación eléctrica apropiada, los fusibles hubieran interrumpido el suministro de inmediato. Como no había fusibles, podrían seguir indefinidamente…

—¡Repítelo! ¡No volveré a robar tu dinero!

Judd se las había arreglado hasta el momento para no quebrarse, pero los gritos de su padre y la furia en el rostro de su hermano hicieron que ocurriera lo inevitable. Las lágrimas brotaron de sus ojos en silencio y le nublaron la vista. Deseó más que nunca correr a su habitación y tenderse boca abajo para dar un paseo con su amiga la oscuridad.

La siguiente descarga fue en el estómago y Judd otra vez se permitió extender un poco más su duración. Las piernas de Aaron se pusieron tiesas. Era increíble su resistencia. Seguía destilando furia, pero ahora en sus ojos se podía entrever cierto cansancio y pérdida de foco. Si seguían aplicándole descargas era probable que perdiera la consciencia o que le diera un ataque.

Con la última descarga Judd sintió una liberación. Aaron era malo con él y finalmente le estaba devolviendo un poco de su

veneno. Seguía llorando, y estaba aterrado, pero una parte de él también se sentía triunfal ante aquella victoria con su hermano.

—¡¿Vas a repetirlo o no?! No me detendré hasta que lo repitas, y lo sabes. Hazlo o la próxima va en el pito. Tú elijes.

Aaron abrió la boca.

—No volveré a robar tu dinero —balbuceó.

Parker quedó conforme. Desenchufó el cable de la lámpara y lo llevó a la cocina. Cuando regresó, Judd seguía de pie junto a su hermano amarrado.

47

Judd estaba en su apartamento del sótano. Aún le costaba creer que la directora hubiera estado allí, pisando su propio territorio. Kathleen nunca bajaba al sótano. En todos aquellos años, sus conversaciones se habían limitado a cuestiones estrictamente laborales y siempre habían tenido lugar en el despacho de ella o, como mucho, en la sala de profesores. Pero esta noche había cruzado esa línea invisible; había bajado a su guarida. A Judd le había costado horrores concentrarse en lo que la mujer le decía, porque su cabeza no dejaba de maquinar lo que podría hacerle... ¡nada menos que en su propia cama! Aquellas fantasías perversas, las más osadas que había cultivado en la oscuridad de sus guardias nocturnas, de repente parecían al alcance de la mano. Las cosas estaban cambiando… Se estaban escribiendo unas nuevas reglas y él tenía que ser lo bastante listo para darse cuenta a tiempo y sacar tajada.

Clavó la mirada en la mesilla de noche. Allí dentro, envuelto cuidadosamente en un paño, descansaba su revólver Ruger. Por el momento se apañaba bien con su bate de béisbol, pero le tranquilizaba saber que, si llegaba a necesitar un mayor poder de persuasión, lo tenía a su entera disposición.

Salió del cuarto y se aseguró de cerrar la puerta con llave. El pesado manojo con todas las llaves de la escuela tintineaba colgado de su cinturón.

Al llegar a la planta baja se dirigió hacia la cafetería y se detuvo frente a las máquinas expendedoras. Sin dudarlo un segundo, agarró los gruesos cables de alimentación y los arrancó de cuajo. Los enrolló con parsimonia y se guardó uno en cada bolsillo del pantalón. Mientras sentía el peso y el tacto del plástico bajo sus dedos, el recuerdo de su hermano Aaron, atado a una silla y retorciéndose de dolor por las descargas de uno de aquellos cables, acudió a su mente de forma inevitable. Un ramalazo de oscuro placer le recorrió la espina dorsal.

A continuación, enfiló hacia la biblioteca. Kathleen le había ordenado expresamente que vigilara al retrasado y, por el momento, tenía pensado seguir interpretando su papel de empleado del mes.

Sin embargo, al llegar a la zona del fondo donde habían dejado las colchonetas, se topó con el espacio vacío. La manta estaba tirada en el suelo. Lo buscó por todas partes, escudriñando entre las estanterías, detrás del mostrador de Miss Serious y bajo las mesas de lectura, pero no hubo suerte. No lo encontró por ninguna parte.

48

A los trece años Judd se permitió soñar con la idea de que podía ser feliz, o acercarse bastante. Era peligroso hacerse falsas ilusiones, pero había indicios alentadores. Su madre había dejado a Parker y se habían mudado a Connecticut, a un pueblucho sucio llamado Titus Pond, situado entre Bridgeport y Hamden. Sus habitantes vivían casi en exclusiva de la pesca y de la fábrica de plásticos. Además, Walt, su padrastro, era comercial y viajaba constantemente, así que tenían la casa para ellos solos. Incluso Judd, con sus limitaciones en materia afectiva, comprendía que la aparición de un hombre como Walt, dispuesto a cargar con cinco críos ajenos, era un milagro del Señor.

Otra buena noticia era que Aaron ya no vivía con ellos. Acababa de cumplir los dieciocho y, tras asegurar que no pensaba pudrirse de asco en un pueblo de pescadores, se había largado a un antro de yonquis con su novia. Judd esperaba no volver a verle el pelo; si Dios era realmente misericordioso, lo fulminaría con una sobredosis.

Su madre también había mejorado. Nunca ganaría el premio a la madre del año y seguía coqueteando con la botella, pero haberse alejado de Parker le había sentado bien. Se arreglaba cuando Walt volvía a casa, y el hombre no parecía arrepentirse de haber acogido a aquella prole. Se había encariñado especialmente con la pequeña Teresa, que raídamente empezó a decirle papá.

Judd apenas hablaba con su padrastro. Se había convertido en un chaval gigantesco para su edad, y su carácter huraño empezaba a asomar. Prefería estar solo, algo que Walt aceptaba y respetaba. Habían sellado un pacto tácito que les funcionaba a ambos.

La nueva escuela era pequeña, y a Judd le colgaron enseguida la etiqueta del «bicho raro de Nueva York». No hizo amigos, pero tampoco nadie se atrevía a meterse con una mole de ochenta kilos.

Fue precisamente en los pasillos de la escuela donde escuchó las primeras historias sobre la casa de McMannus, un anciano fallecido años atrás sin herederos. La propiedad, saqueada y en ruinas, se había convertido en el refugio de los adolescentes. Estaba en un camino de tierra detrás de la fábrica de plásticos, una zona que los vecinos habían ido abandonando para mudarse al oeste. Su uso como punto de reunión terminó abruptamente en 1976, cuando unos chavales encontraron allí el cadáver mutilado de una mujer. Aquello causó un gran revuelo en ese rincón olvidado del mundo, y el lugar se convirtió en zona prohibida, pese a que la investigación concluyó que la mujer no había sido asesinada allí sino simplemente dejada después de muerta.

Aquel incidente, ocurrido tres años antes de que los Wilson invadieran la casa de Walt, fascinó a Judd al instante. Empezaba a valorar la soledad, y su

conexión con la casa abandonada fue inmediata. Una noche cogió la bicicleta y fue a echar un vistazo.

Al principio se limitaba a pasar el rato allí. Llevaba una linterna potente y, a veces, unas velas, aunque prefería las noches de luna llena. Se familiarizó con el lugar. Estaba en un estado deplorable, pero el tejado aguantaba y no entraba la lluvia. En una de las habitaciones había un armario empotrado cuyas puertas de madera seguían intactas; seguramente eran de tan mala calidad que a nadie le había merecido la pena robarlas. Aquel armario se convirtió en su santuario.

Con el tiempo, las excursiones nocturnas se hicieron más frecuentes. Se escapaba dos o tres veces por semana, cuando su hermano Lester, con quien compartía cuarto, ya roncaba. Nunca le pillaron. Eran casi tres kilómetros en bici, así que no solía quedarse más de una hora, aunque en ocasiones excepcionales se permitía alargar la visita.

El día que llevó a los tres gatitos fue una de esas jornadas excepcionales. No solo pasó un rato agradable, sino que además sumó nuevas piezas a su colección. Arrastró la bolsa hasta la habitación con una sonrisa.

Para ocultar su santuario, apilaba maderas y troncos delante de la puerta del armario. Cada vez que quería acceder, tardaba unos diez minutos en apartarlo todo. Era un trabajo tedioso, pero le garantizaba que, si algún curioso se colaba en la casa, no se tomaría la molestia de apartar toda aquella basura solo para mirar detrás. Y el método funcionaba: llevaba más de un año yendo allí y nadie había profanado su escondite.

Esa noche había luna llena. Judd apartó los escombros con rapidez y abrió las puertas. Encendió la linterna y paseó el haz de luz por el interior para admirar su colección privada.

El olor a putrefacción le hizo arrugar la nariz. En la pared del fondo había clavado tres hileras de puntas de acero. De la de más abajo colgaban los restos secos de dos ardillas y un mapache, sus primeras adquisiciones —animales atropellados que había recogido de la cuneta—. El gato que colgaba de la hilera superior, en cambio, sí tenía nombre. Se llamaba Chester, y había pertenecido a los Marshall, sus vecinos de enfrente.

Amanda Marshall iba a su misma clase. Era una de las chicas populares, para las que Judd era completamente invisible. Un día, Chester murió atropellado frente a su casa. Amanda lloraba desconsolada en el jardín y Judd vio la oportunidad perfecta. Interpretando el papel de gigante bonachón, se acercó y se ofreció gentilmente a llevarse el cuerpo de Chester para enterrarlo en lo más profundo del bosque, donde descansaría en paz. A Amanda le pareció un gesto conmovedor. Por supuesto, el gato nunca llegó a tocar la tierra y acabó colgado directamente en el armario de McMannus.

Los tres gatitos de la bolsa eran la última camada de Petunia, la gata de la señora Kennedy. Habían nacido muertos un par de días atrás. La señora Kennedy, que pasaba el día cotilleando en la tienda, se había quejado amargamente del asco que le daba tener que deshacerse de los cuerpos. Judd, siempre servicial, se

ofreció a hacer el «trabajo sucio». Aquella mujer no perdía ocasión de pregonar que juntarse con la madre de Judd había sido el peor error de Walt. Decía que podría haberse buscado a otra, tener hijos propios, y no cargar con una forastera cuyos hijos se habían criado con un lunático. Judd le daba la razón en lo del lunático, pero odiaba la displicencia con la que aquella vieja amargada juzgaba su vida.

Ahora, Judd estaba frente al armario, sosteniendo la bolsa de una mujer que no era capaz de ocuparse de sus propias mascotas pero sí de opinar de la vida ajena. El odio hacia la señora Kennedy se encendió en sus entrañas. Giró sobre sí mismo y avanzó a toda velocidad hacia la pared. Se detuvo en seco y estampó la bolsa de tela contra los ladrillos. Un crujido seco de huesos rotos resonó en la estancia.

«Esa mujer no le conviene a Walt»

Golpe.

«¡Y con toda esa cantidad de hijos!»

Golpe.

«Walt podría haber conocido a otra, tener sus propios hijos»

Golpe. Golpe.

Estrelló la bolsa de cadáveres una decena de veces, hasta que el crujido de los huesos se apagó por completo.

Al terminar, respiraba con agitación. El vaho caliente de su aliento formaba nubes blancas en el aire gélido de la casa. Pensó en dejarle uno de los gatitos destrozados en el buzón a la señora Kennedy, a modo de agradecimiento por sus comentarios venenosos.

Depositó la bolsa en el suelo y se arrodilló. Al abrirla e iluminar el interior con la linterna, comprendió que diez golpes habían sido demasiados. No servirían para su santuario.

49

Kathleen seguía en administración, al final del pasillo del ala Oeste. Paul acababa de marcharse.

Se alegró de que el periodista hubiera llegado cuando lo hizo; un minuto más tarde y ella hubiera tenido que dar más explicaciones de las que estaba dispuesta a ofrecer. Había sido un descuido por su parte no echar el pestillo por dentro. No cometería el mismo error dos veces. Se acercó a la puerta, giró el pasador hacia la izquierda y bajó la manilla para comprobar que estaba bien cerrada. Luego se dirigió al archivo. Entró y caminó entre las estanterías. Se agachó frente a uno de los archivadores metálicos y sacó del bolsillo las llaves de su casa. Las miró con extrañeza, como si fueran las llaves de un castillo en un cuento de hadas de una realidad completamente diferente. Seleccionó la llave más pequeña y la usó para abrir el cajón de abajo.

Dos años antes de la masacre del Aula 19 Kathleen ya sabía que su matrimonio se desmoronaba. Tenían un hijo de tres años que, lejos de arreglar las cosas, las acentuó. Quizá fue esa situación la que desencadenó su adicción a la bebida, o quizá ya había empezado antes sin darse cuenta. El modo en que el alcohol te atrapa es retorcido, lento y elegante, como el sigilo de un felino; mucho más sutil que el de otras drogas.

Las sospechas de Kathleen sobre la infidelidad de Sean no surgieron por un lamparón de carmín en el cuello de la camisa, por oler a perfume ajeno o por descuadres en su agenda laboral; nacieron de la frialdad en el trato diario. La calidez había dejado paso a un formalismo distante. Al principio intentó achacarlo al estrés del trabajo; ambos habían soñado con que el bufete le hiciera socio. Sin embargo, cuando por fin ocurrió, no fue el gran acontecimiento que habían proyectado.

Durante esos meses interminables, la rutina se volvió un suplicio. Kathleen volvía de la escuela a las seis y media, despedía a la niñera y jugaba un rato con Peter. Luego se servía la primera copa de vodka. Los tragos, antes reservados para la noche, empezaron a colarse a media tarde. El primer movimiento sigiloso de la bestia.

Sabía que tenía que hablar con Sean. Tenía que soltar todo lo que llevaba dentro. Tenía que decirle que era evidente que algo fallaba. En su cabeza, sonaba muy fácil.

¿Tú también lo notas? No quiero acabar como mi madre, Sean, por favor. No quiero criar a un hijo sola y dar pena a todo el mundo por ser la típica mujer abandonada. ¿Me ayudarás a que eso no pase?

Era fácil ensayar el discurso sentada a solas en el salón. Era fácil incluso convencerse de que ese sería el día en que le plantaría cara, en que derribaría de

una vez el muro invisible que siempre se había interpuesto entre ella y los demás.

Pero cada noche, cuando Sean volvía, se encontraba la cena fría y a su descoordinada mujer apenas capaz de servirla. Cenaban en silencio, porque Kathleen se negaba a hablar delante de Peter estando bebida, y la charla pendiente nunca llegaba. A veces estaba a punto... se acercaba a Sean buscando las palabras que tan bien había ensayado por la tarde, pero la voz no le salía y se echaba a llorar.

Cuando estaba sobria, nunca lograba llegar tan lejos. No lloraba ni balbuceaba, pero se bloqueaba por completo, aterrorizada por la idea de que Sean le dijera que no sabía de qué le hablaba, que todo estaba bien y que eran imaginaciones suyas. O peor aún... que le diera la razón, le dijera que él también notaba que la chispa se había apagado y que lo mejor era dejarlo. Que casarse había sido un error.

Visto con perspectiva, era probable que el lío con Elisabeth aún no hubiera empezado cuando el matrimonio mostró sus primeras grietas. En cierto modo, el miedo de Kathleen a lo que finalmente ocurrió, fue lo que los fue separando día a día. Pasaron una larga temporada sin sexo, básicamente porque ella prefería pasarse las noches bebiendo a solas en el salón, a veces ventilándose media botella de vodka. Las raras ocasiones en que se acostaban eran un trámite mecánico y desapasionado.

El gasto en alcohol debió ser otro síntoma evidente. Empezó a comprar la bebida por su cuenta y a esconderla en lugares atípicos. Guardaba botellas en el armario del dormitorio, detrás de los zapatos y en el garaje, metidas en cajas de trastos. Kathleen no era tonta, sabía que Sean se daba cuenta de que bebía más de la cuenta, pero se autoconvencía de que, mientras él no supiera cuánto bebía exactamente, no pasaba nada. Por eso se escabullía de casa antes de irse a dormir, a veces en albornoz y dando tumbos, para tirar las botellas vacías al contenedor de la esquina.

Para Kathleen, resultaba imposible saber cuándo empezó exactamente el romance entre Sean y Elisabeth Wells. Nunca se lo preguntó, ni siquiera por morbo. Pero debió de ser en algún momento entre el distanciamiento inicial y el episodio de la cocina.

El «episodio de la cocina» era la forma fina de referirse al día en que Kathleen casi pierde la pierna.

Había empezado a beber en la adolescencia, pero hizo el máster en la edad adulta. Conocía perfectamente sus límites y las consecuencias de cruzarlos. Sabía qué era una dosis inofensiva, una problemática y una de nocaut.

La paradoja era que conocerlos no le impedía cruzarlos; solo le permitía anticipar el desastre con un poco de ventaja, lo cual no servía de mucho. Dos o tres veces por semana bebía más de una botella de vodka; un billete directo a la inconsciencia, que solía acabar con ella desmayada en el sofá o sentada en el suelo de la cocina, hasta que se despertaba de madrugada y se arrastraba a la

cama. A veces ni se despertaba, y era Sean quien la encontraba tirada en cualquier parte.

El día de episodio de la cocina, eran las siete y acababa de meter un redondo de ternera en el horno y llevaba un cuarto de botella de ron. Sean le había dejado un mensaje en el contestador avisando de que llegaría tarde, pasadas las ocho. Lo escuchó tirada en el sofá, con el vaso en la mano. Un mensaje. A eso se reducía la comunicación con su marido: a un puto mensaje en el contestador. Pensó que tenían que estar muy jodidos para llegar a ese extremo. Si Sean ni siquiera se molestaba en llamarla directamente para decirle algo tan simple, lo suyo no tenía arreglo. Estaban acabados.

Volvió a la cocina arrastrando los pies, con la voz grabada resonando en su cabeza. Peter, que estaba en el salón viendo la televisión, apartó la vista del aparato y la miró en silencio. Era un niño callado por naturaleza, pero parecía haber desarrollado un radar para saber cuándo era mejor no molestar a su madre. Ese era uno de esos días.

Kathleen se pasó la siguiente media hora bebiendo a morro de la botella, sentada en el suelo de la cocina. De vez en cuando echaba un vistazo al horno para ver cómo iba la carne. Aquel asado reseco le parecía más interesante que su propia vida. Su familia se hundía y en el trabajo seguiría siendo directora de admisiones hasta jubilarse. La falta de alicientes la obsesionaba. Se sentía una mierda.

Para colmo, intuía la cercanía de alguna zorra. Las olía venir, como los viejos predicen la lluvia por el dolor de huesos.

Una punzada en la frente empezó a martillearla. Sabía que no se le pasaría hasta el día siguiente. Se llevó la botella a los labios y bebió hasta sentir que le ardía la garganta. Los fluorescentes de la cocina le lanzaron destellos cegadores.

—¡¿Por qué?! —le gritó de repente a la cocina vacía. Al instante recordó que Peter estaba al lado e intentó recomponerse. Bajó la voz—: ¿Por qué?

Intentó levantarse, pero los tacones le resbalaron en las baldosas y desistió. Dio otro trago y miró la botella, incrédula. ¿Se había terminado una botella entera de ron? ¿Era posible? Costaba creerlo, pero ahí estaba la prueba. Intentó dejarla con cuidado en el suelo, pero calculó mal y dio un golpe tan fuerte que fue un milagro que no se hiciera añicos.

Empezó a llorar. Las punzadas de la sien no la dejaban pensar. ¡Quería levantarse de una maldita vez!

Se arrastró hasta la mesa del centro de la cocina. El esfuerzo fue tal que, al llegar, tuvo que volver a sentarse, apoyada en una de las patas. La cabeza le pesaba una tonelada. Estiró un brazo para agarrarse al borde y, al segundo intento, lo consiguió. El canto de la mesa oscilaba como la proa de un barco en alta mar. Tiró de sí misma para incorporarse, convencida de que lo estaba logrando, pero su percepción alterada le impidió darse cuenta de que no era ella la que subía, sino el mantel de cuadros el que bajaba, arrastrando consigo un taco de madera con cinco cuchillos.

No llegó a entender qué pasaba. Seguía creyendo que se ponía en pie, aunque sus piernas no se movían y su ángulo de visión seguía a ras de suelo.

Cuando el soporte de los cuchillos cedió junto al mantel, el instinto de supervivencia hizo saltar las alarmas: Kathleen se tapó la cara con las manos y soltó un grito ahogado. Tres cuchillos cayeron a su derecha, repicando contra las baldosas con un estruendo metálico. El cuarto le rebotó en el regazo y el quinto se le clavó hasta la mitad en el muslo.

Sintió un dolor atroz, ciego. Como si le hubieran prendido fuego a la pierna, diría más tarde. Gritó con todas sus fuerzas.

El dolor le devolvió un chispazo de lucidez. Tenía que llamar al 911. Entonces pensó en Peter y se llevó una mano a la boca…

Pero ya era tarde. Peter estaba plantado en el umbral de la puerta.

Y ahí estaba ella. ¡La madre del año! Tirada en el suelo de la cocina, ciega de ron y con un cuchillo clavado en la pierna. Foto de portada para la revista Padres Ejemplares.

—Mami está bien —consiguió balbucear.

Peter la miraba con unos ojos que dejaban clarísimo que sabía que mami no estaba bien. Llevaba un peto azul de rayas blancas con un osito bordado en el pecho y tenía las manos metidas en los bolsillos.

—Mami solo... está jugando —articuló Kathleen, alargando cada sílaba—. Anda, Peter, tráele a mami el teléfono...

El niño echó a correr hacia el salón y volvió enseguida con el teléfono inalámbrico.

—Vete a ver la tele, Peter —le pidió con los ojos anegados en lágrimas.

Agarró el teléfono y marcó el 911. Le explicó la emergencia a la operadora, que le dijo que no se moviera, que mandaban una ambulancia. Luego llamó a Sean.

Su marido y los paramédicos llegaron a la casa casi a la vez.

50

Esconder bebida en su propio despacho habría sido una estupidez mayúscula. Además, Kathleen sabía que a Judd le daba por merodear por allí algunas noches; más de una vez había encontrado objetos fuera de su sitio. Ignoraba si se trataba de simples rondas de vigilancia —lo cual habría estado bien — o si había algo más. En cualquier caso, el conserje no era el verdadero motivo por el que no escondía allí el alcohol. La razón era mucho más obvia: si alguien lo descubría por accidente, no podría negar que era suyo estando en su despacho. Aunque se las había apañado para mantener sus problemas con la bebida al margen de la escuela, a cualquiera le bastaría rascar un poco en su vida para sacarlos a la luz.

Por eso había elegido aquel archivador en administración. Kathleen era la única que tenía llave. Dentro había un montón de publicaciones viejas, sobre todo boletines oficiales, y, debajo de todo eso, una botella de agua cuyo contenido no era precisamente agua.

Sacó la botella y la abrió. Se sentó en el suelo, apoyada contra el archivador, tal como había hecho más de diez años atrás en la cocina de su casa. Miró su muslo izquierdo con desgana. Bajo la tela del vaquero latía el miserable recuerdo de aquella fatídica noche. Dio un buen trago de vodka.

Si alguna vez se descubría que guardaba alcohol en la escuela, su carrera pasaría a la historia en una milésima de segundo. No habría margen para negociar ni tiempo para dar explicaciones... el despido sería fulminante. Y no solo eso; su futuro en el sistema educativo se habría acabado para siempre.

Casi nunca bebía dentro del edificio, pero le gustaba considerar la botella como un salvavidas. El mero hecho de saber que estaba ahí, al alcance de la mano, bastaba para mitigar las ganas de beber. Solo recurría a ella en situaciones límite, como la que estaba viviendo ahora. De hecho, no recordaba la última vez que se había encerrado en el archivo para dar un trago. Seguramente hacía más de tres meses. Su problema con la bebida parecía haberse estabilizado en los últimos años. Para ella, eso ya era una victoria: contener los daños. Cortarlo de raíz había sido un plan utópico en el que creyó algunas veces, pero que indefectiblemente derivó en recaídas. Impedir que fuera a más, en cambio, era un reto factible. Y lo estaba consiguiendo. Lo único que quería era hacer su trabajo con normalidad y pasar algunos ratos con su hijo, poco más. Era lo único que le exigía a la bestia que llevaba dentro. Si la bestia se lo permitía, ella estaba dispuesta a darle a cambio todo lo que pidiera. Todo. Todo por su carrera y por poder ver a su hijo y ejercer de madre, aunque solo fueran unas horas.

Si perdía alguna de esas dos cosas, lo perdería todo. Y la bestia lo sabía perfectamente.

Cuando te pasas diez minutos tirada en el suelo de tu cocina, con un cuchillo clavado en la pierna y escuchando cómo Bob Esponja le explica no sé qué a Calamardo en la habitación de al lado —donde, por cierto, también está tu hijo —... pasan varias cosas. La primera es que son los diez minutos más largos de tu vida, en los que te da tiempo incluso a formular tu propia teoría de la relatividad. Así que ahí estás, jugando a ser Einstein, y te dices a ti misma que has tocado fondo, que este es el punto de inflexión. Porque lo que acabas de hacer, la escena a la que has expuesto a tu hijo hace unos minutos, es algo que nunca olvidará y que le marcará para siempre. Y la culpa es tuya. Y da igual cuánto alcohol te corra por las venas o que las punzadas en la cabeza suenen como cañonazos... lo entiendes. Lo entiendes a la perfección.

Pero entonces pasa otra cosa. Algo inesperado. Sigues ahí tirada, con latigazos de dolor subiendo desde la herida; la sangre no sale a borbotones, pero hay mucha. Supones que el cuchillo hace de tapón, como en las películas, y decides hacer caso a la operadora del 911 y no moverte hasta que llegue la ambulancia. Mientras tanto, te autoconvences de lo mucho que van a cambiar las cosas a partir de ese momento.

Los días posteriores al «incidente de la cocina» fueron intensos. Por primera vez en mucho tiempo, ella y Sean, hablaron de sus problemas. Aunque lo hicieron obligados por las circunstancias, al menos dieron ese paso. A lo mejor salía algo bueno de todo aquello. El precio había sido alto —Kathleen tuvo que ir en muletas casi un mes—, pero quizá valiera la pena. Según su médico, que pudiera volver a caminar tras una operación así, sin más secuelas que una cicatriz de tres centímetros, era un puto milagro. Si el cuchillo se hubiera clavado un centímetro más allá, la historia habría sido muy distinta. Así que, tal vez, aquello había sido un brutal toque de atención y las cosas aún podían arreglarse.

Pero no se arreglaron.

Kathleen nunca terminó de encontrar su lugar en Alcohólicos Anónimos. No conectaba con esa gente que se sentaba en círculo durante una hora, compartiendo miserias primero y sándwiches después. No podía quitarse de la cabeza que muchos de ellos usaban las reuniones como un club social. Kathleen lo odiaba. Odiaba desnudarse ante un grupo de desconocidos para admitir que un líquido transparente la dominaba y la tenía a su merced. Nunca habló de la bestia con la que convivía; de hecho, nunca lo habló con nadie.

Siguió yendo a las reuniones durante meses. Para lo único que sirvió fue para perfeccionarse en el arte de esconder botellas y volverse más sigilosa. Su meta, en el fondo, fue aprender a controlarlo y a convivir con ello. Y lo consiguió. Era surrealista salir de aquellas reuniones de AA, doblar la esquina, abrir la guantera del coche y dar un trago. Había encontrado escondrijos mucho más currados que el fondo del zapatero.

Siete meses después pilló a Sean con Elisabeth Wells en su propia cama, y la remota posibilidad de dar marcha atrás al reloj se hundió en el fondo del mar, atada a un ancla de mil kilos. La infidelidad de Sean le dio un carpetazo brutal a

una situación insostenible. Era muy probable que, en el fondo, él hubiera buscado que lo pillaran. Al fin y al cabo, ¡estaban en su propia casa! No hacía falta ser Sherlock Holmes para descubrirlos.

Pactaron un divorcio amistoso, dentro de lo que cabe. Kathleen pasó por momentos muy duros al tener que asumir el fracaso de su matrimonio. No tenía sentido aferrarse a un cadáver, por mucho que doliera. Sus peores temores estaban cobrando vida: su romance con la botella iba viento en popa y su marido la abandonaba, calcando la historia de su propia madre. Lo que tanto la había aterrorizado siempre, lo que se había jurado que jamás le pasaría a ella, se estaba repitiendo punto por punto.

Lo único que le quedaba era el trabajo. Y, por cierto, también lo único que la diferenciaba de su madre, que había sobrevivido a base de ayudas sociales y de la caridad de sus hermanas. Ella, de momento, estaba muy lejos de esa realidad; era directora de admisiones y haría lo imposible por llegar a ser la directora del centro. Cuanto antes, mejor. Alcanzar ese puesto siendo tan joven le garantizaría la independencia económica y poder darle a Peter todo lo que necesitara. Había perdido dos batallas... no podía permitirse el lujo de perder la tercera.

La masacre del Aula 19 ocurrió un año después del divorcio. Su sueño de ser directora se cumplió; no en las circunstancias ideales, desde luego, pero alcanzó la meta a una edad que de otro modo habría sido impensable. Pero no tuvo elección. Tenía que ser directora a cualquier precio, y lo logró. Punto.

Fue una época durísima. Sean y Elisabeth se casaron, lo que supuso un buen mazazo, aunque Kathleen jamás lo admitiría en público. Su discurso oficial siempre era: «Es el padre de mi hijo, le deseo lo mejor», pero era una mentira más grande que el Titanic. En el fondo, rezaba para que lo suyo se fuera a pique; no para que él volviera arrastrándose —eso era inviable—, sino para que su nuevo y radiante camino tuviera al menos un par de baches. Solo un par. El niñato ya era socio del bufete, se casaba por todo lo alto y se iba de luna de miel a Roatán, un paraíso caribeño, con una tía siete años más joven inmune a la fuerza gravitatoria.

Pues muy bien por él.

Pero las hostilidades con Sean no habían terminado, y la relación estaba a punto de volverse tan áspera como el papel de lija. Una noche, un año después de lo del Aula 19, Sean la llamó a casa. Nunca lo hacía, así que Kathleen dio por hecho que le había pasado algo a Peter, que ese fin de semana estaba con él y con su flamante esposa.

Tras los saludos de rigor, él soltó:

—Kathleen, más te vale buscarte un abogado.

Vaya frasecita. El mundo se ha ido a la mierda para que dos personas civilizadas que alguna vez se quisieron tengan que decirse esas cosas. Kathleen tuvo el impulso de escupirle que ya se había buscado uno, que era ÉL, y que un buen día lo pilló en la cama con la vecina.

—¿Qué pasa, Sean?

—Voy a pedirle al juez la custodia total de Peter.

—¿¡Qué!?

—Creo que es lo mejor para todos, sobre todo para él.

Kathleen se quedó callada mientras barajaba un puñado de respuestas, a cuál más inadecuada.

—Eres un grandísimo hijo de puta.

Y le colgó.

La siguiente llamada, un par de días después, fue de un tal Lafferty. Se presentó como el abogado de Sean y le preguntó si ya tenía representante legal para poder ponerse en contacto con él. Ella le dijo que sí y le facilitó el nombre y el teléfono del señor Murray. Lafferty se lo agradeció y le aseguró que llamaría a su colega cuanto antes.

Y así fue como la siguiente decisión trascendental de sus vidas pasó a manos del señor Lafferty y del señor Murray; la etapa John Grisham de sus vidas. ¡Bienvenidos!

Una semana después, Kathleen se reunió con Murray y por fin asimiló la gravedad del asunto. El hombre, de unos sesenta años, ojos azules y barba blanca inmaculada, le dedicó una sonrisa paternal y le soltó en tono afable que el caso pintaba feo. Estaban en la cocina de la casa. Kathleen había preparado un café que ninguno de los dos llegaría a probar. El «incidente de la cocina» era el gran escollo, le explicó. Si iban a juicio, ellos lo usarían para demostrar su incapacidad como madre, alegando que, si algo así volvía a pasar, la vida de Peter correría peligro. Lo más triste es que eso era una verdad como un templo, y Kathleen lo sabía de sobra. Aunque habían pasado casi dos años sin que se repitiera nada parecido, eso no pesaría demasiado en el veredicto. Las reuniones de AA, a las que había dejado de ir, servirían para demostrar buena voluntad, pero no garantizaban nada. Murray le aconsejó que volviera a apuntarse.

Había otro problema.

—¿El qué? —preguntó Kathleen, incrédula. ¿Qué más podía haber?

—Lafferty dice que tienen pruebas de que sigues bebiendo —sentenció el abogado—. De que lo has hecho sistemáticamente durante todo este tiempo.

Al menos el hombre tuvo la decencia de no preguntarle si era verdad. Seguramente ya lo había leído en sus ojos.

Las perspectivas eran desoladoras. Su cargo como directora jugaba a su favor, sobre todo por el trato diario con menores. Si conseguían reunir testimonios de profesores que avalaran su profesionalidad, ayudaría. Por otro lado, Sean también tenía un puesto intachable y un hogar estable. Ellos alegarían que el lío con Elisabeth empezó cuando el matrimonio ya hacía aguas, usando el incidente de la cocina como prueba irrefutable. Lo ocurrido aquella noche, con Kathleen desangrándose por el muslo, era la raíz de todos sus males y su sentencia de muerte ante el sistema judicial.

Murray se lo explicó todo con claridad. Sería un caso muy jodido. Las madres solían partir con ventaja en los juicios por la custodia, pero en este en concreto, calculaba que tenían un sesenta por ciento de probabilidades de perder.

Además, el proceso les chuparía tiempo y dinero, y en el juzgado podrían salir a relucir trapos muy sucios.

El siguiente movimiento de Sean no se hizo esperar. Sacó su as de la manga. La llamó una noche y empezó diciendo que, si llegaban a un acuerdo amistoso, podría ver a Peter siempre que quisiera. No tenía sentido embarrar más las cosas. Luego le soltó que Lafferty era un perro viejo en ese tipo de pleitos y que estaba dispuesto a arrastrar su nombre por el fango en la escuela si era necesario. Sean no quería nada de eso.

Arrastrar su nombre por el fango.

El incidente de la cocina nunca había trascendido, pero amenazaban con llevarlo ante la junta directiva. También se lo filtrarían a los padres más influyentes. A nadie le gustaría tener a su hijo en un centro dirigido por una mujer con ese currículum. Sumado al estigma reciente del Aula 19, bastaría para que la destituyeran sin miramientos. La escuela Woodward ya estaba bajo lupa.

Sean ganó.

Acordaron un régimen de visitas flexible, que se fue relajando con el tiempo. Kathleen tuvo que tragar saliva y admitir que el nuevo hogar de su exmarido con Elisabeth era un buen entorno para Peter. A los pocos meses tuvieron una hija propia, a la que Peter no tardó en adorar con locura.

51

Dos golpes fuertes.

Kathleen se sobresaltó. Llevaba un rato abstraída, repasando viejos —y malos— tiempos. Dio un último trago y volvió a esconder la botella en el cajón de abajo del archivador. Echó la llave y se levantó.

—¿Paul? —preguntó, camino hacia la puerta de administración.

—No. Soy yo.

Era la inconfundible voz de Judd.

Kathleen abrió y se encontró al conserje plantado en el umbral. Lo conocía desde hacía más de diez años —hasta cierto punto confiaba en él—, pero esta vez detectó algo en su mirada que no le gustó un pelo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—El ret... El muchacho no está en la biblioteca.

—¿Dónde está?

—Ni idea. He echado un vistazo rápido por aquí abajo y no lo he visto.

—Mierda… Necesitamos encontrarlo antes que esos dos.

Estaban a punto de salir cuando Kathleen recordó algo. Le pidió a Judd que la esperase un segundo. Volvió al archivo y, tras rebuscar un poco, encontró el anuario de 1993. Si Michael no aparecía pronto, la situación podía irse de madre. Había sido una gilipollas por no haberse quedado vigilándolo en la biblioteca. Otro punto para su querida amiga, la botella.

—Listo —dijo al volver—. Vamos.

Subieron a la primera planta; ella con el anuario bajo el brazo y él con el bate al hombro. Nada más llegar, notaron lo que estaba pasando allí arriba.

—¡Me cago en la...! —Judd miró a un lado y a otro—Espéreme aquí.

Kathleen no tenía la menor intención de moverse.

En la segunda planta flotaba una densa nube de humo.

La enorme silueta del hombre se fue desdibujando poco a poco en la neblina gris.

Kathleen se quedó esperando, abrazada a sí misma y lanzando miradas nerviosas en todas direcciones. Sentirse tan vulnerable en su propia escuela era muy mala señal. Un incendio era lo último que necesitaban. Se preguntó si Ally tendría algo que ver. Esa chica sería un problema; lo había sabido en cada cédula de su cuerpo.

Un minuto después, Judd regresó. Primero asomó el haz de su linterna y luego su mole rectangular.

—Creo que sé de qué va esto.

—¿Es un incendio?

—No. Sígame.

Fuero hasta una de las ventanas. Todo estaba en la más absoluta calma.

—¿Ve la esquina del edificio?

—Sí.

—Lo que se ve ahí es la salida del escape del generador.

Kathleen se fijó en una pequeña chimenea metálica a la que nunca había prestado atención. Huelga decir que de ahí no salía ni gota de humo.

—El humo no puede salir —sentenció Judd.

—Igual que nosotros —remató Kathleen.

—Exacto.

Ambos se giraron hacia el pasillo. Sería cuestión de minutos que el aire se volviera irrespirable en esa zona.

—¿Cuánto tiempo crees que nos queda aquí arriba?

—El salón de actos es inmenso. Pero si estas puertas no se abren, no mucho. Quizá un par de horas. Puede que lo mejor sea apagar el generador.

—Y quedarnos a oscuras…

52

En la segunda planta no había luz. Aunque tenía la linterna, a Ally la idea de deambular sola no le gustaba nada. Su idea era ir directamente al salón de actos.

Apenas subió las escaleras, sin embargo, detectó un casi imperceptible olor a quemado. Pensó en no darle importancia y seguir a lo suyo, pero descartó la idea de inmediato. Si había un principio de incendio todos estarían en peligro; no podía permitirlo.

Encendió la linterna e iluminó el pasillo del ala Oeste. El haz de luz no era lo bastante potente para iluminarlo entero, pero le pareció distinguir humo flotando en el ambiente.

El olor se fue intensificando y la nube de humo se convirtió en una realidad innegable. A mitad de pasillo, la humareda ya era molesta y tuvo que apartarla con la mano.

Si había algo que podía complicar las cosas de verdad, era un incendio. Con las salidas bloqueadas y sin ventilación, sería cuestión de... ¿horas?

Al llegar al final del pasillo, el aire se volvió irrespirable y costaba ver a más de tres o cuatro metros. Lo raro era que no se oía el crepitar de las llamas. Ally no había estado nunca en un incendio; lo poco que sabía lo había sacado de las películas, pero le parecía lógico que, a esa distancia, el ruido del fuego debía ser ensordecedor.

Sin embargo, el silencio era absoluto.

Para seguir avanzando, tuvo que agacharse primero y, finalmente, gatear a cuatro patas. Allí el pasillo giraba a la derecha y recorría todo el ancho del edificio. Justo debajo estaban la sala de profesores, el despacho de la directora y administración. Ally se quitó el jersey y lo usó para taparse la boca y la nariz. La nube se espesaba a cada paso, por lo que era de suponer que el foco estaba al final del corredor.

Pasó junto a tres aulas hasta que se topó con una pared. Tosió repetidamente. Estaba claro que el humo procedía de ese extremo, pero ¿de dónde exactamente?

Estuvo a punto de darse la vuelta. Le costaba respirar y sabía a qué se arriesgaba. Si se desmayaba allí, Paul no se enteraría hasta dentro de media hora, y para entonces sería demasiado tarde. No tenía sentido seguir jugándosela sola. Tenía que pedir ayuda.

En el último momento, se percató de que a la izquierda, del lado de las aulas, había una puerta más, casi al final. La densidad del humo en esa zona le había impedido verla. Se dijo que se acercaría a mirar, pero que daría media vuelta

al menor síntoma de mareo. De momento tosía bastante, pero sentía la cabeza despejada.

Para alcanzar el pomo tuvo que avanzar con la cara casi pegada al suelo. Se incorporó ligeramente a un metro de distancia, en parte para alcanzar la manilla y en parte porque el humo salía a borbotones por la rendija de abajo. Era evidente que el fuego había empezado ahí dentro. Sorprendentemente, seguía sin oír llamas, aunque ahora un sonido sordo, como el aliento de un gigante, llegó a sus oídos.

Estiró el brazo, le dio un golpe seco al pomo y retrocedió al instante. Llevaba segundos aguantando la respiración. La puerta se entreabrió y Ally le soltó una patada para abrirla de par en par. Como no tenía brazo hidráulico, se quedó abierta. Al instante, una bocanada de humo negro y espeso la golpeó en la cara, haciéndola tambalear y casi soltar la linterna. Retrocedió lo más rápido que pudo mientras el humo acumulado en el cuarto inundaba el pasillo.

Se quedó sentada, apoyada contra la pared de enfrente. Quedarse allí también era peligroso, pero necesitaba coger aire antes de salir pitando. No sabía cuánto humo había tragado al abrir la puerta, pero no era poco. Intentó iluminar el interior con la linterna. No veía gran cosa, pero tenía toda la pinta de ser un cuarto de limpieza: distinguió escobas, fregonas y varios botes de colores alineados en una estantería. Estaba claro que el incendio no se había originado ahí; de ser así, todo estaría carbonizado. Sin embargo, solo había humo. Lo curioso —y Ally no sabría explicar por qué tenía esa sensación— era que el humo parecía brotar de un rincón del falso techo, donde flotaba un nudo denso y negrísimo.

Se puso en pie. Una bocanada de humo le entró en la garganta y tosió con violencia. Dio unos pasos, pero unas palpitaciones brutales en el pecho la obligaron a detenerse. Cayó de rodillas. Comprendió que había tensado demasiado la cuerda. Le escocían los ojos. Se dejó caer hacia delante, amortiguando el golpe con la mano libre. La linterna seguía encendida y Ally descubrió con horror que apenas podía ver un palmo. El humo del cuarto se había expandido por el pasillo, reduciendo la visibilidad a casi cero. No ver el final del corredor acentuó su pánico. Se giró sobre sí misma y pegó la mejilla a las baldosas. El tacto frío del suelo la reconfortó.

No supo si llegó a perder el conocimiento, pero de ser así, debieron de ser solo unos segundos. Tosía sin parar y apenas veía nada; la linterna ya no servía. Reptando, avanzó un metro, y luego otro. A medida que se arrastraba, su respiración mejoraba un poco, lo justo para no desmayarse. Su mente pendía de un único hilo de cordura que la obligaba a seguir moviéndose.

Al llegar a la mitad del pasillo supo que lo peor había pasado. Ya podía respirar mejor e incluso gatear, pero por precaución prefirió arrastrarse unos metros más. Solo al ver la esquina del pasillo empezó a sentirse realmente a salvo. Echó un vistazo atrás y lo que vio la aterró. La nube negra se había vuelto tan

espesa que parecía un muro sólido. Se maldijo por haber sido tan idiota. Si se hubiera quedado allí un segundo más, habría muerto asfixiada, sin la menor duda.

53

Ally se adecentó un poco en el aseo del pasillo central. Se lavó la cara, las manos y el pelo, pero poco pudo hacer con el jersey. El humo se había impregnado en el tejido y consideró que mojarlo no era buena idea. Aunque la temperatura no era baja, lo iba a necesitar para no coger frío.

Al salir del baño, evaluó la nube de humo. Tardaría unas horas en llenar aquellos pasillos de techos altos. Quizá dos o tres.

Caminó hasta el salón de actos, al fondo del pasillo central, y se detuvo frente a la puerta de madera de doble hoja. Los goznes chirriaron en una sinfonía descendente mientras daba sus primeros pasos en el interior de aquel recinto ominoso.

El salón tenía aforo para más de quinientas personas. Las butacas de madera, ancladas al suelo, se dividían en tres bloques: uno central, casi cuadrado, y dos laterales más pequeños, separados por pasillos de metro y medio de ancho. El escenario ocupaba casi todo el fondo de la sala. A la izquierda había tres grandes ventanales con las cortinas azules descorridas, dejando entrar un buen torrente de luz lunar. El reflejo plateado en los respaldos de las butacas las hacía parecer un mar de lápidas grises.

Ally avanzó por el pasillo de la izquierda hasta la mitad. Se detuvo y miró a su alrededor. En la pared opuesta a los ventanales se alineaban dos palcos alargados. Frente al escenario, justo encima de las puertas por las que acababa de entrar, había un amplio balcón, también para el público. Una puerta en la esquina, debajo de los palcos, debía de ser el acceso a esas zonas elevadas.

Del techo colgaban seis lámparas de araña de cristal, a unos ocho o diez metros de altura. Ally no sabía calcular cuánto tardaría ese espacio en llenarse de humo, pero supuso que varias horas. Tal vez un día entero. Contando también la planta baja, el tiempo sería mucho mayor.

Junto al escenario había una puerta lateral, pero prefirió trepar directamente por el frontal. En el centro vio una trampilla. De pequeña, siempre había participado en las obras de teatro del colegio; tenía aptitudes para la actuación y el canto. Hacía unos años montó su propia banda de chicas: *Ginger Snaps*.

Cerró los ojos y se pegó la linterna a los labios a modo de micrófono y empezó a cantar.

Live to Tell, de Madonna, era la canción favorita de su hermano.

I have a tale to tell
Sometimes it gets so hard to hide it well
I was not ready for the fall

Too blind to see the writing on the wall

La acústica de la sala era impresionante. El sonido de su propia voz adquirió una densidad casi corpórea.

Su temor inicial de encontrar las butacas llenas de niños fantasma observándola se esfumó.

Dos versos después llegó el estribillo, que cantó en un tono más grave:

A man can tell a thousand lies
I've learned my lesson well
Hope I live to tell
The secret I have learned, till then
It will burn inside of me

La melodía la transportó. Al terminar, tenía los ojos arrasados en lágrimas.

Se bajó del escenario sintiéndose un poco ridícula.

Se dirigió a la puerta lateral que había visto antes. La abrió y se topó con un espacio sumido en la oscuridad más absoluta. Cerró a sus espaldas y encendió la linterna. Tuvo que agacharse para avanzar por el bajo del escenario. Enseguida se dio cuenta de que no era un espacio libre; había varios muretes divisorios que lo convertían en un laberinto claustrofóbico.

—¿Michael? —llamó en voz baja.

Acababa de dejarse los pulmones cantando a voz en grito en el salón de actos, pero allí abajo le pareció que susurrar era lo más lógico.

Avanzó entre dos tabiques hasta lo que supuso era el centro del escenario, donde se abrían otras tres posibles rutas. Iba a girar a la izquierda cuando un ruido la paralizó. Un golpe seco, procedente precisamente de esa dirección. Enfocó con la linterna y contuvo el aliento. Ally se apoyó en un murete para no perder el equilibrio, esperando a que el sonido se repitiera, mientras una fina capa de sudor le perlaba la frente.

—¿Michael? —volvió a llamar.

El sonido se repitió.

54

Paul llegó al salón de actos diez minutos más tarde de lo acordado. Encontró a Ally sentada al borde del escenario, balanceando las piernas y con una sonrisa en la cara.

—Michael no está en la planta baja —anunció Paul—. Veo que tú tampoco has tenido suerte.

Ally negó con la cabeza, confirmando lo evidente. Paul se acercó.

—¿Has visto el humo?

—Casi me muero asfixiada.

—Dios mío... Tenemos que largarnos de aquí ahora mismo.

Ally se echó a reír.

—¡Claro! ¿Por qué no vamos a por unas hamburguesas al Burger King?

—Al menos deberíamos bajar.

—Creo que aún faltan unas horas para que el aire de aquí se vuelva irrespirable como el del pasillo.

Paul estaba de pie frente al escenario, con la cabeza a la altura del estómago de Ally. Tuvo que levantar la vista para mirarla.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro. Ya llevas dos desde que has llegado.

—¿Por qué sonríes? —preguntó, genuinamente intrigado.

La sonrisa de Ally se ensanchó.

—Si hubieras llegado antes —dijo ella—, me habrías visto encima de este escenario cantando.

—No me lo creo.

—Me encanta cantar. Me pregunto si no nos estaremos volviendo locos aquí dentro.

—¿Has descubierto de dónde viene el humo?

—Es rarísimo —respondió ella—. Lo seguí hasta un cuarto de la limpieza al fondo del pasillo. Pensé que era un incendio. Esperaba

encontrar llamas, pero no había ninguna. Solo humo. ¿No has visto nada abajo?

—No —Paul pareció dudar—. He oído de casualidad una conversación muy llamativa entre Kathleen y Judd

—¿Qué decían?

—Hablaban de nosotros. Ella le pedía a Judd que no nos permitiera acercarnos a Michael.

El rostro de Ally se transformó.

—Esos dos no me gustan, Paul. Necesitamos aliarnos.

¿Ya no lo estaban?

—Unos minutos después —añadió Paul—, me crucé con Kathleen en administración y tuve la sensación de que escondía algo en el archivo.

—¿El qué?

—No lo sé. Pensaba que sería Michael, pero cuando entré no había nadie. Sin embargo, en su mesa encontré una foto de mi mujer... Estaba allí apoyada, como si alguien la hubiera dejado a propósito.

—¿Tu mujer?

—Eva murió hace cuatro años. Creía habértelo comentado...

—¿Y ellas se conocían?

—Coincidieron en algunos cursos de fotografía. Pero no eran amigas. O al menos, no que yo supiera. Por eso me ha sorprendido la fotografía.

Paul se subió al escenario y se sentó a su lado.

—Uf —se quejó, arrugando la nariz.

—Sí, lo sé. No he podido quitarme la peste a humo del jersey.

—Ally —dijo Paul en tono solemne—. Creo que tú y yo vamos a tener que andar con pies de plomo. A ser posible, no separarnos.

Ella bajó la mirada hacia su regazo. Se quedó así unos segundos, sumida en un debate interno. Paul era un buen tipo... y odiaba mentirle. Apoyó las manos en el borde del escenario y se dejó caer. Ahora sus posiciones se habían invertido: era ella la que estaba de pie frente a él.

—Paul, tengo que decirte algo —dijo mirándolo a los ojos.

—Claro, dime.

Ally hizo una pausa deliberada y llenó los pulmones de aire. No iba a ser fácil, así que lo soltó sin rodeos:

—Nuestro encuentro en Tannen's... no fue casualidad.

Paul llevaba un buen rato comiéndose la cabeza con conspiraciones en la planta baja y resulta que el engaño lo tenía delante de sus narices.

—Explícate.

Pero Ally no llegó a contestar. Las puertas se abrieron con un chirrido agudo y Kathleen entró a paso firme. Judd la seguía de cerca, bate en mano. Algo en su cara había cambiado, y no precisamente para bien.

—¡¿Qué demonios estáis haciendo?! —exclamó Kathleen.

Ally, que estaba de espaldas, se giró de golpe, sobresaltada por el grito de la directora.

Paul dio un salto y aterrizó en el suelo.

Kathleen se plantó frente a ellos. El conserje se plantó a unos cuatro metros, bloqueando la salida con el bate apoyado al hombro.

—¿Sabes que Michael no está en la biblioteca? —preguntó Kathleen, dirigiéndose claramente a Paul.

—Sí, lo sé.

—¿Y por qué no me has dicho nada?

—Supuse que lo encontraría pronto.

—¿Lo has encontrado?

A Paul le hervía la sangre cuando le hablaban como a un crío, y probablemente habría saltado si no hubiera estado dándole vueltas a lo que Ally acababa de confesarle. Justo antes de que los interrumpieran, iba a explicarle por qué lo había abordado en el bar.

—No lo he encontrado, y este tipo de cuestionamientos no creo que nos lleve a ninguna parte…

—Escuche lo que la directora Blake tiene que decirle. —gruñó el grandullón.

—¡¿Pero esto qué es?! —Paul se giró y abrió los brazos hacia Kathleen—. ¿Una amenaza?

—Paul, ven aquí, por favor —trató de tranquilizarlo ella.

A regañadientes, se acercó.

—Solo quiero saber dónde está Michael —dijo ella.

—Ya te he dicho que no lo sé. Ally y yo lo hemos buscado por todas partes. Se habrá movido de sitio mientras lo buscábamos.

—¿Tú tampoco sabes dónde está Michael? —insistió Kathleen, dirigiéndose esta vez a Ally.

La chica negó con la cabeza.

Kathleen dio un par de pasos, como buscando las palabras adecuadas. Cuando volvió a hablar, clavó la mirada en los ojos de Paul.

—Sabes, Paul, te tenía por un periodista avispado; pero esta noche te está fallando el instinto.

Mientras lo decía, la directora miró de reojo a Ally, que permanecía inmóvil como una estatua.

—¿Ah, sí? —dijo Paul— ¿Si sabes algo por qué no lo compartes con nosotros? Creía que la hora de la sinceridad había empezado en la biblioteca.

—Primero quiero saber dónde está Michael.

—¡Que ya le hemos dicho que no lo sabemos! —estalló Ally.

La cara de Kathleen se transformó por la ira. Dio dos zancadas y se plantó frente a la chica.

—Basta de jueguecitos. Acabemos con esto de una vez... —Kathleen apretaba los labios, como un perro a punto de morder— ¿Cómo has dicho que se llamaba tu hermano, cariño?

Claramente, Ally no esperaba esa pregunta.

—Michael Brown —dijo por fin— ¿Qué tiene…?

La directora la detuvo con un ademán. Llevaba un librito en la mano derecha y se lo tendió a Paul.

—Esto es lo que estaba buscando en el archivo —dijo Kathleen.

Paul lo cogió en silencio. Al abrirlo, vio que era el anuario de 1993. Pasó las páginas hasta llegar a la foto de la clase de cuarto. Reconoció algunas caras de su época de investigación, pero lógicamente no todas. Por un instante pensó que no encontraría el nombre que Ally les había dado y que esa era la trampa de Kathleen, pero ahí estaba: era el segundo niño empezando por la derecha, en la fila del medio.

Paul lo localizó.

Levantó la vista.

—Michael Brown era negro —dijo con resignación, devolviéndole el anuario a Kathleen.

La cara de Ally se ensombreció de golpe.

—Lo siento, Paul —susurró la chica, dando un par de pasos hacia atrás.

De repente, se dio la vuelta y echó a correr en paralelo al escenario. Eso le dio unos segundos de ventaja.

Judd salió disparado hacia la parte de atrás, sin quitarle los ojos de encima. Antes de alcanzar la puerta tuvo un ligero resbalón. Ally se dio cuenta y aceleró, ya en línea recta hacia la salida. Ella era más rápida y aquel traspié le iba a costar muy caro. Judd estaba a tres o cuatro metros de la puerta cuando ella prácticamente iba a salir.

Judd no dudó. Lanzó el bate con fuerza. Ally no lo vio venir porque el bate voló por debajo del nivel de las últimas butacas. Se topó con el bate justo al cruzar el umbral, pero cayó de bruces, estrellándose contra la madera con un golpe brutal.

La puerta se cerró.

Judd se acercó caminando tranquilamente, con una sonrisa de satisfacción en la boca. Abrió la puerta esperando encontrarse con el cuerpo retorcido y dolorido de Ally...

Pero el pasillo estaba completamente vacío.

55

—¡¿Dónde coño se ha metido?! —bramó Judd, plantado junto a la puerta del salón de actos. Ally acababa de cruzarla hacía apenas dos o tres segundos. Podría haber echado a correr hacia la escalera, pero tendría que haberlo hecho a la velocidad del rayo; su golpe con el bate había sido certero y la chica se había estrellado de bruces contra la madera con una fuerza brutal. Era difícil creer que hubiera reaccionado tan rápido.

Recogió el bate del suelo.

Paul seguía de pie frente al escenario, con el anuario en la mano. Kathleen acababa de demostrarle que Ally le había mentido con lo de su hermano en el aula 19. El niño al que había señalado como su hermano era un niño negro.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—Desde que la vi entrar por la puerta supe que mentía —respondió la directora—. Lo llevaba escrito en la frente.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes?

—Tú sabes por qué...

Judd regresó en ese momento.

—Será mejor que vengan conmigo.

Se situó a la espalda de Paul y le dio un toque con la punta del bate para que echara a andar.

—Vamos abajo —ordenó.

Kathleen abría la marcha. A medio camino, se giró para echarle un vistazo al conserje. Lucía la misma expresión que cuando le abrió la puerta de administración, solo que ahora era mucho más evidente. Algo había cambiado. Parecía moverse por control remoto.

Cuando estaban saliendo del salón de actos oyeron unos aplausos a sus espaldas. Al volverse se encontraron con una docena de espectadores traslúcidos mirando hacia el escenario.

Nadie hizo ningún comentario al respecto.

—¿De dónde sale todo este humo? —Paul miró a su alrededor buscando a Ally, sabiendo que no estaría a la vista.

Judd los vigilaba desde atrás, a escasos tres pasos, con la actitud de quien está dispuesto a soltar un garrotazo si la conversación se desvía de su gusto. Les marcaba el camino con el haz de la linterna.

—Es el escape del generador —aclaró Kathleen—. El humo no tiene por dónde salir.

—Como nosotros… —murmuró Paul.

Llegaron al descansillo y empezaron a bajar las escaleras.

—Siento la escenita de ahí dentro —se disculpó Kathleen, acercándose a Paul.

—No pasa nada.

—¿De verdad no sabes dónde está Michael?

—No tengo ni la más remota idea.

—¡Eh, se acabó la cháchara! —ladró Judd.

Aunque la frase iba dirigida claramente a Paul, Kathleen se sintió intimidada. Sutilmente, Judd había tomado el mando.

—Periodista listillo, vaya hacia la puerta y póngase de espaldas a ella. —Se refería a la entrada principal.

—¿Por qué?

—Menos preguntas.

Judd sacó un cable enrollado de uno de los bolsillos.

—Ponga las manos entrelazadas en los tiradores.

—¿Te has vuelto loco?

—Usted hágalo.

Resistirse en ese punto era inútil. Se enfrentaba a una mole de dos metros armada con un bate de madera.

Paul entrelazó las manos a la espalda, agarrando los tiradores metálicos. Judd usó el cable para atarle las muñecas, apretando con mucha más fuerza de la necesaria.

—¡Cuidado!

Kathleen observaba la escena a una distancia prudencial.

—¿Por qué haces esto, Judd?

Él no contestó. Siguió concentrado en su tarea, anudando las manos de Paul a la puerta. Solo cuando terminó, unos segundos

después, se giró hacia la directora con cara de no haber oído nada.

—Venga conmigo —le ordenó.

—¿A dónde?

—A administración.

—¿Para qué?

Judd volvió a guardar silencio.

El cupo de preguntas se había agotado.

Agarró a la directora por el brazo; sus dedos eran tan enormes que le rodeaban el bíceps por completo.

Kathleen sintió una punzada de pánico al verse atrapada por aquella manaza. Sí, definitivamente, las cosas habían cambiado.

Avanzaron por el pasillo en silencio. Cuando llevaban unos diez metros, la voz de Paul resonó desde el vestíbulo.

—¡Me vas a dejar aquí atado! ¡Estás loco!

Kathleen supuso que aquel grito iba dirigido a Ally, que debía de estar escondida en algún rincón de la primera planta.

—¡En un minuto estoy con usted! —le gritó el conserje—. ¡No se impaciente!

Justo antes de llegar al cruce de pasillos, una mujer dobló la esquina en dirección a ellos. Se frenaron en seco, pero la mujer no pareció percatarse de su presencia. La sorpresa inicial duró un suspiro; el tiempo justo para comprobar que no era una persona de carne y hueso, sino una maestra traslúcida, igual que el público del salón de actos. Al pasar por su lado, Kathleen la reconoció. Había trabajado en la escuela hacía cinco o seis años.

Llevaba un libro rojo apretado contra el pecho.

Se giraron para ver cómo la mujer seguía su camino hasta el vestíbulo y desaparecía por la izquierda. Solo cuando la perdieron de vista, reanudaron la marcha. No se cruzaron con ningún otro fantasma hasta llegar a administración.

Kathleen empujó la puerta y entró. Judd se quedó fuera.

—Espéreme aquí.

—¿Por qué?

—Prefiero que se quede aquí dentro —dijo él, haciendo el amago de cerrar.

—¡Espera!

Él se detuvo.

—¿Qué pasa?

—No pensarás dejarme aquí encerrada, ¿verdad?

—A decir verdad, eso es justo lo que pienso hacer. Pero tranquila, vendré a por usted en cuanto me ocupe de su amiguito.

—Paul Farris no es amigo mío.

—Me da igual. Volveré a por usted. Ya estoy cansado de tanto hablar. Soy el conserje de la escuela y ahora las cosas se harán a mi manera.

Judd volvió a empujar la puerta, pero ella le paró.

—Déjame las llaves, entonces. Si vas a volver, no te importará dejármelas.

Él se lo pensó un instante. No quería dejar a Paul solo demasiado tiempo.

Se desenganchó la anilla con todas las llaves de la escuela y se la tendió. Kathleen asintió a modo de agradecimiento.

—No intente ninguna tontería —le advirtió Judd con severidad —. Averiguaré dónde está el retrasado y volveré en menos de lo que canta un gallo.

A Kathleen le cambió la cara al oír aquello.

Judd cerró la puerta y sacó el otro cable del bolsillo.

—¿Me estás encerrando, Judd? —preguntó ella desde el otro lado.

—Ya lo creo. No haga ninguna estupidez.

Cuando Judd regresó al vestíbulo, Paul lo miraba con fuego en la mirada.

—Usted no me conoce —dijo Judd, apoyándose el bate en el hombro—. Así que le voy a dar un curso acelerado: no me gusta hablar y no me gusta perder el tiempo. Así que voy a preguntárselo una sola vez: ¿dónde está el retrasado?

—Lo tengo metido en el culo —escupió Paul.

No pudo terminar la frase. Judd se le echó encima con la ferocidad de un Rottweiler y le hundió la punta del bate en la boca del estómago. Paul sintió un dolor brutal, como si lo hubiera embestido una bola de demolición. Se quedó sin aire y sus intentos por recuperarlo fueron en vano. No recordaba un dolor físico tan

bestial desde que se rompió un brazo en la adolescencia. Se dobló por la mitad y se dejó caer, pero sus brazos atados a la puerta se tensaron, impidiendo que sus rodillas tocaran el suelo. Un latigazo de dolor le desgarró los hombros, pero no era nada comparado con el infierno que le ardía en las entrañas.

—A ver si lo va pillando —gruñó Judd—. No me gusta dialogar.

Paul intentó responder. Abrió la boca, pero no le llegaba aire suficiente a las cuerdas vocales.

—Por última vez: ¿dónde está el retrasado?

Paul sorbió minúsculas bocanadas de aire. Se irguió todo lo que pudo y, a duras penas, logró articular:

—No lo sé... Te lo juro.

—Mala respuesta —graznó Judd, y volvió a abalanzarse sobre él.

Paul apenas había levantado la cabeza. Vio la sombra abalanzarse por el rabillo del ojo e intentó cubrirse el estómago con las manos. Sabía que, si le encajaba otro golpe como el anterior, no lo contaría.

Cuando el bate impactó, sintió dos cosas. La primera fue sorpresa, porque el golpe no le dio en el estómago. La segunda fue un dolor inimaginable en la rodilla que le arrancó un grito desgarrador. El bate le había dado de lleno en el lateral con una fuerza demoledora. Sintió, y oyó, cómo su pierna se doblaba en un ángulo antinatural con un chasquido seco y escalofriante de hueso astillado.

—¡Hijo de puta!

Soltó otro alarido agónico.

El dolor de la rodilla era muy distinto al del estómago. Mientras que el primero era una quemazón constante que iba remitiendo poco a poco, el de la pierna le atacaba en ráfagas punzantes.

No sabía en qué momento había cerrado los ojos, pero se dio cuenta de que apretaba los párpados con fuerza, como un crío asustado en la oscuridad. Los abrió una rendija. Lo primero que vio fue una explosión de lucecitas brillantes. Se secó las lágrimas con el antebrazo y vio su rodilla, doblada hacia dentro como un paréntesis.

Un millón de diminutos cometas le bailaban ante los ojos.

Venga, Paul, no te desmayes. Si te desmayas, te mata. Levanta la cabeza. Vamos. Levanta la puta cabeza...

Y lo hizo. Le costó horrores abstraerse de los dos focos de dolor, sobre todo del de la pierna.

Judd sonreía de oreja a oreja, con el bate descansando de nuevo en su hombro. Miraba a Paul como un leñador contempla el árbol que acaba de talar.

—Jode, ¿eh? —Judd soltó una risotada seca—. Supongo que ahora sí está listo para contestar...

Paul titubeó un instante y Judd dio un paso amenazador hacia él.

—Espera.

Judd se detuvo.

—Te lo diré —jadeó Paul.

—Me lo imaginaba.

Esos segundos eran vitales. Paul llenó los pulmones de aire y abrió la boca...

En ese preciso instante, Ally apareció por detrás del conserje echa una furia y le reventó un extintor rojo en la nuca.

La cara de Judd se transformó. Puso los ojos en blanco antes de desplomarse de lado como un saco de plomo. Su cabeza rebotó contra el suelo con un golpe sordo. El bate, que soltó al caer, repiqueteó contra las baldosas.

Ally seguía en posición de ataque, sujetando el extintor con ambas manos y temblando como una hoja.

—Joder... —susurró—. Iba a matarte...

Paul no pudo contestarle. No llegó a desmayarse, pero le faltó muy poco.

56

—Desátame, por favor —gimió Paul.

Ally dejó en el suelo el extintor con el que acababa de derribar a Judd y corrió hacia él. Deshacer los nudos le llevó casi cinco minutos, especialmente el primero. En cuanto terminó, Paul cayó de costado con los brazos aún vencidos hacia atrás. Dos aros morados le marcaban las muñecas.

—Paul, por favor, perdóname. Te lo explicaré todo...

—Ahora mismo no necesito ninguna explicación. —Hizo el esfuerzo de sentarse, apoyando la espalda contra la puerta de cristal —. Voy a necesitar inmovilizar la rodilla y algunos analgésicos.

—Puedo ir a la enfermería.

—Está cerrada con llave, pero puedes intentar romper el cristal. Está al final del pasillo.

Ella asintió.

—¿Seguro que estarás bien?

—Acércame el bate.

Ally se lo tendió y le miró la pierna izquierda. No tenía buen aspecto.

Judd seguía tendido boca arriba. Salvo por la brecha en la nuca —que parecía haber dejado de sangrar—, daba la impresión de dormir plácidamente. Su rostro no mostraba el menor signo de dolor. Paul lo vigilaba con el bate en el regazo. Si el conserje hacía el menor amago de moverse, le advertiría que se quedara quieto; y si no obedecía, le reventaría la cabeza a batazos sin dudarlo un segundo. El tipo ya había demostrado lo peligroso que era.

El dolor en el estómago había aflojado, algo era algo. La rodilla, en cambio, le latía con violencia. Había sido una idiotez no pedirle a Ally que le atara las manos a Judd. El cable estaba ahí tirado, pero la sola idea de arrastrarse para hacer él mismo los nudos le dio náuseas.

Unos segundos después, Paul oyó el estallido del cristal en la enfermería y supo que Ally estaba dentro. La chica regresó con un puñado de botes que le dejó en el regazo. Uno de ellos era un analgésico para adultos a base de codeína. Paul tragó dos cápsulas y se guardó el bote en el bolsillo delantero de los vaqueros.

—Aguarda un momento…

Ally salió disparada antes de que él pudiera decirle nada más. Paul cerró los ojos. El efecto narcótico no fue inmediato, pero en cuanto las cápsulas pasaron por su garganta empezó a sentirse un poco mejor. Sabía que de un momento a otro el dolor empezaría a remitir, y eso ya era una bendición. Sin embargo, también sabía que no serviría de nada si no lograba enderezar la articulación.

Judd no se despertó. Otra buena noticia. Pero su pecho subía y bajaba rítmicamente, recordándoles que podía abrir los ojos en cualquier instante. Volvió a maldecirse por no haberle pedido a Ally que lo atara. No era buena idea tentar a la suerte de esa manera. Si el monstruo despertaba y él no lograba atizarle un buen golpe, ya podía ir despidiéndose de este mundo.

La espera se le hizo eterna. Cuando Ally regresó, traía dos cuerdas de saltar a la comba y una tabla de madera.

—Los había visto antes en el gimnasio. Parece el asiento de un columpio. Servirá para inmovilizarte la pierna.

—Espera —la cortó él—. Me preocupa este tipo. Si no le hubieras golpeado con ese extintor, no sé de qué podría haber sido capaz.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Atarlo sería un buen principio.

—¿Y dejarlo aquí tirado? —Ally enarcó las cejas—. Me quedaría más tranquila si le encerramos en algún sitio.

—Ally, creo que podré moverme si logramos arreglar lo de mi rodilla, pero ni de coña podré ayudarte a arrastrar a este mastodonte.

—Si se despierta y logra soltarse...

—Tenemos que asegurarnos de que eso no pase.

—Podemos atarle las manos a los tiradores de la puerta.

Era la opción más a la mano que tenían.

Pero para eso tendrían que sentar a Judd contra la puerta. Entre los dos movieron el cuerpo del gigante. Paul se moría de dolor y desde luego no podía levantarse, por lo cual su aporte fue bastante poco. Ally le pasó los brazos por debajo de las exilas y tiró del grandullón con todas sus fuerzas.

Estaban exponiéndose demasiado. Si Judd despertaba en ese momento, los tendría a los dos a su merced.

Por otro lado, el plan de intentar llevarlo a algún sitio para dejarlo encerrado era completamente inviable.

Cuando lograron sentarlo estaban asqueados y exhaustos.

Ally le ató la cuerda a la muñeca derecha y la pasó por uno de los tiradores de metal. Tiró de ella e izó el enorme brazo. La marioneta de más de cien kilos obedeció sin rechistar. Luego hizo lo mismo con la izquierda. Cuando ambas manos estuvieron en posición, le dio un par de vueltas más a la cuerda y le tendió el extremo a Paul.

—Listo —dijo ella—. Procura que el nudo sea bien fuerte.

—No lo dudes.

La tarea les demandó más de diez minutos en total. Judd quedó sentado contra la puerta principal, con las manos en alto amarradas a los tiradores y las piernas estiradas, también atadas. Salvo que el tipo fuera Houdini, no tendrían que volver a preocuparse por él.

—Ally, voy a necesitar tu ayuda con la rodilla.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Enderezarla? No, por favor.

—Primero ayúdame a arrastrarme hasta la pared.

Paul se impulsó ayudándose con las manos.

—¿Qué quieres que haga?

—Ayúdame a colocar la pierna contra la pared.

Era evidente que la codeína estaba haciendo efecto, porque Paul ya no sentía la necesidad imperiosa de gritar. El dolor estaba muy lejos de ser aceptable, pero al menos era tolerable.

—Mierda, Paul.

Incluso con el vaquero se advertía que el ángulo entre el fémur y la tibia tenía al menos cinco grados de desviación respecto al

muro.

—Pásame la tabla, Ally.

Ella se la tendió en silencio y retrocedió por instinto.

Las fracturas le daban muchísima impresión. Ni siquiera soportaba ver esos programas de dramas en hospitales. No sabía qué se traía Paul entre manos, pero seguro que era mucho peor que una escena de E.R.

—Ayúdame a quitarme el pantalón.

Ella tiró de las perneras mirando para otro lado.

—Mierda, Paul —repitió—. No me hagas hacer esto.

—Lo siento, pero no puedo hacer esto solo.

Ally se obligó a mirar. El aspecto de la rodilla era espantoso: estaba enrojecida e inflamada, y la desviación del hueso resultaba crudamente antinatural.

Paul encajó la tabla de madera contra la pierna herida, haciendo un sándwich con la pared.

—Ven, Ally. Vas a necesitar el bate.

—¿¡Quéi? ¿Te has vuelto loco de remate?

—Mira... no soy médico —dijo él—, pero me he roto un par de huesos en mi vida y lo primero es devolverlo a su sitio.

—Yo no puedo hacer eso.

—No me dolerá —dijo él—. He doblado la dosis de codeína.

—Que no lo entiendes... que no puedo. ¿Qué quieres, que te dé de batazos para enderezarla?

—Sí. Bueno, en realidad golpearás la tabla de madera.

—Dios santo, Paul.

Ally daba vueltas sobre sí misma.

Era ridículo, él sería el que recibiría el golpe. Ella solo tenía que dar un batazo.

Cogió aire y se agachó a por el bate.

—Ponte de espaldas a la pared —le indicó él—. Apoya los pies contra la tabla y golpea con el bate de punta, como si fuera uno de esos cilindros que usa la policía para abrir las puertas. Mide la distancia primero.

—No he dicho que vaya a hacerlo. —Ally seguía aterrada; le temblaban las manos.

—Será solo un segundo. Ni siquiera tienes que mirar.

Ally miró la rodilla y apartó la vista al instante. Aquello no ayudaba. Volvió a centrarse en la cara de Paul, que seguía tirado en el suelo, apoyado contra la pared y soportando aquel suplicio estoicamente. Asintió, reuniendo todo el valor que pudo.

Adoptó la postura para golpear.

—¿Estás seguro de que no te dolerá?

—Segurísimo. El dolor se irá.

—Esto no va a funcionar… No puedo.

—¡Sí puedes!

—¡No!

Paul iba a decir algo más cuando el bate dio un golpe rápido e inesperado como un pistón.

Paul había mentido. El dolor fue monstruoso.

Soltó un alarido que en la quietud de la escuela resultó espeluznante.

Paul respiraba con mucha agitación, pero una sonrisa de alivio asomaba en su cara.

—Gracias, Ally... duele como los mil demonios... pero lo has conseguido, joder.

Ella se acercó a mirar. En efecto, la pierna volvía a estar recta.

Paul dedicó los siguientes minutos a subirse el pantalón y a fijar la tabla a la pierna con la segunda cuerda. Con la ayuda de Ally logró ponerse en pie y descubrió que el bate de Judd funcionaba de maravilla como bastón. Dio un par de pasos de prueba; el dolor era intenso cada vez que movía la articulación, pero podría caminar. Mientras tuviera analgésicos suficientes no habría problema, y el bote estaba casi lleno.

—Vamos a la cafetería. Necesito beber un poco de agua.

—Espera, Paul —lo detuvo ella—. Antes tenemos que ir la segunda planta. Es importante. Sé que te debo unas cuantas explicaciones.

—Si vamos despacio, creo que podré subir. Pero primero tráeme ese vaso de agua.

Ally fue a la cafetería y volvió con dos botellas de plástico.

57

Con la ayuda del bate y agarrándose al pasamanos, Paul logró llegar al rellano de la escalera sin mayores contratiempos. Le pidió a Ally unos segundos para coger aire antes de afrontar el resto de la subida. La cantidad de humo había aumentado; se notaba incluso desde allí.

—Es el escape del generador —explicó Paul, repitiendo lo que Judd le había dicho poco antes de molerle a palos.

—¿Se ha estropeado?

—No que yo sepa. Es que el humo no tiene por dónde salir de la escuela, igual que nosotros.

—Entonces tendremos que apagar el generador —dedujo Ally— Necesito que vengas conmigo. Te lo explicaré todo cuando estemos arriba.

Él se encogió de hombros. No tenía ni idea de qué se traía Ally entre manos, pero ahora mismo tampoco le importaba demasiado. Cuando te acaban de reventar la rodilla con un bate de béisbol, las prioridades cambian de forma asombrosa.

Llegaron a la primera planta y comprobaron que el aire se estaba volviendo irrespirable. La visibilidad era pésima, incluso con la linterna. Tosieron varias veces.

—No creo que esto sea buena idea —dijo Paul, plantado en el último escalón y descargando su peso sobre el bate.

—Vamos al salón de actos —apremió Ally.

—¿Al salón de actos? —repitió él, sin moverse del sitio.

Ella se giró para mirarle.

—Sí. Es un espacio enorme. El humo tardará bastante en ser un problema ahí dentro.

—Cuando salimos, Judd cerró las puertas con llave —dijo él.

—¡¿Qué?! —exclamó Ally, antes de salir a toda velocidad hacia el salón de actos.

Paul vio cómo el haz de luz se agitaba de un lado a otro hasta desaparecer, seguido por el eco de sus pisadas.

Regresó en diez segundos.

—¡No me lo puedo creer!

—Pensaba que lo sabías.

—Cuando salisteis me quedé un buen rato metida en una de las aulas. Luego bajé directa y vi la paliza que te estaba dando.

—Ahora eso da igual —la tranquilizó Paul.

A Ally se le iluminó la cara.

—¿El qué? —preguntó él.

—¡Que Judd sigue inconsciente! Seguro que lleva las llaves encima.

—Es muy probable.

—Paul, espérame aquí.

—Ally...

—Será solo un segundo.

Ella pasó a su lado como una exhalación y bajó los escalones de dos en dos. Al llegar a la planta baja, apagó la linterna.

Judd no estará ahí. Veré la cuerda colgando de los tiradores y el cable en el suelo, pero él habrá desaparecido. Y cuando me acerque, haciendo justo lo contrario de lo que dicta el sentido común, oiré su respiración agitada a mis espaldas y no me dará tiempo a girarme. No tendrá el bate, pero me reventará la cabeza con un extintor.

Esa imagen mental del vestíbulo vacío la frenó en seco. Se asomó con cautela y respiró aliviada al ver las piernas estiradas de Judd, exactamente en la misma postura en que lo habían dejado. Avanzó mirando en todas direcciones. No vio a nadie, lo que le hizo preguntarse por Kathleen.

¿Dónde se habría metido la directora?

Registrar al gigante no iba a ser fácil. Empezó por el cinturón. Creía recordar que Judd llevaba las llaves colgadas; encontró el mosquetón metálico, pero estaba vacío. No podía ser tan fácil, pensó con resignación. Tendrían que estar en algún bolsillo. Revisó primero los de la chaqueta: dos a los lados y dos en el pecho. Nada. Faltaban los del pantalón. Palpó los laterales desde fuera, pero no oyó el

tintineo que buscaba. Era imposible; tenían que estar en alguna parte. Se obligó a meterle las manos en los bolsillos para confirmarlo, pero ya había visto el tamaño del manojo y sabía que lo habría notado a través de la tela.

Al terminar el cacheo, se quedó de rodillas junto al cuerpo inconsciente, dándole vueltas al asunto.

¿Dónde coño están las llaves?

Subió a la primera planta y encontró a Paul sentado en el borde de la escalera, con la pierna estirada. Él se tapó la cara con el brazo cuando ella le enfocó directamente con la linterna.

—Judd no tiene las llaves —anunció Ally.

—¿No?

—No. ¿Dónde está Kathleen?

—Judd se la llevó por el pasillo, seguramente a su despacho... antes de darme la paliza. Por lo visto no quería público.

Ally se quedó pensativa. La prioridad era entrar en el salón de actos, pero solo tenían dos opciones: buscar a Kathleen y pedirle las llaves —si es que el conserje se las había dado a ella—, o encontrar otra forma de forzar la entrada.

—Voy a buscar alguna herramienta para reventar la puerta —decidió Ally con firmeza.

—Eh, frena un carro. —Paul empezó a incorporarse—. ¿Por qué no buscamos a Kathleen?

—Porque no me fío de ella.

Paul la agarró del brazo.

—Ally, hasta aquí hemos llegado —dijo, tajante—. Quiero saber quién eres de verdad y por qué me has traído a esta escuela.

—Tenemos que entrar en el salón de actos —insistió ella.

—¿Por qué?

—Porque Michael está ahí dentro.

Paul la soltó.

—Primero quiero que me cuentes todo lo que sabes —exigió—. Y no es negociable.

Ella asintió.

—Está bien. Vamos a esa aula de la esquina —propuso Ally—. ¿Llevas tu linterna?

—Sí, en el bolsillo. ¿Tú qué vas a hacer?

—Voy a abrir las puertas del resto de las aulas. Así el humo se dispersará un poco y ganaremos tiempo.

—Podríamos bajar...

—Prefiero estar cerca del salón de actos.

—Vale.

Cinco minutos después, Paul ocupaba un pupitre del Aula 9, la primera del ala Este en la primera planta. Se sentó de lado, con las piernas estiradas y apoyadas en la silla de la fila contigua.

Ally llegó al cabo de un momento y también se sentó en uno de los pupitres.

—El humo tardará un rato en volver a ponerse denso. He abierto todas las puertas.

Paul sostenía la linterna con ambas manos, proyectando un cono de luz hacia el techo.

—Será mejor que ahorremos batería —sugirió Ally, estaba sentada a un metro de distancia a horcajadas, apoyando los brazos en el respaldo.

Él la observó por última vez y apagó la linterna.

Se quedaron completamente a oscuras.

—Prefiero hablar así, sin vernos —murmuró ella—. Me resultará más fácil.

Guardó silencio un momento.

—Paul, no ha sido fácil mentirte...

58

Kathleen intentó abrir la puerta de doble hoja de administración embistiéndola con todo su peso, pero solo logró moverla unos centímetros; ni siquiera lo suficiente para asomarse y ver con qué la había atado Judd.

Clavó la vista en la puerta del archivo. Había bebido hacía menos de una hora y solía ser muy estricta al respecto dentro de la escuela: solo lo hacía en circunstancias excepcionales y nunca más de una vez al día. Claro que eso era fácil en un día normal, cuando solo tenía que esperar un par de horas para llegar a casa y servirse un whisky con hielo o un buen ron. Recordaba cientos de tardes en las que la necesidad de beber se volvía enloquecedora y solo lograba controlarla prometiéndose la copa al llegar. A menudo conducía por encima del límite de velocidad, entraba en casa como un vendaval, tiraba el bolso al sofá y se lanzaba hacia la cocina para prepararse el trago. No estaba orgullosa, pero así eran las cosas.

Pero ahora no podía salir de la escuela. Las reglas habían cambiado y su única fuente de alcohol estaba en administración, justo donde estaba encerrada. Menuda ironía.

De momento, no bebería. Se puso en pie justo cuando el primer alarido de Paul rompió la quietud del edificio. Se quedó paralizada. Luego llegó un segundo grito, tan aterrador como el primero.

¿Qué le está haciendo para que grite así?

Recordó las últimas palabras de Judd: «Volveré a por usted en cuanto me ocupe de su amiguito». Estaba en un dilema. Sabía que necesitaba a Judd de su lado para hacer entrar en razón a Paul, pero manipular al conserje era tan peligroso como jugar con material radiactivo.

Quizás lo mejor era salir de allí y reunirse con los demás bajo sus propias reglas.

La puerta estaba descartada. No tenía cristales que pudiera romper para cortar lo que fuera que Judd hubiera usado para bloquearla desde fuera. Era ridículo pensar en derribarla, y mucho menos en desmontar las bisagras sin herramientas. Resultaba paradójico tener todas las llaves de la escuela en la mano y no poder salir.

La única vía de escape era el falso techo. Eligió una placa del centro, desde donde podría observar en todas direcciones. Para alcanzar el falso techo no bastaría con subirse a una mesa, tendría que apilar una silla encima. Encontró una sin ruedas y la colocó sobre el escritorio de Wendy Coleman. Retrocedió para evaluar la improvisada torre. La base de la silla quedaba a metro y medio de altura. No le hacían mucha gracia las alturas, y aunque no hacía falta ser ingeniero para saber que el montaje no era precisamente estable, la sola idea de encaramarse ahí arriba le dio vértigo.

Armándose de valor, trepó por el escritorio hasta la silla, obligándose a no mirar abajo. Retiró la placa y se asomó, iluminando el hueco con la linterna.

Lo primero que comprobó, sin sorprenderse demasiado, fue que el tabique que separaba administración de su despacho continuaba por encima del falso techo. Habría sido demasiado fácil pasar de una estancia a otra simplemente quitando una placa de cada lado. La vida no era tan sencilla, ni siquiera en las películas de Hollywood con sus relucientes conductos de acero capaces de soportar el peso de una persona.

Vio un sinfín de bandejas metálicas atestadas de cableado eléctrico. Reconoció algunos cables más recientes, seguramente de las nuevas líneas telefónicas y de red. Aunque la instalación se había hecho durante su mandato, nunca se le había ocurrido asomarse ahí arriba, ni siquiera para supervisar a los operarios. Era una parte de su propia escuela que desconocía por completo.

Las bandejas atravesaban los tabiques por agujeros del tamaño justo. Kathleen barrió la pared con la linterna, decepcionada, hasta llegar a una esquina donde divisó una tubería vieja de unos diez centímetros de diámetro. El boquete en la pared era bastante holgado, como si lo hubieran previsto para pasar más conductos en

el futuro. Costaba calcular a ojo si ella cabría por él, pero era factible. El único problema era que el agujero quedaba un metro por encima de su cabeza. Incluso si lograba montar otra torre con el escritorio y la silla en esa esquina, aún le faltaría subir un metro más. Y otro detalle: si lograba pasar al otro lado, ¿cómo demonios iba a bajar?

En ese instante resonó el tercer alarido de Paul. Su crudeza, sumada al eco que reverberó por el interior del falso techo, casi convirtió en realidad su miedo a perder el equilibrio. Por suerte, logró recomponerse a tiempo y afianzarse sobre la silla.

59

Seguían envueltos en la más absoluta oscuridad.

—Mentí sobre mi hermano en el Aula 19 —confesó Ally—. Elegí un nombre al azar de la placa de bronce, lo cual fue una estupidez. Estaba tan aterrada con todo esto que se me escapó un detalle tan básico. Esa fue la verdadera razón por la que fui al aula apenas llegué, para leer la placa.

—Se me han pasado por alto demasiados detalles esta noche —admitió Paul.

Hablaban en susurros. En aquella quietud, cada sonido se amplificaba. La falta de luz hacía que los ruidos más ínfimos cobraran una importancia desmesurada: la respiración acompasada de Paul, interrumpida de vez en cuando por un leve gruñido de dolor cuando la pierna le molestaba, o el sonido de Ally tragando saliva antes de hablar.

—Michael es mi hermano —dijo Ally finalmente.

Paul se quedó de piedra.

Recordó el momento en que Ally y él llegaron a la escuela. Al ver a Michael tendido en el suelo, Ally se había lanzado hacia él a la carrera, visiblemente alterada.

El pelo de Ally había caído sobre el de Michael, fundiendo ambos tonos cobrizos en uno solo.

—Tiene lógica —concedió Paul—. Michael es tu hermano mayor.

—Sí. Pero quiero que sepas que todo lo que te he contado de mi familia es verdad. Perdimos a nuestra madre de pequeños y eso nos unió muchísimo. Michael es especial.

—¿Por qué te me acercaste en Tannen's?

—Michael es un ser puro, no tiene un gramo de maldad. Él sabe que trabajo en Tannen’s; para él… soy la chica más guapa del mundo. Mi hermano no será el más listo del mundo, pero es mucho más avispado de lo que la gente cree. Y tiene un corazón de oro. Cuando ocurrió la tragedia del Aula 19, él ya trabajaba en la escuela.

Y desde entonces no ha vuelto a ser el mismo. Es como si algo se le hubiera apagado por dentro. A veces me cuesta recordar cómo era antes...

—Es una de las pocas personas que recuerdo nítidamente de mi investigación —dijo Paul con sinceridad—. Entrevisté a casi todo el personal y Michael fue uno de los más afectados.

—Hace unos meses llegué a casa y me lo encontré en su cuarto. Estaba tan absorto en algo que no me oyó entrar. Me acerqué sin intención de asustarlo y vi que estaba mirando una foto en la que salías tú.

—¿Yo?

—Sí. Tú, tu mujer Eva y Michael.

Paul se estremeció al oír el nombre de Eva. Era la segunda vez en pocas horas que pensaba en ella, y ambas en situaciones de lo más extrañas. Primero la foto en el despacho de Kathleen, y ahora esta revelación.

—Yo no había visto esa foto en mi vida —continuó Ally—. Michael la tenía guardada vete a saber dónde. Al preguntarle, me dijo que eras el periodista que había escrito los artículos sobre la tragedia.

—No recuerdo haberme hecho esa foto.

—Según Michael, conoció a tu mujer aquí, cuando vino a hacer las fotos para el reportaje. Fue idea suya hacerse una los tres juntos.

Paul hizo memoria. Le sonaba vagamente haberse hecho muchas fotos más que las necesarias, aprovechando que Eva oficiaba como fotógrafa.

Lo que sí recordaba era haber hablado con Eva sobre Michael, porque los dos habían sacado la misma conclusión: que el chico no había llegado a procesar del todo la magnitud de la tragedia.

Por aquel entonces, Paul aún no había visitado a Hannigan en la cárcel, así que ignoraba que probablemente fue Michael quien descubrió los cuerpos en el Aula 19, y no Marsha Fox. Eso explicaba perfectamente su desolación.

—Le dije que te conocía por mi trabajo —prosiguió Ally—. Me preguntó si teníamos mucha confianza y le contesté que te había visto un par de veces, pero que nunca habíamos hablado.

—¿Michael te pidió que me trajeras aquí?

—Sí. Me preguntó si yo sería capaz de convencerte en caso de que te negaras a venir.

Paul ató cabos...

—Ally, si hay un motivo de peso para que yo esté aquí, ¿por qué no decírmelo y punto? ¿Por qué traerme engañado?

—No lo sé. Michael me pidió que estuviera contigo en el momento de la llamada y que me asegurara de que vinieras. Me hizo prometerle que haría todo lo posible.

—Y no sabes por qué.

—No me lo dijo.

—¿Y no se lo has preguntado?

—Mil veces —la voz de Ally era apenas un susurro—. Me dijo que era mejor que lo viera con mis propios ojos... Y empiezo a entender a qué se refería, y...

—Shhh...

Ally se calló de golpe.

—Date la vuelta —le indicó Paul en voz muy baja—. Mira hacia la puerta.

La habían dejado abierta a propósito para oír si alguien se acercaba. El humo aún no era un problema en el Aula 9. Ahora, en el umbral, una mancha de luz circular delataba que, en efecto, alguien venía hacia ellos. Tenía que ser el haz de una linterna.

—Voy a ver quién es —se ofreció Ally.

Paul sabía que, en su estado, asomarse le llevaría demasiado tiempo.

—Si es Judd, cierra la puerta —le advirtió—. No lo dudes ni un segundo.

Unos instantes después, la silueta de Ally se recortó en el umbral. El resplandor seguía acercándose.

Pasaron apenas cinco segundos.

—¿Qué pasa? —preguntó Paul, inquieto.

—No es Judd. Es... una mujer.

—¿Lleva un libro rojo en los brazos?

—Sí. ¿La conoces?

—No, pero la vi deambulando por el pasillo hace un rato, cuando Judd se llevó a Kathleen.

Aquello era una verdad a medias. Era cierto que Paul había visto a la mujer en la planta baja, pero mentía al decir que no la conocía. Lo que le carcomía era no lograr ubicarla con precisión.

—¿Qué son estas apariciones? —preguntó Ally, perpleja, mientras la mujer avanzaba con paso firme hacia el salón de actos.

—Creí que tú lo sabrías.

La mujer desapareció, llevándose consigo el fulgor azulado.

Ally volvió a su pupitre. Seguían a oscuras.

—¿Cómo sabes que Michael está en el salón de actos? —preguntó Paul.

—Porque lo he visto allí, escondido debajo del escenario. El plan era hablar contigo primero y luego reunirnos con él. Pero entonces aparecieron Judd y Kathleen. ¿Sabes qué creo? Que mi hermano fingió encontrarse tan mal desde el principio.

—A ver si me aclaro. Descubres que tu hermano tiene una foto mía y le sueltas que me conoces. Tiempo después, te pide que estés conmigo cuando me llame de madrugada para traerme aquí. ¿Y tú no le preguntas de qué va la cosa?

—Ya te he dicho que se lo pregunté mil veces. Me contestaba que aún no podía decírmelo, pero que tenía que ver con la tragedia del Aula 19.

—Y tampoco te lo ha dicho desde que llegamos.

—¡No! Primero Judd y Kathleen se nos pegaron como sanguijuelas. Y luego a ti se te encendió la bombilla y nos llevaste a todos a la biblioteca, donde estaba él... No he tenido ni un segundo a solas con Michael.

—Pero sí has hablado con él a solas en el salón de actos.

—Sí. Poco tiempo. Me ha recalcado que no confiemos en ellos.

—¿De Kathleen tampoco?

—Especialmente de Kathleen.

Paul no estaba del todo convencido. La historia de Ally tenía su lógica, pero él tenía que guiarse por lo que sabía. Conocía a Kathleen desde hacía muchos años. Podía tener sus fantasmas, pero no le parecía alguien de quien desconfiar. Por otro lado, a Ally

apenas la conocía, y que Michael se negara a revelarles por qué estaban encerrados le sonaba a cuento chino.

Tenía que barajar todas las opciones. Michael podía estar muerto, no escondido como aseguraba su supuesta hermana. Podía haberle matado ella misma, llegados a este punto. Estaban a oscuras y nada le impedía a Ally abalanzarse sobre él y clavarle un cuchillo en la garganta en cuestión de segundos. La cruda realidad era que él no había visto a Michael bajo el escenario.

—Ally, conozco a Kathleen desde hace años. No me parece una mujer de la que debamos desconfiar.

—Pues no sé qué más decirte.

—Gracias a ella, Michael consiguió el trabajo en la biblioteca. Si no me equivoco, tu padre hacía chapuzas por aquí y le habló a Kathleen de su hijo.

Ally no rechistó. A Paul le pareció muy mala señal que desconociera un detalle tan básico sobre la vida de su propio hermano.

—Michael nunca me hablaba mucho de la directora. Casi nada, la verdad.

—Qué curioso —apuntó Paul con un deje de triunfo.

60

Cuando Kathleen escuchó el grito de Judd, supo que debía escapar de administración cuanto antes. El boquete de la pared era su única salida.

Si el tubo medía unos diez centímetros de diámetro, el boquete completo tendría unos cincuenta; suficiente para pasar con cierta holgura. El problema era que el agujero estaba a más de tres metros del suelo.

Se bajó de la silla apoyada sobre la mesa de Wendy Coleman y devolvió la placa del falso techo a su sitio. Caminó hasta el rincón y miró hacia arriba. Para alcanzar esa altura necesitaría uno de los archivadores metálicos; eran más altos que ella, y con una silla encima bastaría para llegar.

Para poder mover el archivador tuvo que vaciarlo. Sin tiempo que perder, se puso a ello. En menos de cinco minutos terminó, y arrastrarlo sin peso fue relativamente fácil. Lo encajó en la esquina, consciente de que hacer equilibrios a semejante altura sería mucho más seguro con el apoyo de dos paredes.

A continuación, subió la silla al archivador. A pesar de la contención lateral, el montaje imponía respeto. Trepó usando los cajones abiertos como peldaños, apartó la placa esquinera del falso techo y se encaramó a la silla.

Sacó la linterna del bolsillo y volvió a examinar el hueco, ahora a escasos centímetros de su cara. Su cálculo era correcto; podría pasar por él. La cuestión era cómo hacerlo. Al otro lado estaba su propio despacho, y en esa misma esquina había otro archivador, pero más bajo, así que tendría que dejarse caer. Lo lógico era pasar primero los brazos y luego el tronco, pero ¿cómo bajaría después? Tenía un buen problema.

Lo meditó un segundo mientras iluminaba la tubería. Vio los anclajes metálicos que la sujetaban al techo; parecían lo bastante sólidos para aguantar el peso de una persona. Se metió la linterna

en la boca y se agarró al tubo con ambas manos. Dejó caer parte de su peso para probar la resistencia y, al ver que ni se inmutaba, se colgó por completo durante unos segundos, hasta que le dolieron los brazos.

El tubo aguantaría, lo cual facilitaba bastante las cosas. Descansó un instante y volvió a asirse al metal, colgándose lo más lejos posible de la pared. Cogió aire, estiró las piernas y apoyó los pies en el borde inferior del boquete. Avanzó despacio, mirando hacia arriba. Cuando sus pies asomaron al otro lado del tabique, los enroscó también en la tubería.

El avance fue agónico, ya que debía moverse sin soltar las manos del tubo. Además, el cuerpo apenas le cabía por el hueco; la blusa se le había salido del pantalón, dejando la piel al descubierto. El roce de la espalda contra el hormigón frío e irregular le provocó unos arañazos ardientes. Con medio cuerpo al otro lado, se obligó a parar. Los brazos y las piernas le quemaban, y en esa postura, con el borde de la pared soportando casi todo su peso, podía darles un mínimo respiro.

La invadió un profundo desasosiego, el mismo que sentía de niña cuando trepaba a los árboles sin mirar abajo y al llegar a lo más alto se giraba y miraba al suelo. Solo entonces se preguntaba qué demonios hacía allí arriba y cómo había sido tan idiota para subir tan lejos.

Se vio a sí misma colgada de pies y manos como un perezoso en una rama. La estampa era surrealista. Su último recuerdo cuerdo era estar en la bañera de su casa, bebiendo ron y escuchando a Liszt entre burbujas; ahora estaba en la escuela que dirigía poniendo a prueba la resistencia de una tubería.

Siguió avanzando. Llegaba el momento de pasar los hombros y la maniobra se antojaba complicada. Se aseguró de afianzar bien los pies; si resbalaba ahora, se partiría la espalda y quedaría agonizando en un ángulo imposible. Para colar los hombros tuvo que rotar el torso, un movimiento especialmente doloroso para su brazo derecho, que se tensó más de la cuenta.

Una vez al otro lado tuvo que tomar una decisión rápida. Había pasado por alto un detalle crucial: la placa del falso techo.

Lógicamente, no podía ser apartada desde arriba. Optó por girar sobre sí misma soltando las piernas de golpe. Sus manos siguieron aferradas al tubo, pero sus pies aterrizaron de lleno sobre la placa.

Solo podían ocurrir dos cosas: que la placa aguantara su peso o que cediera.

Y lógicamente cedió.

El estruendo fue tal que casi se suelta del susto, pero logró mantenerse suspendida. La placa se hizo añicos y los pedazos llovieron sobre el archivador de su despacho, aplastando y tirando al suelo los marcos de fotos y adornos que había encima. Kathleen miró hacia abajo para evaluar los daños. Sus pies colgaban en el hueco que había dejado el falso techo roto. A escasos centímetros, asomaba la superficie de su propio archivador. Se dejó caer.

Por fin pisaba una superficie estable.

Se bajó del archivador, se recolocó la blusa y se examinó rápidamente los cortes superficiales causados por el hormigón. Se sacó la linterna de la boca y la apagó. Solo entonces se percató de un detalle inquietante: las luces de su despacho estaban encendidas.

¿Alguien ha entrado?

Apagó la luz y salió al pasillo. Miró hacia la puerta de doble hoja de administración; Judd había inmovilizado los tiradores con lo que parecía un grueso cable eléctrico.

Negó con la cabeza y se alejó a toda prisa.

61

Flotaba. No sobre una nube, sino dentro de ella. Una realidad blanca hecha jirones le acariciaba el rostro.

¿Dónde estoy?

En cuestión de segundos aparecería el rostro de su madre, pensó, pensó Judd, para decirle con expresión cansada que había tenido otra pesadilla. ¿O sería Teresa? A veces era su hermana pequeña quien se acercaba cuando él pasaba una mala noche.

Pero aún no podía abrir los ojos. Un dolor punzante en la nuca remachaba cada pensamiento, y una voz de mujer, que no era ni su madre ni su hermana, le hablaba. Era difícil saber qué era real.

Intentó mover el cuello. Tenía los brazos entumecidos. La voz femenina seguía pronunciando frases incomprensibles.

Recordó los últimos instantes en el vestíbulo con el periodista, justo después de partirle la rodilla con el bate. Veía el rostro agónico de Farris transformarse, desvaneciéndose como una proyección interrumpida. Volvió a intentar mover el cuello y esta vez logró hacerlo un poco. Al abrir los ojos, la luz artificial le disparó ráfagas heladas que se clavaron en sus retinas. Parpadeó. El vestíbulo empezó a definirse, revelando una silueta borrosa a unos tres metros. El entumecimiento de los brazos se intensificó y el cuello le dolió a rabiar.

—Judd, ¿puedes oírme?

Judd alzó la cabeza y vio a Kathleen observándolo como un médico a un paciente peligroso. Asintió con dificultad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

¡Excelente pregunta!

Judd se esforzó por recordar. El periodista en el suelo y entonces… un dolor intenso en la nuca y una negrura opresiva. Alguien le había golpeado con muchísima fuerza.

Debía de haber sido la putita del periodista.

Por el rabillo del ojo captó una forma roja a pocos metros de la directora: un extintor.

Kathleen se acercó y se puso en cuclillas.

—Tienes sangre en el cuello —le dijo—. Déjame mirarlo.

Él se quedó quieto y bajó la cabeza.

La directora le apartó el pelo y lo examinó en silencio.

—Ha dejado de sangrar —dictaminó—. Pero hay que desinfectar la herida.

Su visión había vuelto a la normalidad; si no movía el cuello, el dolor era tolerable.

—Voy a la enfermería. Vuelvo enseguida.

Antes de que él pudiera protestar, Kathleen se marchó a toda prisa. Solo entonces se dio cuenta de que no lo había desatado. Seguía con los brazos en alto, sujeto a los tiradores de la puerta principal. ¿Por qué no lo había soltado? Observó el pasillo central, concretamente el extintor. Retrocedió en el tiempo, más allá del golpe que Ally le asestó. Había amarrado a Paul, pero antes había encerrado a Kathleen en administración para evitar que presenciara la paliza. ¿Cómo había salido? Le había dejado las llaves de la escuela como muestra de confianza, pero por eso mismo había inmovilizado las dos hojas de la puerta con un cable.

Kathleen regresó a los pocos minutos. Los pensamientos de Judd eran ahora cuchillos afilados. Debía tener cuidado con lo que decía para lograr que la directora lo soltase. Ignoraba cuánto tiempo había pasado.

—Alguien ha roto el cristal de la enfermería —dijo Kathleen.

Judd sabía que era obra de Paul. Le había destrozado la rodilla; no podría moverse sin analgésicos. Aun así, no contestó.

—Esto escocerá un poco —le advirtió ella.

Para Judd, recién golpeado con un extintor y sometido de niño a todo tipo de castigos, un poco de desinfectante era como la caricia de un bebé. El escozor casi lo reconfortó. Disfrutó del contacto de las manos de Kathleen y de su proximidad. Escuchaba su respiración y percibía su perfume.

Kathleen le puso una gasa y la sujetó con esparadrapo.

—Cuéntame qué ha pasado.

Era vital ganarse su confianza, pensó Judd. Probablemente había oído los gritos de Paul y sería difícil justificarlos sin revelar la verdad. Necesitó unos segundos para ordenar sus ideas.

—Suélteme, por favor.

Ella se lo pensó unos segundos, manteniendo una prudencial distancia.

—Primero quiero saber qué ha pasado aquí.

—Está bien —cedió Judd—. Regresé y le pregunté a Farris por Michael. Se negó a decirme nada y entonces le di un golpe con el bate, no demasiado fuerte. Sólo quería amedrentarlo un poco.

—¿Dónde lo golpeaste?

—En el estómago. Lo hice para que entrara en razón.

—¿Y funcionó?

—No del todo. Me dijo que Ally y él habían escondido a Michael.

—¿No te dijo dónde está Michael?

—No.

Kathleen caminó en círculos y se detuvo de espaldas. Judd recorrió su silueta recortada contra la luz del pasillo.

—¿Va a soltarme ya? Tengo los brazos entumecidos.

—¿Qué pasó después?

—Dijo que me llevaría hasta Michael si le desataba. No me pareció buena idea, pero tenía el bate, así que accedí.

—¿Lo soltaste?

Kathleen se giró de golpe, sorprendiéndolo con la mirada fija en su culo. Él levantó los ojos.

—No. Intenté convencerlo cuando la chica me atacó por la espalda. Lo siguiente que recuerdo es a usted hablándome.

—Judd, te dije que no nos fiáramos. Te pedí expresamente que me dejaras llevar la situación.

Se acercó y volvió a ponerse en cuclillas, apoyando los antebrazos en las rodillas. Él pudo verle el escote al inclinarse para mantener el equilibrio.

—Lo siento. Pensé que sería lo mejor.

—Si no hubiera estado encerrada en administración, habría intervenido.

—Lo hice para protegerla —se defendió Judd apelando a su máximo poder de convicción—. Mi intención no era dejarla al margen, sino protegerla. Esos dos no juegan limpio y creí que lo mejor era responderles de la misma manera. Claramente me equivoque.

Ella asentía.

—Judd, valoro mucho tu lealtad. Te necesito de mi lado.

—Lo siento —repitió él.

—¿Puedo confiar en que no se repetirá?

—Por supuesto. Tiene mi palabra —dijo con seriedad—. Usted manda.

Kathleen libró una batalla interna.

Al cabo de un momento de deliberación empezó a desatar las piernas. Los brazos le llevaron todavía más tiempo.

Judd quedó libre. Bajó los brazos lentamente. Los músculos se quejaron y un hormigueo eléctrico le recorrió las manos. Permaneció sentado hasta que la molestia remitió. Kathleen lo observaba de pie, a una distancia prudencial, todavía evaluadora.

Al ponerse en pie, el dolor de cuello se intensificó. Necesitó unos segundos para estabilizarse.

Se acercó a Kathleen.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Algo en la expresión del gigante había cambiado.

—Le voy a pedir que no hable más.

Judd sonrió. Así le hablaba a su ex, Goldie, cuando no soportaba más sus planteos y sus conversaciones inútiles.

Ella intentó retroceder, pero él la agarró del cabello y tiró con fuerza. Kathleen se dobló hacia atrás.

—Creí que teníamos un acuerdo —logró articular ella.

—Dije que no hable.

Los ojos de Judd eran ahora redondos y penetrantes. Su sonrisa era una mueca burlona. Kathleen le lanzó media docena de manotazos que fueron contrarrestados con más tensión en su cabello.

—Vamos —dijo él sin soltarla. La empujó en dirección a la cafetería.

Kathleen empezó a gritar pero él le tapó la boca de inmediato con una mano gigante.

No la estaba dejando respirar. Kathleen empezó a sacudirse.

—Voy a sacar la mano. Grita de nuevo y la próxima no la cuenta…

Kathleen no volvió a gritar. Habían llegado a la boca del sótano.

—Baje.

—Por favor…

Judd le soltó el cabello; pero cuando ella intentó recomponerse, la otra mano del conserje le aferró la mandíbula con fuerza y empujó hasta que su cabeza chocó contra la pared. Los dedos del hombre arrugaron sus mejillas y dibujaron una falsa sonrisa en los labios. Sus rostros estaban a pocos centímetros. Kathleen podía sentir la respiración espesa de Judd y ver en sus ojos la misma expresión que había advertido antes.

Él se acercó un poco más, sólo unos centímetros, y ella estuvo segura de que la besaría. Pero a último momento retrocedió. Soltó su rostro y deslizó la mano hasta el cuello, siempre aplicando más presión que la necesaria. Le aferró la mano e hizo que el cuerpo de Kathleen rotara. Se aseguró de que se retorciera con un poco de dolor.

—Baje —repitió.

Kathleen supo que no tenía sentido resistirse y descendió los peldaños del sótano con resignación.

62

Seguían a oscuras.

—¿Vas a decir algo? —preguntó Ally.

Paul se lo pensó. Su instinto le decía que podía confiar en Ally, pero su instinto ya le había fallado y ella ya lo había engañado una vez.

—Estaba pensando en las llaves —dijo Paul por fin.

—Las llaves, claro —se interesó ella—. Es raro que Judd no las llevara encima. ¿Crees que pueda tenerlas en el sótano?

—No están en el sótano —replicó Paul—. Cuando salimos del salón de actos lo vi cerrar las puertas. Luego bajamos y estuvo a mi lado todo el rato, salvo cuando se llevó a Kathleen. En ningún momento bajó al sótano.

—Y ahora que lo dices, ¿dónde está Kathleen? Tuvo que oír el escándalo de ahí abajo.

—Quizás Judd la encerró en alguna parte.

—¿Y le dio las llaves?

Paul encendió la linterna.

—Espera.

Él se puso de pie con dificultad, cargando su peso sobre el bate.

—Si Kathleen tiene las llaves, prométeme que iremos al salón de actos sin ella —pidió Ally.

—Ya veremos.

Ally le clavó una mirada de reproche antes de salir del Aula 9. El humo se estaba espesando y Paul la perdió de vista en cuanto cruzó el umbral. Abrir las puertas de las aulas había surtido efecto al principio, pero el aire volvía a ser irrespirable. Aparte del salón de actos, no quedaba ni un solo rincón limpio.

Paul apretó los labios e intentó respirar por la nariz de forma controlada. Le escocían los ojos y se los frotó con la manga. La rodilla se portaba razonablemente bien; le dolía, pero era un dolor

sordo, como una voz amortiguada por un muro. Sabía que, en cuanto pasara el efecto de la codeína, el muro se haría cada vez más fino hasta que esa voz se convirtiera en un alarido insoportable. Palpó el bote de pastillas en su bolsillo y el leve tintineo lo tranquilizó.

—¡Ally! —llamó en medio de la densa nube gris. La había perdido de vista por completo.

No hubo respuesta, y no pensaba quedarse allí plantado esperándola. Aún tenía que llegar a la escalera, donde el humo sería letal. En circunstancias normales, habría bastado con aguantar la respiración y echar a correr a grandes zancadas...

Paul echaba muchísimo de menos las *circunstancias normales*.

Avanzó dando pasos cortos y firmes con la izquierda, y largos y enérgicos con la derecha, respirando solo por la nariz. No volvió a llamar a Ally ni se cruzó con ella hasta llegar a la escalera. Allí la humareda era tan espesa que supo que lo mejor sería dejar de respirar durante los primeros peldaños. Bajó cinco escalones muy despacio. La linterna parpadeó y perdió intensidad; se la guardó en el bolsillo y se agarró al pasamanos para seguir bajando. Al llegar al rellano, la visibilidad mejoró de golpe gracias a las luces de la planta baja y a la falta de humo. Aún pasaría un buen rato hasta que la planta superior se saturara por completo y la nube empezara a descender.

Respiró hondo varias veces para limpiarse los pulmones. Comparado con el aire de arriba, el del rellano parecía el de una pradera en primavera.

Siguió bajando lentamente: primero apoyaba el bate en el escalón inferior, luego el pie derecho y por último el de la pierna herida. Recorrió ese último tramo tan concentrado en no caerse que olvidó que Ally se le había adelantado.

—Mierda —dio Ally desde alguna parte.

Paul tuvo que dar el último giro de la escalera para comprender que Judd ya no estaba donde lo habían dejado. Estaba el extintor, estaba la cuerda, pero ni rastro del conserje.

—Joder —maldijo Ally—. Ha sido ella... Hija de puta.

—No nos precipitemos.

—Paul, tus gritos se oyeron perfectamente. Si estaba en administración, como tú dices, tuvo que oírlos por fuerza. Es evidente que no le importas y prefiere contar con la colaboración de ese gorila. ¿Sabes qué es lo que más me jode?

—¿El qué?

—Que en cuanto oí tus alaridos, fui corriendo a buscar algo para atizarle al muy cabrón. Me pregunto qué coño estaba haciendo ella.

—Ally, ya hemos hablado de esto. Lo más probable es que la dejara encerrada. De todos modos, esto no es una competición.

—Como sea. ¿Y ahora qué hacemos?

63

Cuando Kathleen bajó al sótano, sentía la mirada de Judd clavada en la nuca, como si fuera una entidad física que la empujaba hacia abajo. El rugido del generador era ensordecedor, a pesar de la carcasa insonorizada que lo cubría. Kathleen recordó vagamente a la empresa que sustituyó el modelo antiguo porque no cumplía la normativa. El técnico que supervisó la instalación le aseguró que aquella maravilla tecnológica era tan silenciosa que un bebé podría dormir a su lado sin inmutarse. Nunca se había molestado en comprobarlo, pero ahora se daba cuenta de que era una mentira descarada.

—Alto —ordenó Judd.

Habían llegado a la sala de la caldera. Judd señaló la pared de la derecha.

Allí había una tubería parecida a la que Kathleen había usado para salir por el boquete en administración, aunque esta era más gruesa y salía de la caldera a un metro de altura del suelo.

—Judd, por favor. Espera. Escúchame —suplicó ella, clavando los pies en el suelo. Sabía que, si seguía cediendo terreno, su situación se volvería crítica.

—Póngase de espaldas a la tubería —le indicó Judd, agarrándola por la cintura. Parte de sus dedos se posaron deliberadamente en el lateral de su nalga. Kathleen captó la intención al instante.

El mero contacto de aquella mano en su cadera bastó para que se pusiera en marcha sin rechistar. Sabía que no había nada que pudiera decir o hacer para evitar que Judd se saliera con la suya. Caminó hacia la pared y se apoyó contra la tubería, tal como le había ordenado.

—Esto ha salido bastante bien —comentó Judd mientras se sacaba del bolsillo la comba con la que Ally y Paul lo habían atado a la puerta principal. Ella no entendió a qué venía el comentario.

Judd le agarró las muñecas y se las cruzó por detrás de la tubería. En menos de un minuto estaba inmovilizada.

—¿Te duele el cuello? —preguntó la directora.

—Un poco.

—Debería haber analgésicos en la enfermería.

Judd se limitó a gruñir.

—Yo no vi ninguno, pero tampoco busqué a fondo. Volví lo más rápido que pude para ponerte el vendaje.

—Ajá.

Kathleen decidió cambiar de táctica. El tiempo corría en su contra.

—Judd, ¿crees que ellos han podido coger los analgésicos?

—¿Qué más da?

El conserje observaba a Kathleen con la expresión de un coleccionista admirando su última adquisición.

—Si tienen los analgésicos, es porque los necesitan —razonó Kathleen—. ¿Qué le has hecho a Paul?

—Creo que le partí la pierna.

Kathleen tuvo que ahogar un suspiro de horror.

—¿Con el bate?

La pregunta pareció sacar a Judd de su letargo. En ese preciso instante se dio cuenta de que no llevaba su bate. No es que fuera imprescindible, pero le jodía sobremanera que se lo hubieran quitado. Ese pensamiento le recordó a su Ruger, guardado en la mesilla de noche.

—Si le partiste la pierna, no podrá moverse mucho —concluyó Kathleen. Tenía que andar con pies de plomo; no quería darle ideas que pudieran volverse en su contra, pero necesitaba saber cómo estaba el panorama ahí arriba y con qué recursos contaba Ally.

—Hagan lo que hagan, no servirá de nada.

—Yo creo que sí. Son peligrosos, Judd. Sobre todo la chica. Yo sé lo que se trae entre manos.

—¿Si la desato me lo cuenta?

—Sería un buen principio.

—Me lo contará de todos modos.

—¿No quieres saber qué está pasando aquí?

—Yo ya sé qué está pasando.

Judd sonrió de medio lado y agregó:

—No se esperaba esa respuesta, ¿verdad?

Kathleen, desde luego, no se lo esperaba. Se preguntó a qué demonios se refería él exactamente.

—¿Lleva las llaves encima?

Esa era la pregunta que tanto temía. Y lo peor era que aún no había decidido cuál era la mejor forma de contestarla. Había sido un acierto no llevar el manojo encima. Sin embargo, si revelaba dónde lo había escondido, perdería su única baza. Podía mentir para ganar tiempo, pero ¿y después? Él volvería mucho más furioso y decidido a todo. Era un precio demasiado alto por unos minutos de tregua. Tenía que pensar en algo mejor.

—No llevo las llaves.

La respuesta no pareció alterar a Judd.

—Sabe que tendré que comprobarlo, ¿verdad?

Ella pegó un respingo. Había dado por hecho que el conserje se conformaría con su palabra sin darle más vueltas.

—¿Sabes cuántas llaves son? —preguntó Kathleen, con la voz temblorosa por los nervios—. ¿Más de cincuenta? ¿Dónde iba a esconderlas?

Él se acercó…, lentamente.

—Son cuarenta y tres llaves —la corrigió.

Entonces Kathleen sintió la mole de Judd pegada a ella. Podía oír su respiración pesada por encima del ruido del generador. Pero el pánico real llegó cuando sintió la palma de su mano en la base del cuello, mientras la otra se posaba en su costado. No pudo evitar estremecerse ante el contacto y fue incapaz de abrir los ojos.

Las manos empezaron a moverse en círculos. La que más le aterraba era la del cuello, que bajó rápidamente hasta el escote de la blusa y se coló por dentro. Un par de botones saltaron sin ofrecer resistencia. Los dedos treparon como cinco gusanos fofos hasta la tela del sujetador.

Kathleen intentó revolverse, pero la otra mano la mantenía inmovilizada contra la tubería. Judd había cruzado una pierna por delante de las suyas, bloqueando cualquier intento de darle una

patada. El apartó la copa del sujetador y le agarró el pecho derecho. Lo estrujó con fuerza varias veces, como si fuera una pelota antiestrés. Luego lo masajeó con la palma, describiendo círculos con tal presión que Kathleen creyó que se lo iba a reventar.

Había sido una estupidez mayúscula soltar a Judd. A toro pasado era muy fácil verlo, pero ya había intuido que el hombre estaba perdiendo el norte y que no sería fácil manipularlo. La posibilidad de contar con su fuerza bruta la había cegado. Era cierto que, con su ayuda, podría dar caza a Ally y a Michael mucho más rápido y poner fin a aquella pesadilla. Pero el riesgo era inasumible, como estaba comprobando ahora mismo. Había tenido ventaja y la había tirado por la borda.

—Judd, por favor... —suplicó en un susurro.

—Ya veo que no las tiene aquí —dijo él con la voz pastosa por la excitación.

Por fin, el manoseo de sus pechos cesó. Judd se agachó y completó el cacheo por las piernas, demorándose más de la cuenta en la entrepierna y el culo. Por suerte, esta vez la exploración fue por encima de la ropa, lo cual fue un auténtico milagro.

—Voy a darle un rato para que se lo piense —anunció Judd incorporándose—. Cuando vuelva, me dirá dónde están esas llaves.

—¿A dónde vas?

—A ocuparme de unos asuntillos. Volveré pronto. Y recuerde lo que le pasó a su amiguito el periodista por no colaborar.

Se dio la vuelta y se marchó. Antes de subir las escaleras, manipuló un par de interruptores en el cuadro eléctrico de la sala del generador.

64

En los cuadros eléctricos del sótano, Judd activó todos los circuitos de la planta baja. Una vez que encendiera las luces, el consumo se multiplicaría por diez, o incluso más. El generador trabajaría a máxima potencia, devoraría el gasoil y, por consiguiente, escupiría muchísimo más humo. Una hora equivaldría a diez. Tal y como estaba la primera planta, en un par de horas el aire se volvería irrespirable. Conclusión: el periodista y su amiguita tendrían que bajar por narices. Y si ya lo habían hecho, no podrían volver a subir, lo que le facilitaría a él la tarea de acorralarlos.

Lo que más le entusiasmaba de su plan era su aplastante sencillez.

Su primera parada fue el gimnasio, por supuesto. Accionó los cinco interruptores que controlaban los focos de mil vatios de las gradas y la pista cobró vida. Luego se dirigió a los vestuarios, aprovechando para hacer una batida rápida, aunque estaba convencido de que Ally y Paul seguían arriba. Conocer la escuela al dedillo era una gran ventaja, pero la búsqueda del ratón y el gato podía eternizarse si no tomaba precauciones. Acotar el terreno a la planta baja le daba el control absoluto. Ya tenía a Kathleen. Pronto capturaría a Ally. El periodista tenía la rodilla hecha polvo así que sería sencillo.

De sólo pensar en la directora atada a la tubería, una excitación efervescente le hervía en la sangre. Pero no había querido precipitarse, y al cachearla había tenido la sensación de que la situación se le iría de las manos. De golpe había sido incapaz de parar.

Por eso se fue.

Primero debía atar los dos cabos sueltos de arriba; después tendría todo el tiempo del mundo para disfrutar de Kathleen al máximo. Había fantaseado demasiado tiempo con ese momento como para arruinarlo justo cuando el destino se lo ponía en bandeja.

Por fin entendía que la que tenía entre manos era la compensación por su vida de mierda; todo el sufrimiento finalmente era recompensado de la forma más increíble. ¿Por qué somos capaces de dejar pasar posibilidades extraordinarias?

Por suerte, Judd se había dado cuenta a tiempo.

Mientras volvía del gimnasio hacia el pasillo central, supo que había hecho lo correcto. Ahora su prioridad era poner en orden la escuela y recuperar las llaves. Con eso listo, sólo le quedaría disfrutar.

Se detuvo un momento al final del pasillo escuchando el zumbido acelerado del generador. Al reanudar la marcha, entró en la biblioteca para encender todas las luces. La demanda de potencia seguía subiendo. Luego fue a la cafetería y contempló la puerta abierta del sótano. La dejaría así: sería una trampa perfecta si alguno de los otros decidía ir a investigar.

En ese momento creyó oír un ruido proveniente de abajo. Se acercó y se quedó mirando la escalera. No había forma de que Kathleen pudiera haber escapado; eso quedaba totalmente descartado. ¿Y si los otros ya habían bajado mientras él asumía que todavía seguían arriba? Lo dudó un segundo y bajó media docena de peldaños que crujieron bajo su peso.

El estruendo del motor era ensordecedor, y la herida de la nuca empezaba a palpitarle como no lo había hecho hasta entonces.

Iba a bajar un par de escalones más cuando un grito de Kathleen le pilló por sorpresa.

—¡Paul! ¡Ally! ¿Sois vosotros? —La voz se oyó con nitidez por encima del generador—. ¡Estoy aquí abajo!

Judd sonrió de oreja a oreja. Katherine seguía sola.

65

Judd andaba suelto y ellos eran presa fácil, con Paul prácticamente imposibilitado para caminar.

—Tenemos que conseguir las llaves para entrar en el salón de actos —sentenció Ally, sin dejar margen para la discusión—. Mi hermano está ahí dentro.

Paul sabía que no tenía sentido llevarle la contraria. Se refugiaron en la cafetería y fue entonces cuando se dieron cuenta de que la puerta del sótano estaba abierta.

Regresaron al pasillo de inmediato. Judd podía haber bajado y salir de un momento a otro.

Ally agarró a Paul por los hombros.

—Es obvio que no lleva las llaves encima.

Paul enarcó las cejas.

—Paul... ¿para qué iba a dejarse la puerta abierta? ¿No has dicho que se llevó a Kathleen a administración? Las llaves tienen que estar allí, en alguna parte. Porque no las tenía cuando le registramos. ¿No lo ves?

—Sinceramente, no. Ally, este tipo es muy peligroso.

—Ya sé que es peligroso, pero me juego lo que quieras a que las llaves están en administración.

—¿No sería más fácil echar abajo la puerta del salón de actos?

—Sí, claro. ¿Has visto un hacha por algún lado? Si ves una, avísame. Además, ya has visto cómo está el humo ahí arriba. Dentro del salón no será tan grave de momento, pero no aguantará limpio para siempre.

Paul seguía dudando.

—Iré yo —dijo Ally—. Corro como una liebre. Si el monstruo se me acerca, te doy mi palabra de que no intentaré hacerme la heroína.

Paul no estaba nada convencido.

—Vale. Te esperaré en el laboratorio. Intenta ser rápida.

—Deséame suerte.

Ally le dio un beso fugaz en los labios y desapareció.

Era cierto que podía correr como una exhalación.

Paul entró en el laboratorio.

No habían pasado ni cinco minutos cuando la puerta se abrió y un rectángulo brillante iluminó la pared del fondo y en él se recortó la inmensa silueta de Judd.

Paul estaba escondido detrás de la última mesa de trabajo, sentado en el suelo con la espalda contra las puertas correderas de los armarios y las piernas estiradas. Sostenía el bate con ambas manos a la altura del pecho, listo para atizarle si era necesario.

El conserje encendió la luz.

Paul tuvo que entrecerrar los ojos para tolerar el fogonazo. Apretó el agarre del bate, sin moverse. Judd podía asomar por cualquiera de los dos pasillos laterales. Si lo hacía por el lado derecho —donde estaba Paul—, tendría bastantes papeletas para asestarle un buen golpe en las piernas y tumbarlo. Justicia divina.

Si lo hacía por el otro lado...

Vamos, vamos...

Paul apenas era consciente de que estaba vocalizando las palabras sin emitir sonido. Se imaginó a Judd avanzando entre las mesas, pasando quizás junto a la primera en ese preciso instante. Oía el crujido de sus botas a cada paso y veía cómo las sombras delataban su avance.

Vamos, vamos, vamos...

Tenía la oportunidad de devolverle el favor de reventarle la rodilla, cierto, pero al mismo tiempo corría el riesgo de echarlo todo a perder. Muchas cosas podían salir mal. Judd no solo podía aparecer por el otro pasillo, sino que incluso podía asomarse por encima de la mesa y verle las piernas.

Judd seguía avanzando.

¡Vamos, maldito Copérnico!

Y entonces sonó el golpeteo que Paul tanto esperaba. Judd se detuvo en seco. El hombre debió de sorprenderse por aquel ruidito procedente de la esquina del laboratorio. Se desvió de su trayectoria inicial. Paul respiró un poco más aliviado al ver que la sombra se

desplazaba en sentido transversal, alejándose de él. El golpeteo se repitió, esta vez más prolongado.

Cuando Paul había colocado las bolitas de plástico de los modelos atómicos dentro del laberinto de madera y había abierto la puertecita de la jaula, solo pudo rezar para que los alumnos ya le hubieran enseñado a la cobaya cómo llegar al final, o al menos a intentarlo. Había diseminado media docena de «electrones» por los pasadizos para tentar al animal.

A Paul le costaba adivinar qué estaba pasando exactamente. Supuso que Judd estaba junto al laberinto y había descubierto el origen del ruido, porque le oyó mascullar algo por lo bajo, pero a saber qué se le pasaba por la cabeza.

La figura volvió a moverse en paralelo a la pared del fondo, ya que su sombra proyectada mantuvo más o menos el mismo tamaño. Aún no estaba fuera de peligro...

Las luces se apagaron de golpe.

Paul suspiró de alivio.

Pero antes de que la puerta volviera a cerrarse, un círculo amarillento barrió la pared. Judd había encendido su linterna. A Paul se le disparó el pulso. Aferró el bate con más fuerza. El círculo de luz se paseó de un lado a otro. Podía ser una simple medida de precaución o un sádico juego del gato y el ratón.

Paul contuvo el aliento.

El círculo amarillo desapareció y la puerta se cerró con un clic.

Paul necesitó casi un minuto entero para convencerse de que no era un truco para hacerle salir. Se arrastró con dificultad y asomó la cabeza por el borde de la mesa. Al comprobar que no había nadie, empezó a respirar con normalidad.

Esperó un tiempo prudencial y se puso en pie, agarrándose al borde del mueble. Se sentó en uno de los taburetes y encendió el monitor que había usado horas atrás; difícil saber cuántas. La imagen tardó en aparecer, pero allí seguía el cliente de correo que había dejado abierto. El mensaje continuaba en la bandeja de salida.

¿De verdad había llegado a creer que un puto e-mail podría salvarles de aquella locura?

Minimizó el correo y abrió el navegador. Como la vez anterior, la página de bienvenida de la escuela Woodward cargó al instante, simplemente porque estaba alojada en la intranet local. Pinchó en un botón al azar y otra página se abrió con la misma velocidad. Revisó los menús buscando algo parecido a un plano del edificio, con la esperanza de averiguar si había alguna entrada alternativa al salón de actos. Por supuesto, no encontró ningún plano, pero una de las opciones le llamó la atención de inmediato: CONOZCO A NUESTRO PERSONAL.

Hizo clic y apareció una lista con los miembros del claustro y una breve biografía de cada uno. El primer nombre era el de Kathleen. A él, obviamente, le interesaba la maestra del libro rojo que había visto en el pasillo.

Revisó las fichas una a una, centrándose solo en las mujeres. No tardó mucho en comprobar que ninguna de las fotos coincidía con la mujer que buscaba. Se sintió decepcionado; pensó que, si había sido maestra en el pasado, era lógico que ya no figurara en la web pública. La escuela guardaría esos registros en otra parte, no allí.

Se acomodó en el taburete y se frotó la pierna herida. El dolor empezaba a repuntar con fuerza, señal de que pronto necesitaría otra dosis de codeína. Se la habría tomado encantado en ese mismo instante, pero ya había comprobado que provocaba somnolencia y fatiga visual, así que era mejor estirarla lo máximo posible.

Entonces tuvo una idea. Se le ocurrió que quizá las páginas de los antiguos profesores seguían alojadas en el servidor, y que solo habían eliminado los enlaces directos.

Se inclinó sobre el teclado y se puso manos a la obra. Rastrear el directorio raíz donde se alojaba la web fue pan comido. Una simple búsqueda por tipo de archivo y dio con él. Listó todos los documentos que componían la página de la escuela. No eran demasiados, y uno de ellos contenía el listado completo de las fichas del personal, tal como sospechaba. Sintió un subidón de adrenalina al ver que allí había muchísimas más fichas que en la web pública. Empezó a abrirlas una a una.

Estaba a punto de tirar la toalla cuando dio con la que buscaba. Festejó con un silencioso puño apretado.

La maestra del libro rojo que había visto deambular por los pasillos se llamaba Mary S. Blackthorne. Había trabajado como maestra de matemáticas desde 1995, es decir, dos años después de la tragedia. La ficha no especificaba cuándo había dejado el centro.

Paul no recordaba haberla entrevistado durante su investigación, lo cual tenía todo el sentido del mundo, ya que Blackthorne no formaba parte de la plantilla en el momento de la tragedia.

Y, sin embargo, su cara le seguía resultando tremendamente familiar.

Leyó el texto adjunto a la foto, que detallaba su formación académica y su experiencia laboral. Nada relevante, hasta que llegó al último párrafo:

Mary S. Blackthorne es además una destacada ajedrecista de fama nacional e internacional. Merece especial mención su segundo puesto en el campeonato mundial juvenil de 1974, celebrado en México.

Paul comprendió de golpe por qué le sonaba tanto.

El Times había cubierto el suicidio de Blackthorne cuando Paul ya trabajaba en la sección de necrológicas. Su muerte fue una de esas que se te quedan grabadas por lo peculiar de las circunstancias. Estaba casi seguro de que en el artículo no se había mencionado su paso por la docencia en Woodward, porque él desde luego hubiera reparado en eso.

A Blackthorne la encontraron muerta en el sofá de su casa. La escopeta con la que se había volado la tapa de los sesos estaba tirada a un lado. La nota de suicidio no fue nada convencional: en la mesa del salón había dejado una partida de ajedrez a medias.

La disposición de las piezas reproducía una famosa partida de Bobby Fischer, cuyo siguiente movimiento consistía en un insólito sacrificio de la reina blanca que, en pocas jugadas, garantizaba la victoria.

El suceso dio pie a un pintoresco obituario en el Times que incluía la foto de la ajedrecista y un diagrama de la jugada en cuestión.

66

La tubería a la que estaba atada Kathleen partía de la caldera y corría paralela a la pared. Ella estaba más o menos a la mitad.

Kathleen clavó la mirada en las botellas de vidrio vacías que se apilaban detrás de la caldera, a un metro y medio de distancia. Tensó los músculos e intentó deslizarse por la tubería hacia la derecha. Tiró con todas sus fuerzas una y otra vez, hasta que la áspera cuerda le cortó la circulación de las muñecas, pero no logró desplazarse ni un solo milímetro. Al rotar el torso y mirar por encima del hombro, descubrió el motivo: Judd no solo había rodeado el tubo, sino que había asegurado el nudo a un anclaje de hierro fijado a la pared. Estaba atrapada.

Tendría que estirarse muchísimo si quería alcanzar esas botellas.

Dejó caer todo su peso sobre los brazos, doblando los codos al máximo y torció el cuerpo hacia la derecha, buscando acercarse al suelo. En su cabeza la postura parecía sencilla, pero en la realidad apenas logró inclinarse en un ángulo forzado que le provocó un latigazo de dolor. Estiró las piernas y comprobó que la punta de su zapato rozaba uno de los envases, pero no lo suficiente.

El dolor en los brazos, sobre todo en el izquierdo, era insoportable; no sabía cuánto tiempo aguantaría así. Se dejó caer un poco más, forzando la tensión, y estiró las piernas otro palmo. El sufrimiento se multiplicó. Estuvo a punto de soltar un grito al sentir un pinchazo atroz en el hombro y tuvo la espeluznante sensación de que el húmero y el radio iban a girar en el ángulo equivocado.

Solo faltaba el último esfuerzo.

Movió el zapato con suma delicadeza y le dio un golpecito al envase para volcarlo. Era una maniobra arriesgada, la botella podía rodar en la dirección equivocada y quedar fuera de su alcance para siempre.

Pero la fortuna estuvo de su lado. El envase giró hacia ella y Kathleen lo frenó con la suela antes de que saliera de su escondite tras la caldera. Si Judd regresaba y veía cristales esparcidos en el suelo, estaría acabada.

Levantó el pie. Fue el punto de máximo dolor para su brazo y tuvo que morderse los labios para no chillar. La tentación de rendirse era abrumadora, pero se obligó a seguir. Al suplicio de los hombros se sumó el ardor de los abdominales en tensión. En otra época, aquel movimiento le habría resultado sencillo. Aunque podía presumir de estar en buena forma, tenía cuarenta y cinco años y sus días de destreza corporal quedaban muy atrás, por no hablar del agotamiento, el hambre, la sed y las acrobacias que acababa de hacer en el falso techo de administración. Ahora, el mero hecho de mantener la pierna en vilo era una tortura.

Alzó el pie todo lo que pudo, apuntando al centro del envase. Si no calculaba bien, la botella saldría rodando y lo perdería todo.

Dejó caer el tacón con un golpe seco.

¡Funcionó!

El cristal se partió en dos grandes trozos y varios fragmentos pequeños. Entre ellos, Kathleen distinguió una esquirla triangular afilada como un bisturí. Perfecta.

Pero antes de intentar acercarla para cogerla, supo que tenía que salir de aquella postura. Si pasaba un segundo más doblada de esa forma los músculos de los brazos le reventarían. Sabía que perdería unos segundos valiosísimos antes del regreso de Judd, pero no tenía opción. Retiró las piernas despacio, aliviando la presión de los brazos, y recuperó la verticalidad. Un hormigueo paralizante le adormeció las extremidades. Respiró hondo, bañada en sudor, reuniendo las escasas fuerzas que le quedaban para dar el siguiente y definitivo paso.

Entonces algo la sobresaltó. Al principio no supo qué era, y escudriñó aquella zona del sótano en busca de algo fuera de lugar. Quizá había captado algún movimiento por el rabillo del ojo, pero no vio nada anormal. Sin embargo, la sensación de alerta persistía. Sabía que corría contrarreloj y que, si Judd regresaba en ese momento y veía los cristales rotos esparcidos por el suelo, estaría

perdida. Todo su plan, el esfuerzo agónico, se iría al traste en un segundo. Pero algo había cambiado en el ambiente. Estaba segura.

Y de pronto supo qué era. El generador había aumentado su potencia. En ese preciso instante volvió a hacerlo, como un coche que acelera de golpe. Kathleen no entendía gran cosa de grupos electrógenos —en realidad, no entendía absolutamente nada—, pero dedujo que aquello significaba un aumento de la demanda eléctrica. Y entonces comprendió lo que Judd estaba haciendo, e intuyó los motivos. Eso explicaba su ausencia y el tiempo que llevaba fuera del sótano. Probablemente estaría haciendo una ronda por la planta baja antes de regresar.

Pero entonces escuchó el sonido inconfundible de los escalones de madera crujiendo bajo un peso enorme. Se quedó paralizada. Judd estaba de vuelta.

Si entra ahora, verá los cristales y estás muerta.

Se lo jugaba todo a una sola carta:

—¡¿Paul?! ¡¿Ally?! ¡¿Sois vosotros?! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Estoy aquí abajo!

Esperó. Aguzó el oído hasta que le dolieron los tímpanos.

Los escalones dejaron de crujir, lo cual fue una buena señal inicial. Luego volvieron a quejarse y el corazón le dio un vuelco, pero enseguida comprendió que el sonido se alejaba. Judd estaba subiendo de nuevo. Había mordido el anzuelo.

Tenía que darse prisa y recuperar el maldito cristal lo antes posible. Si Judd se asomaba y veía el estropicio tras la caldera, se acabó el juego.

Volvió a adoptar la misma postura tortuosa de antes. Aplastó el trozo triangular de vidrio bajo la suela del zapato y lo arrastró lentamente hacia sí, recuperando la verticalidad poco a poco. Cuando tuvo el cristal a sus pies, se sacó el zapato derecho e hizo el primer intento de apresar el vidrio con los dedos

Los pasos en la escalera regresaron.

Se quedó helada. Esta vez, el avance de Judd no era cauto ni lento; bajaba a toda velocidad. Por algún motivo, el conserje tenía mucha prisa.

Flexionó la pierna, pero la levantó demasiado rápido y el cristal se le escurrió, cayendo de nuevo al suelo con un tintineo delator.

¡No hay tiempo!

Estaba aterrorizada. En una fracción de segundo tuvo que decidir entre volver a meter el pie en el zapato y esconder el cristal pisándolo, o hacer un último intento desesperado.

Decidió jugársela justo en el instante en que Judd dejaba atrás el último escalón. Kathleen apresó el cristal con fuerza, pellizcándolo entre los dedos y la planta del pie desnudo. Flexionó la rodilla al máximo y, con un esfuerzo agónico, elevó el pie por detrás de la espalda hasta rozar sus manos atadas. Cuando sus dedos rozaron el frío filo del cristal y lograron arrebatárselo al pie, soltó un suspiro inaudible de puro alivio. Lo escondió en la palma de la mano derecha, cerrando el puño.

Judd cruzó la sala del generador a la carrera e irrumpió en el cuarto de la caldera.

Kathleen bajó la pierna de golpe y metió el pie en el zapato justo en el momento en que Judd hacía su aparición triunfal.

—¿Qué pasa? —bramó él.

El corazón de Kathleen iba a mil por hora. Tenía que sacárselo de encima inmediatamente; si se quedaba allí el tiempo suficiente para mirar detrás de la caldera, vería los restos de la botella destrozada.

—Me estoy muriendo de sed —dijo, intentando sonar lo más natural posible—. ¿Serías tan amable de traerme un vaso de agua y algo de comer?

Él la miró, enarcando una ceja.

—Claro que sí.

Judd dio media vuelta y desapareció hacia su apartamento. En menos de un minuto regresó con un vaso de agua y una chocolatina. Los dejó en el suelo, a medio metro de los pies de Kathleen, calculando meticulosamente la distancia para que quedaran fuera de su alcance.

—Muy gracioso...

—Dígame dónde están las llaves.

Ella lo fulminó con la mirada. Sabía que revelarle el escondite de las llaves era la mejor forma de mantenerlo alejado del sótano durante un buen rato, que era exactamente lo que necesitaba para cortar la cuerda, pero aun así sintió el impulso irracional de mandarlo a la mierda y pegarle una patada al puto vaso de agua, aunque tuviera la garganta seca como el papel de lija.

Pero tenía que jugar sus cartas con inteligencia. Necesitaba a Judd lejos.

—Están en uno de los archivadores de administración.

—¿En cuál? Son muchísimos.

—No recuerdo la posición exacta. Uno del fondo.

Mentira. Sí lo recordaba y era uno de los laterales.

Él esbozó una sonrisa torcida.

Con la punta de la bota Judd acercó el vaso y la chocolatina un par de centímetros.

—¿Cómo se supone que voy a cogerlos, pedazo de cabrón?

—¡Seguro que se le ocurre algo! —replicó él por encima del hombro antes de marcharse.

67

Ally llegó a la puerta de doble hoja de administración y vio el cable eléctrico que la mantenía bloqueada. Una inspección rápida le reveló la placa rota del falso techo en el despacho contiguo. No tenía del todo claro lo que había sucedido, pero en definitiva lo que a ella le importaba era si las llaves estaban allí.

Tardó más de diez minutos en desatar los nudos del cable.

Al entrar en administración se le cayó el alma a los pies. Encontrar un manojo de llaves en semejante espacio sería buscar una aguja en un pajar. Si a eso le sumaba que Judd andaba merodeando, las probabilidades de éxito eran ínfimas. Vio la puerta del archivo y la abrió para echar un vistazo. Las hileras de estanterías atestadas de cajas de cartón terminaron de hundirle la moral.

Pero no estaba dispuesta a desperdiciar aquella oportunidad.

Tenía que encontrar esas putas llaves.

Lo primero que haría sería una inspección visual meticulosa. Si algo estaba fuera de su sitio, o si Kathleen había dejado algún rastro evidente, podría dar con el escondite sin necesidad de ponerlo todo patas arriba. Era un enfoque bastante racional. Se tomó unos minutos para recorrer la sala buscando alguna pista: un cajón mal cerrado, una carpeta fuera de lugar, lo que fuera. Prestó especial atención al archivo, consciente de que allí sería imposible hacer una búsqueda a fondo. Si Kathleen había elegido el archivo, podía darse por vencida. Había demasiadas cajas como para revisarlas todas.

El rastreo visual no aportó nada interesante, salvo la placa que faltaba en el falso techo, por donde Kathleen había escapado. Se le ocurrió que las llaves podían estar ahí arriba, así que trepó al archivador, imitando lo que la directora había hecho antes, y barrió con la linterna la parte superior de las placas. No vio ni rastro de las llaves. Apuntó el haz de luz hacia el boquete de la pared por el que

Kathleen se había escurrido, y no pudo evitar sentir cierto respeto por la mujer.

Se bajó del archivador. La paciencia y la racionalidad del principio estaban a punto de evaporarse. Pronto entraría en la fase de búsqueda desesperada, esa en la que se vacían los cajones por el suelo, se tiran estanterías enteras y el método se va al garete. Estaba intentando serenarse cuando vio un tarro de caramelos sobre una de las mesas. El hambre la llevaba acosando horas y no fue consciente de lo famélica que estaba hasta que vio los dulces. Cogió dos, les quitó el envoltorio y se los metió en la boca. Eran de fresa. El chute de azúcar le vendría de perlas.

Un cartelito de plástico sobre la mesa indicaba el nombre de la ocupante. Le dio las gracias mentalmente a Wendy Coleman por el tentempié.

Aprovechó para revisar el escritorio de la mujer; cogió un par de caramelos más del tarro y pasó a la siguiente mesa, situada justo enfrente de la puerta de doble hoja. Mientras registraba los cajones, levantó la vista sin un motivo concreto. El corazón se le desbocó al creer ver una sombra moviéndose a través del ojo de la cerradura. Rodeó la mesa, se acercó a la puerta de puntillas y miró por la rendija.

No se había equivocado. Al fondo del pasillo, Judd avanzaba con paso firme. Ally se apartó de la puerta y, durante un par de segundos, se quedó paralizada.

Finalmente, se dio la vuelta y se escabulló hacia el archivo.

En menos de veinte segundos las puertas se abrirían y Judd estaría allí dentro.

No tenía la más mínima oportunidad de enfrentarse a él cuerpo a cuerpo y salir victoriosa.

Pero la puerta de administración no se abría.

Había visto a Judd casi al final del pasillo. Ya debería haber cruzado el umbral de administración, pero ni siquiera había sonado el chirrido de las bisagras. Ally tuvo la agónica sensación de que habían transcurrido al menos dos minutos. ¿Habría dado media vuelta por algún motivo?

Te está esperando ahí fuera. No salgas.

La última vez le había atizado un buen golpe en la nuca con el extintor, dejándolo fuera de combate; no era nada descabellado pensar que ahora estuviera tomando precauciones para no dejarse sorprender de nuevo.

Ally empezó a dar vueltas en círculos por el minúsculo archivo. Que Judd rondara precisamente por allí era el indicativo perfecto de que su teoría sobre las llaves era la correcta. El conserje también las estaba buscando.

O quizás te está buscando a ti.

Pasó otro minuto.

Algo raro estaba pasando ahí fuera. Pero lo peor de todo era que la providencia le estaba regalando unos minutos de gracia y ella se limitaba a sudar y a hacerse preguntas inútiles. Por algún milagro contaba con más tiempo del previsto; ¡tenía que aprovecharlo!

Se fijó en que las estanterías estaban ancladas al suelo y al falso techo, así que moverlas para montar una barricada era imposible. En la pared del fondo, sin embargo, había tres archivadores metálicos de mediana altura que bien podrían servir para bloquear la puerta. Si lograba volcarlos de lado y apilar una buena cantidad de cajas llenas de papeles encima, quizá consiguiera el peso suficiente para frenar la embestida de Judd. Era una maniobra desesperada, pero mejor eso que quedarse de brazos cruzados esperando el matadero.

Al empujar el primer archivador se topó con un peso muerto. Pese a no ser muy alto, pesaba una tonelada. Empujó con los pies clavados en el suelo y a duras penas logró que el mueble se balanceara peligrosamente hacia atrás. Los cajones superiores ni se inmutaron, seguramente porque tenían echada la cerradura central, pero el cajón de más abajo se deslizó hacia fuera de golpe justo antes de que el mueble recuperara su posición inicial.

Y, como si necesitara una prueba más de que la suerte por fin le sonreía, allí estaban: el manojo con las llaves.

Aquello fue lo más parecido a una señal divina que había presenciado en su vida. Era cierto que el impulso lo había dado ella al inclinar la estructura, pero el cajón, literalmente, se había abierto ante sus ojos para ofrecerle el premio en bandeja de plata.

El corazón empezó a latirle a toda velocidad.

Se agachó de inmediato, cogió la anilla metálica y la contempló con fascinación, aún sin poder creérselo. Solo entonces reparó en el resto de cosas que se ocultaban en el fondo de aquel cajón abierto: un llavero más pequeño con una «K» grabada en el metal... y una botella de vodka casi vacía.

68

Al ver desde el fondo del pasillo que el cable que bloqueaba la puerta de administración había desaparecido, Judd dedujo que alguien había soltado a Kathleen. Estaba harto de jueguecitos. No se podía fiar de nadie.

Ya tenía a la directora; la prioridad ahora era cazar al resto y no dejarse engañar de nuevo.

Cuando se dirigía hacia allí echó un vistazo rutinario a la sala de profesores, una vieja costumbre adquirida durante sus rondas nocturnas. Desde el pasillo vio el servidor, como tantas otras veces, con sus pilotos verdes brillando en la oscuridad. Solo que esta vez había una diferencia: uno de ellos no estaba fijo, sino que parpadeaba frenéticamente.

Judd se acercó. Siguió con la vista el cable azul que salía de la parte trasera de esa lucecita hasta dar con su etiqueta: LABORATORIO #3.

—Ya te tengo —masculló.

Dio media vuelta y echó a correr. Cazarlos a todos... esa era su única prioridad ahora.

En menos de un minuto se plantó frente a la puerta del laboratorio. Recorrió los últimos metros con sigilo, procurando no hacer ruido. Esta vez no se dejaría engañar por una puta cobaya en un laberinto. Sabía que estaban ahí dentro y los iba a atrapar.

Agarró la manilla y entró de golpe.

Encontró al periodista sentado en una de las mesas de trabajo. A Paul se le descompuso la cara al verlo.

Judd cruzó el laboratorio como un huracán.

Paul, que acababa de apagar el monitor tras su investigación sobre Mary Blackthorne, no pudo hacer otra cosa que esperar la embestida. En el estado en que tenía la pierna, no albergaba la más mínima posibilidad de escapar.

—Parece que ha encontrado algo que me pertenece —dijo Judd, clavando la vista en el bate.

Judd agarró el bate y lo contempló como si hiciera años que no lo veía.

Paul abrió la boca para decir algo, seguramente para ganar tiempo, pero el primer golpe le cortó la respiración.

No lo vio venir. Judd, que sostenía el bate en horizontal como si fuera una metralleta corta, estiró los brazos de golpe y le clavó la madera directamente en la boca del estómago. El impacto fue menos potente que la ráfaga del vestíbulo, al tener menos recorrido, pero dio de lleno en la misma zona y el resultado fue devastador. Paul se desplomó de lado, cayendo a plomo mientras se aferraba el vientre.

—Vas a matarme... —gimió con un hilo de voz.

—Posiblemente.

La frialdad en los ojos del conserje fue toda una revelación. No es que Paul hubiera minimizado la gravedad de la situación, pero en el fondo seguía padeciendo el síndrome del periodista intocable. Su propia muerte, aunque lógica dado el temperamento del gigante que tenía enfrente, no se le había presentado como una posibilidad real.

Hasta ahora.

Se acabaron los comentarios sarcásticos.

—Judd, haré lo que me pidas.

—Para empezar, le va a hacer compañía a la directora.

—¿Dónde está Kathleen?

Está muerta, idiota.

—Andando —ordenó Judd, señalando la puerta con la cabeza.

A Paul le habría encantado replicar que no podía dar un paso sin el bate a modo de bastón, pero se tragó el orgullo. Se levantó como pudo y avanzó apoyándose en las mesas, intentando no cargar peso en la pierna izquierda. Logró llegar a la salida sin recibir otro garrotazo, lo cual celebró internamente como una victoria.

Una vez en el pasillo central, Paul se quedó sin puntos de apoyo y no tuvo más remedio que apoyar la pierna herida. Dio media docena de pasos temblorosos y se detuvo casi en el centro del pasillo, de espaldas a su captor.

—¿Hacia dónde?

—¡Al sótano! —graznó Judd como si fuera una obviedad.

Paul levantó la vista y vio la puerta abierta del sótano en el interior de la cafetería. Iba a reanudar la marcha cuando sintió la manaza de Judd estrellarse contra su espalda. Salió despedido hacia delante; instintivamente estiró los brazos para frenar la caída, pero las piernas se le quedaron clavadas en el suelo. Las manos apenas le sirvieron para no romperse los dientes.

Cayó de bruces. El dolor de la rodilla se multiplicó por diez.

Contrólate.

Empezó a incorporarse a duras penas.

—Vamos, no tengo todo el día.

Cuando Paul logró ponerse en pie, un dolor agudo en la cadera se sumó al suplicio del estómago y la rodilla.

Avanzó lo más rápido que le permitió el cuerpo, impulsándose de mesa en mesa por la cafetería, hasta plantarse frente a la boca del sótano. Judd le pisaba los talones, soltando risitas secas.

—Ahora baja. Si necesitas ayuda pídamela y con gusto le haré bajar en un santiamén.

Paul volvió a morderse la lengua. Empezó a descender aferrado al pasamanos, concentrando toda su energía en cada peldaño.

El descenso se le hizo eterno. En todo momento esperaba recibir un empujón en la espalda que le hiciera volar por los aires. Una caída así sería letal.

Pero el golpe no llegó. El rugido del generador era más ensordecedor que nunca.

—A la siguiente habitación —ordenó Judd al llegar abajo.

Paul obedeció.

Allí encontraron a Kathleen, atada a una gruesa tubería.

Por lo menos no está muerta.

69

—¿Te duele mucho? —preguntó Kathleen.

Paul también estaba ahora amarrado a la tubería, a escasa distancia de ella.

—Tu empleado ha tenido la deferencia de reventarme la rodilla, ¿tú qué crees?

—Lo siento...

—Tú lo soltaste —le reprochó Paul con amargura.

—Fue una pésima idea.

En su mano derecha, Kathleen sostenía con fuerza la esquirla triangular de cristal con la que había empezado a rasgar su propia cuerda. El proceso estaba resultando desesperantemente lento.

—¿Estás haciendo algo ahí atrás? —preguntó él.

—Intento aflojar un poco la cuerda ¿Qué ha sido eso que te ha quitado Judd de los bolsillos antes de irse?

—Los analgésicos —contestó Paul, cerrando los ojos—. En unas horas el dolor será insoportable. Espero que logres convencerlo de que me los devuelva.

—Dudo que tenga mucha influencia sobre él a estas alturas.

Paul se sentía frustrado e impotente. No sabía si canalizar su ira contra la directora era lo más justo, pero tenía la indignación a flor de piel.

—¡Joder, Kathleen! ¿En qué momento te pareció buena idea dejar suelta a esa montaña de músculos?

—Ya te he dicho que lo siento.

—Sí, pero tus disculpas no nos van a soltar de esta puta tubería. Estaba clarísimo que el tipo era un psicópata contenido; bastaba con observarle un rato en la biblioteca para darse cuenta.

—En mi defensa... vosotros dos no me lo habéis puesto nada fácil, poniéndoos en mi contra desde el principio.

—¿En tu contra? Apareciste con él en el salón de actos como si fuera tu guardaespaldas personal.

—Es el encargado de seguridad de la escuela.

—Bueno, pues ya no lo es. Ahora es el minotauro del laberinto. Y nosotros somos las presas a las que irá cazando una a una... En serio, Kathleen, ¿qué demonios estás haciendo ahí atrás?

Ella dejó escapar un suspiro de frustración.

—¿Ya has terminado con los reproches? Porque eso tampoco nos va a sacar de aquí.

Permanecieron en silencio un instante. Sin darse apenas cuenta, ambos habían ido elevando el tono de voz para poder entenderse; ya se habían acostumbrado a hablar por encima del estruendo sordo y constante del generador de la sala contigua, que lo envolvía todo con su vibración mecánica.

—¿Ally no estaba contigo? —tanteó Kathleen.

—No. Yo estaba solo en el laboratorio.

Paul decidió ponerla a prueba para evaluar su reacción:

—Estaba investigando a la maestra del libro rojo. ¿Tú la has visto?

—Sí, claro. Se llamaba Mary Blackthorne, maestra de matemáticas.

—Se quitó la vida.

—Sí. Era una buena mujer, pero padecía una depresión severa. Yo no tenía mucha relación con ella, aunque otros maestros sí llegaron a conocerla mejor.

—¿Por qué se suicidó?

—Nunca se supo con certeza —dijo Kathleen, evocando los recuerdos de aquella época—. Dudo que hubiera un detonante concreto. Creo que fue más bien una consecuencia de su forma de ver la vida; tenía una visión casi apocalíptica de sí misma y de su entorno.

—¿Apocalíptica?

—Bueno, no sé si es la palabra exacta. Era de esas personas convencidas de que todo les sale mal y de que lo que está por venir será aún peor. Era ajedrecista y una profesora brillante, pero a veces parecía la mujer más irracional sobre la faz de la tierra.

—¿Te has preguntado por qué vemos a personas como Mary Blackthorne vagando por los pasillos?

—¿No te resulta obvio? Es gente muerta.

—Pero, ¿por qué no interactúan con nosotros?

Kathleen giró la cabeza para mirarle con curiosidad.

—¿Deberían hacerlo?

—Supongo, si es que están aquí con algún propósito.

Paul entornó los ojos, nublando la vista. En su mente se sucedieron una serie de proyecciones: la estampida de los niños traslúcidos en el pasillo, el público silencioso del salón de actos y la maestra del libro rojo.

—A lo mejor no son fantasmas en el sentido de las películas —dijo Paul—. Quizá solo estamos viendo los ecos de su paso por la escuela. Como si su energía se hubiera quedado atrapada entre estas paredes.

Kathleen le dio la razón con un leve asentimiento.

—Te diré una cosa, Paul: llevo años trabajando en este centro y nunca, jamás, había visto una aparición como las de esta noche.

—Y me apuesto lo que quieras a que la escuela tampoco se había quedado aislada del mundo de esta manera.

—En eso tienes razón.

—Dime qué más sabes, Kathleen. Estoy harto de ser el último en enterarme de todo.

—¿Has hablado con Ally?

Kathleen seguía haciendo pequeños cortes en la soga con el cristal. Cada vez lo hacía con mayor destreza y disimulo, notando cómo las fibras iban cediendo poco a poco.

—Ally me ha confesado que Michael es su hermano.

—Pues te ha dicho la verdad, por lo menos una vez —concedió Kathleen, haciendo una breve pausa—. Aunque nunca lo supe a ciencia cierta, lo intuía. Creo que conocí a Ally cuando era una cría y Joe, su padre, la trajo por aquí alguna vez. Pero ha cambiado mucho desde entonces. Si te fijas bien, tienen rasgos en común que van más allá del color del pelo. ¿Cuándo te lo ha dicho?

—No hace mucho. Su hermano le pidió que guardara el secreto y que me trajera aquí. Pero no le ha explicado los motivos.

—¿Y tú la crees?

—Sí. Quizá peco de crédulo. También me dijo otra cosa...

Paul estudió el perfil de Kathleen, que aguardaba en silencio el final de la frase. Cuando por fin habló, el rostro de la mujer no se inmutó.

—Michael le pidió a Ally que no se fiara de nadie, pero muy especialmente de ti.

Kathleen bajó la mirada hacia el suelo de cemento.

—No sé si puedo culparle por ello —susurró en un tono apenas audible por encima del motor del generador.

Paul se interesó de inmediato.

—¿Por qué dices eso?

Ella no parecía del todo convencida de querer hablar. Estudiaba la punta de sus zapatos, sopesando las palabras.

—Primero tengo que contarte algo que pasó en la escuela hace mucho tiempo —arrancó Kathleen—. Mucho antes de la tragedia del Aula 19, e incluso antes de que yo empezara a trabajar aquí. Fue en el año 1975. Una niña llamada Tamara Sommers se quedó tirada porque sus padres, que estaban en pleno y tormentoso divorcio, se confundieron y ninguno vino a recogerla. La cría se quedó sola y se encerró aquí mismo, en este sótano. Lo que pasó exactamente se fue desdibujando con los años; los maestros se fueron, vinieron otros nuevos, y lo mismo pasó con los alumnos. Los pocos detalles reales se perdieron y fueron sustituidos por la inventiva colectiva. La historia, que tenía raíces trágicas y reales, se distorsionó hasta convertirse en la típica leyenda urbana de la niña fantasma atrapada en el sótano.

»Es cierto que la niña murió encerrada aquí abajo. Sin embargo, en todas las versiones que circulan por los pasillos —que apenas conservan una gota de verdad— nunca se menciona que cuando encontraron a Tamara, tenía el rostro completamente quemado. Es un detalle que prácticamente nadie conoce, porque la propia familia suplicó que se mantuviera en secreto.

Paul se había quedado de piedra.

—¿Qué te sucede? —agregó Kathleen.

Paul se guardó para sí mismo el detalle de haber visto a la niña en el sótano, cuando ido hasta allí para escuchar la conversación entre Kathleen y Judd.

—Pobre cría —murmuró al fin.

Miró a su alrededor, sugestionado, casi esperando ver de nuevo a la pequeña Tamara correteando por el cuarto de calderas.

—Aquí guardaban disolventes. Una negligencia brutal. Ignoro cómo se desencadenó el accidente exactamente...

Kathleen había detenido momentáneamente el rítmico vaivén del cristal a su espalda. Había tanteado la cuerda con los dedos; los progresos eran más que significativos. Estaba a punto de lograrlo.

—Pero la historia de Tamara no es lo verdaderamente relevante en este momento —sentenció Kathleen, volviendo a mirarle—. Lo que tienes que saber es algo que ocurrió cuando yo ya dirigía las admisiones, y que involucra directamente a Michael.

70

Para Paul, el traqueteo del generador había sido prácticamente inocuo hasta ese momento. Ahora se había convertido en una tortura. El manto protector de la codeína empezaba a disiparse y cada vibración del aire repercutía en todo su cuerpo, especialmente en la rodilla, que de a poco despertaba en su dolor.

Kathleen seguía trabajando en el corte de la cuerda con movimientos lentos y metódicos, a estas alturas casi mecánicos.

—El incidente de Sherman Peabody fue antes de la tragedia del Aula 19 —empezó Kathleen—. Era un niño que no daba problemas de conducta, pero muy solitario, marginal... con algo de autismo. A Sherman le encantaba encerrarse en su propio mundo y quedarse allí absorto durante horas, le daba igual si estaba en mitad de una clase o en el recreo. Tanto sus padres como los maestros estábamos al corriente de su comportamiento y le dejábamos su espacio.

Kathleen hizo una pausa para coger impulso. La cuerda crujió levemente.

—El caso es que un día Sherman desapareció. Paralizamos la escuela entera para buscarlo. Fueron tres horas de auténtica angustia, hasta que, de buenas a primeras, apareció deambulando por el patio como si no hubiera pasado nada.

—¿Dónde había estado? —preguntó Paul, intentando ignorar un nuevo latigazo en la pierna.

—Eso mismo queríamos saber nosotros. Aquella semana, la directora Strickland estaba de baja por unos chequeos médicos, así que me tocó a mí hablar con el niño. No lo hice sola; estuvo presente su maestro, George Hannigan.

Paul abrió los ojos al escuchar el nombre del asesino.

—¿Hannigan?

—Sí. Sé lo que estás pensando, Paul, pero por aquel entonces George era un maestro excelente y una persona sumamente comprensiva con los críos. Nos sentamos con Sherman en mi

despacho y le pedimos que nos contara dónde se había metido. Nos dijo que había seguido a Michael, el ayudante de la biblioteca, hasta el sótano. Nos explicó que no sabía por qué lo había hecho; simplemente lo vio bajar y entró detrás de él.

—Pero Michael no estaba en el sótano, ¿verdad?

—Exacto. George y yo nos miramos extrañados, porque habíamos peinado el sótano durante la búsqueda y no habíamos visto a nadie, y mucho menos a Michael. Supusimos que el niño se lo estaba inventando. Nos contó que, una vez abajo, se escondió para que Michael no lo viera. Dijo que Michael fue directo al cuarto de la caldera, que se quedó allí casi todo el rato, de espaldas a él, repitiendo un nombre una y otra vez: Tamara.

A Paul se le heló la sangre. La imagen de la niña de rizos asomándose por detrás de la caldera, la misma que él había visto hacía apenas un rato, cruzó su mente como un relámpago.

—Y entonces, según el relato del niño, apareció ella —dijo Kathleen, con un hilo de voz que denotaba que aquel recuerdo aún le ponía los pelos de punta—. Sherman nos dijo que una niña salió de detrás de la caldera, pero que no era una niña normal. La describió literalmente como «fluorescente». Dijo que llevaba un recipiente metálico en una mano y que se estaba riendo. Michael le hablaba, le suplicaba que lo escuchara, pero la niña fluorescente no le hacía ni caso. Y entonces... tropezó. Cayó de bruces contra la caldera y empezó a arder.

El ruido del generador pareció atenuarse ante la crudeza del relato. Paul tragó saliva.

—George Hannigan y yo nos quedamos de piedra —confesó Kathleen—. Ambos conocíamos los detalles reales de la muerte de Tamara Sommers. Era imposible que un crío como Sherman supiera lo del disolvente, y mucho menos que la niña había muerto quemada. Y te aseguro que lo relató con una naturalidad pasmosa, sin inmutarse. Si hubiera sido una mentira o una historia inventada para llamar la atención, nos habríamos dado cuenta al instante.

—Creo que empiezo a ver hacia dónde va todo esto…

—Dijo que una llama azulada y ondulante envolvió por completo la cabeza de Tamara, y que la niña empezó a gritar de

forma desgarradora. Y que, durante todo ese tiempo, Michael no dejó de hablarle, como si intentara calmarla.

El paralelismo era aterrador. Si Michael era capaz de ver e interactuar con los ecos del pasado, con las tragedias atrapadas en los cimientos de la escuela…

—Con Sherman no tomamos ninguna medida; le dijimos que lo más probable era que se hubiera quedado dormido y el niño lo aceptó. Y ahí acabó todo.

—¿Hablaron con Michael? —preguntó Paul, aun asimilando la historia de la niña en llamas.

—Sí —Kathleen buscó las palabras adecuadas—. Michael es el responsable de lo que está pasando esta noche en la escuela.

—A estas alturas, eso ya no me sorprende.

La directora era plenamente consciente de que su siguiente frase lo cambiaría todo. No había atajos posibles.

—Michael tiene el poder de manipular el tiempo —reveló.

Hizo una pausa prolongada, dejando que la afirmación flotara en el aire mientras Paul la absorbía y la procesaba.

—¿Manipularlo cómo?

—Manipularlo en un espacio delimitado. —Kathleen movió la cabeza, abarcando la sala de calderas; con las manos libres le habría resultado mucho más fácil explicarlo—. Michael puede aislar un espacio y moverlo a través del tiempo. Como si lo encerrara en una cápsula.

Paul sacudió la cabeza, incrédulo.

—Espera un segundo...

—Tómate tu tiempo. A nosotros nos costó lo mismo asimilarlo.

—¿Ally lo sabe?

—Lo dudo mucho. Michael nunca se lo contó a su padre. Supongo que los únicos que estábamos al corriente éramos George Hannigan y yo.

—Es... es demasiado. —Paul seguía dándole vueltas a la idea.

Como una cápsula, acababa de decir la directora.

—Hannigan estuvo muchísimo más involucrado que yo —aclaró Kathleen—. Sentía una fascinación absoluta por lo que Michael era

capaz de hacer; lo ayudó a entender cómo funcionaba ese talento tan particular, a explorar su naturaleza.

Entonces, la revelación cayó sobre Paul con todo su peso, tan brutal que no pudo evitar verbalizarla:

—Así murieron los niños del Aula 19 —murmuró, aún sin dar crédito—. ¿Fue Michael?

Kathleen dejó escapar un suspiro pesado.

—¿Por qué Hannigan no dijo nada? —dijo Paul— ¡¿Por qué asumió toda la culpa?!

—Porque George Hannigan se sintió el verdadero responsable. El instigador.

—Pero... aun así, ¿cargar con la muerte de catorce críos? ¿Y toda esa pantomima del veneno exótico...?

Paul estaba en shock. Todo lo que creía saber sobre la tragedia del Aula 19 era una farsa. Le habían arrastrado a la escuela sin tener la más remota idea de la monstruosidad que se ocultaba detrás.

—Hay algo más… —añadió Kathleen.

—¿Aún hay más?

—Hannigan alentó a Michael a usar sus habilidades. Se encargó de enseñarle a controlarlas, a forzarlas para hacerlas cada día más y más potentes. Con el tiempo, el chico fue capaz de aislar en el tiempo espacios cada vez mayores.

—Como toda la puta escuela.

—Exacto.

Paul negó con la cabeza, abrumado.

—Kathleen, ¿por qué demonios no me lo dijiste desde el principio?

—Pensé que podría manejar la situación, hablar con Michael y acabar con esta locura... Es lo que he hecho durante todos estos años. Pero entonces le dio esa especie de colapso en el vestíbulo y deduje que, al abarcar algo tan inmenso, había perdido el control, lo cual es más que probable. La situación se le fue de las manos.

—Esto es un delirio.

—Vuestra presencia aquí, la tuya y la de Ally, me desconcertó por completo. No sabía qué pintabais en todo esto...

—Creo que Ally solo quiere ayudar.

Kathleen negó con la cabeza, escéptica.

—Sea como sea, tras la tragedia del Aula 19, Michael siguió en la escuela y pasó a ser mi responsabilidad. Llevo todos estos años vigilándolo de cerca. Mi visión sobre cómo gestionar este... don, o esta maldición, como prefieras llamarlo, siempre fue diametralmente opuesta a la de George.

—Pero, entonces, todo ese rollo del envenenamiento y la mamba africana...

—Nada de eso fue real, pero le proporcionó a la policía una coartada perfecta para condenar a un hombre que desde el primer minuto se declaró culpable.

—Los cuerpos se descompusieron de forma natural —razonó Paul, fascinado y horrorizado a partes iguales—. Para esos niños pasaron semanas o meses hasta que abristeis la puerta, no unos pocos minutos.

—Exacto. Veo que vas pillando de qué va esto. Es increíble, ¿verdad?

—Sí.

En el cuarto de calderas no había ventanas, pero Paul habría dado lo que fuera por poder asomarse a una en ese instante. En su mente recreó lo que había visto a través de la cristalera de la entrada: su coche con la luz del techo encendida, aquel pájaro inmovilizado en pleno vuelo como si estuviera disecado, el reloj de pie emperrado en marcar las once y veinte... Era la postal de un instante congelado.

—Desde nuestro punto de vista... —murmuró, atando cabos.

—¿Cómo?

—Nada, pensaba en voz alta. —Paul seguía sin salir de su asombro—. Es alucinante. Pero entonces, ¿qué son esas personas que vemos? Tamara, los niños correteando por el pasillo, Mary Blackthorne... ¿Por qué podemos verlos?

—Eso lo ignoro. Nunca había estado en este lado del experimento.

Guardaron silencio.

De repente, Kathleen empezó a sacudirse y a mover los brazos con fuerza.

—¿Qué pasa?

—Creo que ya casi me libro... —jadeó ella.

—¿De verdad?

Se oyó el desgarro de las últimas fibras y Kathleen quedó libre. Dio un par de pasos tambaleantes, alejándose de la tubería.

—¡Joder, fantástico! —celebró Paul.

Ella se giró para mirarlo. La expresión de alivio de su rostro mutó en un segundo, oscureciéndose con una tristeza indescifrable.

—Paul, voy a necesitar que te quedes aquí.

—¡¿Qué?! ¿Por qué?

—Ally ha ido a buscar las llaves a administración, ¿no es así?

Paul asintió, sin entender nada.

—Entonces Judd la atrapará y la arrastrará hasta aquí de un momento a otro.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Paul, he confiado en ti y te he contado todo lo que sé. —Se acercó a él hasta quedarse a escasos palmos de su cara. Pasó los brazos alrededor de la cintura de Paul, como si fuera a darle un abrazo, y sus manos se encontraron detrás de la tubería.

—¿Qué es esto? —preguntó él al notar el tacto frío y afilado contra sus dedos.

—Un trozo de cristal —explicó Kathleen en un susurro—. Te servirá para cortar la cuerda, pero tienes que prometerme una cosa...

—No entiendo por qué no me desatas tú ahora mismo, Kathleen. Te estás comportando como una maldita lunática.

Kathleen no respondió. Se dio la vuelta y salió corriendo del sótano, dejando a Paul a solas con el rugido del generador.

71

Ally comprendió enseguida que no tenía ningún sentido cargar con todo el manojo de llaves; pesaba demasiado y haría ruido. Solo necesitaba una. Por suerte, todas llevaban una pequeña etiqueta identificativa. Empezó a pasarlas una a una, leyendo las inscripciones a la escasa luz de su linterna en busca de la del salón de actos. Al mismo tiempo, aguzaba el oído, atenta a cualquier sonido que proviniera del otro lado de la puerta del archivo. Por el momento, solo reinaba una quietud sepulcral. Resultaba sumamente extraño que Judd no estuviera ya intentando echar abajo la puerta de administración a patadas.

Cuando llevaba revisada la mitad del manojo, se detuvo. Además del lugar al que correspondían, las etiquetas estaban numeradas, y la número 32 no estaba en la anilla. Siguió repasando las demás a toda prisa, temiéndose lo peor. A medida que se acercaba a las últimas, el temor se transformó en una cruda y rotunda certeza.

La llave del salón de actos había desaparecido.

72

Kathleen subió los escalones del sótano. Al llegar a la cafetería se detuvo un instante. Se descalzó el zapato derecho, metió los dedos y extrajo de su interior la llave del salón de actos, la única que verdaderamente le hacía falta.

73

Al darse cuenta de que la llave del salón de actos no estaba donde debía, Ally arrojó el manojo al suelo con resignación. Se recostó contra el archivador y resopló, abrumada por la tristeza y la impotencia. Se imaginó a Michael encerrado en aquel inmenso salón, preguntándose por qué ella no había vuelto como prometió, seguramente temiendo lo peor.

Con esa imagen en la cabeza, se guardó el pesado manojo en el bolsillo de la sudadera. Aunque faltara la llave de aquella puerta, dejar las demás tiradas allí sería una estupidez; estaba segura de que podrían serles útiles más adelante. A continuación, volcó el archivador y lo empujó a rastras hasta bloquear la puerta. Hizo lo mismo con un segundo mueble y apiló encima varias cajas llenas de papeles. Calculó que con todo ese peso bastaría para impedir que Judd abriera la puerta, o al menos eso esperaba. Se sentó sobre una de las cajas y se tapó la cara con las manos. Sabía que el gorila estaba ahí fuera, buscándola. ¿Cuánto tiempo aguantaría esperando?

Ally sabía que tenía que reunirse con Paul en el laboratorio, aunque él sería más un lastre que una ayuda. Tendría muchas más posibilidades de rescatar a Michael si se movía por su cuenta.

Entonces tuvo una revelación.

A lo mejor no necesitaba las llaves después de todo. Su razonamiento había sido impecable hasta el momento: Kathleen había sido lo bastante lista como para no llevar el manojo encima y lo había dejado en el archivo, donde ella lo acababa de encontrar por pura casualidad. Sin embargo, la directora había tenido la astucia de llevarse la única llave que iba a necesitar.

¿Cómo demonios sabía Kathleen que Michael está en el salón de actos?

Tenía que interceptar a la directora o esperarla cerca de la puerta del salón... si es que ella no había entrado ya. Ally tendría

que buscar la manera de aguantar el humo en la primera planta, pero ya se las apañaría.

Empezaba a trazar su plan de acción cuando un estruendo brutal hizo temblar el archivo. Se giró hacia la puerta de un respingo. El golpe se repitió una y otra vez.

—¡Abre la puta puerta, zorra!

Cada palabra de Judd iba subrayada por un nuevo garrotazo contra la madera.

La puerta cedió unos milímetros. Ally fue asaltada por el pánico de que el peso de su barricada no fuera suficiente.

Se puso de pie sobre una de las cajas y, desde allí, se estiró para coger otra de la estantería más cercana. No quería bajarse y privar a la improvisada trinchera de sus modestos cincuenta kilos de peso corporal.

—¡Venga ya! ¡Sé que estás ahí dentro! ¡Te oigo respirar, puta!

Ally no abrió la boca. Ahora sí se bajó y corrió a por más cajas.

Otra batería de golpes salvajes castigó la puerta.

—Si abres por las buenas, te aseguro que será mucho mejor. Más fácil para los dos.

Ally acarreó dos cajas más, repletas de documentos. Calculó que cada una rondaría los quince o veinte kilos. Las encajó sobre las demás y contempló el muro de cartón y metal que había levantado.

Mueve esto, cabrón...

—¡Vamos! —bramó Judd, arremetiendo de nuevo.

Había logrado contenerlo. Pero la cruda realidad era que Ally estaba atrapada como una rata. Adiós al plan de rescate.

Quizá Judd comprendió que no tenía sentido seguir forzando la entrada, porque volvió a golpear la puerta un par de veces, pero con mucha menos saña. Unos minutos después, Ally creyó escuchar un chasquido seguido de un golpe sordo.

¿La puerta de doble hoja de administración?

¿Se ha marchado?

Podía ser un truco, desde luego. Aquel sonido podía haber sido la puerta de vaivén cerrándose, sí, pero Judd podía seguir dentro de la sala, esperándola agazapado.

Adrede o no, el conserje acababa de traspasarle la carga más pesada de todas: tomar una decisión. Ally podía quedarse atrincherada en el archivo un rato más, o jugársela y salir en ese preciso instante. ¿Qué estaría pensando él? En el fondo, todo se reducía a eso. Tenía que meterse en su retorcida cabeza y hacer justo lo contrario de lo que él esperaba.

Se frotó las sienes. Le costaba creer que Judd se hubiera dado por vencido tan pronto; tenía la situación controlada y el tiempo había dejado de ser un problema dentro de la escuela. Podía sentarse a esperarla hasta aburrirse y cazarla en cuanto asomara la nariz.

Ally había calado al verdadero Judd desde el primer momento, a la bestia encerrada en el cuerpo gigantesco de aquel empleado servicial. El verdadero Judd andaba ahora suelto por los pasillos, desatado y sin límites. Ally lo sabía... tenía que ir un paso por delante de él, ser más lista.

Decídete. Ya.

Empezó a retirar las cajas intentando no hacer ruido. Deslizó los archivadores lo justo para poder abrir la puerta. Seguía sin oír nada al otro lado.

Cuando terminó de despejar la entrada, supo que no había marcha atrás. Si Judd regresaba de golpe, no le daría tiempo a volver a montar la barricada.

Agarró el picaporte y respiró hondo.

74

Judd era un genio. Un puto genio de la estrategia.

De pie, agazapado junto al marco de la puerta del despacho de la directora, no hacía otra cosa que felicitarse y sonreír en la penumbra. Allí estaba él, un simple conserje de escuela, con dos de ellos a su entera merced en el sótano y Ally a punto de caer en sus redes, acercándose a los hilos pegajosos de su telaraña, sin sospechar nada. El retrasado le importaba un bledo. El único que podía darle verdaderos problemas era el periodista, y a ese ya lo había neutralizado con el golpe en la rodilla. Con Farris fuera de combate, la escuela estaba completamente a su merced.

En cuanto descubrió que Ally se había atrincherado en el archivo supo que intentar echar abajo la puerta era inútil. La muy perra había apilado el peso suficiente para frenarlo en seco. Si se hubiera quedado allí plantado, aporreando la madera y desgañitándose, solo habría conseguido perder un tiempo precioso y hacer el ridículo. Había sido una jugada maestra dar media vuelta y fingir que se marchaba. Tarde o temprano, la chica sucumbiría a la tentación de salir de su ratonera. Era pura lógica.

Y eso era exactamente lo que acababa de ocurrir.

Primero Judd escuchó el roce de la puerta del archivo al abrirse, un sonido apenas perceptible que a cualquier otro se le habría escapado. A continuación, le llegó el turno a la puerta de doble hoja de administración. El chasquido metálico de las bisagras fue inconfundible. La sonrisa de Judd se ensanchó en la oscuridad, saboreando por anticipado las mieles del triunfo. En cuestión de segundos, la niñata pasaría por delante de sus narices y no tendría más que abalanzarse sobre ella como un tigre sobre una gacela. Además, se llevaría un susto de muerte al verlo allí plantado, un aliciente extra que endulzaba aún más el momento.

Durante los siguientes segundos no se oyó ni el vuelo de una mosca. Pero era lo normal; la chica habría abierto una de las hojas

lo justo para asomarse y mirar a ambos lados con el corazón en un puño, solo para comprobar, con alivio, que él ya no estaba en el pasillo. Seguramente le llevaría un par de minutos salir de administración y volver a cerrar la puerta con sumo cuidado para no hacer ruido. Judd aguantó la respiración, con los músculos en tensión, y aguzó el oído...

En efecto, volvió a escuchar el leve quejido de las bisagras. Ally ya estaba fuera. Judd calculó que, en ese preciso instante, la chica se encontraba a unos cinco o seis metros de su escondite. No oía sus pasos, lo cual era lógico si andaba de puntillas, pero tenía que estar preparado porque la presa asomaría en la línea de visión de un momento a otro. Ally era escurridiza; si él no calculaba bien el salto, podía perder la ventaja de la sorpresa, y en una carrera a campo abierto ella tenía las de ganar.

Judd tensó las piernas, listo para salir disparado como un resorte.

Siguieron pasando los segundos. Veinte, treinta... Judd bajó ligeramente la guardia, desconcertado, pero la recuperó al instante, poniéndose de nuevo en alerta. Comprendió a la perfección la táctica de la chica. Sabía que él podía estar emboscado tras alguna de aquellas puertas y estaba haciendo exactamente lo mismo que él: esperar, agotar la paciencia del otro para recuperar el factor sorpresa. Lo que Ally no había tenido en cuenta era que la distancia entre ambos era mínima; ya no importaba lo que hiciera o dejara de hacer. Judd la iba a atrapar de todos modos.

Diez segundos más.

Tomó la decisión. Se acabaron los jueguecitos del escondite.

Tres, dos, uno...

Judd saltó desde el umbral con el bate en alto...

Pero el pasillo estaba desierto.

¿Habría vuelto a entrar?

¡Claro que ha vuelto a entrar, gilipollas! ¿O te crees que se ha vuelto invisible?

Corrió hacia las dos hojas y las abrió de una patada, irrumpiendo en administración. Ally no estaba a la vista. Avanzó a zancadas hasta el archivo y abrió la puerta con violencia, llevándose

por delante el archivador mal encajado que hacía de tope. Asomó la cabeza y un vistazo rápido le confirmó que la chica tampoco estaba allí. Sabía que para estar totalmente seguro debía entrar y registrarlo a fondo, pero no lo haría hasta no haber peinado el resto de la sala. No iba a cometer la estupidez de meterse en el archivo y dejarle vía libre para huir.

Dio media vuelta y escrutó la estancia con mirada asesina, intentando abarcar cada rincón al mismo tiempo. No había muchos sitios donde esconderse, pero Ally tenía que estar en alguno de ellos. Quizá debajo de alguna mesa o acurrucada detrás de un archivador. Esta vez no se molestó en ser sigiloso, todo lo contrario. Descargó un par de batazos brutales contra los escritorios y el suelo para infundir terror. En cuestión de segundos comprobó que Ally no estaba agazapada en ningún rincón.

Tenía que seguir dentro del archivo.

Iba a regresar al cuartucho cuando se fijó en que uno de los archivadores estaba claramente fuera de su sitio. Se conocía la distribución de la escuela de memoria, y aquel trasto estaba a casi un metro de su ubicación original. Y había algo más. Al levantar la vista, vio que una de las placas del falso techo estaba desencajada de su marco metálico... Cuando bajó la mirada y vio la silla tirada en el suelo junto al archivador, encajó todas las piezas.

Hija de la gran...

Abrió la puerta del pasillo de una patada y salió. Se asomó al despacho de Kathleen, el mismo en el que había estado esperando tan pacientemente un minuto antes, y encendió la luz de un manotazo. Al instante vio la placa del falso techo destrozada en la esquina. Judd ignoraba que aquellos destrozos eran obra de Kathleen, así que dio por hecho que había sido Ally quien había escapado por las alturas.

Su primera reacción —contra la que tuvo que luchar para no perder el control por completo— fue liarse a batazos y reducir el despacho de la directora a astillas. Las aletas de la nariz se le ensancharon, aspirando el aire con furia, y el labio superior se le retrajo en un rictus de rabia, dejando al descubierto unos dientes grises y torcidos. Su primer pensamiento medianamente coherente

fue que la chica debía de haber saltado por ahí mientras él estaba buscando en administración, lo que significaba que no podía andar muy lejos.

Iba a salir del despacho para iniciar la persecución, cuando un sonido apenas perceptible le clavó los pies en el suelo. Un leve roce que bastó para que lo entendiera todo.

Miró hacia arriba.

—Ya te tengo, zorra escurridiza...

75

Ally tenía los brazos entumecidos y la espalda le ardía. Si sus cálculos no fallaban, estaba justo encima de los aseos cuando oyó los primeros ruidos procedentes del despacho de la directora. Seguía aferrada a la misma tubería que Kathleen había usado para escapar de administración, solo que ella había llegado bastante más lejos.

A escasos metros, una de las placas del falso techo saltó por los aires empujada desde abajo, dejando paso a un cono de luz.

Judd la había descubierto.

Tenía pies y manos enroscados en el tubo. Colgando así, se sintió paralizada. Tenía que admitir que la directora estaba en plena forma, porque a ella la maniobra le estaba costando horrores. El esfuerzo le pasaba factura en cada músculo. ¿Debería dejarse caer ahí mismo? No conocía aquellos aseos. No tenía ni la más remota idea de qué habría justo debajo.

¿Dónde esperas caer? ¿En el culo de Jennifer López? ¡Es un puto baño! Cualquier superficie será lo bastante dura como para abrirte la cabeza.

Cierto. Pero si aterrizaba de pie, sobre la encimera de un lavabo, por ejemplo, quizá tuviera alguna posibilidad de salir ilesa.

Otro estruendo resonó en el despacho. Ally adivinó lo que Judd estaba haciendo, y el silencio posterior la aterrorizó. Aquello solo podía significar una cosa...

Diez segundos después, otra placa del falso techo, a escasos dos metros de donde ella estaba, voló por los aires como si hubiera estallado una bomba. Un rectángulo de luz blanca la cegó. Clavó la vista en esa dirección hasta que sus pupilas se adaptaron y, poco a poco, se perfiló el rostro de Judd.

—¡Te tengo, zorra! —bramó el conserje.

Ally no se movió; era incapaz de articular un solo pensamiento. Logró girar la cabeza hacia delante y vio que el siguiente boquete en el tabique quedaba a una distancia inalcanzable.

¡Muévete!

Sus brazos y piernas se negaban a obedecer.

La siguiente placa en saltar fue la que tenía justo debajo. Judd estaba usando la punta del bate para reventarlas. El yeso salió despedido e impactó contra la espalda de Ally, que seguía colgada encima. El gigante asomó la cabeza de inmediato. A ella le costaba girar el cuello para verlo bien, pero su visión periférica le confirmaba que estaba ahí, empuñando el bate.

—¡Baja ahora mismo! —le exigió.

Y sin darle margen de reacción, le asestó una estocada brutal con la punta de madera directa a la columna vertebral.

El impacto fue certero. La sorpresa fue casi tan inmensa como el dolor. Sus extremidades, agotadas desde hacía rato, por fin se rindieron. Primero se soltaron las piernas. La rodilla herida en el Aula 19 soltó un latigazo de advertencia al quedar colgando en vertical. En un último esfuerzo desesperado, logró que sus manos soportaran el peso una fracción de segundo más, evitando así una caída de espaldas que, desde esa altura, habría sido letal. Sus piernas atravesaron el hueco del falso techo, quedó suspendida un instante, y cayó a plomo.

El impacto contra el suelo fue tal que las piernas se le doblaron y las rodillas le golpearon la cara. Todo ocurrió en un destello que terminó con Ally conmocionada, ovillada en posición fetal. Sintió el frío de las baldosas contra la mejilla y el inconfundible sabor ferroso de la sangre. De buena gana se habría echado a dormir ahí mismo.

Judd dio un paso triunfal y le pisó el pelo con la bota, aplastándolo lo más cerca posible de las raíces. Ally soltó un alarido y tuvo que torcer el cuello para aliviar el tirón, que no cedió lo más mínimo. Tenía los brazos libres, pero desde esa postura le fue imposible golpear las piernas de su agresor, aunque de poco le habría servido. El hombre dejó que se revolviera inútilmente, mirándola con un regocijo absoluto, como un crío que observa fascinado cómo agoniza un insecto.

—Hola —susurró Judd.

—Hijo de la gran puta...

Judd retorció la suela de la bota como si apagara una colilla. Ella soltó otro quejido. Tenía la frente tensa y sentía que le iba a arrancar el cuero cabelludo.

—Tienes algo que me pertenece —aseguró él.

—¿Ah, sí? —escupió ella con furia—. No será esa cara de gilipollas, porque ya la llevas puesta.

La bota volvió a tirar del pelo sin piedad.

—Qué graciosa —dijo Judd con una sonrisa.

Con lentitud calculada, el conserje bajó el bate hasta apoyar con suavidad la punta contra el pómulo de Ally.

—Otro chistecito de esos y te hundo esta carita tan mona que tienes, ¿qué te parece? ¿Me vas a dar las llaves o no?

Judd no esperó respuesta. Con la mano libre, rebuscó en los bolsillos de la chica hasta que sus gruesos dedos tropezaron con el metal. Le arrebató el manojo de llaves con una sonrisa de triunfo.

Judd volvía a tener el control de la escuela.

76

Paul apenas había empezado a rasgar su propia cuerda con el cristal que le había dejado Kathleen antes de irse, cuando oyó ruidos en la escalera. Al principio pensó que era la directora que se había arrepentido y volvía para soltarlo, pero enseguida distinguió las voces de Ally y Judd.

Maldijo por lo bajo. En cuanto el conserje viera que la directora se le había escapado, la cosa se iba a poner todavía más fea. Sin pensárselo dos veces, se metió el trozo de cristal por la cinturilla del pantalón.

Cuando Ally y Judd irrumpieron en el cuarto de la caldera, la sonrisa de oreja a oreja que traía el gorila se desintegró como un azucarillo bajo el chorro de una manguera.

—¡¿Dónde coño está la directora?!

—Se ha marchado —respondió Paul con gravedad, sin atisbo de ironía. Ya había escarmentado.

Judd traía a Ally agarrada por el pelo y tiraba con tanta saña que la chica se retorcía de dolor.

—¡¿Cómo ha escapado?! —Judd miraba la tubería y los restos de cuerda como si no diera crédito.

—Creo que fue desgarrando la cuerda —soltó Paul.

Pero Judd apenas le prestó atención; se marchó hacia su apartamento arrastrando a Ally consigo y volvió a los pocos minutos. Su expresión era ahora de concentración absoluta. Traía un rollo de alambre que usó para amarrar a Ally a la tubería, exactamente en el mismo sitio donde poco antes había estado la directora. Al descubrir los restos de vidrio detrás de la caldera, los apartó de una patada.

Se encaró con Paul.

—¿A dónde ha ido?

—Me dijo que iría arriba, no especificó dónde.

Entonces Judd sacó la pistola que acababa de coger de su habitación. Le apuntó a Paul directamente a la cabeza.

—Judd, espera... He colaborado contigo.

Un sudor frío le perló la frente. Nunca en su vida le habían apuntado con un arma de fuego.

—No sé ni para qué te mantengo con vida —masculló Judd antes de darse la vuelta y marcharse.

77

Plantada al pie de la escalera, Kathleen notó el olor a humo. No era difícil imaginar que arriba la situación sería muchísimo peor que cuando había estado antes. Para empezar, Judd se había quedado con su linterna, por lo que trazó mentalmente el recorrido hasta el salón de actos. Aferró la llave con fuerza y subió los escalones a toda prisa, aguantando la respiración.

A medida que ascendía, comprobó que sus cálculos sobre el humo se quedaban cortos. El escozor en los ojos se volvió insoportable; los cerró sin dudarlo y avanzó a tientas, con los brazos extendidos por delante. Cuando calculó que estaba cerca del salón de actos, acortó el paso y buscó palpar la puerta. Se atrevió a abrir los ojos una rendija, pero sintió al instante el pinchazo de decenas de agujas invisibles en las pupilas. Logró distinguir los contornos borrosos de lo que parecían ser las puertas de doble hoja y se acercó. Sus pulmones ardían, suplicando oxígeno; sintió la necesidad imperiosa de respirar. Dio dos pasos más. Sus manos aún no habían tocado la madera —ni ninguna otra superficie, de hecho— cuando no pudo resistir más y...

Abrió la boca.

Una bocanada de humo negro y denso le inundó las vías respiratorias. Al instante se dobló por la mitad, tosiendo con violencia. La sensación era espantosa, como si se estuviera ahogando en un mar de ceniza. Intentó concentrarse en la llave que seguía apretando entre los dedos, pero había perdido por completo el sentido de la orientación. Un fuego seco le atenazó los pulmones, obligándola a toser sin tregua. Seguía encorvada, dando tumbos en alguna dirección aleatoria, sin la menor certeza de ir por el buen camino. Estaba perdida. Si no daba con la puerta en unos segundos, caería redonda.

Entonces vio una línea más oscura en el suelo. ¿La rendija de la puerta?

Tenía que serlo.

Dio dos zancadas ciegas y chocó de bruces contra la madera. Se golpeó una rodilla, pero fue un dolor bienvenido. Palpó la superficie desesperadamente hasta dar con la cerradura. La suerte le dio un plus de fuerza y, a punto de asfixiarse, logró meter la llave y girarla.

Se dejó caer hacia delante, irrumpiendo en el aire limpio del salón de actos y recibiendo el agradable aroma a madera barnizada. Se guardó la llave en el bolsillo y cerró la puerta de una patada desde el suelo. Se quedó allí tirada al menos dos minutos, intentando recuperar el aliento.

Se sentó y empezó a inspirar y espirar despacio, notando cómo el ardor de los pulmones y la garganta remitía poco a poco. Miró hacia el escenario, convencida de que Michael tenía que estar ahí abajo. Caminó por uno de los pasillos laterales —el mismo por el que había ido antes con Judd— y se detuvo a unos diez metros de donde había desenmascarado a Ally.

—¡Michael! —llamó.

La voz le salió más grave y rasposa de lo normal. Un espectador traslúcido que estaba muy cerca giró la cabeza, pero no llegó a mirarla directamente; su rostro reflejó confusión, como si hubiera oído una voz dentro de su propia cabeza. Miró fugazmente hacia el techo y volvió a fijar la vista en el escenario vacío.

—Michael, sé que estás ahí abajo —insistió Kathleen.

Aguardó unos instantes. Tenía que darle tiempo. O un buen motivo para salir.

—Tu hermana Ally está en peligro. Todos lo estamos, Michael. Sal y juntos buscaremos la forma de acabar con esto.

Pasaron un par de minutos y Kathleen empezaba a plantearse si el chico estaría o no allí después de todo. La única forma de saberlo sería metiéndose debajo de la tarima.

La puerta lateral se abrió. La silueta de Michael apareció en el umbral. La luz de la luna iluminó la mitad de su rostro. Llevaba una mochila colgada del hombro y se había cambiado de ropa: ahora vestía unos pantalones de camuflaje y una camiseta de algodón gris.

—¿L-l-la p-puerta está cerrada c-con lla-lla-v-ve?

—No.

—Ciérrela.

Kathleen obedeció. Cuando se giró, Michael levantó la palma de la mano para que no se acercara. Los separaban unos diez metros.

—Q-q-quédese ahí.

—Aquí me quedo —aceptó ella, levantando las manos en son de paz.

—¿Dónde e-e-está Ally?

—Judd ha ido a por ella. Ya debe de haberla atrapado.

Michael dio unos pasos lentos. En la mano izquierda llevaba el anuario escolar con las fotos de los niños del Aula 19.

—U-u-usted lo ha a-a-ayudado...

—¿A Judd? ¡Claro que no! Cuando vine aquí con él pensé que cooperaría. Resultó que me equivocaba de cabo a rabo.

—Se s-s-suponía que Ally iba a v-v-venir aquí.

—No vendrá. —Kathleen acortó la distancia un par de pasos—. Tienes que creerme, Michael, Judd ha perdido la cabeza por completo. Me ha tenido atada en el sótano todo este tiempo, por eso no he venido antes. Paul sigue allí abajo, y es muy posible que tu hermana ya le esté haciendo compañía.

Michael se agarró la cabeza con ambas manos y la sacudió. Se dejó caer en una butaca de la primera fila, hundió la cara entre las rodillas y soltó un grito sordo. Con mucha prudencia, Kathleen avanzó un poco más. Ahora estaba al final del pasillo; solo les separaba la fila de butacas vacías. Quince en total.

—¡Alto! —gritó Michael, levantando la vista de golpe.

Ella se detuvo.

—T-t-todo esto es c-c-culpa suya —acusó el muchacho, negando con la cabeza—. Usted n-n-no debería e-e-estar aquí.

—La única cosa que Judd ha hecho bien hoy ha sido llamarme. Todavía estamos a tiempo de arreglar esto.

—¿U-u-usted t-t-trajo esto? —preguntó Michael, alzando el anuario desde su asiento.

—Sí.

—¿P-p-para qué? ¿P-p-para m-m-mostrarle a Ally q-q-que soy un monstruo?

—No, en absoluto. —Kathleen sabía que el tartamudeo de Michael empeoraba cuando se ponía nervioso, y evitarlo era crucial.

Michael lanzó el libro hacia delante con todas sus fuerzas. Impactó contra la base del escenario con un ruido seco y cayó al suelo.

Años atrás, antes de la tragedia del Aula 19, Kathleen y George Hannigan habían discutido acaloradamente sobre cómo gestionar la situación de Michael. El chico tenía un coeficiente intelectual ligeramente por debajo de la media, pero era perfectamente capaz de decidir si quería contarle la verdad de su peculiar habilidad a su padre.

Sus posturas chocaban sobre qué hacer con el extraño y fascinante talento de Michael. Fue Hannigan quien propuso de inmediato desarrollarlo, entenderlo; ayudar a Michael a manipularlo y sacarle partido. Si Dios se lo había dado, argumentaba el maestro con entusiasmo casi fanático, era por un motivo. No debía avergonzarse de ello. Kathleen, en cambio, se mostró mucho más prudente desde el principio. Solo presenció un par de demostraciones en las que Michael evidenció de qué era capaz. Era fascinante, sí, pero al mismo tiempo incomprensible y aterrador. Kathleen admitía que sus miedos podían ser irracionales, porque hasta ese momento el don de Michael no parecía dañino, sino todo lo contrario.

Durante meses, el maestro llevó a cabo experimentos y llenó cuadernos enteros de anotaciones. Kathleen no participó activamente, pero se mantuvo al tanto de los avances y descubrimientos. Pronto se dieron cuenta de que el poder que albergaba Michael iba mucho más allá de lo que habían comprobado y de lo que el propio chico imaginaba. Michael había crecido con esa habilidad, tenía la consciencia suficiente para saber que lo hacía diferente y, por tanto, había aprendido a ocultarlo, pero jamás se había preocupado por desarrollarlo. Era como tener talento para pintar o tocar el piano: había una diferencia abismal entre saber hacerlo y saber hacerlo bien.

O así se lo había planteado Hannigan.

Algunos experimentos se hicieron en la escuela; otros en casa de Hannigan. El maestro entraba en euforia con cada avance de lo que él había bautizado como «mover el tiempo».

Pero Kathleen notó algo durante ese periodo. Algo que intentó hacerle ver a Hannigan, pero que el maestro ignoró o se negó a ver... A medida que Michael dominaba sus poderes, algo dentro de él cambiaba. Algo muy oscuro empezaba a aflorar. Hannigan insistía en que eran imaginaciones suyas, que solo estaba presenciando la maduración lógica del joven.

Kathleen avanzó unos pasos más. Ahora solo los separaban siete butacas. Miró el anuario tirado en el suelo y luego el rostro de Michael. El chico tenía la vista clavada en sus zapatillas. ¿Estaba llorando?

—Sé cómo te sientes, Michael.

—No, n-n-no lo sabe.

Avanzó otro paso.

—Venga, Michael, acabemos con esto —dijo Kathleen, acortando la distancia. Extendió las manos hacia él en un gesto conciliador. Apenas los separaba un par de metros.

—¡No! —gritó él—. Aléjese.

Kathleen hizo caso omiso y siguió avanzando.

Michael la miró con unos ojos desesperados.

Antes había sido Hannigan quien dirigía los experimentos y tomaba notas mientras él obedecía; después fue él quien buscó comprender la verdadera magnitud de sus capacidades. Siguió practicando por su cuenta…

—¡Aléjese! —bramó Michael, metiendo una mano en el bolsillo del pantalón militar.

Con el paso del tiempo, lo había entendido todo. Había asimilado todo lo que Hannigan había descubierto sobre él, e incluso más.

Kathleen se frenó en seco. Michael la estaba apuntando con un revólver.

—¡Michael! ¡Baja esa pistola!

—U-u-usted n-no debe-e-ería es-estar aquí.

Kathleen, temeraria, avanzó dos pasos más.

—Por favor.
Michael apretó el gatillo.
La bala impactó de lleno en el estómago de Kathleen.

78

Paul no tardó en darse cuenta de que el trozo de cristal que Kathleen le había dejado no servía de nada. Judd lo había atado con un cable eléctrico muchísimo más grueso y resistente que una cuerda, y el caso de Ally era aún peor, ya que el conserje la había inmovilizado directamente con un alambre.

—¿Cómo te pilló? —preguntó Ally con un hilo de voz.

Era lo primero que decía desde que Judd se había largado. La chica parecía haber perdido todo su brillo.

—Me encantaría decirte que tras una pelea épica —ironizó Paul —. La verdad es que me sorprendió en el laboratorio y no tuve la más mínima oportunidad. ¿Y tú? ¿Qué pasó en administración?

—Intenté escaparme por el techo —dijo Ally, forzando una sonrisa—. Por un momento creí que me salvaba, pero el muy cabrón se dio cuenta y me cazó.

—¿Llegaste a coger las llaves?

—Sí. Las encontré de pura casualidad, justo al lado de una botella de vodka casi vacía.

—¿Vodca? ¿A quién se le ocurre guardar una botella de vodka en una escuela?

Ally le lanzó una mirada de soslayo.

—Adivina...

—¿Kathleen? Imposible.

—Tú síguela defendiendo. ¿Qué pasa, es tu novia o algo así?

Paul suspiró.

—Ella piensa lo mismo de ti.

Se quedaron en silencio.

—Ally, cuando estábamos arriba en el aula me dijiste que Michael te pidió expresamente que no te fiaras de Kathleen ¿Te dijo algo más?

—¿Por qué lo preguntas?

—Estuviste bastante tiempo en el salón de actos con él.

—Joder, Paul, ¿por qué lo haces todo tan difícil? Te he contado lo que sabía.

—No todo.

—¡Te he contado lo único que importa, maldita sea! —estalló Ally, con una voz tan aguda que retumbó en el sótano. Tenía los ojos a punto de llorar—. Sí, me dijo otras cosas. ¡Pero no tienen ningún puto sentido!

Ally se derrumbó, llorando de impotencia.

—Dímelas de todos modos. A lo mejor juntos les encontramos una explicación.

—No quiero.

—Venga, Ally, puede que...

—¡Que no quiero!

Quizá Ally tenía razón, pensó Paul, abatido. Quizá no valía la pena seguir luchando. Estaban atados a una tubería a merced de un maníaco, él tenía la rodilla destrozada y, en cuanto se le pasara el efecto de la codeína, el dolor le impediría pensar con claridad. ¿Qué sentido tenía seguir dándose cabezazos contra un muro?

Sin embargo, casi un minuto después, Ally rompió el silencio con expresión sombría.

—Me dijo que había movido el tiempo. —Hizo una pausa, tragando saliva—. Que por eso no podemos salir de la escuela.

Se calló. Paul la miró fijamente.

—Michael te reconoció que él está causando todo esto… ¿Te dijo algo más?

—No pareces muy sorprendido.

—Por favor, Ally, contéstame.

—Sí, me dijo algo más. Algo de que no va a arrastrarnos hacia atrás.

—¿Arrastrarnos hacia atrás? ¿Al pasado?

—¡Ya sé que no tiene sentido, Paul! ¡No me tortures más! Lo único que quería era que me ayudaras a hablar con él...

A Paul le habría encantado abrazarla para consolarla, pero no podía moverse.

Las piezas que Ally le estaba dando podían sonarle a chino a la chica, pero, unidas a las que Kathleen le había revelado hacía un

rato, quizás tenían algún sentido.

…no va a arrastrarnos hacia atrás.

—No sé qué le ha pasado a Michael —sollozó Ally—. Él no puede tener la culpa de todo esto... No tiene sentido, ¿verdad?

—Tiene mucho más sentido del que crees —murmuró Paul. Había estado jugueteando con el trozo de cristal a sus espaldas y, en un descuido, se le escurrió de los dedos y cayó al suelo con un tintineo.

—¿Qué es eso? —preguntó Ally al instante, secándose las lágrimas—. ¿Un cristal?

—Sí... pero no ha servido de nada.

Paul seguía absorto en sus pensamientos, encajando por fin la macabra realidad de lo que había ocurrido diez años atrás y de lo que estaba pasando esa misma noche.

—Ally —sentenció, con voz grave—, puede que las intenciones de tu hermano no sean tan buenas como crees.

79

Antes de subir por la escalera del sótano, Judd activó los circuitos eléctricos del salón de actos en el cuadro general. Estaba armado y tenía todas las de ganar; no pensaba darle a Kathleen ni una sola ventaja más. Cerró con llave la puerta del sótano y la contempló con una sonrisa de satisfacción. Ni Ally ni Paul podrían salir. Ahora que había recuperado las llaves tendría el control total.

En el vestíbulo se cruzó con la maestra del libro rojo. A Judd le pareció reconocerla de algún lado, probablemente de la propia escuela, pero apenas le dedicó un segundo de atención. Le bastaba con saber que aquellas figuras traslúcidas eran completamente inofensivas. Sin embargo, sí reparó en una neblina grisácea que flotaba contra los cristales de la puerta principal: el humo de la planta superior había empezado a descender. Tenía que darse mucha prisa ahí arriba.

Al llegar a la primera planta, comprobó que, en efecto, el humo era intolerable. Se maldijo por no haber activado también los circuitos de los pasillos, porque ni siquiera el haz de su linterna lograba penetrar aquella barrera negra. Barrió la zona más próxima con la luz y no vio el cuerpo desplomado de Kathleen, como había llegado a imaginar que pasaría. Supo que tendría que adentrarse un poco más en la humareda para estar seguro. Se subió el cuello de la chaqueta para taparse la boca y la nariz, sosteniendo la linterna con la otra mano.

Una vez frente a las puertas del salón de actos comprobó que estaban cerradas. Fue entonces cuando escuchó las voces del otro lado: sutiles, apenas audibles.

Así que los dos estaban ahí dentro después de todo. Dos pájaros de un tiro. Se palmeó el bulto duro del revólver que llevaba metido en la cintura del pantalón. Se acercó a la puerta, se metió la linterna entre los dientes y empezó a pasar las llaves del manojo a toda velocidad. Se las conocía tan bien que, por lo general, daba con

la correcta al primer intento o se quedaba muy cerca. A menudo, si tenía buena luz y se concentraba, acertaba a la primera. Esta vez, su dedo dividió el enorme llavero justo por la llave 35. La del salón de actos era la 32.

Pasó una llave y tosió bruscamente cuando una voluta de humo se le coló por el cuello de la chaqueta. La linterna se le escurrió de la boca, cayó al suelo y rodó un par de metros sin llegar a apagarse. Judd maldijo por lo bajo. Pasó otra llave más y escogió la siguiente, pero ahora completamente a ciegas. Justo en el instante en que la introducía en la cerradura, un disparo resonó en el interior del salón de actos, haciendo añicos la quietud de la planta. Judd se quedó de piedra.

Apartó la mano con la que se sujetaba el cuello de la chaqueta y la apoyó contra la puerta para no perder el equilibrio. Tosió repetidas veces. La llave había entrado en la cerradura con cierta dificultad, no con la suavidad de siempre. Se sentía mareado. ¿De verdad había oído un disparo? Intentó girar la llave, pero el mecanismo ni se inmutó. Volvió a toser, esta vez con más fuerza. Le escocían los ojos a rabiar y sentía la garganta tan reseca y ardiente como el tiro de una chimenea.

¿No podía abrir una puta puerta?

Mientras seguía tosiendo, cayó de rodillas, incapaz de mantenerse en pie, preguntándose por qué demonios la llave no giraba hasta el fondo.

Tienes la llave equivocada, idiota.

La sacó de un tirón, pero un violento y agónico ataque de tos se apoderó de él, obligándole a dejarse caer de costado. Mientras se retorcía sobre las baldosas, iluminado a medias por la linterna que seguía tirada en el suelo, comprobó que, en efecto, la llave que tenía entre los dedos era la 31, y que la que le seguía en la anilla era la 33. Se acercó el manojo a los ojos, que ahora estaban inyectados en sangre.

¡Maldición! La llave tiene que estar en alguna parte... busca bien.

Pasó las llaves con dedos torpes y temblorosos.

¡Lárgate de aquí!

Necesitaba encontrar la llave correcta. Estaba ahí, en alguna parte del manojo. Tenía que estar...

Tan cerca.

80

Ally fue, sin quererlo, la que aportó la pieza decisiva para que Paul pudiera entender parte de lo que estaba sucediendo en la escuela.

«No va a arrastrarnos hacia atrás», le había dicho Michael a su hermana. Y Paul por fin lo entendió. Michael era capaz de manipular el tiempo como si fuera una película, alterando la velocidad a su antojo. En el caso del Aula 19, había pulsado el avance rápido y los niños habían sido arrastrados con él. Cuando descubrieron los cadáveres, el estado de descomposición era real, porque para ellos el tiempo había transcurrido de forma normal, sumando semanas o meses en cuestión de segundos. No hubo serpientes venenosas ni toxina exótica acelerando el proceso; la naturaleza había seguido su curso habitual dentro de aquellas cuatro paredes. Esto explicaba los mordiscos en algunos cuerpos: los niños más fuertes habrían sobrevivido a los más débiles y, al final, obligados por la desesperación, se habrían alimentado de ellos. La falta de agua debió de ser el factor letal definitivo.

Al tomar conciencia del infierno en que se debió convertir el Aula 19, Paul se sintió mareado. Le costaba asimilar que Kathleen hubiera podido cargar con semejante secreto todos estos años. No dudaba de que su intención había sido proteger a la escuela, pero no pudo evitar sentir un profundo desprecio por el responsable de aquel horror. Esos niños tenían nueve años. Nueve. El pánico al ver que no podían salir del aula debió de ser indescriptible. Solos ante la adversidad, sin agua ni comida, sin poder ir al baño, viendo cómo sus compañeros morían uno a uno a su alrededor. ¡A los nueve años! Paul recordaba que las autopsias no revelaron un número significativo de mordeduras, pero sí las suficientes para desconcertar a los forenses. En su momento lo achacaron a un efecto neurológico del veneno, pero nada más alejado de la verdad.

Ahora podía contemplar la tragedia del Aula 19 en su verdadera y dantesca magnitud; y también comprender la actitud de Hannigan en la prisión, especialmente durante su segunda visita, cuando el maestro se había mostrado irascible y grosero. Todo el mundo —incluido Paul— achacó el cambio a una doble personalidad psicopática. Sin embargo, Paul recordaba exactamente en qué momento cambió su actitud: fue cuando le reveló que había entrevistado a Michael y que el chico le había parecido muy alterado. Fue entonces cuando Hannigan le hizo jurar que no hablaría con nadie más hasta su próximo encuentro. Y en esa siguiente visita, se esmeró en resultar odioso y confesó haberse marchado de la escuela aquel día porque odiaba profundamente a tres de los alumnos fallecidos.

Hannigan había protegido a Michael, aun sabiendo que el precio a pagar era el repudio público y pudrirse en la cárcel el resto de su vida.

Era evidente que Michael había perfeccionado el control de sus habilidades. Una cosa era aislar un aula y otra muy distinta toda la escuela. Sin embargo, el desenlace sería el mismo: si no lo detenían pronto, acabarían igual que los niños del Aula 19. Aguantarían más, porque tenían acceso a algo de comida y agua, pero el final estaba escrito.

Tenían que detener a Michael.

Si no lo hacían, cuando el pájaro de la entrada por fin echara a volar y el reloj de pie volviera a marcar la hora, alguien entraría en la escuela y se encontraría cinco cadáveres descompuestos. Las similitudes con la masacre de 1993 serían innegables y, con Hannigan entre rejas, surgirían preguntas muy incómodas. Y esta vez, la excusa de la serpiente africana no iba a colar.

¿Era ese el objetivo de Michael al retenerlos? ¿Exculpar a Hannigan emulando su supuesto modus operandi? Y si era así, ¿por qué arrastrar a inocentes, incluida su propia hermana? Tenía que haber algo más.

Paul recordó la advertencia de Kathleen:

A medida que Michael dominaba sus poderes, algo dentro de él cambiaba. Algo muy oscuro empezaba a aflorar.

—i...inutos!

Paul parpadeó, volviendo a la realidad. Estaba en el sótano, claro. A su lado, amarrada a la tubería, Ally lo miraba con evidente alteración.

—¿Qué? —preguntó él.

—Que te has quedado en Babia diez minutos —repitió la chica.

—Estaba pensando.

—Ya lo veo... ¿Y a qué conclusión has llegado? ¿A algo que nos saque de aquí? Porque este cabrón me ha apretado tanto el alambre que apenas siento las manos.

—Dame un segundo —pidió Paul.

Casi un minuto después, Paul ató el último cabo y se echó a reír.

—¿Te has vuelto loco?

—Ally, ¿recuerdas lo que me contaste en el vestíbulo al llegar?

—¿El qué exactamente?

—Lo de las visitas a casa de tu tía...

—Lorraine.

—Sí, tu tía Lorraine. Me contaste que uno de vuestros pasatiempos favoritos era cazar insectos con tu hermano, ¿verdad?

—Ajá.

—Y que normalmente los matabais en un tarro de cristal con algodones empapados en disolvente. Pero que, cuando el bicho era peligroso, no queríais arriesgaros a cambiarlo de tarro y lo matabais de *la otra forma...*

Paul era periodista y la zoología no era lo suyo, pero se jugaba el cuello a que un insecto tardaría muchísimo tiempo en consumir todo el oxígeno de un tarro sellado. En su momento pasó por alto el detalle, pero ahora cobraba una importancia vital.

—¿Cuánto tardaban los bichos en morir, Ally?

—Unos quince segundos —respondió ella— ¿Qué rayos tiene que ver eso con nosotros?

Paul sonrió. Ni siquiera un humano agotaría el oxígeno de un tarro tan rápido. Era evidente que Michael usaba su poder para acelerar el tiempo dentro del recipiente y asfixiar a los insectos en

segundos; un macabro ensayo a pequeña escala de lo que más tarde haría en el Aula 19.

—Te pedía que pusieras tus manos sobre las suyas, ¿verdad?

—Qué buena memoria tienes, Farris.

—No era un simple juego para hacerte partícipe —razonó Paul —. Creo que tú eras parte del proceso.

—Paul, por favor, dime qué coño estás pensando. Primero me sueltas que las intenciones de Mickey no son buenas y ahora me vienes con cosas de mi infancia. ¿Qué te ha comido la cabeza Kathleen?

—Esto no tiene nada que ver con Kathleen —aseguró Paul.

—Pues explícamelo.

Paul cambió de postura. La pierna le punzaba con una intensidad creciente; sabía que si no tomaba otra dosis de codeína pronto, el dolor se volvería inmanejable. Y cuando eso pasara, ya podía olvidarse de hilar teorías y dar explicaciones.

—Tu hermano tiene una habilidad muy peculiar —empezó Paul —. Kathleen y Hannigan, el maestro condenado por la muerte de los niños, lo sabían: Michael tiene la capacidad de manipular el tiempo en un espacio delimitado.

Durante unos segundos, el único sonido fue el traqueteo constante del generador.

—¿Él está causando todo esto?

Ally le dio cierta credibilidad a la idea, lo cual era un avance. Quizás en el fondo lo intuía.

—Me temo que sí. Kathleen no me lo dijo antes porque no sabía qué tramaba Michael, ni qué pintábamos nosotros en todo esto.

—¿De verdad Michael está haciendo esto? —repitió Ally, intentando asimilar el concepto.

—Eso parece. El tiempo aquí dentro avanza a una velocidad brutal respecto al exterior... Igual que en el tarro de los insectos.

—Paul, conozco a mi hermano mejor que nadie —rebatió Ally—. Me habría contado algo así. No me lo trago.

—Eras una cría cuando empezó a usarlo. Y después...

—¿Después qué?

—Después ocurrió la masacre del Aula 19 —sentenció Paul.

—¿Y qué tiene que ver eso...?

Ally se calló de golpe. Negó frenéticamente con la cabeza.

—¿Me estás diciendo que Mickey mató a esos niños?

Paul guardó silencio.

—Es imposible. ¿Eso te ha soltado Kathleen? Ahora entiendo por qué Mickey me dijo que no me fiara de ella.

—Ally, deja a Kathleen al margen un momento, por favor.

—¡No me da la gana! —le espetó—. A ver, listillo: si Kathleen es tan de fiar, ¿por qué sigues atado aquí? ¿Se largó y te dejó a merced de Judd? Vaya pedazo de amiga.

—Escúchame, por favor. Olvídate de Kathleen. —Un latigazo de dolor le hizo apretar los dientes y soltar un quejido.

—¿Qué? ¡¿Qué te pasa?!

—La puta rodilla —maldijo Paul, intentando acomodarse.

—Paul, lo que me estás contando es ciencia ficción. Lo siento, pero no conoces a Mickey.

—Te entiendo. No digo que lo del Aula 19 fuera premeditado, ni mucho menos. Ignoro cómo funciona su poder o hasta qué punto lo controla. Pero tú lo has visto en acción. Tú misma me has dicho que los bichos morían en segundos, ¿verdad?

—Sí.

—Científicamente es imposible. Michael aceleraba el tiempo para conseguirlo. Lo viste con tus propios ojos de niña y lo estás viendo ahora mismo. ¡Has visto a ese puto pájaro congelado ahí fuera!

Ally no supo qué contestar. La batalla interna era evidente en su rostro: el amor incondicional por su hermano chocando de frente con una realidad innegable.

En esa escuela había un monstruo, y no era el conserje. Era su propio hermano.

¿Podía ser posible?

—Lo siento mucho —añadió Paul con suavidad.

81

Judd yacía boca abajo en el pasillo central de la primera planta. Abrió un ojo. Su último recuerdo era estar plantado frente a las puertas del salón de actos, justo después de probar la llave equivocada y descubrir con horror que la que necesitaba no estaba en el manojo. Luego le había sobrevenido un ataque de tos fulminante y se había desplomado, casi inconsciente. No recordaba nada más.

Bueno, en realidad sí; recordaba haber oído un disparo ahí dentro y...

¿Qué más?

¿Voces?

No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde ese momento, pero ahora se sentía con fuerzas renovadas, capaz de intentar girar sobre sí mismo. La nube de humo seguía envolviéndolo, pero a ras del suelo era menos espesa y podía respirar con cierta normalidad. Se dio la vuelta y vio un rectángulo luminoso a sus espaldas. La puerta del salón de actos estaba abierta de par en par y las luces del interior estaban encendidas

Alcanzó a ver que el humo del pasillo entraba a raudales en el salón, ascendiendo en densas columnas hacia el altísimo techo del recinto.

Se arrastró un palmo y sintió un objeto duro debajo del cuerpo. No era su linterna, porque la veía tirada junto a la puerta, aún encendida. Se apartó a un lado y vio el manojo de llaves. Lo cogió, enganchó el mosquetón en el soporte de su cinturón, se puso de rodillas y reanudó la marcha. Al llegar al umbral de la puerta se sintió mucho más seguro y se puso en pie. El aire ahí dentro estaba limpio. El humo seguía subiendo hacia el techo del salón, a más de siete metros de altura. Pero Judd no se fijaba en el humo. Su mirada se clavó en el escenario. Allí, escrito con espray negro en letras enormes sobre la madera, se leía:

VEN AQUÍ.

Y en el suelo, justo delante de la tarima, había una gran cruz pintada con el mismo aerosol.

Se quedó plantado en el umbral, escrutando la sala de butacas con recelo. No vio a nadie. Ni de coña iba a entrar para colocarse en esa puta cruz; no había nacido ayer. ¡Había oído un disparo, joder! Aquel punto exacto era, sin duda, el lugar perfecto para recibir una bala entre ceja y ceja.

Iba a dar media vuelta cuando una voz le heló la sangre.

—Hola, Judd.

La reconoció al instante, aunque esta vez no hubo ni rastro de tartamudeo. La voz llegó flotando desde las alturas, así que supo que el retrasado estaba en el balcón. Como no podía verle desde la puerta, se aventuró a dar unos pasos por el pasillo, entre las butacas, hasta que la figura de Michael se recortó en uno de los palcos laterales. Llevaba una chaqueta militar y estaba inclinado hacia delante, apoyando los antebrazos en la barandilla.

En la mano sostenía una pistola.

—Hola —repitió el chico.

Judd se cerró la chaqueta disimuladamente para ocultar la culata del Ruger que asomaba en su cintura. Tenía una ventaja y no pensaba desperdiciarla.

—No voy a ir hasta ahí —replicó Judd secamente.

—P-p-podría dispararte ahora m-m-mismo.

—No le acertarías ni a un globo aerostático, puto retrasado. A lo mejor subo yo y te muelo a palos, ¿qué te parece el plan?

—Quiero b-b-bajar y hablar c-c-contigo.

—¿Y por qué no bajas de una vez?

—V-v-vete a la cruz. No quiero que i-i-intentes n-n-nada raro.

Judd se lo pensó un segundo. Quizá fuera cierto. Quizá el retrasado no tenía intención de pegarle un tiro. Una cosa estaba clara: se había tomado la molestia de pintar esa estúpida cruz con espray y de abrirle la puerta para que entrara, cuando habría sido mucho más fácil volarle los sesos mientras estaba tirado e inconsciente en el pasillo. Por otro lado, Michael sabía perfectamente

que él iba armado —lo había visto disparar en el Aula 19 antes de que llegara el resto.

—Haremos una cosa —propuso Judd, adoptando un tono conciliador—. No voy a ir hasta ahí delante. No soy tan gilipollas. Si quieres hablar, lo haremos a mitad de camino. En terreno neutral, ¿vale?

Empezó a avanzar por el pasillo bajo la atenta mirada de Michael. Al llegar a la altura de la fila central, se detuvo y abrió los brazos, demostrando que no tenía nada que ocultar.

—¿Ves? He cumplido mi parte del trato. Ahora te toca a ti. Baja y dime de qué quieres hablar.

Michael dudó. No lo veía claro. La escalera que bajaba de los palcos era interior, así que perdería de vista a Judd durante el descenso. Eso le ponía muy nervioso.

—Vale —accedió—. Espérame ahí con las m-m-manos p-p-pegadas al c-c-cuerpo.

Judd tuvo que morderse el labio para no echarse a reír. ¡Las manos pegadas al cuerpo! Era la excusa perfecta para ocultar su maniobra. El jodido retrasado no podría haber elegido peor.

Michael desapareció del palco y Judd escuchó sus pisadas aceleradas bajando los escalones. Aprovechó ese margen para desenfundar el revólver en tiempo récord, amartillarlo en silencio y dejárselo pegado al muslo derecho, oculto tras la pierna.

Unos segundos después, Michael apareció por la puerta lateral bajo los palcos. Le apuntaba directamente al pecho con una pistola Beretta.

—Venga, Michael, he hecho lo que me pedías. Acércate y hablemos —lo animó Judd y, a continuación, se sacó de la manga una pequeña mentira que intuía que le daría resultado—. Yo también tengo algo importante que contarte.

Michael lo miraba con una mezcla de curiosidad y duda.

—Es sobre Ally.

Judd acababa de pulsar el botón exacto para desarmar a Michael, que bajó la pistola unos centímetros y caminó despacio por el pasillo, escrutando al conserje.

Se detuvo a unos cuatro metros de distancia.

Para Judd, era más que suficiente. Alzó el brazo derecho con la velocidad de un latigazo, apuntando directamente a la cara del chico antes de que este pudiera reaccionar.

—Mueve un solo músculo y te vuelo la cabeza, retrasado.

Judd dio un paso al frente. La boca del cañón del Ruger quedó a menos de un metro de la frente de Michael; un simple tirón de su dedo índice y la cabeza del chico explotaría como una palomita de maíz.

Michael hizo una maniobra brusca para salir de la zona de disparo.

Judd apretó el gatillo.

82

Paul se removió contra la tubería a la que estaba amarrado intentando aliviar inútilmente la presión del cable eléctrico. El dolor de la rodilla de Paul estaba despertando poco a poco.

Ally había estado tratando de mejorar su postura para mejorar la circulación de sus brazos. Se volvió de pronto:

—Cuando Judd te apuntó con el arma, sabía que no iba a matarte.

Paul giró la cabeza, intrigado con la inesperada revelación.

—Yo también pensé que lo hacía solo para intimidarme —admitió con voz ronca—, pero te aseguro que es la primera vez que me toca mirar directamente por el cañón de un revólver, y no se lo recomiendo a nadie.

—No me refiero a eso. Cuando llegamos a la escuela, Mickey me susurró al oído que Judd tenía un arma y que debía ocuparme de ella.

Paul frunció el ceño.

—Cuando estábamos todos juntos en la biblioteca —continuó Ally—, me ausenté un momento con la excusa de ir a lavarme al baño. Pero en realidad me colé en su cuarto...

Ally hizo un leve gesto con la cabeza, señalando hacia el oscuro pasillo que conducía al apartamento del conserje.

—Estoy impresionado —reconoció Paul.

—No fue para tanto. El muy idiota guarda el revólver en la mesilla de noche, ¿te lo puedes creer? Era un escondite tan obvio y estúpido que casi lo paso por alto. Incluso me sobró tiempo.

—Entonces... el revólver de Judd no tiene balas.

Ella asintió.

—Las balas están en la cafetería. Las escondí en el fondo de la caja de objetos perdidos.

Paul asimiló la información en silencio. Por un lado, era un alivio saber que el psicópata no podía pegarles un tiro. Pero, por

otro, no pudo evitar una deducción mucho más macabra. Si Judd intentaba apretar el gatillo contra alguien y el arma solo emitía un inofensivo chasquido metálico, su furia se desataría sin límites. Volvería a usar su bate de madera. Puestos a elegir entre una agonía lenta y dolorosa a batazos, y una bala apagando el cerebro de forma instantánea, lo segundo casi se antojaba una bendición.

83

Se oyó un clic seco. Judd arrugó la cara de sorpresa y miró el revólver como si del cañón hubiera salido una banderita con la palabra ¡BANG! Volvió a apretar el gatillo dos veces más, con el mismo resultado. Tenía la vista clavada en el tambor, que giraba cada vez que el percutor lo golpeaba en el vacío. Detrás del Ruger todo era una mancha anaranjada. Cuando por fin enfocó la vista, se topó con el rostro sonriente de Michael. El chico había desenfundado su propia pistola a la velocidad del rayo, casi al mismo tiempo que Judd apretaba el gatillo la primera vez, y ahora era él quien le apuntaba a la cara. Judd sintió un ramalazo de furia ciega y se abalanzó hacia delante sin pensarlo.

Michael disparó. A esa distancia, el impacto hizo que Judd saliera despedido hacia atrás y que su hombro derecho floreciera en un amasijo de sangre. El conserje soltó un rugido de dolor al estrellarse contra el suelo de madera.

—No te muevas o la p-p-próxima va al corazón.

Judd no daba crédito. ¡El puto retrasado le había pegado un tiro! Ni siquiera el dolor del hombro —probablemente el más salvaje que había sentido desde las memorables palizas de su padre— lograba silenciar la voz de alarma en su cabeza. Era imposible que aquel imbécil le hubiera disparado a sangre fría sin apenas inmutarse; y sin embargo, allí estaba, apuntándole con una expresión de hielo.

—¿Dónde están? —preguntó Michael; el tartamudeo apenas se notó esta vez.

—¿El periodista y su amiguita? —Judd empezaba a ser consciente del chorro de sangre que le manaba del hombro y del dolor punzante, como si le clavaran una espada al rojo vivo a intervalos regulares.

—Sí. —Michael le apuntaba ahora directamente a la frente.

—Están en el sótano —escupió Judd. Iba a soltarle una de sus habituales provocaciones, pero algo en la cara del chico le hizo morderse la lengua. Volvió a ver esa inusitada frialdad en su mirada… Iba a apretar el gatillo, y esta vez no habría margen de error.

—¡Espera! No podrás llegar a ellos.

—¿Por qué no?

—Porque antes de subir he puesto un candado en la puerta. Uno de combinación.

—¿Q-q-qué candado?

—El candado del generador —improvisó Judd—. Ya sabes cuál, lo has visto mil veces. ¿O te creías que iba a subir aquí sin un plan B? Ese disparo de antes me avisó de que ibas armado.

—¿Por qué n-n-no cerraste con llave? —A Michael le tembló ligeramente la voz.

—Porque sabría que intentarías quitármelas. La combinación, en cambio, está aquí.

Judd se dio unos toquecitos en la sien con el índice izquierdo.

—Dime la combinación.

—¿Te has cargado a la directora Blake, Michael?

—Dime la p-p-puta combinación.

—Te la has cargado, ¿a que sí?

—No.

Michael volvió a apuntarle con la Beretta directa a la cara.

—Si me vuelas la cabeza —se apresuró a decir Judd—, despídete de entrar en el sótano. Hasta tú sabes lo blindada que está esa puerta. Y la cadena que le he puesto es del grosor de mi brazo. Tardarías semanas en cortarla. Y, créeme, no tienes tanto tiempo. Los dos están malheridos ahí abajo... No aguantarán mucho.

Judd supo que había logrado resquebrajar la seguridad de Michael. Hasta ese momento, el chico había actuado con una convicción implacable, como si lo tuviera todo calculado al milímetro. Pero ahora se enfrentaba a un imprevisto. Estaba claro que Ally y Paul eran importantes para él por algún motivo; de lo contrario, no le estaría dando tantas vueltas.

—No me c-c-creo ni una sola palabra.

—Puedes creer lo que te salga de las narices —replicó Judd—. Pero no entrarás sin esos cuatro numeritos mágicos. Y solo están en mi cabeza.

—V-v-vamos a ver ese candado.

Michael le hizo un gesto con la pistola para que se pusiera en pie.

—No, la cosa no funciona así. Voy a salir por esa puerta por mi propio pie, solo, o me matas ahora... Tú eliges.

Michael pareció sopesarlo detenidamente.

Un minuto. Dos minutos.

A Judd el hombro le dolía como los mil demonios. Le costaba que el dolor no se transmitiera a su rostro.

Michael lo sorprendió:

—T-t-tú quieres a Kathleen, ¿v-v-verdad?

Dios, ¡qué suplicio era hablar con el puto tartamudo! Judd se maldijo por haber llegado a este punto. Había sido demasiado contemplativo. Si hubiera actuado más rápido y con mayor contundencia, la escuela ya sería suya por completo.

—V-v-vamos, Judd —le espetó Michael—. Sé l-l-lo q-q-que haces en su d-d-despacho l-l-los...

—No sé de qué coño me hablas —le cortó Judd, sosteniéndole la mirada. No aguantaba aquellas frases eternas. El dolor del hombro era incesante y la paciencia se le agotaba. Necesitaba tomarse un par de las pastillas que le había sacado al periodista y que llevaba en el bolsillo.

—Sí que lo sabes.

Judd no tenía más tiempo:

—Esto es lo que vamos a hacer: un intercambio. Yo salgo por esa puerta por mi propio pie. En quince minutos nos vemos en el gimnasio; tú me traes a la directora y yo te entrego a tus amiguitos. ¿Trato hecho?

—No.

—Perfecto, pues pégame un tiro ahora mismo y carga con la culpa de lo que les pase a esos dos.

Michael se quedó mudo, sin saber qué responder.

¡Lo tengo!

Judd se puso en pie con bastante dificultad, ahogando un gemido de dolor.

—¿Tenemos un trato o qué?

Michael estaba paralizado.

Judd empezó a caminar hacia la salida con aire desafiante.

Le estaba dando la espalda al retrasado y sin embargo él no había vuelto a disparar.

Había ganado.

—¡E-e-espera! D-d-deja el arma en el s-s-suelo. No es n-n-negociable.

El conserje se agachó y sin objeciones depositó el Ruger descargado en el suelo. A continuación, se enderezó y salió del salón de actos con una mueca de satisfacción en el rostro.

84

Judd bajó la escalera del sótano a trompicones. Al irrumpir en el cuarto de la caldera notó la sorpresa de Ally y Paul al verle el hombro ensangrentado. Desde luego, no se detuvo a darles ninguna explicación y se dirigió a toda prisa a su baño privado. Encendió la luz de un manotazo y un rostro acalorado y demacrado le devolvió la mirada desde el minúsculo espejo sobre el lavabo. Tenía un aspecto pésimo. Se consideraba un tipo con una alta tolerancia al dolor, y, sin embargo, la herida le estaba haciendo ver las estrellas. Se quitó la chaqueta a tirones y la tiró al suelo. Hizo lo mismo con la camisa, que había absorbido la mayor parte de la sangre.

¡Si no cortas esto rápido, te vas a desangrar aquí mismo!

Judd apenas tenía nada en el botiquín, solo lo básico. Un balazo superaba con creces las prestaciones de su cajita de madera con la cruz roja. Pero el tiempo apremiaba y tendría que apañárselas con lo que hubiera. Primero se empapó la herida con desinfectante; sintió un escozor atroz mientras el líquido hacía efecto. El primer problema era que no le quedaban gasas. Salió del baño con el torso desnudo y la herida escupiendo sangre a borbotones. En su cuarto cogió una camiseta limpia, la rasgó con furia y se la enrolló alrededor del hombro, apretando con fuerza para taponar el orificio.

La tela se tiñó de rojo oscuro, pero pareció frenar la hemorragia. Se puso una camisa blanca limpia. Tenía una chaqueta de repuesto en el armario, pero decidió no ponérsela; prefería pasar un poco de frío y estar alerta por si la herida volvía a abrirse. Sacó del bolsillo del pantalón los analgésicos que le había confiscado a Paul y se tragó tres de golpe, sin molestarse en leer la letra pequeña del prospecto. Si servían para una rodilla reventada, también servirían para su hombro.

Salió del baño. Al pasar por la pequeña sala de estar se detuvo frente a la cocina para sopesar sus opciones. No tenía muchas. Eligió un cuchillo trinchante que guardaba en uno de los cajones bajo la

encimera y lo observó, fascinado. La hoja de acero inoxidable medía más de veinte centímetros de largo por cuatro de ancho. Terminaba en una punta afiladísima. Judd sintió unas ganas locas de estrenarlo cuanto antes.

Al regresar al cuarto de la caldera captó de inmediato el pavor en los rostros de sus dos prisioneros. El cuchillo tenía gran parte de la culpa, lógicamente, pero también su aspecto general. Los mechones sudorosos se le pegaban a la frente.

—Os voy a soltar de la tubería. Y no habrá avisos. Al primer movimiento en falso, os atravieso con el cuchillo. ¿Queda claro?

Ally y Paul asintieron sin decir una sola palabra. Si Ally había vaciado el tambor del revólver de Judd, significaba que había otra pistola en la escuela. Las cosas se habían ido de las manos hacía tiempo.

Entonces sí quedaba un monstruo armado en la escuela, sólo no el que él había pensado.

—¡Muévete, niñata! —gruñó Judd, tras desenganchar a Ally de la tubería, aunque le dejó las manos atadas con el alambre—. Pégate a la pared.

El conserje se acercó a Paul y empezó a serrar el cable eléctrico con el cuchillo de carnicero. Paul cruzó los dedos para que no se fijara en los cortes que había intentado hacer con el cristal, pero Judd no hizo ningún comentario.

—Listo, periodista. Ella irá delante, tú detrás.

Obedecieron. Cruzaron la sala del generador y subieron la escalera en silencio. Paul intentó retrasar a la comitiva lo mínimo posible manteniendo la pierna estirada.

Una vez arriba cruzaron la cafetería en fila indica.

—Hacia el gimnasio —ordenó Judd—. Vamos a negociar con ese retrasado de una puta vez.

Ally giró a la izquierda, pero al darse cuenta de que Paul se había quedado clavado, se detuvo.

—¡¿Qué pasa, Farris?! —ladró Judd—. ¿Quieres que te parta la otra rodilla?

Paul estaba tieso como un maniquí, con la cabeza ladeada y los brazos atados a la espalda. Miraba fijamente hacia el vestíbulo, justo

en la dirección opuesta a la que debían ir. Cuando Ally siguió su mirada, lo entendió todo. Reconoció a Eva Farris al instante. La mujer, convertida en una presencia traslúcida como la maestra del libro rojo o los niños fantasma, estaba apoyada contra la puerta principal. Llevaba una cámara de fotos colgada del cuello.

—Yo no voy —dijo Paul, como en trance. Era incapaz de apartar la vista de su difunta esposa.

—¡¿Qué?! —Judd empuñó el cuchillo con toda la intención de clavárselo, pero Paul ni se inmutó.

Ya había empezado a caminar hacia el vestíbulo, como un sonámbulo persiguiendo un sueño. Cojeaba ostensiblemente, pero no parecía ser consciente del dolor. Aceleró el paso.

Judd dio un par de zancadas para interceptarlo, cuando se dio cuenta de que Ally salía disparada en dirección contraria. Dudó una fracción de segundo. La chica tenía las piernas intactas y corría como alma que lleva el diablo.

—¡Michael me quiere a mí! —gritó Ally. Estaba a punto de doblar la esquina del pasillo, pero antes de desaparecer, le lanzó una última mirada al conserje—. ¡Michael es mi hermano!

La sorpresa desencajó la cara de Judd. En un instante tomó su decisión y salió zumbando tras ella. La cazó por el pelo justo antes de que la chica llegara a las puertas del gimnasio.

—Te tengo —siseó, tirando del pelo con tanta fuerza que Ally se dobló hacia atrás, a punto de caer de espaldas—. Así que eres la hermanita del retrasado. Esa sí que es una buena noticia.

Judd acarició la hoja del enorme cuchillo.

85

Eva había sido una mujer cautivadora. Algunas mujeres traen ese don consigo; viene de fábrica. No se adquiere en un salón de belleza, en la universidad o a golpe de talonario; de hecho, cualquier intento de conseguirlo por alguno de esos medios no hace más que estropearlo todo.

Eva era directa, sincera y natural. Para ir del punto A al punto B, siempre elegía la línea recta.

Esa franqueza y sencillez habían deslumbrado a Paul desde el primer día. Para él, que se había criado en el competitivo y caótico hogar de los Farris, con el todopoderoso Leonard a la cabeza, la experiencia había resultado absolutamente nueva y desconcertante. Nunca imaginó que una relación amorosa pudiera llevarse de aquella manera, con la guardia baja, disfrutando de cada instante al máximo, sin dobles intenciones ni agendas misteriosas.

Cuando Paul vio en el vestíbulo a su mujer, asesinada hacía cuatro años, sintió que se asomaba al borde de un precipicio que lo invitaba a lanzarse al vacío.

Eva estaba apoyada contra la pared, junto a la puerta de cristal. Presentaba la misma cualidad traslúcida que el resto de los visitantes de aquella noche y parecía estar hablando con alguien, aunque no había nadie a su lado. Paul se acercó cojeando. Sin la ayuda del bate, no le quedaba más remedio que descargar parte de su peso sobre la rodilla destrozada.

Cuando estuvo lo bastante cerca —a unos tres metros— se fijó en su ropa: vaqueros negros y una camiseta blanca con el Demonio de Tasmania de la Warner. Paul recordaba aquella camiseta a la perfección. Llevaba también su cámara de fotos colgada al cuello y las gafas de sol subidas en la cabeza, a modo de diadema, apartándole el pelo rizado de la cara.

—Todavía no te lo habías alisado —murmuró Paul, y el sonido de su voz resonó en el vestíbulo con un matiz ominoso.

Poco después de la investigación sobre el Aula 19, Eva se había aclarado el pelo y empezó a llevarlo liso; su «look de los noventa», como ella misma solía bromear.

Paul se detuvo en el punto exacto donde debía de estar la persona con la que Eva conversaba. Ahora daba la sensación de que ella hablaba directamente con él. Sus labios se movían con agilidad, aunque no producían sonido alguno. De vez en cuando soltaba una risita silenciosa...

¿Por esto estaba él en la escuela?

Si era así, cada maldito sacrificio, cada golpe de aquella noche, había valido la pena.

Nunca creyó que fuera posible reencontrarse con ella; sus escasas convicciones religiosas se habían esfumado el día que se la arrebataron de un modo tan incomprensible. Se acercó un poco más. ¿Podría tocarla? Levantó una mano temblorosa y la acercó al rostro de Eva, pero se detuvo a escasos centímetros de su mejilla. Sintió un ramalazo de indecisión y retrocedió. No quería romper el hechizo, no quería echarlo a perder. Ahora, Eva parecía estar enfrascada en describir las bondades de su cámara de fotos, porque le daba vueltas una y otra vez para que su interlocutor invisible pudiera apreciarla mejor.

—Te habría buscado antes —le confesó él en voz baja. Se apoyó contra la pared, observándola de perfil.

Eva había soltado la cámara, que volvía a colgar de su cuello, y ahora hablaba a intervalos, seguramente dejando espacio para que la otra persona diera su réplica. Paul recorrió su figura con la mirada, desde los rizos castaños hasta los zapatos. Cada detalle despertaba recuerdos que se le clavaban en el pecho con un doloroso placer. Sus botas, por ejemplo, eran de tacón bajo y acabadas en punta, como las que usaba siempre. Si no estaba en la oficina, aquel calzado corto de cuero era su favorito.

Se acercó un poco más. Hasta creyó percibir el rastro floral de su perfume. Y entonces ocurrió algo inesperado. Con su rostro a un palmo del de Eva, Paul creyó escuchar su voz. Era un sonido lejanísimo, pero acompañaba a la perfección el movimiento de sus labios. Se irguió, aguzando el oído al máximo.

—Vamos, Eva —suplicó Paul—. Di algo, mi amor... vamos.

Entonces Eva volvió a formular otra frase breve y, al igual que la vez anterior, Paul juraría haber oído su voz. Fue de nuevo un murmullo distante, como si le hablara desde otra habitación cerrada.

¡Puedo oírte!

Logró reconocer algunas palabras sueltas, aunque ninguna frase completa con sentido, hasta que Eva pronunció claramente: «Me parece muy bien». E, inmediatamente después, se despegó de la pared y dio un paso directo hacia Paul. En cualquier otra circunstancia, él se habría apartado sin problemas, pero esta vez, en parte por la sorpresa y en parte por el estado deplorable de su pierna, intentó retroceder, tropezó y cayó al suelo de costado, amortiguando a duras penas el golpe con un brazo. Ajena por completo al incidente, la figura de Eva enfiló por el pasillo del ala Oeste, alejándose del vestíbulo.

El dolor de la caída le arrancó una mueca y convirtió la tarea de ponerse en pie en un auténtico suplicio. Veía cómo Eva se alejaba y temió no poder alcanzarla. Cuando logró erguirse, dio zancadas largas, solo para descubrir con horror que a cada paso se quedaba más rezagado. Ella caminaba a buen ritmo, gesticulando y hablando con su acompañante invisible. Al llegar al punto donde el pasillo giraba a la derecha, Paul estaba casi a cinco metros de ella. Pensó con amargura que aquel era el final, que doblaría la esquina y no volvería a verla jamás. Recorrió esos metros interminables forzando su rodilla al límite, haciendo caso omiso a todas las alarmas que se encendían en su cerebro.

Tendrás suerte si logras avanzar estos metros sin perder el conocimiento.

Pero lo logró, y Eva seguía allí. Estaba de pie junto a la sala de profesores, con la mirada vagando por las columnas a ambos lados del pasillo y los arcos que las unían en el techo. Parecía que esperaba a alguien.

Ahora es el momento.

—Eva, ¿puedes oírme? —preguntó.

Como única respuesta, ella cogió el objetivo de la cámara y lo examinó de cerca.

—Eva, por favor, si puedes oírme... ¡Haz algo!

Y ella hizo algo: formó una «O» con los labios y echó el aliento sobre la lente para empañarla. Luego, sacó un paño del bolsillo del pantalón y lo usó para limpiarla meticulosamente.

—¡EVA!

Eva levantó la vista. Ladeó ligeramente la cabeza, con ese gesto tan característico que hacen a veces los perros cuando intentan descifrar la procedencia de un sonido extraño.

A Paul el corazón le latía desbocado. ¡Dios mío!

—¡Soy yo, Paul! —gritó con toda la potencia de la que fue capaz.

Su voz sonó ronca y espeluznante en la soledad del pasillo, pero le dio igual. El rostro de su mujer mantenía la misma expresión de perplejidad, y eso era lo único que le importaba. Había logrado cruzar la barrera, o eso creía.

Paul hizo un cálculo mental: si la versión de Eva que estaba viendo correspondía a la época de la investigación del Aula 19, entonces faltaban unos años para la tragedia que le costaría la vida...

—¡Dentro de cinco años investigaré una red de prostitución!

Dios, ¿qué estaba haciendo? Si ella realmente estaba escuchando esa voz en su cabeza, pensaría que se estaba volviendo loca de remate.

O quizás no. Era su única oportunidad.

Volvió a gritar, forzando las cuerdas vocales:

—¡Debes obligarme a detener esa investigación!

Eva negó con la cabeza. Era difícil establecer si realmente lo escuchaba o el movimiento obedecía a otra razón.

—¡Es vital, Eva! ¡Cinco años! ¡La investigación de una red de prostitución! ¡Impide que siga con ella! —Y tras coger una bocanada de aire, añadió, desgarrado—: Es una cuestión de vida o muerte.

A Paul se le quebró la voz. Había gritado con todas sus fuerzas y le ardía la garganta.

Aun así, volvió a repetir las frases, una y otra vez.

Si toda aquella locura espaciotemporal tenía algún sentido y Eva lograba captar el mensaje, solo quedaba rezar para que

intentara disuadirlo de seguir adelante con el caso. Había que esperar que el Paul del pasado, el periodista estrella que se creía un Clark Kent imbatible e intocable, tuviera la decencia de escuchar a su mujer para salvarle la vida.

86

Michael abrió la puerta junto al escenario y encontró a Kathleen tendida en el suelo, rodeada por un inmenso charco de sangre, tal y como la había dejado un rato antes. Ella lo miró con ojos suplicantes e intentó llamar su atención mascullando algo, pero la cinta que le sellaba la boca ahogó cualquier sonido. Además, estaba demasiado débil. La herida del estómago era letal y no tardaría en cobrarse su vida.

—¿Qué o-o-ocurre?

Ella abrió los ojos de par en par, en un intento desesperado por indicarle que quería decirle algo.

—Usted me m-m-mintió —sentenció Michael, sin la menor intención de quitarle la mordaza—. Judd t-t-tenía las llaves. Usted dijo que n-n-no sería así.

La desesperación volvió a asomar a los ojos de la directora.

—V-v-vamos a hacer un interc-c-cambio.

Una vez más, Kathleen usó la mirada para expresar su profundo desacuerdo y su terror.

Michael se arrodilló junto a su mochila y sacó un repollo del interior.

—Lo a-a-aprendí en la tele —explicó.

Estudiaba el repollo que sostenía en la mano izquierda, mientras con la derecha empuñaba la Beretta. Dejó ambas cosas en el suelo, sacó una linterna de la mochila, la encendió y la dejó apoyada mirando hacia el techo. Después se levantó, se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada y volvió junto a Kathleen. Ella no se movió ni hizo el menor amago de hablar; su mirada era de puro y absoluto desconcierto. El rostro de Michael, iluminado desde abajo por el haz de la linterna, se había convertido en un paisaje montañoso de sombras grotescas. Ya no sonreía.

Michael agarró la pistola con la derecha y el repollo con la izquierda. Hundió el cañón del arma en el centro de la hortaliza

hasta asegurarse de que quedaba bien encajado. Luego apoyó el repollo directamente sobre el pecho de Kathleen y apretó el gatillo.

El repollo estalló con un zumbido ahogado al paso del proyectil, que impactó en el pecho de la directora, atravesándole el corazón. Kathleen se desplomó de lado como un saco de patatas.

Michael se colgó la mochila al hombro y se marchó. Ni siquiera se giró para echarle un último vistazo al cadáver de la mujer. Pensó que amortiguar el disparo quizás había sido innecesario, teniendo en cuenta que Judd estaba en el sótano con el generador a todo trapo, pero no se arrepentía de haber tomado precauciones. No quería darle al conserje ningún indicio que le hiciera sospechar que el intercambio era, en realidad, una farsa.

En la primera planta el humo se había disipado lo suficiente como para poder respirar sin ahogarse, pero Michael se apresuró a salir de allí cuanto antes. Bajó la escalera a la carrera y se detuvo en el pasillo central. Reconoció de inmediato a Eva Farris apoyada en el vestíbulo y se preguntó si Paul ya la habría visto. Esperaba que sí.

Reanudó la marcha. Al pasar junto a la cafetería le echó un vistazo a la puerta del sótano, ahora cerrada, pero sin rastro del candado de combinación del que le había hablado Judd.

Aceleró el paso y llegó al gimnasio. Una vez allí, se sentó en las gradas y esperó.

Judd apareció diez minutos después. Empujó la doble puerta con una mano y se detuvo nada más cruzar el umbral. Ally iba con él; Judd la usaba como escudo humano, rodeándole el pecho con uno de sus enormes brazos y pegándole la hoja de un cuchillo carnicero a escasos milímetros del cuello. Al principio, el conserje no vio a nadie y se desconcertó.

—¡¿D-d-dónde está Paul?! —gritó Michael por fin.

Al divisarlo en las gradas, Judd se giró hacia él.

—Se ha quedado en el vestíbulo charlando con uno de los fantasmas —soltó Judd con sorna—. Espero que no sea un problema.

—No. —Michael se puso en pie y bajó los dos escalones hasta detenerse al borde de la pista. La pistola le colgaba de la mano derecha.

—¿Dónde está la directora? —gruñó Judd, mirando a un lado y a otro.

Michael se había prometido a sí mismo no mirar a Ally; sabía que verla así podía desestabilizarlo emocionalmente, pero ahora que la tenía a diez metros no pudo evitarlo. Su hermana lloraba en silencio y su rostro era la viva imagen del terror más absoluto. Por un instante sus miradas se cruzaron y mantuvieron un diálogo mudo. Era evidente que Ally se había enterado de la verdad sobre el Aula 19 y que, en ese preciso momento, le reprochaba habérselo ocultado. Michael apartó la vista, incapaz de sostenerle la mirada, y volvió a centrarse en Judd, que seguía esperando una respuesta sobre el paradero de Kathleen.

—Está ahí —dijo Michael, señalando la entrada de los vestuarios con un gesto de cabeza—. E-e-esperándote.

—¿Y por qué no está aquí fuera, como acordamos?

—Entrégame a Ally —exigió Michael—. Y t-t-te dejaré ir a los v-v-vestuarios.

—¿Te crees que soy gilipollas? —Judd había avanzado de lado y ahora estaba plantado en el centro de la pista. No le quitaba ojo a Michael.

—Te dejaré ir —repitió Michael, sosteniéndole la mirada—. L-l-lo p-prometo.

—Ni en tus mejores sueños, retrasado. Vete a buscar a la directora y tráela aquí.

Michael levantó el arma y le apuntó. Sabía que no estaba lo bastante cerca como para garantizar un tiro certero a la cabeza, pero necesitaba intimidarlo de alguna forma. Judd reaccionó al instante: se tensó y apretó el filo del cuchillo contra la garganta de Ally. La chica temblaba de pies a cabeza.

—Vete a buscarla —lo retó Judd.

—Déjala ir —replicó Michael, dando un par de pasos hacia delante.

—¡Un paso más y le rebano el cuello!

Entonces ocurrió algo que ninguno de los dos esperaba. Se oyó un traqueteo mecánico a lo lejos y los enormes focos del techo parpadearon un instante. Después, se apagaron por completo. En un

abrir y cerrar de ojos el gimnasio se sumió en la más absoluta oscuridad y el zumbido constante del generador —al que se habían acostumbrado más de lo que creían— murió con un quejido, dando paso a un silencio sepulcral. La sorpresa inicial dejó paso al pánico puro, porque cada uno pensó al instante que el apagón era una maniobra orquestada por el otro.

Entonces Ally gritó a pleno pulmón y Michael disparó.

El estampido del arma resultó ensordecedor en aquella quietud de tumba. El fogonazo iluminó el gimnasio durante una fracción de segundo, revelando una instantánea aterradora y surrealista.

87

Noviembre 5 de 1993
Fragmento televisivo

Twin Pines se mantiene a la expectativa. Seguiremos aquí, a las puertas de la escuela Woodward, hasta que las autoridades nos faciliten datos que arrojen algo de luz sobre lo sucedido. Recordemos que hace apenas unos minutos una fuente anónima se ha puesto en contacto con nuestra redacción para alertar de un trágico suceso que habría tenido lugar en el interior del centro. Se espera que la directora, Gale Strickland, comparezca de un momento a otro para aclarar la naturaleza de estos hechos que, como pueden comprobar a mis espaldas, ya han desatado la alarma entre los grupos de padres que empiezan a llegar exigiendo explicaciones. Soy Eddie Jacob, informando en directo para Canal 5...

88

Michael tiró el arma a un lado. Cayó de rodillas y se quitó la mochila con desesperación. No veía nada, pero tampoco oía nada, lo cual era infinitamente peor. Hacía apenas unos segundos que el generador había dejado de suministrar energía y el gimnasio se había sumido en la más absoluta oscuridad. El tiempo había adquirido una textura viscosa; incluso el estruendo de su propia Beretta le parecía ya un suceso lejano y desconectado. ¿Por qué no oía a Ally? Cuando por fin logró soltarse las correas de la mochila, la abrió y metió la mano, revolviendo el interior con vehemencia. Apartó rollos de cinta adhesiva, una sudadera de repuesto y varias cosas más, hasta que sus dedos rozaron un cilindro rígido. Pensó que era la linterna, pero resultó ser el bote de pintura en espray. Maldijo por lo bajo, repitiéndose a sí mismo que la bala tenía que haber alcanzado a Judd; de lo contrario, el conserje ya se le habría abalanzado encima. Tenía que ser así. Por fin, sus dedos dieron con la linterna. La sacó y pulsó el interruptor.

Los cuerpos de Judd y Ally yacían cerca del centro de la pista, inmóviles.

—¡Ally! —gritó Michael, corriendo hacia ellos con el círculo de luz bailando a su alrededor.

Al llegar, le pareció ver un leve movimiento en el brazo derecho de su hermana. Dejó la linterna en el suelo y se arrodilló a su lado. Ally tenía los ojos abiertos de par en par.

—Estoy bien —susurró ella con voz temblorosa.

Michael examinó rápidamente a Judd: una mole inerte, pero que seguía resultando amenazadora. Si había algo que no necesitaba en ese momento era que el gigante reviviera al más puro estilo Jason Voorhees.

Michael sacó de la mochila su navaja multiusos y con los alicates cortó el alambre de las muñecas de Ally. Después, sacó la hoja afilada y la usó para rasgar el jersey de ella. El lado izquierdo

estaba completamente empapado de sangre. Llevó a cabo la operación con sumo cuidado, calculando cada movimiento antes de ejecutarlo. Cortó la manga y luego las costuras laterales.

Michael contuvo el aliento. Era mucho peor de lo que había imaginado. Ally llevaba una camiseta blanca que ahora lucía una enorme y húmeda mancha granate en el costado. La tela estaba desgarrada a la altura del pecho y del brazo, donde dos cortes profundos escupían sangre sin tregua.

—Quítame la camiseta también, Mickey —le pidió Ally—. Hazlo sin miedo.

Él no parecía muy convencido. Miraba a su hermana con expresión perdida, a punto de echarse a llorar él también. Aquello era un error. Ally no debería haber salido herida.

Empezó a cortar la camiseta con idéntica concentración, esforzándose al máximo por mantener la calma. La tela empapada había adquirido el aspecto y la textura de un trozo de piel sanguinolenta. Al terminar, la tiró a un lado con repulsión.

Plegó la navaja y la dejó en el suelo, junto a la linterna encendida.

Observó el torso de Ally. Llevaba un sujetador negro. Su pecho subía y bajaba con respiraciones cortas, y con cada sacudida de las dos heridas surgían ríos rojos. La primera —y la más grave— le cruzaba el bíceps izquierdo; el segundo tajo le rasgaba el pecho en ese mismo lado. No costaba deducir que ambos cortes eran fruto del mismo ataque, asestados probablemente cuando Ally intentó zafarse de las garras del conserje, aprovechando la confusión del apagón. El ángulo de la herida del pecho coincidía con el del brazo, y la profundidad iba en aumento. Michael sabía que por el bíceps pasaban venas y arterias importantes, y que su prioridad absoluta era frenar esa hemorragia. La sangre brotaba a borbotones; si no actuaba rápido, su hermana se desangraría allí mismo, tirada en la pista. Y entonces todo habría sido en vano. Por otro lado, la herida del pecho tenía un aspecto espantoso y debía de doler a rabiar. En la carne blanca que asomaba por encima de la copa del sujetador se abría un tajo de unos siete centímetros de largo, cuyos bordes se habían replegado hacia fuera como unos labios gruesos e informes.

En la mochila tenía todo lo necesario para limpiar las heridas, desinfectarlas y vendarlas en condiciones. Ally no se quejó, pero hizo una mueca de dolor agudo cuando el líquido desinfectante le abrasó la carne.

Con el brazo sano, Ally señaló el sujetador.

—Córtalo —le indicó—. Usa la navaja.

Michael dudó un instante, pero cogió la navaja e hizo lo que ella le pedía. Ally se bajó el tirante con suavidad hasta que su pecho izquierdo quedó al descubierto, dejando la herida perfectamente accesible.

—Tranquilo —dijo ella, forzando una sonrisa—. Todo va a salir bien.

Pero Michael no las tenía todas consigo. La visión del torso semidesnudo de su hermana hizo que una oleada de pudor se mezclara con el pánico que ya sentía.

—Mickey, no te preocupes. —Ally le leyó el pensamiento—. ¿Te acuerdas de cuando éramos pequeños y nos bañábamos juntos en el estanque de la tía Lorraine?

Él lo recordaba perfectamente. A veces hacía tanto calor que se metían en el agua sin ropa. Asintió, esbozando una tímida sonrisa.

—He crecido un poco, nada más —bromeó Ally. Extendió el brazo derecho y le acarició la mejilla.

Una lágrima asomó por el rabillo del ojo de Michael y resbaló lentamente por su cara. Ella se la limpió con el pulgar.

—Te quiero m-m-m-mucho, Ally.

—Lo sé. Yo también te quiero muchísimo.

—Voy a curarte. Todo va a estar b-bien.

En los minutos siguientes, Michael le aplicó un vendaje compresivo en la herida del pecho y otro en el brazo. Al terminar, le dijo que tenía una sudadera limpia en la mochila. Ella le contestó que se la pondría encantada, pero que primero tenían que hacer otra cosa: con los restos de tela del jersey destrozado debían improvisar un cabestrillo para mantener el brazo flexionado y pegado al cuerpo. Como si fuera una fractura, le explicó. Una vez lo hicieron, Michael ayudó a su hermana a ponerse en pie y le pasó por la cabeza la sudadera gris. Le quedaba varias tallas más grande,

pero entre los dos consiguieron ponérsela sin rozar demasiado los vendajes. El dolor de los cortes era intenso, pero Ally sabía que mantener el brazo inmóvil ayudaría a frenar el sangrado. Le preocupaba la sensación de mareo que la invadía por momentos; había perdido bastante sangre y temía desmayarse.

—¿Tienes algo para el dolor? —preguntó.

Él negó con la cabeza. No había caído en eso. Entonces, Ally recordó lo que Paul le había contado en el sótano.

—Busca en los bolsillos a Judd —le indicó.

Michael se acercó al cuerpo, le registró los bolsillos del pantalón y dio de inmediato con el bote de codeína. Se lo entregó a Ally junto con un botellín de agua de plástico a medio terminar. Ella se tragó dos pastillas y dio un buen trago. Tenía la garganta seca y el agua la revitalizó al instante. Sugirió que se quedaran allí unos minutos, hasta que la medicación hiciera efecto. Se sentaron en las gradas en silencio, contemplando la mole inerte de Judd, que miraba fijamente hacia los focos apagados del techo con los ojos vidriosos de un animal disecado.

Ally desvió la vista del conserje y se fijó en el arma que Michael había usado para matarlo. Seguía tirada en el suelo, a pocos metros de las gradas. La reconoció al instante: era la pistola de su padre. Dudaba mucho que Joe la hubiera disparado alguna vez; siempre decía que solo la tenía por si entraban a robar. Ally jamás habría creído que su padre fuera capaz de dispararle a otra persona, pero hasta hacía un par de días habría puesto la mano en el fuego jurando lo mismo de su hermano. Ahora ya no sabía qué pensar. Seguía confiando ciegamente en Mickey, por supuesto, pero el hecho de que acabara de matar a un hombre hacía tambalear todos sus esquemas. Era cierto que había sido en defensa propia, en una situación límite, pero no dejaba de ser inquietante que hubiera traído la pistola en la mochila, junto con todo un botiquín de primeros auxilios preparado para tratar heridas graves.

En la forma de actuar de su hermano había un grado de premeditación que resultaba innegable.

89

Noviembre 5 de 1993
Fragmento televisivo

Aquí Eddie Jacob, informando para Canal 5, en directo desde la escuela Woodward. Podemos ver que más padres se han presentado a las puertas del centro a pesar de la petición expresa de la directora de no acudir. Claro que, ¿cómo culparlos, verdad? Son sus hijos los que permanecen ahí dentro sin saber qué... Esperen un minuto... Como pueden ver, un coche patrulla se aproxima por el camino de entrada. Parece que se trata del sheriff Thomas. ¡Efectivamente es él! Veremos si sabe algo y nos hace unas declaraciones antes de entrar...

...

¡Sheriff Thomas! Estamos en directo para Canal 5... ¿Puede decirnos qué está pasando?

...

¿Le han llamado del centro o ha venido alertado por nuestra emisora?

...

Bueno, por la expresión del sheriff Thomas cabe deducir que no ha venido alertado por la prensa. Vemos cómo sube la escalinata junto a su ayudante y entra en el edificio en este preciso instante. Será cuestión de esperar a ver qué nos cuenta el sheriff a la salida, pero es más que probable que en pocos minutos ofrezca una declaración oficial. Devolvemos la conexión a los estudios; nosotros seguiremos aquí, a la expectativa de cualquier novedad...

90

¿Había escuchado un disparo? Los recuerdos de Paul se volvían confusos después del encuentro con Eva junto a la sala de profesores.

Ahora estaba en el vestíbulo. Movido por el instinto más que por la razón, se encaminó hacia el gimnasio y fue entonces cuando distinguió dos siluetas tras el haz de una linterna.

—¡Paul!

Era la voz de Ally. Él la saludó alzando las manos amarradas y se apoyó contra la pared. Se dejó resbalar hasta sentarse, retorciéndose de dolor.

—Es la rodilla —dijo explicando lo obvio.

Paul reparó en el cabestrillo improvisado que sujetaba el brazo de la chica y en la sudadera holgada que llevaba puesta. Ella se encargó de resumirle rápidamente lo sucedido con Judd. Michael no dijo ni hizo nada hasta que su hermana le indicó que usara la navaja para cortar el cable de las muñecas de Paul. El muchacho se apresuró a quitarse la mochila y a rebuscar en su interior. Primero sacó la herramienta y cortó la atadura; luego le tendió el bote de analgésicos y la botella de agua. Paul se tragó tres pastillas de golpe y se bebió el resto del agua en media docena de largos tragos.

—Gracias —suspiró, dejando el envase vacío a un lado. Echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en la pared.

—Tenemos que seguir —dictaminó Michael.

—¿Hacia dónde? —preguntó Ally.

—Yo no pienso moverme de aquí —anunció Paul casi a la vez.

Haciendo caso omiso del comentario del periodista, Michael respondió con sequedad:

—Al Aula 19.

—Pues yo no voy a ir a ningún lado —aseguró Paul.

—Tenemos que ir los t-t-tres —dijo Michael. Sacó la Beretta del bolsillo del pantalón y la dejó colgando, pegada a la pierna.

—¡Ya vale! —La voz de Ally retumbó en el pasillo central—. ¡Mickey, guarda eso ahora mismo! La medicación tiene que hacer efecto primero... Nos quedaremos los tres aquí hasta que eso ocurra.

Michael no replicó. El silencio era ahora absoluto. Sin el motor del generador en el sótano, era fácil percibir que aquella quietud tenía una inquietante cualidad sobrenatural.

—Tengo una pregunta... —intervino Paul. Se inclinó ligeramente para esquivar la cabeza de Ally, que se interponía entre él y Michael.

El muchacho le devolvió la mirada. Habían apagado la linterna, pero sus ojos ya se habían acostumbrado al resplandor lunar que bañaba el vestíbulo.

—¿Por qué podemos ver a las personas traslúcidas?

Michael soltó una risita seca.

—¿Qué tiene de gracioso?

—El nombre.

—¿Tienes uno mejor?

—N-n-no.

—¿Entonces? ¿Por qué podemos verlas?

Michael lo meditó unos segundos.

—Las personas están atadas a su tiempo. Cuando mueren, son libres.

La explicación llegó sin una pizca de tartamudeo.

Paul había esperado una respuesta banal, no sabía muy bien por qué. Le dio vueltas a la frase. En su cabeza retomó la analogía que había elaborado en el sótano: la de una cinta de cine cuya velocidad y dirección Michael podía alterar a voluntad. Lo había hecho con un tarro de cristal en su niñez, más tarde con un aula llena de críos y ahora con toda la escuela. Las personas vivas quedaban atrapadas en cada fotograma de la película, como les ocurría a ellos; pero los muertos podían moverse libremente por la cinta... ¿Sería así?

—El tiempo se está moviendo hacia atrás, ¿verdad? —preguntó Paul.

Michael negó con la cabeza.

—Es la escuela la que se mueve.

Paul sentía cómo la codeína empezaba a hacer efecto, despejándole la mente. Y en ese instante supo con absoluta certeza que viajaban hacia el momento exacto de la tragedia del Aula 19. Recordó lo que Ally le había contado en el sótano.

No puede arrastrarnos hacia atrás.

Cuando Michael adelantó el tiempo en el Aula 19 —o, para ser precisos con, cuando empujó el aula hacia adelante—, los niños viajaron con ella, dentro de la película. Por eso murieron de hambre mientras fuera apenas transcurrían unos minutos. Ahora, en la escuela, el tiempo retrocedía —o la escuela se movía hacia atrás— pero ellos no envejecían ¡Se habían salido de la cinta, al igual que los muertos!

—Por eso podemos ver a los fantasmas —dedujo Paul, fascinado—. Estamos fuera de la película, sin un tiempo propio... igual que ellos.

Ally lo miró como si estuviera poseído por un demonio. No pensaba preguntar qué significaba toda aquella palabrería. Para ella, solo había una cuestión importante, y pensaba aclararla en ese preciso instante. Le clavó una mirada severa a su hermano:

—¿Tú mataste a esos niños, Mickey?

Él bajó la vista.

—Estoy esperando una respuesta.

Michael levantó los ojos, visiblemente tenso, y sostuvo la mirada de su hermana.

—V-vamos al Aula 19.

91

Estaban frente al Aula 19. Michael abrió la puerta y la atrancó en esa posición con un trozo de plástico que sacó de su mochila.

—Entremos —dijo con voz firme, sin rastro de tartamudeo.

Al cruzar el umbral, Paul echó un vistazo a las pizarras y se sorprendió al no ver las siniestras inscripciones de tiza. Las paredes también estaban desnudas: no había ni rastro de los raídos pósteres que Ally y él habían visto antes. El aula solo albergaba pupitres vacíos. La escasa luz que se filtraba desde el exterior apenas bastaba para confirmar que, ahora sí, aquello tenía el aspecto de una clase en desuso.

Michael extendió el brazo derecho. Ally y Paul intercambiaron una mirada fugaz y apoyaron sus manos sobre la de él. El efecto fue instantáneo; sintieron una conexión física y mental abrumadora, como si, de repente, los tres estuvieran sosteniendo una inmensa bola invisible, pero tremendamente pesada.

El primer cambio en el aula se produjo en un parpadeo. Los pupitres se reordenaron solos, formando tres filas perfectas. Las paredes se llenaron de manchas borrosas que, poco a poco, cobraron la forma de coloridas manualidades infantiles. Una puerta traslúcida —a través de la cual aún podían ver el pasillo oscuro— ocupó el hueco del marco. En el suelo aparecieron mochilas y pequeños estuches.

La bola invisible que sostenían se desplazó ligeramente hacia delante.

Como por arte de magia, en cada uno de los pupitres parpadeó la figura de un niño traslúcido. Se materializaron de forma intermitente hasta estabilizarse con una ligera distorsión en los bordes. Parecían expectantes, con la vista clavada en la parte delantera de la clase. De repente, recitaron al unísono:

—¡Sí, señorita Blake!

No costaba imaginar que, en aquel mundo fantasmal, era Kathleen quien estaba al frente de la clase.

Michael susurró algo. Una pregunta para sí mismo.

—¿Por qué no podemos verla?

Paul no comprendió a qué se refería Michael. Para no ver a Kathleen, ella debería estar muerta…

En perfecta sincronía, los catorce niños giraron la cabeza hacia la puerta y luego volvieron a mirar al frente. Era evidente que Kathleen acababa de abandonar el aula. Sin embargo, los rostros seguían atentos; alguien más debía de estar allí.

—¿Q-q-queréis jugar a u-u-un juego?

Ally y Paul miraron a Michael de inmediato. Pero él no había movido los labios; al menos, no el Michael de carne y hueso al que seguían aferrados y que era el único de los tres que mantenía los ojos cerrados.

Comprendieron entonces que quien estaba al frente de la clase no era Hannigan, sino el Michael de hacía diez años.

Aquel era un detalle desconocido del día de la tragedia: Michael no había estado *cerca* del Aula 19... Había estado *dentro*.

Una niña risueña de la primera fila levantó la mano al instante. Llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza, cayendo en cascada en todas direcciones. Pero antes de que pudiera hablar, una voz la interrumpió desde la última fila. Era el niño del pelo violeta.

—No hace falta que levantes la mano para hablar, Stella. Él no pinta nada en la escuela.

A su lado, un niño pecoso apostilló:

—Solo es el chico de los recados de la biblioteca.

Stella bajó la mano, cohibida. Otra niña de la segunda fila se giró hacia el fondo, donde el del pelo violeta y el pecoso celebraban la gracia.

—¡Cállate la boca, Douglas! —le espetó la niña. Era muy guapa y se notaba que eso le daba seguridad. Llevaba un velo de tul que le cubría media cara—. La señorita Blake acaba de decir que Michael está al mando hasta el recreo. Eso lo autoriza...

—Eso no lo autoriza a una mierda —replicó Douglas—. ¿Y tú qué llevas en la cabeza, Sophia, una media de mujer?

El comentario despertó algunas risas.

—Es un velo —se defendió Sophia—. Eres un ignorante.

—Lo que tú digas, Sophia cara de media.

—Niños. N-n-no d-d-discutáis.

—O-o-o-okey —se burló Douglas, acompañando la imitación con sacudidas espasmódicas de cabeza.

Esta vez, la carcajada general fue mucho más ruidosa y prolongada. Stella y Sophia no se sumaron, pero el resto de las niñas sí.

Ally y Paul observaban la escena, absortos. Por un momento habían olvidado que, en la realidad, estaban plantados en un aula vacía.

—¿T-tú c-conoces un j-u-uego, v-verdad, Stella? —preguntó el Michael del pasado, tartamudeando más que nunca.

La niña de la primera fila se giró a mirar a sus compañeros, temiendo las represalias del fondo si se atrevía a responder a una pregunta tan inofensiva. Douglas se sentó sobre su pupitre y, al instante, sus dos secuaces lo imitaron. Paul no recordaba sus nombres, pero sí los comentarios que Hannigan le había hecho sobre ellos en la cárcel.

—Ni se te ocurra, Stella —advirtió Douglas.

—¿Por qué no? —terció un niño de la cuarta fila. Era la primera vez que abría la boca.

Se trataba de Sam Spruce, un chaval enorme que le sacaba una cabeza al resto.

—Tú no te metas, Spruce —replicó Douglas, envalentonado por el respaldo de sus acólitos.

Sam Spruce no contestó, pero resopló con desdén. Llevaba puesta una peluca.

—Además, no puedes ir de duro con esa fregona en la cabeza —remató Douglas, arrancando más risas a la clase.

—Pareces mi tía la de Pensilvania —añadió Buck, el niño pecoso, con idéntico éxito.

Sam se giró y los fulminó con la mirada.

—E-e-explícanos el juego, Stella —insistió el Michael invisible.

—Pues es muy fácil —se animó la niña—. Lo juego con mis primos, que somos un montón, pero cuantos más seamos, mejor. Hay que hacer dos equipos y elegir un tema: animales de la selva, dibujos animados o cosas así. Luego, cada uno escribe una respuesta en un papelito, y cuando ya están todos...

—Suena a juego para críos de teta... —la cortó Douglas.

—¡Cállate ya! —saltó Sophia—. ¡Deja que termine de explicarlo!

—Solo digo que parece una estupidez —se encogió de hombros Douglas.

—D-d-deja q-que ter-m-mine.

—Animales de la selva, dibujos... ¿Qué tenemos, cinco años? —insistió Douglas—. Es una chorrada. ¿Tus primos van a la guardería, Stella?

Más risas.

—¡No! —se indignó la niña—. ¡Algunos ya van al instituto!

—Pues me parece un juego de retrasados —sentenció Douglas.

—¡Es que no la habéis dejado acabar! —protestó Sophia.

—¡Ni falta que hace! —estalló Ceegar Whitey, el tercer matón en discordia, con una mueca de crueldad en el rostro.

—Yo c-c-creo que p-p-puede ser un j-j-juego muy b-b-bueno.

—¡Porque tú eres un puto retrasado! —le escupió Douglas—. Igual que los primos de Stella.

Un coro de carcajadas sacudió el Aula 19. Esta vez se rieron todos, a excepción de Sam, Sophia y la propia Stella.

—B-b-basta ya.

—¿O qué?

—O i-i-irás a ver a la d-d-directora.

—Tú no eres nadie para mandarme allí —le desafió Douglas—. No eres maestro. Es más, me apuesto lo que quieras a que a la directora Strickland le sentaría fatal que me llevaras. Mi padre tiene mucha influencia.

—Es abogado —aclaró Buck.

—Mi padre puede hacer que te despidan mañana mismo —amenazó Douglas, clavándole a Michael una mirada cargada de chulería.

La falta de respuesta de Michael pareció envalentonar aún más a Douglas, que se puso de pie sobre su pupitre y contempló a la clase como un general victorioso.

—¿Q-q-qué haces?

—Cierra el pico —le ordenó Douglas, bajando de un salto y caminando hacia la pizarra. Toda la clase seguía sus movimientos.

—¿Vamos contigo? —preguntó Buck.

Douglas levantó la mano, indicándoles que esperaran.

—¿Sabes qué? —dijo, dirigiéndose al espacio vacío donde debía de estar Michael—. Se me acaba de ocurrir una idea.

Al llegar al frente, el niño del pelo violeta cogió una tiza y empezó a escribir con enormes letras blancas en la pizarra de la izquierda. Al quedarse sin espacio, continuó en la siguiente. Todos los alumnos de cuarto —Ally y Paul también— observaban fascinados, sin entender a dónde quería llegar. Hasta que leyeron la palabra completa:

METRALLETA

Douglas agarró un arma imaginaria y empezó a simular que acribillaba a la clase. Su cuerpo se sacudía frenéticamente mientras imitaba el sonido de las balas:

—Ta-ta-ta-ta-ta-ta...

—¡Metralleta Michael! —graznaban Buck y Ceegar— ¡Metralleta Michael!

Las carcajadas estallaron al instante. Hasta Sam y Sophia se rieron por lo bajo. El aula se convirtió en un caos. El estruendo era ensordecedor. Douglas volvió a su sitio dando saltos. Buck y Ceegar se subieron a sus pupitres y le jalearon.

Douglas seguía disparando su metralleta invisible, ahora subido a la mesa. Otros lo imitaron, y las risas se fundieron con las ráfagas de balas imaginarias, todas apuntando al mismo objetivo.

¡RA-TA-TA-TA-TAAAAA!

—¡Metralleta Michael! —se burlaba Ceegar, partido de risa.

¡ME-TRA-LLE-TA!

El ataque era implacable.

¡RA-TA-TA-TA-TAAAAA!

¡Muere, metralleta, muere!

Los gritos de burla eran cada vez más nítidos y ensordecedores. Michael —el de carne y hueso— seguía impertérrito, con los ojos cerrados, reviviendo su peor pesadilla.

Para Ally la experiencia estaba siendo desgarradora. Conocía de sobra la crueldad de la que son capaces los niños; la había visto y sufrido en sus propias carnes. Pero aquel linchamiento público, orquestado por Douglas y secundado por casi toda la clase, era de una crueldad sobrecogedora. Cuando aquello ocurrió —¿o estaba ocurriendo en ese preciso instante? —, Michael tenía diecisiete años; no era un niño, y cualquier otro chaval de su edad habría sabido cortarles el rollo... Pero Ally era incapaz de imaginar hasta qué punto aquello tuvo que afectar a su hermano.

Mientras siete críos lo acribillaban con metralletas invisibles, el resto golpeaba las palmas de las manos contra los pupitres, marcando el ritmo.

—¡RE-TRA-TRA-TRA-SADO! —aulló Douglas de pronto.

Oleadas de risas histéricas barrieron el aula, propagándose como un virus letal. Los golpes rítmicos en las mesas acompañaban el compás de aquellas palabras envenenadas. Douglas bailoteaba sobre su pupitre, sacudiendo su arma imaginaria y riendo como un auténtico perturbado.

Ally no entendía cómo ningún maestro había acudido a frenar aquel escándalo.

El acoso duró unos diez minutos interminables. De repente, las risas se fueron apagando y los niños miraron hacia la parte delantera con extrañeza. Ally, que captó el cambio al instante, dedujo que su hermano se habría derrumbado y habría roto a llorar. Lo confirmó cuando el trío de cabronazos liderado por Douglas empezó a imitar un llanto ruidoso y exagerado. En algunas caras, como la de Stella en la primera fila, asomó un atisbo de verdadera lástima. Entonces, todos los niños giraron la cabeza al unísono hacia la puerta. Era evidente que Michael había salido huyendo para escapar de aquel infierno. La puerta traslúcida se abrió y se cerró. Algunos seguían riéndose por lo bajo y otros celebraban la gran hazaña de haber espantado al bicho raro de la biblioteca.

—Ally —dijo Michael.

La chica pegó un respingo. La macabra obra de teatro la había absorbido tanto que la voz de su hermano en el mundo real la asustó. Michael tenía los ojos abiertos de par en par, y en ellos no había ni rastro de tristeza, solo una férrea determinación.

—Hazlo tú sola —le ordenó Michael.

—¿El qué?

Paul seguía la conversación sin intervenir.

—C-c-como hacíamos en casa de la tía Lorraine.

—¡No sé cómo! ¡No puedo hacerlo yo sola!

—Sí que p-p-puedes. Y sabes cómo. Paul te a-a-ayudará.

Estaban a escasos centímetros de distancia. Ally empezó a llorar.

—Una c-c-cosa más, Ally.

—¿El qué?

—G-g-grítame con t-t-todas tus fuerzas —le suplicó Michael—. Grítame q-q-que v-v-vaya a buscar a m-m-mamá.

Ally se estremeció al oír la mención a su madre muerta.

Entonces sucedieron varias cosas al mismo tiempo.

92

Noviembre 5 de 1993
Fragmento televisivo

Aquí Eddie Jacob, informando en directo para Canal 5 desde la escuela Woodward. En estos momentos podemos ver cómo el sheriff Thomas se acerca; veremos si nos ofrece alguna información en exclusiva para arrojar algo de luz sobre lo que está ocurriendo... ¡Disculpen, abran paso, por favor!... Resulta muy difícil llegar hasta él en medio de la multitud de padres que se han agolpado a las puertas del centro. Hay más de un centenar de familiares congregados aquí a pesar de la petición expresa de la directora de que no acudieran. ¡Disculpen! Claro que, ¿quién puede culparlos, verdad? Son sus hijos los que permanecen ahí dentro sin saber qué... Un momento, por favor... Parece que el sheriff va a dirigir unas palabras desde lo alto de la escalinata. Escuchemos qué tiene que decir.

...

—Buenos días a todos. Antes de nada, quiero asegurarles que todos los alumnos de la escuela se encuentran en perfecto estado, a pesar de los rumores alarmistas que se han estado difundiendo por los medios de comunicación.

(El sheriff Thomas lanza una mirada fulminante de soslayo a Eddie Jacob, de Canal 5).

—Los niños están ahora mismo en sus respectivas aulas. No ha habido ningún problema con ellos ni corren la más mínima clase de peligro.

(El sheriff Thomas hace una breve pausa).

—Sí, es cierto que ha habido un incidente en la escuela y por eso hemos acudido, pero lo repito para que quede claro: lo que ha sucedido no tiene absolutamente nada que ver con los niños y ellos están a salvo. Les doy mi palabra.

93

Los gritos y los golpes se fueron apagando gradualmente en el Aula 19. Ally repasaba con desconcierto las últimas palabras de su hermano.

«Hazlo tú sola. Grítame con todas tus fuerzas. Grítame que vaya a buscar a mamá»

Paul procesaba lo que acababan de presenciar: la antesala de la tragedia que en su día había investigado. Había logrado meterse en la piel de Michael de un modo impensable, tanto para un periodista como para cualquiera. No justificaba en absoluto lo que había ocurrido después, pero ahora entendía lo que había sentido el muchacho aquel día.

Pero la función aún no había terminado.

Lo primero que notaron fue una aparición en el pasillo. Al girarse, reconocieron de inmediato a Kathleen, solo que no era la mujer con la que habían estado atrapados en la escuela, sino su versión traslúcida, diez años más joven. Estaba de pie frente a la puerta, con la cabeza ligeramente ladeada y un brazo suspendido en una postura peculiar. A primera vista parecía que estuviera consultando el reloj, aunque se trataba del brazo derecho y lo tenía más levantado de lo normal. Pronto comprendieron que estaba abrazando a alguien a quien no podían ver, y que ese alguien no podía ser otro que el Michael del pasado, que había salido huyendo del aula hacía unos segundos.

Otra pieza encajaba en el rompecabezas. No había sido Marsha Fox la primera en llegar al Aula 19, sino Kathleen —como ella había asegurado— lo cual explicaba en parte por qué le había protegido durante los años posteriores. Quizá Kathleen se sentía culpable por no haber sabido aplacar su ira a tiempo.

Dentro de la clase los niños traslucidos aguardaban en un silencio expectante.

Entonces ocurrió algo totalmente imprevisto. Una detonación atroz. Ally y Paul contemplaron el momento exacto en que el Michael de carne y hueso se desplomaba a sus pies como una marioneta. La Beretta, que empuñaba un segundo antes, cayó junto a él con un estruendo metálico que no fue nada comparado con el estampido del disparo. En la sien de Michael se abría un agujero espantoso, ribeteado de tejido rosado. Ally soltó un grito desgarrador e hizo el amago de arrodillarse, pero Paul la retuvo, agarrándola de la mano con la que aún sostenían la de su hermano.

En el mismo instante en que Michael se desplomaba en el presente, su cuerpo se materializó junto al de Kathleen en el pasillo, también en su versión traslúcida. Quizá fue eso lo que hizo que Ally recuperara una brizna de calma y no se hundiera junto al cadáver de su hermano. Se quedó embelesada ante la visión del Michael de hacía diez años.

Pero entonces los niños del Aula 19 empezaron a difuminarse, al igual que Kathleen y Michael en el corredor. Paul notó de inmediato cómo las voces del interior de la clase, que segundos antes habían sido perfectamente nítidas, se convertían en ecos distantes.

Ally no fue plenamente consciente de estos cambios, pero sí notó cómo la esfera invisible que sostenían aumentaba de peso de forma exponencial. Supo que sería cuestión de segundos para que no pudieran resistir más.

El primer cambio drástico se produjo cuando el sonido dentro del aula se cortó de raíz. El vínculo auditivo entre las dos realidades parecía ser mucho más frágil que el visual. El silencio sepulcral los abrumó, multiplicando el nerviosismo y la sensación de fatalidad. Desde el suicidio de Michael no habían pasado más de treinta segundos, pero el tiempo se había convertido en una variable imposible de medir.

La bola imaginaria parecía ahora más real que todo lo que los rodeaba. Estaba creciendo…, haciéndose más y más pesada. Las piernas de Ally empezaron a temblar.

—¡Ve hacia atrás, Michael! —gritó Ally—. ¡Soy Ally! ¡Ve hacia atrás!

Paul la miró sin entender.

Pero ella entendía. Por fin había entendido el propósito de todo aquello.

El propósito de Michael.

—¡Ve hacia atrás! ¡Busca a mamá!

Repitió las frases varias veces, desgañitándose. Con cada grito, el fenómeno de desconexión con el aula se acentuaba y el peso de la esfera se volvía más insoportable, pero le dio igual. Se aferraba a las últimas palabras de Michael como si fueran un salvavidas.

—¡Salva a mamá del accidente!

El resplandor dentro de la clase había perdido mucha intensidad. Los niños traslúcidos eran ahora siluetas casi invisibles. Al otro lado de la puerta, Kathleen y Michael también perdían corporeidad. Ninguno de los dos se había movido.

Ally gritó una vez más. Lo repitió todo con claridad, como si Michael realmente pudiera escucharla. La bola era ahora del tamaño del universo y ellos no eran más que un par de hormigas intentando sostenerla. No había nada que hacer. Ally se preguntó, con amarga resignación, si su hermano la habría escuchado a tiempo…, si el bramido de su voz habría logrado atravesar la interfaz entre una realidad y la otra.

Mientras se lo preguntaba, el rostro del Michael traslúcido se torció ligeramente en una especie de sonrisa.

94

Nueva York, 6 de noviembre de 1993
Artículo publicado en el Twin Pines Telegraph

MISTERIO EN LA ESCUELA WOODWARD

Al cierre de esta edición se han conocido nuevos detalles acerca de los sucesos acontecidos en el día de ayer en la escuela Woodward. Recordemos que la presencia del sheriff Thomas despertó una enorme inquietud entre un nutrido grupo de padres que se congregó a las puertas del centro para exigir información. Las autoridades escolares han mantenido un hermetismo absoluto, mientras que la policía ha insistido en todo momento en que lo ocurrido no involucraba en modo alguno a los alumnos.

En un intento por tranquilizar a la población, las fuerzas del orden han remitido a esta redacción un breve comunicado oficial.

A continuación, transcribimos el texto íntegro:

Twin Pines, 5 de noviembre de 1993
Departamento de Policía de Twin Pines

El DPTP se encuentra en estos momentos investigando la desaparición de dos trabajadores de la plantilla de la escuela Woodward, tras la denuncia interpuesta en el día de hoy por la dirección de dicho centro. Se trata de Kathleen Blake, de treinta y cinco años, actual directora de admisiones, y de Michael Baines, de diecisiete años, ayudante de biblioteca.

Por el momento, las diligencias se limitan a constatar la efectiva ausencia de las personas mencionadas, lo cual dará pie a la correspondiente investigación. Resulta prematuro aventurar cualquier tipo de conjetura, incluyendo la posibilidad de que ambas desapariciones estén conectadas de alguna manera.

El presente comunicado tiene como único fin desmentir cualquier especulación o rumor que involucre de algún modo a los alumnos de la escuela Woodward.

95

Fragmento del libro "Los misterios de la escuela Woodward"
Por Marsha J. Fox
Pág. 35

Nadie en la escuela ha insinuado jamás la posibilidad de que Kathleen Blake y Michael Baines mantuvieran una relación que fuera más allá de lo estrictamente laboral. Repetiré aquí lo que he dicho miles de veces durante los tres años que han transcurrido desde que desaparecieron, hace ya tres años: Kathleen era una mujer generosa que ayudó a que un muchacho de una familia con pocos recursos consiguiera su primer empleo. Michael era un chico especial, de gran corazón y muy capaz. Su dedicación en la biblioteca era intachable, algo que la señora Thatcher, la bibliotecaria, se ha encargado de dejar siempre muy claro. No fue un acto de caridad, sino de darle una oportunidad. Y Kathleen fue la artífice de ese inmenso acto de bondad. Resulta repudiable que nadie escriba sobre eso y que, en su lugar, se intente ensuciar la reputación de una buena persona.

Esta historia ha sido una telaraña de engaños desde el principio. La policía, con el sheriff Thomas a la cabeza, ha sido la principal responsable, pero la junta directiva de la escuela Woodward ha colaborado activamente con ellos, lo que les convierte en cómplices, o en algo peor, porque la dirección de un centro educativo debe ser transparente. Cientos de padres les confían el cuidado de sus hijos día tras día. La escuela es la segunda casa de estos niños, «una gran familia», como les gusta pregonar en los folletos. ¿Cómo se puede confiar en una institución que ha sido partícipe de semejante mentira? Es imposible.

Aquel incidente es solo la punta de un iceberg mucho mayor. La muerte de Tamara Sommers, la niña que perdió la vida en extrañas circunstancias en el sótano, forma parte de ese enorme bloque de misterio. Pero ya me ocuparé de Tamara más adelante. Por ahora basta con saber que hay muchas cosas oscuras en la escuela Woodward, y es mi deber narrar lo que vi aquel día y lo que he ido averiguando desde entonces.

El 5 de noviembre de 1993 marcó un antes y un después en mi vida. Como suele decirse, me tocó estar en el lugar adecuado en el momento justo; pero soy una mujer cristiana y no creo en las casualidades, sino en los designios del Señor. Si aquella mañana estaba recorriendo el pasillo del ala Oeste, fue por una razón, y me alegro de que así fuera.

Kathleen Blake y Michael Baines no tenían ningún romance. No se fugaron aquella mañana para vivir un amor furtivo. Tal y como he sostenido desde el

mismo instante en que se desató la tragedia, Kathleen Blake y Michael Baines nunca salieron de la escuela aquel día. Al menos no por la puerta principal...

Mantener esta versión me ha costado mi trabajo y que me tilden de loca cada día de mi vida.

Poco antes de las once de la mañana, vi a Kathleen y a Michael frente a una de las aulas, creo que era la 19, porque yo estaba en el otro extremo del pasillo. Estaban muy juntos, hablando en voz baja, como compartiendo un secreto. Y entonces ocurrió algo muy fácil de explicar, pero muy difícil de asimilar: los dos desaparecieron.

Simple y llanamente. Un instante estaban allí y al siguiente no... Me acerqué corriendo al lugar y no quedaba ni rastro de ellos. Se habían esfumado en el aire. Fue entonces cuando informé de inmediato a la directora y, a partir de ese momento, se puso en marcha esta vergonzosa telaraña de engaños y mentiras.

96

El ordenador portátil de Paul marcaba pasadas las once. Había cogido la costumbre de trabajar un rato por las noches, pero su tope eran las once y ya lo había sobrepasado. Se frotó los ojos. Observó el artículo en el que había estado trabajando y releyó la última frase. Estaba sin terminar y no tenía ni la más remota idea de cómo completarla. Los últimos minutos eran un auténtico blanco en su cabeza. No era la primera vez que le ocurría, pero la sensación de desconcierto nunca había sido tan intensa como ahora. Miró la taza de café frío. Justo al lado descansaba su móvil. En el preciso instante en que clavó la vista en él, el aparato empezó a vibrar.

—Mierda —masculló, agarrando el móvil de un manotazo.

La pantalla le reveló el nombre del responsable de esa llamada a deshoras.

—¿Phill?

—Paul, ¿estás bien?

—Sí. Trabajando un poco desde casa, nada más.

—Yo también estoy currando aquí en casa —suspiró Phill—. No te imaginas las ganas que tengo de irme a dormir ya mismo.

—¿Y qué te lo impide?

—Revisa tu correo electrónico. Algún gracioso te ha hackeado la cuenta.

Paul frunció el ceño y abrió el gestor de correo. Tenía cuatro mensajes sin leer, pero supo al instante a cuál se refería su jefe. Era uno enviado desde su propia cuenta a toda la redacción del Times. Lo abrió y lo leyó en voz alta:

Esto es una emergencia. Estoy encerrado en la escuela Woodward, en Twin Pines, junto a cuatro rehenes. ¡Dar aviso a la policía de inmediato!

Paul Farris

—Joder, Phill, el mensaje se ha enviado a todo el Times.

—Sí, pero creo que podemos frenar el golpe. Fíjate en la hora.

Paul lo hizo. El correo había salido a las once y veinte.

—El Aula 19 —susurró.

—¿Qué?

—Nada.

—Lo acaban de enviar, a eso me refiero —explicó Phill—. Te diré lo que vamos a hacer: llamaré al periódico para avisar de que es una falsa alarma. Tú manda un correo de respuesta explicando que se trata de una broma pesada. Y después, cambia tu contraseña.

—De acuerdo —dijo Paul, y colgó.

Estaba dejando el móvil sobre la mesa cuando el teléfono fijo de la casa empezó a sonar. Miró el terminal de su despacho con extrañeza y, al ir a descolgar, se dio un golpe con la rodilla contra el lateral de la cajonera. No fue un impacto fuerte, un simple roce.

—¿Dígame?

—Paul, soy Phill otra vez... ¿Seguro que estás bien?

—Sí.

—Por un momento pensé que no podías hablar libremente y que de verdad estabas atrapado en esa escuela.

—Estoy en mi casa, Phill.

—Menos mal. Cuando has soltado lo del Aula 19, se me ha caído el alma a los pies.

—Disculpa, no sé por qué he dicho eso. —Paul se esforzó para que la profunda intranquilidad que sentía no se filtrara en su tono de voz. No quería alarmar a su jefe y que a este le diera por mandar a la policía a su casa para comprobarlo.

—Bueno, pues me voy a la cama en cuanto haga esa llamada a redacción. No te olvides de mandar el correo.

—No se me pasará. Gracias, Phill.

—De nada. Nos vemos mañana.

Paul colgó el auricular. Volvió a dejarse caer contra el respaldo de la silla sin poder sacarse de encima la sensación de extrañeza. Conocía la escuela Woodward, por supuesto; había estado allí hacía unos diez años. Phill le había enviado en su momento para cubrir la extraña desaparición de un par de personas, pero ahora mismo ni siquiera recordaba sus nombres con claridad.

Kathleen y Michael.

Y entonces, una imagen vívida se proyectó en su mente. Eran ellos, o eso creía, de pie en el umbral de una puerta de doble hoja. La visión estaba teñida de una atmósfera azulada que le daba el aspecto irreal de un sueño.

Se levantó de la silla y se desperezó, estirándose hasta que le crujieron las vértebras de la espalda.

—¿Aún sigues despierto? —preguntó una voz de mujer a sus espaldas.

Paul se giró de un sobresalto. Era el tercero en menos de diez minutos.

—Dios, casi me matas del susto.

—Lo siento. He oído el teléfono.

—Era Phill.

—¿Algún problema?

—No. Cosas del trabajo.

Paul se acercó a su mujer. Una sonrisa inmensa, luminosa y cargada de un alivio que no lograba comprender del todo, se dibujó en su rostro.

—¿Qué sucede? ¿Está todo bien?

—Sí. Todo es perfecto.

Y, sin darle tiempo a reaccionar, Paul le robó un beso apasionado a una Eva adormilada y completamente sorprendida.

97

Era un día espléndido, de esos en los que el otoño arranca con dedos fríos las hojas amarillas de los árboles y las hace bailar en el aire. El jardín trasero de los Farris estaba preparado para disfrutar de una comida al aire libre. En la barbacoa una capa de brasas latía expectante. Paul acababa de poner dos chuletones en la parrilla; el pequeño Joey ya tenía su propia comida lista.

Paul miraba el fuego casi hipnotizado, perdido en sus pensamientos. Hacía más de diez días de aquella extraña llamada nocturna de Phill, y desde entonces unas extrañas visiones mentales le asaltaban continuamente. Muchas se colaban en sus sueños. La imagen de Kathleen y Michael en aquel pasillo azulado era la más recurrente. No le había comentado nada a Eva, y de momento no pensaba hacerlo, pero ella había notado que algo le rondaba la cabeza.

—¡Este caballerete ya ha comido! —anunció Eva.

Paul se giró. Su mujer bajaba los escalones del porche trasero con Joey en brazos. A diferencia de la mayoría de los niños de su edad, a Joey no le hacía mucha gracia que lo cogieran en brazos, y empezó a revolverse de inmediato para que lo soltara. En cuanto pisó el césped, inició un trote atropellado hacia Paul. Al llegar a su altura, se frenó en seco y miró la barbacoa humeante con recelo.

—¿Qué has comido, Joey?

—¡Atas!

—Ah, ¡qué bien! ¿Y qué más?

—¡Atas!

Eva salió de la cocina con la trona y la colocó junto a la mesa del jardín. Al verla, Joey salió pitando hacia el fondo de la parcela.

—Me da que hoy no vamos a tener compañía durante la comida —comentó Eva.

Paul buscó con la mirada a su hijo, que se había agachado detrás de uno de los parterres del fondo. Aunque la opinión general

era que el niño era una mezcla perfecta de los dos, para Paul era el vivo retrato de su madre. Sospechaba que el pequeño podría heredar también su carácter, pero aún era pronto para saberlo. Por ahora era un niño feliz y despreocupado.

—Venga, Joey, ven a sentarte... con lo que a ti te gusta estar quietecito.

El niño volvió a esconderse detrás de las plantas.

Eva se acercó a Paul y lo abrazó por la cintura.

—Todavía no les he dado la vuelta.

—Esperemos que la espera merezca la pena —dijo Eva, dándole un beso en la mejilla. Caminó hasta la mesa y se sentó en uno de los bancos—. Te noto un poco dist...

Joey interrumpió la frase. Se acercó y se detuvo a unos tres metros de ellos. Llevaba algo escondido en una mano. Dudó un instante y, en el último segundo, reanudó la marcha hacia su madre. Le tendió una rama.

—¿Esto es para mí?

Joey asintió con una sonrisa inmensa y levantó la rama todo lo que pudo.

—Muchísimas gracias, cariño. Voy a dejarla aquí.

El niño dio un saltito de celebración y se marchó en busca de su próxima ofrenda.

—Te acabas de ganar el premio a la madre del año.

Eva sonrió.

Paul le dio la vuelta a la carne con unas pinzas. Sin girarse, preguntó:

—¿Te acuerdas de la serie de artículos que escribí sobre la escuela Woodward hace unos años? Fue la primera vez que hiciste fotos para el Times, ¿recuerdas?

—Claro que me acuerdo. Aun no entiendo cómo no me dieron el Pulitzer por esos pasillos en penumbras.

Eva no le quitaba ojo a Joey, que seguía explorando el jardín. No había nada peligroso a la vista, pero ella mantenía el radar activado por si acaso.

El pequeño Joey volvió a hacer acto de presencia. Era el turno de agasajar a su padre con una rama bastante más pequeña que la

de Eva.

—¿Es para mí?

Joey asintió enérgicamente.

—¡Muchísimas gracias, campeón!

El niño volvió a salir corriendo. Paul dejó su rama en la mesa.

—Ya te dije que eras su preferida —bromeó, señalando su ramita diminuta.

—¿Por qué me preguntabas por esos artículos de la escuela?

Eva, tengo que confesarte una cosa. Llevo días recordando fragmentos de una realidad que no es la nuestra. Una realidad donde, entre otras cosas, tú estabas muerta. ¿A que es increíble? Por cierto, el chuletón lo querías muy hecho, ¿verdad?

—Hace unos días se cumplió el aniversario de la desaparición —se limitó a decir.

Unos minutos después, Paul anunció que la carne estaba lista. Se sentaron a la mesa y se sirvieron una buena ración de ensalada cada uno. Joey estaba entretenido observando algo en uno de los escalones del porche.

—¿Qué está mirando? —preguntó Paul.

—Hormigas carpinteras. Las he visto esta mañana. Van directas hacia la casa de los Scott.

La familia Scott se había mudado al lado hacía apenas un año y la relación con ellos todavía era bastante fría; una pena porque tenían dos niños pequeños.

—Pobre mujer —comentó Eva.

—¿Holly Scott?

Ella se echó a reír.

—No, tonto. La maestra de la escuela. La que desapareció. Y el muchacho, por supuesto.

—¿Por qué dices pobre?

—No lo sé…, esa insinuación de que huyeron juntos siempre me pareció una canallada. Estaba casada, ¿verdad?

—Estaba divorciada. Y tenía un hijo.

—Veo que te acuerdas del caso mucho mejor que yo.

—Eso parece.

Paul podía visualizar nítidamente a Kathleen dentro de la escuela Woodward; concretamente en la biblioteca, sentada en una de las mesas redondas junto al conserje gigante y a Ally.

—¿Qué crees que pasó realmente? —preguntó Eva—. Por la cara que pones, diría que tienes tus propias teorías.

—Qué va. Pero tienes razón, es muy raro que una mujer abandone así de golpe una vida estable y segura.

—La casa estaba intacta cuando entró la policía. Ni rastro de que estuvieran planeando una huida.

Comieron en relativo silencio. Joey llegó con su tercer obsequio del día: una piedra amorfa.

98

Paul estaba plantado ante la puerta de Tannen's. Era una entrada discreta: un arco de madera noble, tres peldaños de piedra oscura y, más allá, un recodo que conducía a una segunda puerta. Junto al arco, una sobria placa de bronce anunciaba el nombre del local. Aunque se suponía que todo aquello debía resultarle nuevo, cada vez que reparaba en un detalle, un fogonazo de memoria saltaba en su cabeza, contradiciendo el hecho irrefutable de que era la primera vez en su vida que pisaba ese club exclusivo.

La atmósfera del interior siguió bombardeándolo con recuerdos ajenos. Las lámparas de luz cálida, los revestimientos de madera oscura, la distribución milimétrica de las mesas... Todo tenía el inconfundible sabor de lo conocido, a pesar de no haber estado allí jamás.

Buscó con la mirada a Ally pero no la vio por ninguna parte. Reconoció a dos o tres chicas, pero no lograba recordar sus nombres ni sabía cómo rebuscar en su cerebro para encontrarlos. Tampoco vio a Louis.

Una de las chicas no tardó en acercarse.

—Hola. ¿Buscas a alguien?

Paul sintió el impulso irrefrenable de decir que no, dar media vuelta y olvidarse de todo aquel asunto.

—Busco a Ally.

—Aquí no hay ninguna Ally.

—¿Estás segura?

—Completamente. ¿Cómo es tu amiga?

Paul le dio una breve descripción, haciendo hincapié en el pelo cobrizo, que consideraba su rasgo más distintivo. La joven negó con la cabeza y le aseguró que allí no encontraría a nadie con ese nombre ni con ese aspecto. Paul estaba a punto de inventarse una excusa para esfumarse cuando vio a Louis asomar por la puerta que había detrás de la barra. Llevaba el pelo bastante más largo de lo

que él recordaba, pero por lo demás era el mismo tipo con el que había mantenido largas conversaciones en su «otra vida». Paul acumulaba muchísima información sobre Louis.

Pidió un whisky. Louis se lo trajo en silencio.

Justo antes de dar el primer sorbo, Paul recordó que su pasión por esa bebida pertenecía a su vida alternativa. Cuanto el líquido le rozó el paladar una bola de fuego le abrasó la garganta.

—L... —Paul hizo el amago de llamarle por su nombre de pila, pero se frenó en seco al darse cuenta de que no había forma lógica de que lo supiera—. Disculpe…

Louis se giró, enarcando una ceja.

—Disculpe. Estoy buscando a una chica, a lo mejor tú la conoces.

—Usted dirá.

—Se llama Ally.

Al escuchar el nombre, la actitud de Louis experimentó un cambio sutil. Estaba repasando un vaso con un trapo, pero se detuvo en seco.

—¿Así que busca a Ally?

Niégalo. Di que no te suena de nada y que me largue ahora mismo de aquí.

—¿Es tu novia?

Paul se sorprendió por la pregunta. Estaba claro que Louis sabía algo.

—No es mi novia —respondió al fin—. Solo una amiga a la que hace tiempo que no veo.

Louis pareció darse por satisfecho con la respuesta. Se agachó tras la barra y por un instante Paul tuvo el presentimiento absurdo de que iba a sacar una escopeta recortada. Una paranoia total, sobre todo porque «conocía» al barman y sabía que era un tipo pacífico y razonable que no iba pegando tiros al primer desconocido que entraba por la puerta. Cuando su mano volvió a asomar, no empuñaba un arma, sino un sobre blanco y cerrado. Lo tiró sobre el mostrador, justo a medio camino entre los dos. Paul miró el sobre y luego a Louis.

—Supongo que esto es lo que busca, ¿verdad? —preguntó Louis—. Aunque se supone que tengo que hacerle las preguntas de rigor.

Paul volvió a fijarse en el sobre; no tenía nada escrito por fuera.

—¿Qué preguntas?

—En realidad son dos —aclaró Louis—. La primera es facilita: ¿Cómo se llama usted?

—Paul.

Louis sonrió.

—Ya tiene la mitad de la carrera ganada, amigo.

—¿Y la segunda?

La sonrisa de Louis se borró, dejando paso a un ligero rubor en las mejillas.

—¿Cuál es la mejor manera de abatir a un conserje? —preguntó de carrerilla.

Esta vez fue Paul quien sonrió. Llevaba días recordando cómo Ally había aparecido de la nada por la escalera de la primera planta para sorprender a Judd por la espalda. Si la chica no llega a intervenir en ese preciso instante, a saber cómo habría acabado él.

—Con un extintor —respondió Paul sin dudar.

—El sobre es suyo —concedió Louis—. La chica me soltó cien pavos por el jueguecito de preguntas y respuestas.

Paul dio por hecho que Louis le estaba lanzando una indirecta para sacarle algo más de pasta, pero cuando hizo el amago de meterse la mano en la chaqueta, el barman lo detuvo.

—No hace falta —le dijo—. Lo habría hecho gratis. La chica me cayó en gracia, por eso le pregunté si era su novia.

—Pues ya ve que no.

—Estuvimos charlando un rato —añadió Louis, con un deje de nostalgia en la voz—, y resultó que los dos tenemos la misma canción favorita: Heart-Shaped Box. ¿Se lo puede creer?

—Es una gran canción.

—Ya lo creo. Pero es que la primera vez que se acercó a la barra venía canturreándola por lo bajo. Y eso no me había pasado en la vida; me pareció una señal. Además, tiene una voz preciosa.

Louis retomó la limpieza del vaso. Paul dio un par de sorbos cortos al whisky, pero decidió dejarlo estar.

—Si ve a su amiga, dígale que se pase a saludar algún día.

—Se lo diré si la veo.

Paul pagó la consumición y se guardó el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta.

Salió de Tannen’s con la absoluta convicción de que jamás volvería a pisar aquel lugar.

99

A la luz del día, la escuela Woodward era un lugar tranquilo y acogedor.

Paul decidió dejar el coche en el arcén de la carretera 26 y recorrer a pie el camino de entrada. Pasó junto al banco donde Ally y él habían visto al pájaro petrificado, siempre a punto de echar a volar, y junto al reloj de pie, que ahora sí funcionaba con normalidad. Eran las diez de la mañana.

Antes de subir la escalinata se palpó el bolsillo de la chaqueta donde guardaba la carta que Ally le había dejado en Tannen's y que había leído la noche anterior. Pensaba quemarla esa misma tarde. Pero primero tenía que hacer una cosa.

Antes de abrir la puerta, se quedó contemplando el vestíbulo a través del cristal. Se imaginó a sí mismo sentado allí con Ally, la primera noche de su encierro, sin sospechar la magnitud de lo que se les venía encima. Sacudió la cabeza para espantar el recuerdo y entró.

Aunque el edificio estaba en silencio, el murmullo lejano de voces infantiles y adultas, sumado al susurro del viento y al rumor del tráfico en la carretera 26, le conferían al lugar una atmósfera tranquilizadora. No obstante, casi como una broma macabra consigo mismo, en cuanto cruzó el umbral empujó la puerta hacia fuera para comprobar que, efectivamente, podía abrirla.

En el pasillo del ala Oeste se cruzó con una mujer a la que reconoció al instante.

—¿Directora Strickland?

La mujer se detuvo. No tendría más de sesenta y cinco años, pero el pelo canoso peinado en una voluminosa esfera y las gafas redondas le echaban algunos años encima. Su cutis, sin embargo, era terso, y una suave capa de maquillaje armonizaba sus facciones. Sonrió al ver a Paul, aunque su expresión delató que no lo ubicaba.

—¿Es usted el padre de alguno de nuestros alumnos?

—No, me llamo Paul Farris —dijo tendiéndole la mano, que ella estrechó con firmeza—. Soy periodista.

—Ah, ahora lo recuerdo —dijo Gale sin perder la sonrisa.

—Pero no se preocupe, vengo en son de paz.

Gale sonrió.

—¿Qué se le ofrece, señor Farris?

—Vengo por mi hijo Joey —mintió él—. Estamos eligiendo guardería pero nos gustaría que siga la escuela primaria en el mismo establecimiento.

—Oh, me alegra muchísimo que nos tengan en cuenta —dijo Gale—. Estaré encantada de darle unos folletos con toda la información que necesitan para tomar una decisión.

—Me parece perfecto.

La directora lo invitó a pasar a su despacho, donde le entregó un dosier con preciosas fotografías de las instalaciones. Una de ellas era una vista panorámica espectacular de la biblioteca.

—¿Cuántos años lleva al frente del centro, directora Strickland?

—Huy... Muchísimos —Gale sonrió y añadió con tono cómplice —: Más de veinte. Y espero que me queden unos cuantos más.

Paul hizo un comentario de cortesía y le agradeció los folletos. Su cerebro trabajaba a toda máquina buscando la forma de colar la siguiente pregunta, que era el verdadero motivo de aquella farsa matutina, pero le costaba hacerlo sin que sonara forzado. Por suerte, fue la propia Gale quien le sirvió la oportunidad en bandeja:

—¿Sabe qué podemos hacer? —propuso la mujer—. Yo tengo que atender unos asuntos, pero puedo pedirle al conserje que le enseñe las instalaciones. Lo hará encantado y así podrá hacerse una idea más clara para comentarlo con su esposa.

—Me parece una idea fantástica.

Gale Strickland descolgó el teléfono de su mesa y marcó una extensión corta. Dijo un par de palabras y colgó.

—Lo esperará en el vestíbulo, señor Farris —anunció Gale con voz cantarina, observándolo con ojillos vivaces tras los cristales redondos.

Paul le agradeció la amabilidad y se despidió.

De camino al vestíbulo, no pudo evitar que el estómago se le encogiera. Si Ally había experimentado lo mismo que él, tal y como aseguraba en su carta, no cabía duda de que a Judd le habría pasado igual. La única diferencia entre ellos y el conserje era que el gigante había muerto durante el encierro en la escuela. Quizá eso tuviera algún tipo de consecuencia, aunque era imposible saberlo a ciencia cierta. En el mejor de los casos, Judd no recordaría absolutamente nada del incidente; en el peor... bueno, a Paul le tocaría salir corriendo a la velocidad de la luz en cuanto él lo reconociera. En cualquiera de los dos escenarios, tener a un sujeto tan peligroso trabajando en una escuela era una bomba de relojería y habría que hacer algo al respecto.

Ya habría tiempo de pensar en eso. Lo primero era calibrar cuánto recordaba el gigante.

Se quedó esperando apoyado en la pared, de cara a la puerta de la cafetería. Dio por sentado que Judd asomaría por allí, subiendo del sótano. Pero se equivocaba.

Cuando una voz sonó al otro extremo del pasillo, estuvo a punto de pegar un grito.

—¿Señor Farris?

Estaba mucho más tenso de lo que estaba dispuesto a admitir. Se giró de un respingo.

Allí no estaba la mole de Judd, sino un tipo enclenque que, a su lado, parecía un estudiante de secundaria. Tendría unos treinta años, ojos saltones y las mejillas completamente lampiñas. Llevaba una gorra azul y una chaqueta que le identificaba como el personal de seguridad del centro. Paul tuvo que morderse el labio para no soltar una carcajada de puro alivio.

—Soy Russell Mortimer, el conserje. —La voz aflautada remataba el personaje a la perfección—. La directora Strickland me ha pedido que le enseñe las instalaciones. Es usted el señor Farris, ¿verdad?

—Sí, soy yo.

—Acompáñeme, por favor. ¿Le interesa ver alguna zona en especial?

—Con ver el gimnasio será suficiente —dijo Paul mientras echaban a andar—. Para mi mujer y para mí el deporte es fundamental.

—Lo entiendo perfectamente.

El joven se ajustó la gorra.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí, Mortimer?

—Ocho años.

—Ya decía yo. Visité la escuela hace tiempo y recuerdo que había otra persona en su puesto.

—Ah, sí, el señor Wilson.

Paul contuvo el asiento.

—Sí, Wilson era su nombre.

—Le despidieron.

—¿Ah, sí?

—Sí. La directora Strickland no se sentía nada cómoda con él.

—¿Sabes qué fue de él?

—No tengo ni la más remota idea. Nos cruzamos muy poco tiempo. Yo hacía mantenimiento y después me hice cargo de todo.

Ya habían cruzado las puertas del gimnasio. Paul fingía inspeccionar la pista, pero por dentro celebraba que las cosas hubieran resultado tan sencillas. Con Judd lejos de la escuela, los niños no corrían ningún peligro.

Paul alargó su papel un par de minutos más y declaró que con lo que había visto tenía suficiente. Le agradeció a Mortimer su tiempo y se despidió, sintiendo que un peso enorme se le había quitado de los hombros.

100

Querido Paul,

¡Vaya semanita, ¿verdad?!

Si estás leyendo estas líneas, sé que estarás totalmente de acuerdo conmigo.

Estos últimos días, en los que todo ha empezado a volver, han sido un auténtico caos. No lograba concentrarme en nada. Mi jefe me preguntó como mil veces si me encontraba bien; yo le juraba que sí, pero al final me obligó a irme a casa y a pedir cita en el médico, algo que lógicamente no he hecho.

Al principio las imágenes me asaltaban a intervalos muy cortos. No fue nada agradable. Creí que me estaba volviendo loca. Al tercer día la cosa se calmó bastante, y al cuarto ya estaba relativamente bien. ¡Ha sido como vivir una vida entera en apenas una semana! Me siento más vieja... uf.

Ahora estoy muy bien. Mejor que nunca.

Disponer de los recuerdos de dos vidas tan dispares ha sido todo un aprendizaje. Ya volveré sobre esto más adelante, pero creo que Mickey esperó diez años para que ambos pudiéramos disfrutar de todo ese tiempo juntos. No sé si además necesitaba perfeccionar sus habilidades; es muy probable que sí. Le agradezco en el alma haberme dado la oportunidad de compartir con él esos diez años extra, que ahora han regresado a mí en forma de recuerdos, como un cofre lleno de tesoros.

Cuando todas esas vivencias con Mickey inundaron mi mente, llegué a pensar que a otras personas les estaría ocurriendo lo mismo; a mi padre, por ejemplo. Pero he hablado con él y no recuerda haber vivido esa otra realidad. Creo que alguna vez te comenté que podía leerlo como un libro abierto, y eso no ha cambiado en absoluto.

Pero hay muchas cosas que sí han cambiado. Por ejemplo, ¡soy contable! ¿Qué te parece? Bastante bien para una repartidora de

pavos a domicilio, ¿eh? Sin embargo, lo más importante de todo es que mi madre está viva... Apenas puedo mantener el pulso firme mientras escribo estas palabras. No hubo ningún accidente de moto. Visto con perspectiva, no cabe duda de que eso fue el punto de inflexión para mis padres. El negocio de mi padre prosperó y mi madre consiguió trabajo en la compañía telefónica. Aún sigue trabajando allí, y él tiene a varias personas a su cargo, una flota de furgonetas y muchas empresas grandes como clientes fijos. Son muy felices. La desaparición de Mickey fue un golpe durísimo, y quizá esa sea la razón por la que se volcaron tanto en mí. Me han apoyado muchísimo y me consta que se han desvivido para ahorrar lo suficiente y pagarme la universidad. En ese sentido, no los he defraudado.

Pero tampoco me he defraudado a mí misma: a esa otra persona que fui y que tú conociste. Esta semana me ha servido como prueba de fuego. No me he convertido en una pija con una venda en los ojos solo porque he tenido la suerte de ir a la universidad, tener un buen curro y una familia estupenda. He tenido suerte. Muchísima. Nadie mejor que yo para saber que, al final, todo se reduce a eso, ¿verdad? El esfuerzo personal es necesario, meritorio y respetable, pero es solo una parte de la ecuación.

En fin, que me pongo filosófica. No quiero que pienses que me he convertido en una monja de clausura. Sigo siendo la misma chica que estuvo contigo en el Motel Bluebird, en la habitación 109. ¡Me acuerdo hasta de esos detalles! Soy la misma, Paul, pienso igual y siento el mismo respeto por esa muchacha que por mí misma. En mi cabeza la llamo «la otra Ally»... ríete si quieres. Lo cierto es que la admiro.

Quizá lo más sensato habría sido tomarnos un café juntos y hablarlo en persona, pero sospecho que lo mejor para ambos es dejar todo esto atrás. No digo olvidarlo, porque no ha sido necesariamente malo. De aquella noche eterna en la escuela han surgido cosas maravillosas. Simplemente creo que no conviene remover el pasado. Me he tomado la libertad de bucear un poco por internet y he encontrado algunas noticias recientes donde mencionan a tu mujer. ¡No te imaginas lo que me he alegrado!

Esto me está quedando mucho más largo de lo que pretendía. Quería contarte algunas cosas sobre mí, pero se me está yendo de las manos. Iré al grano. Hay dos cosas que quiero decirte y que me parecen cruciales.

La primera es muy simple y supongo que ya le habrás dado vueltas. Tiene que ver con Judd Wilson. Se me hiela la sangre solo de pensar en ese hombre y en todos los niños que pasan el día cerca de él. No descarto que en algún momento se le crucen los cables y reaccione con violencia, como hizo con nosotros, o que, sin llegar a esos extremos, le busque las cosquillas a algún crío. Me siento fatal pidiéndote esto, pero sé que tú puedes pasarte por allí y hacer un par de preguntas discretas. Si hay algún indicio de comportamiento raro, tú sabrás detectarlo. No creo que puedas hacer mucho directamente, pero quizá con dar un toque de atención a la dirección sea suficiente. No lo sé. Es algo que me quita el sueño y sé que tú sabrás manejarlo mil veces mejor que yo.

Lo segundo es un poco más complicado de explicar.

Durante estos últimos días he pasado de una confusión absoluta a un entendimiento total, a medida que las piezas iban encajando en mi cabeza. Ahora entiendo por qué Mickey cargó con la tragedia del Aula 19 a sus espaldas durante diez años. Tuvo que ser un infierno, pero él sabía que podría dar marcha atrás al reloj y se aseguró de hacerlo en el momento correcto, cuando se sintiera lo suficientemente confiado. Entiendo también que en su plan evitó el accidente de mi madre (aunque sigo sin saber cómo lo hizo exactamente) y que, por algún motivo, quiso hacer lo mismo con tu mujer. Es cierto que necesitábamos a alguien más en la escuela, que yo sola no habría podido lidiar con todo cuando Michael nos dejó, pero podría haber elegido a cualquier otra persona, y sin embargo te eligió a ti. Le caísteis en gracia. Tú y Eva. Por eso guardaba aquella foto vuestra de la que te hablé.

Mickey lo planeó todo al milímetro, y eso me enorgullece. Se tomó su tiempo para no dejar nada al azar.

Y eso me ha llevado a comprender algo. Algo de lo que quizá tú aún no te has dado cuenta, pero que tiene una lógica aplastante:

Mi hermano Michael no mató a los niños del Aula 19.

Fue Kathleen.

Sé que de entrada suena a locura, pero piénsalo. Al final, cuando estábamos en el Aula 19, tuve la clara sensación de que Mickey, tú y yo sosteníamos una inmensa bola invisible que se deslizaba suavemente sobre unos raíles, hacia delante y hacia atrás. Cuando Michael nos soltó, la bola se volvió pesadísima hasta que acabó aplastándonos. Mickey era quien canalizaba la energía, pero éramos nosotros, junto con él, quienes la movíamos.

¿Me sigues?

Cuando vimos a Mickey fuera del Aula 19 (a su versión traslúcida de diez años atrás), Kathleen estaba con él. Agarrada a él. Era ella la que movía la bola. Y si pudimos verla fue porque Michael se aseguró de que estuviera bien muerta en ese preciso instante. Te dije una vez que mi hermano tenía un corazón de oro, y lo sigo manteniendo.

Y hay un detalle más; algo que quizá exculpe a Kathleen en parte, pero quiero contártelo todo, ser cien por cien sincera contigo. Cuando sosteníamos esa bola inmensa y aquellos críos no paraban de burlarse, ¿no sentiste por una fracción de segundo el deseo irrefrenable de hacerles daño? Sé que suena espantoso. Es como si esa habilidad de Michael tuviera el poder de sacar a la luz lo peor de ti. Michael y yo no fuimos tantas veces a casa de la tía Lorraine como sí hizo «la otra Ally», pero recuerdo a la perfección cómo matábamos a los insectos en el tarro de cristal. Y te juro que en esos momentos sentía un placer casi perverso viéndoles retorcerse por la falta de aire.

No sé si Kathleen lo tenía planeado de antemano, ni si previó que los niños se ensañarían así con Michael. Pero sí creo que, una vez que pasó, y en cuanto le agarró las manos, esa maldad afloró en ella y le importó todo una mierda. Vio la oportunidad perfecta para quitarse de en medio a la directora Strickland y ocupar su puesto, y no dudó en aprovecharla.

Pero no pretendo convencerte basándome solo en el amor que le tengo a mi hermano. Sé que eres un hombre de hechos, un periodista.

¿Recuerdas cuando estábamos en la biblioteca y Kathleen nos contó que al principio no había marcas de agujas en los cuerpos? El forense le dijo que no había encontrado nada, y justo después de su visita a la morgue... ¡bingo!, aparecen las marcas. Ellos pasaron la noche juntos. ¡En la morgue! No solo asesinó a los niños del Aula 19, sino que luego se las apañó para que Hannigan cargara con toda la culpa. Y no mantuvo a mi hermano en la escuela para protegerlo, sino para tenerlo controlado y asegurarse de que no abriera la boca...

Repasa mentalmente cada cosa que ha pasado durante nuestras horas de encierro y verás que lo que digo encaja a la perfección. Piensa en cuando Kathleen te dejó atado a la tubería en el sótano, por ejemplo, o en cómo no se despegó ni un segundo de Mickey cuando lo encontramos en el vestíbulo, o cuando soltó a Judd para que nos diera caza...

Supongo que, tarde o temprano, llegarás a la misma conclusión que yo. Y si no es así, bueno... tampoco es el fin del mundo. Al fin y al cabo, no se puede juzgar a nadie por crímenes que, técnicamente, nunca llegó a cometer, ¿verdad?

Paul, te deseo lo mejor de lo mejor. Te lo digo en mi nombre y en el de Mickey. Gracias por todo lo que has hecho por nosotros. Te mereces cosas grandes y espero de todo corazón que las consigas.

Te quiero.
Tu amiga,
Ally.

NOTA DEL AUTOR

El Aula 19 – El manuscrito maldito

Hay libros que nacen con buena estrella. Y luego están los otros. Abundan las anécdotas de «manuscritos malditos» o accidentados: a Hemingway, por ejemplo, le perdieron en una estación de tren una valija que contenía casi todos sus primeros relatos; y ya conocemos la historia de Stephen King y el famoso primer manuscrito de Carrie que su esposa rescató de la basura.

Salvando las enormes distancias, y aunque El aula 19 no haya matado a nadie ni provocado tragedias de magnitud, su historia detrás de escena está tan cargada de contratiempos, pérdidas y postergaciones que durante mucho tiempo lo consideré mi propio libro maldito.

Todo empezó allá por el año 2006 o 2007. Yo ya había puesto punto final a *Benjamín* —mi primera novela— pero todavía no había hecho nada con ella; mi carrera literaria, en rigor, ni siquiera había empezado. Por aquel entonces me encontraba trabajando en México y las exigencias de mi jornada laboral apenas me dejaban tiempo y energía para escribir. Aun así, con muchísimo esfuerzo y robándole horas al descanso a lo largo de meses —quizás incluso más de un año entero—, logré avanzar unas cien páginas de lo que más tarde sería esta novela, que por entonces llevaba el título preliminar de *Mis manos frías*.

Hasta que un día entraron a robar a mi departamento.

Se llevaron, entre otras cosas, mi computadora. En ese disco rígido estaba el único borrador del manuscrito. No tenía copias de seguridad. Nada. Mi desasosiego fue total: meses de trabajo tirados a la basura de un plumazo. El robo de los objetos no fue nada en comparación con la bronca de haber perdido esas páginas y la amarga convicción de que jamás podría volver a escribirlas. Al menos, no de la misma forma. El solo hecho de pensar en el desgaste mental que me supondría empezar de cero, sumado al escaso tiempo del que disponía, me abrumó por completo. Durante

mucho tiempo bajé los brazos y me resigné a que ese libro nunca sería posible.

El tiempo pasó, y cuando por fin se materializó la posibilidad de firmar un contrato de publicación para mi primera novela, me topé de frente con uno de los dilemas más grandes al que se enfrenta todo escritor: el segundo paso. ¿Qué hacer a continuación?

Fue en ese contexto de incertidumbre que decidí rescatar de las cenizas la idea de El aula 19. Sin textos a los que recurrir, reescribí lo que ya tenía, apelando pura y exclusivamente a mi memoria —jamás me gustó tomar notas—. Una vez que el motor volvió a arrancar, terminé la novela en menos de un año. El resultado fue un mamotreto de unas seiscientas páginas.

Y ahí ocurrió la siguiente contingencia. A raíz de la crisis del 2008 en España, el mercado editorial se resintió y algunas editoriales debieron ajustar sus calendarios. Mi primera novela se aplazó dos largos años. La paradoja es que, para cuando ese libro finalmente llegó a las librerías, yo ya había escrito dos novelas más, incluida *El pantano de las mariposas*.

Al sentarnos a trazar la hoja de ruta, tanto a la editorial como a mí nos pareció que el paso más lógico era seguir apostando por *El pantano de las mariposas*. Y así, una vez más, El aula 19 quedó relegada a un cajón.

En el año 2013, con la irrupción y el auge de la autopublicación, decidí que era momento de darle una oportunidad y subí el manuscrito a Amazon. Previamente le hice una revisión, claro, pero siendo sincero, no fue el trabajo de edición exhaustivo que me hubiese gustado. De hecho, quedaron pendientes dos o tres cambios fundamentales en la trama que no había podido resolver y que me estuvieron persiguiendo como fantasmas durante todo este tiempo.

Han pasado casi veinte años desde aquellas primeras páginas perdidas en México. Como es lógico, he evolucionado; mi estilo ha cambiado y mis herramientas narrativas son otras. Volver a sumergirme en estas líneas después de tantas vivencias ha sido una experiencia increíble. Por momentos tenía la extraña sensación de estar editando el trabajo de otra persona. Y en parte es cierto: ya no

soy aquel autor. En este trabajo he intentado mantener intacto el espíritu original del libro, sin traicionar su atmósfera ni su esencia, pero al mismo tiempo he sido implacable donde hacía falta. He trabajado a fondo sobre el personaje de Ally y he pulido la fluidez general del texto. Desde aquella primera versión monstruosa, la novela se ha reducido en un 40 %, y te aseguro que ese recorte de todo lo que sobraba la ha ayudado muchísimo, otorgándole el ritmo que siempre debió tener.

No te entretengo más. Quiero darte las gracias por el apoyo de siempre y por seguir ahí, acompañándome en cada nueva historia. Hoy, por fin, puedo mirar hacia atrás con una sonrisa de alivio y decir que mis libros están exactamente como deben ser.

Un fuerte abrazo,
Federico Axat
Abril de 2026

LOS CRÍMENES DE HOLLYWOOD

El cadáver de un hombre aparece en un cine en plena noche. Tiene las piernas amputadas y un peculiar pañuelo en la cabeza. Es el octavo de una serie de crímenes enigmáticos.

Cuando el detective Luca Bruzzo y su equipo descubren que el asesino está recreando escenas de películas ganadoras del Oscar, al principio creen que no es más que un lunático en busca de su minuto de fama.

Sin embargo, pronto comprenderán que el asesino no quiere espectadores. Los quiere a ellos. Y cuando caiga el telón... desearán no haber intentado resolver el caso jamás.

¡Únete a la serie que ya conquistó a miles de lectores!